

Pablo Antoñana

La cuerda rota



Lectulandia

En los años de la dictadura de Oliveira Salazar, muchos portugueses tuvieron que emigrar a otros países de Europa, huyendo de la represión y la miseria. Para ello, debían cruzar España a escondidas y traspasar la frontera hispano-francesa. Esta es su historia, y también la de los que, en los pueblos fronterizos de Navarra se ocupaban en hacerles cruzar a Francia.

La cuerda rota quedó finalista del Premio Nadal en 1962.

Lectulandia

Pablo Antoñana

La cuerda rota

ePub r1.0

Artifex 06.01.14

Título original: *La cuerda rota*
Pablo Antoñana, 1963
Imagen de portada: Félix Cuadrado

Editor digital: Artifex
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A mi mujer, a mis hijas,
que me han ayudado a vivir.

SEPTIEMBRE

Sol: 6,04 a 18,10 - Luna: 1,45 a 16,15

Luna nueva el día 28.

24

Viernes

Nuestra Señora de la Merced.
Santos: Gerardo, obispo; Tirso, doctor;
Félix mártir.

**QUARANTE-CINQ PORTUGAIS,
—PASSAGERS CLANDESTINS D'UN CAMION DE SARDINES—
ARRÊTÉS DANS LA VIENNE.**

Poitiers, 28 novembre. (Correspondance *Figaro*).

Les gendarmes, effectuant un contrôle sur la RN 10, à Port-de-Piles (Vienne), ont arrêté hier matin un camion de sardines. À bord du véhicule, en provenance des Basses Pyrénées, ils ont découvert 45 portugais, dont une femme, entrés clandestinement en France. Ouvriers agricoles ou métallurgistes et étudiants, ils s'étaient exilés dans l'espoir de trouver du travail en France. Après diverses formalités administratives, ils pourront vraisemblablement s'installer dans notre pays.

LE FIGARO, 28 novembre 1962. Paris

Todo era borroso e inexacto. Si les hubieran preguntado cuándo habían subido al camión y oyeron las voces aquellas, a lo lejos, perdidas y olvidadas, que les decían sus cosas de un modo triste y amargo, no sabrían decirlo.

—Subir uno a uno. Y arriba, echarse boca abajo sobre la cama. El camión tiene sitio para cuarenta, pero le cargaremos sólo treinta.

Había muchos hombres como ellos, en el sótano de la casa a donde les habían llevado en taxi, desde distintos lugares, ya pasada la raya que separa Portugal del resto del mundo. Los taxistas cobraban al contado mil o dos mil pesetas. Miraban los billetes con dibujos y brillos, los guardaban dentro del cuerpo. Siempre eran billetes nuevos. Y siempre salía bien la cuenta. Llegaban a Tuy, a Redondela, a Bayona, les daban sólo tiempo para tomar una copa, fumarse dos mataquintos y acostarse con una mujer ojerosa y triste que siempre tenía muchísima prisa. La misma mujer pasaba lista en gallego, que para ellos era lo mismo que siempre habían oído. Hombres humildes, con ropas de pana, de oscuros remiendos en las rodilleras, hilos cochambrosos colgando de las bocamangas; silencio en sus ojos, silencio en las bocas atormentadas, recosidas como los pliegues de las ropas.

Lo más terrible era verlos obedecer. Hombres hechos y derechos, se metían en el taxi, resignados; del todo indiferentes. Lo mismo podían haber entrado en una cárcel o en un hospital. El taxista se despedía de la vieja.

—Yo, para la próxima quiero carne joven, abuela.

La vieja no lo tomaba a mal y saludaba con la mano. La veían en la sombra con la mano alzada, igual que muerta. Luego venía otro taxi y lo mismo.

Los taxistas se explicaban sus cosas.

—Vino el cura aquel y me pidió un servicio a Burgos. Los hombres se habían metido sin dejarse ver la cara. Yo no sabía que eran portugueses. No, bien sabe Dios, y cuando vino la policía así se lo dije.

Pero eso no era cierto. Venía aquel hombre y les decía qué tenían que hacer. En Tuy, en Orense, o quizá solamente en Burgos, cinco hombres, cinco sombras agotadas y perdidas, le esperaban. Su misión era sencilla. No decir nada, no preguntar nada, coger el coche y traerlo otra vez hasta Pamplona. Por el camino, los portugueses miraban a través de los cristales la noche que tenía puntitos amarillos y puntitos blancos, dislocados, situados en cualquier manchón, y cada vez se hacían más grandes. Los rostros se pegaban al cristal y veían las bombillas colgando de un clavo, oscilantes, melancólicas, en las callejas de los pueblos. Los puntitos blancos no podían contarse. Estaban sembrados por el cielo, haciendo dibujos que nadie había visto jamás. El cielo los tenía de siempre, y de siempre eran también distintos.

Luego llegaban a otra casa. Siempre era de noche. A veces, el resplandor de algo alargado y lento les traía los olores de agua y de hierba. Eran ríos hundidos en la tierra, charcas y aguas movedizas; eran el mismo olor de siempre, profundo y

doloroso, como el que dan las atardecidas. Y en el agua se veía una navaja de plata, pero era la luna, tan de plata enmohecida como las monedas antiguas. Ellos miraban, y era terrible la noche, y sus luces, y sus resplandores, su luna allí metida, igual que un cuchillo, igual, ellos creían tenerlo dentro, en el corazón, o en los entresijos. No decían nada. Sólo miraban y miraban, y no sabían a dónde.

—Vamos por España.

Lo mismo era en la casa. Las paredes y los bancos, y las bombillas que colgaban del cordón con rizados papeles de colores en la embocadura. Todo era siempre lo mismo. Las voces que desde lo alto de la mesa daban las instrucciones.

—Hay que estar aquí, quietos hasta la noche. A su hora os traerán el bocadillo. Pero ni una palabra.

Los hombres obedecían. Era amargo y desolador verlos obedecer. Se hubiera creído que no eran hombres.

—Ahora, a dormir.

Y dormían. Así, siempre.

Carvalho les dijo que lo bueno era estar siempre juntos. Dormir era lo de menos.

—Nosotros llevamos otra ruta. Yo hago la guerra por mi cuenta. Y nos va bien.

El viejo hilaba la voz morosamente. Como derramados aires, o líquidos suavísimos, las palabras goteaban.

—Podríamos hacer lo que hacen los otros.

—Estáis a tiempo, pero hay gente que no llega.

Era verdad. Los guardias se apostaban en los huertos que dan a la carretera, ya pasado Burlada, y esperaban con paciencia. Ganaban el pan tan sólo por eso, por tener paciencia. Las aguas de lluvia, los vientos, y las noches con sus ruidos extraños, caían sobre ellos, silenciosos y tristes, siempre esperando. Llegaba el camión, cuando llegaba. Venía a ochenta, a noventa, a cien por hora, y el teniente levantaba los brazos. Los guardias no se veían. Vigilaban detrás de las tapias, engaritados en la sombra, con los fusiles cargados y el dedo en el gatillo. El teniente veía pasar el camión y los guardias disparaban a las ruedas. Del camión salían luego uno a uno los portugueses. El teniente corría las cuerdas del toldo. Se oía la lluvia lenta, interminable, sobre las telas del uniforme.

El teniente hacía preguntas al hombre metido en la cabina.

—¿Cuántos?

El camionero contestaba siempre lo mismo, poco más o menos.

—Cuarenta.

—Pueden asfixiarse.

—Tomamos medidas.

Los portugueses salían asustados y se metían en el coche celular. El teniente los contaba, uno, dos, tres, hasta cuarenta. No entendían nada, y tenían los rostros como

iluminados, de un color de panal viejo.

Era por eso por lo que tenía razón Carvalho. Y por otras cosas. Cuando el camión llegaba a su destino, se descorrían las cuerdas del toldo; los nudos corredizos andaban enredados y se necesitaba paciencia. El hombre les daba gritos desarticulados, como explosiones o latigazos.

—Pronto, pronto.

Los portugueses salían desmadejados, como borrachos, no sabían andar, ni apenas se sostenían sobre la tierra que pisaban sin convicción, una tierra extraña, que no era la suya, ni podía serlo por los siglos de los siglos. Pero había quien permanecía echado sobre la cama, como dormido. Eran dos o eran tres, que más da. Habían llegado al fin. Nadie preguntaba cómo se llamaban aquellos hombres echados en la cama del camión que no se movían. Nadie preguntaba porque la cosa era llegar, y ellos habían llegado. Sólo el del camión que daba gritos.

—Venga, venga éstos; ¿qué hacen?

Era inútil, porque no se movían. Estaban quietos para siempre. El del camión gritaba.

—La madre que nos parió, ¿qué hacemos con esto?

Los otros portugueses parecían aturdidos, mirando al camión detenido junto a la casa. No decían nada. Tampoco hubieran podido decir, de haber querido.

—Asfixiados. Están asfixiados. Fue cuando pasamos por Zubizarreta, oyeron disparos y tuvieron miedo. Hay quien se ha cagado los pantalones. Si supiesen que eran escopetas de caza...

Por eso y por otras cosas, Carvalho y Do Pereiro hicieron una inspección meticulosa en la habitación. Tenía tres ventanas enverjadas que daban a la calle. Se oía el rumor del campo, y con la luz del día se veían pasar unas piernas metidas en las botas con hebillas, o en las abarcas, con su paño abotonado hasta las rodillas. No se veía más. Era un sótano. El campo estaba arriba. Arriba las hierbas, y los palitroques secos, las gallinas que miraban al sesgo, con la simiente del ojo, y el hombre otra vez con las botas hebilladas y una horca en la mano.

—Estamos en el campo.

—Cierto.

Sabían que estaban en Pamplona porque Perkain les dijo:

—Los camiones os dejarán en las afueras de la ciudad. Y el plan comienza al día siguiente. No os montéis en los camiones. Vuestro camino se hace a pie y en tren. Aquí está el plano.

La habitación tenía largas mesas y banquillos de patas torneadas. Los hombres echaban los brazos sobre la mesa y la cabeza sobre los brazos. Se dormían cobijando sus grandes cabezas, pesadamente. El día daba vueltas y vueltas alrededor de aquellas cabezas, de aquellos cuerpos desmadejados, como muertos, sin más ni más, en

silencio. Proyectados sobre el suelo o en las paredes, la sombra era distinta. A veces alargada, a veces obtusa y chata, monstruosa.

Eran treinta, cuarenta, completamente echados sobre los cuarterones claveteados, donde no había escrito nada, porque nadie había tenido tiempo de clavar su navaja, sacar el lápiz, o arañar las tablas. Nadie tuvo tiempo de soñar, porque el tiempo que permanecían allí era solamente unos segundos, unos minutos, el tiempo justo para comerse el bocadillo y echar una cabezada. Y otra vez al camión. Alguien había dicho, como por decir:

—Lo peor no es esto. Lo peor de lo peor es cuando te sale un cabrón y te hace el juego dos veces.

—Y, ¿eso qué es?

—Oye Joao, éste no lo sabe. Díselo. A mí me da asco repetirlo.

—Yo lo sé como tú.

—Pero dices mejor las cosas.

Joao era un hombre trasijado y enfermizo, con los ojos muy grandes y dulces. En aquellos ojos había noches oscuras y ríos azules, y nubes, y vientos, y paisajes miniados.

—Pues mira, muchacho, quiere decir Manoel que nos cobran al contado. ¿Y sabes cuánto? Es igual, no lo digo, nos cobran, y si no, no salimos de Tuy. Nos suben al taxi o al camión y nos traen aquí. Desde aquí, todo está ya dispuesto para llegar a Francia. De Francia a Alemania sólo hay un paso, y allí nos piden papeles. Supongamos que no te quedas asfixiado o que no te echan el guante los de la Guardia Civil. Es un suponer, yo no lo quiero. Pues bien, ya hemos llegado a Francia. Entonces estamos en una casa como ésta y vienen los guardias esos de Francia hasta donde mismo estamos escondidos.

En el coágulo amarillo de la luz estaban atrapadas las sombras de los hombres.

—¿Y qué?

—Los que nos trajeron en el camión cobran otra vez. Primero a nosotros. Seis, siete mil pesetas. Y los franceses también pagan por nuestro pellejo.

Carvalho escuchaba pacientemente y sumiso. Tenía la voz atragantada en la boca. Dijo:

—Después te cogen y otra vez a Portugal. Otra vez, como si no hubiésemos andado cientos y cientos de kilómetros en estos camiones que huelen a pesca podrida o el polvo ese del cemento se te mete hasta los mismos huesos. Como si nada, muchachos. Somos portugueses y nadie nos mira a la cara. Lo peor del mundo.

La puerta cerrada con alambres y cuerdas desflecadas; con calendarios viejísimos, que tenían una hoja llena de humos y de manchas, de excrementos de moscas que ya murieron, de cuentas hechas de prisa con un lápiz de grafito. Sumas y multiplicaciones, y las huellas de un dedo gordo, extraño. Detrás de la puerta, estaba

la cava. Había cubos de cellos herrumbrosos y tablas con mugre roja como la que da el vino. De los ganchos colgaban las damajuanas, los garrafones, y las cosas viejísimas e inútiles que no tienen nombre: una lavativa, un gramófono de corneta, una soga negra y anudada.

Carvalho vio la ventana. Y en la jamba, el gato inmóvil, como disecado.

—No estamos acorralados. Por esta ventana se sale al campo.

No lo estaban. Lo supieron cuando llegó la noche. Arriba hacían ruidos extraños, y el aire lleno de músicas, de gritos y de risas, y de algo así como voces, o como un río lejano remansado en la noche, siempre el mismo río, el mismo remanso, las mismas voces que decían cosas parecidas. Cuando en el piso daban aquellos formidables saltos las vigas temblaban, y los hombres miraban hacia los techos con sus ojos tristes y violentos. No veían nada.

De golpe se cerró sobre ellos la noche, y el miedo, y los hombres comenzaron a mirarse. Los viejos con sus trajes remendados, amarillos como ceras viejas, se estremecían igual que si los moviese el viento. Tenían el bocadillo en la mano y dejaron de masticar. El pan y el queso de sus casas de Portugal, el pan mojado de vino y de aceite con azúcar que traían en los macutos negros y pringosos, años y años de poner allí las manos, de limpiarse los dedos en las alforjas de estopón. Allí estaban los vasos de antaño llenos de un vino negro, como sangre gangrenada. Cuando bebían de aquellos vasos les quedaba un cerco terrible alrededor de la boca, oscura pústula.

Los pasos venían hacia ellos. Y la puerta se abrió. El teniente de la guardia civil estaba en lo alto de las escaleras.

—Todos quietos, amigos. Vosotros no tenéis la culpa. Me hago cargo.

Vigilaba con los ojos las sombras reptantes de los rincones.

—¿No entendéis, eh? Venga, venga todos, vayan saliendo uno por uno.

El teniente sacó la pistola de su funda. La tentó en las manos, como una reliquia. La mostraba lentamente. En el cañón empavonado, de color azul, estaban los reflejos escurridizos de las cinco bombillas colgadas de sus largas cuerdas. Ojos atónitos y apresurados, vagos, huidizos. En ellos había miedo, tristeza, había indiferencia y resignación. Todas sus vidas escritas día a día en aquellas humedades profundas, donde resbalaba el dibujo fulgurante de la pistola Astra, con el seguro echado. Las manos del teniente, también estaban en aquellos ojos.

Le oyeron decir:

—¡Pobres gentes!

Vieron la pistola como una cosa nueva y extraña. Vieron cómo el teniente desenganchaba el corchete de la funda y la pistola resbalaba morosamente dentro. Luego cerró la presilla.

—Ya está. Que vayan saliendo uno por uno, hasta que diga basta. El coche tiene las plazas limitadas.

Los hombres no se movían. Era terrible verlos mirarse resignados, indiferentes, con el pan y el queso en la mano.

El teniente llegó por la mañana y vio el camión con el toldo echado, «Juan Aizcorbe. Pescados. Echavacoiz». La cabina estaba vacía. Un paquete de cigarros «Marlboro». Philip Morris INC. Richmond. Virginia. (USA) sobre el asiento, desgarrado. Vio la medalla de San Cristóbal grabada en hierro, la estampa iluminada de una Virgen con su corona y su niño, y los ropajes con espejuelos y abalorios, clavada encima del cristal.

—Nada, como siempre.

El teniente miró las cuerdas desatadas y corrió el toldo. Efectivamente, el camión estaba vacío. En el fondo había mendrugos de pan, latas vacías de sardinas, y alguien que no podía más dejó allí sus cosas. El teniente pasó la mano sobre los neumáticos, y observó el interior de la cabina. Luego esperó a la noche. El camión estaba en el mismo sitio nebuloso, hundido en la sombra, con los brillos de las luces dispersas que le llegaban de alguna parte. Eran bombillas colgadas en lo alto de los postes, con su pantalla de hojalata que movía el viento. La casa tenía también su luz en la puerta, y las letras del cartel, pintadas a brocha gorda, con unos colores deslucidos y pálidos: «Txoko berri». El teniente parecía contar los peldaños de aquellas escaleras serpenteando sobre la fachada. El barandal era de hierro, y tenía fríos estremecedores que se pasaban a las manos y rugosas herrumbres como la sarna o las carnes que tienen los muertos. La mujer estaba ya dibujada en los cristales de la puerta. Alguien había pasado un lápiz de tinta sobre los seis cristales, y salió el perfil tullido, esquematizado. Llevaba el pelo peinado sobre la nuca.

—Soy de la guardia civil.

La mujer no se movió.

Detrás de ella estaban las otras mujeres de rostros huraños y descoloridos, como estampas mojadas, desleídas, o luces olvidadas.

Los rostros extraordinariamente pálidos, las manos enfermizas, inquietantes, en aquel manchón de luz, parecían las figuras de un tapiz comido por los soles de muchos años. Pasaban rápidamente con sus bocas llenas de humo y de miedo, de angustiosas prisas. También aquellos hombres se movían aturridos, golpeados, y buscaban inútilmente la sombra.

—Yo sólo quiero los portugueses que han traído en ese camión esta mañana.

La vieja respiró profundamente. Expulsó el aire a bocanadas. Cada bocanada era un mechón de humo, macilento y turbio. Había una vieja que hablaba vascuence. Y el hombre gigantesco miraba al teniente, y tampoco se le entendía. La vieja arrojó la colilla humeante y la pisó.

—Están abajo.

Luego se recogió los cabellos en la nuca.

—¿Me permite bajar?

—Sí, sí, puede.

Al abrir la puerta vio la mancha flotante del humo, quieta, cuajada. El teniente les vio paralizados, quietos. Hubiera querido no abrir aquella puerta, no ver los hombres sumisos y resignados, las bocas negras, llenas de saliva, como pústulas. Los hombres colgados de aquellos hilos que les salían a las bombillas, y parecía que era posible separarlos, y ovillar y encontrar los cabos que estaban cosidos a las ropas de pana amarilla, a las camisas con el botón de hueso en el cuello, a las botas y a las manos toscas, endurecidas, roídas por la sombra. De haber sido posible hubiera cerrado otra vez la puerta. Hubiera querido decir: «No hay nadie», pero había cuarenta hombres sentados en los bancos sin respaldo, con el pan atrapado en la mano y el vaso de estaño rebosante de vino negro igual que la tinta o la sangre.

—Todos quietos. Soy de la guardia civil.

Carvalho lo vio desde el sótano. Juntos, estaban Juscelino y Do Pereiro. El teniente en lo alto de las escaleras había metido el dedo en el gatillo y daba vueltas a la pistola haciéndola girar vertiginosamente, igual exactamente que la *policía da fronteira*, lo mismo, lo mismo, allá en la garita con tejadillos verdes, y la estufa humeante donde los guardias jugaban a las cartas, como todos los guardias del mundo.

Carvalho abrió la ventana y vio las botas de media caña, las tirillas, la hebilla reluciente. Los guardias daban pasos con lentitud, los medían, uno, dos, en la sombra, pasaban por la franja de luz proyectada sobre la tierra. Los portugueses salían uno a uno y el guardia los colocaba en los asientos de la furgoneta.

El teniente contaba:

—Siete, ocho. Y basta. Los demás, quietos ahí. Y usted, señora, se vendrá también con nosotros. Es el trámite.

Carvalho vio el botón rojo del piloto, rosa palpitante, vagando por la noche. La furgoneta ya no volvió más. Luego se tocó las piernas y los hombros. Dijo:

—Estamos aquí, gracias a las gracias. Esto no puede contarse porque nadie nos creería.

—El guardia era un buen hombre.

—Yo le vi mirar a esta puerta, como si nos viese a su través.

—No quiso cogernos.

—Vio la puerta y no dijo nada.

Después cayó de golpe el silencio de la noche, el cielo punteado, como otros cielos vistos cien veces en cien sitios distintos. Las estrellas eran polvo disperso y todo el cielo estaba lleno de polvo. El cielo, así, no era tan negro.

Al amanecer se vieron en el campo y Carvalho sacó el papel doblado en cuatro

pliegues. Tenía migas de pan, hilos de colores, y manchas de aceite donde estuvieron los dedos cuando cogían el papel y lo doblaban.

—Por aquí vamos bien. A la derecha la casa «Txoko berri», bien; aquí el árbol, bien.

Había casitas como dibujadas en el amanecer, con sus porches y los pequeños jardines de plantas lacias y rosales oscuros, como oscura y negra era la tierra. Los crisantemos, las dalias de colores débiles y resbaladizas colgaban como fuegos artificiales, errantes, escurridizas.

—Va bien, muy bien.

El amanecer tenía ruidos estremecedores, bocinas lejanas, gritos de arrieros que venían con sus carros cargados hacia la ciudad, los tálburis pintados de verde, el toldo de gutapercha, y las altas ruedas, gigantescos girasoles, rojos por el amanecer. A lo lejos, los altos pabellones del Hospital Civil de Navarra. Las tapias de piedra, inmensas y grises, los pinos negríssimos, los cristales dorados, parpadeantes.

Primero Carvalho miraban a su alrededor. A sus espaldas quedaba Pamplona. Los edificios con muchas ventanas y muchos cristales se perfilaban a lo lejos, dentados, como recortes de papel. Cada vez más lejos y siempre a la espalda, siempre hasta que se cerraron los montes, y ellos quedaron dentro, subiendo por los caminos y las trochas lentamente.

Carvalho dejaba el papel sobre una piedra. Cogía las puntas con los dedos.

—Vamos bien. El papel lo dice. Veo la mano de Perkain en esto como la mano del mismo Dios.

Recogía el papel y lo doblaba por donde iban los pliegues.

Al mediodía vieron a los Guardia Civiles. La primera vez los había visto en el tren, al salir de la estación de Badajoz. Venían buscando sitio y le pidieron los papeles. Les miró de cerca a la cara. Dos rostros arrugados bajo la franja de hule negro, los ojos soñolientos, la boca oscura. No hablaban, caminando silenciosos por el pasillo del tren. De las mangas les salían las manos negras, tranquilos rostros, sosegados en el aire.

—Los papeles.

Los llevaba en orden, pero sintió miedo. Aquellos ojos negros, detrás de las pestañas, le producían un escozor por dentro.

—Otro.

La segunda vez fue en la fábrica. Alguien dijo:

—Ganamos poco. Y queremos comer.

En la puerta de la fábrica estaban Andrés, el viejo, y Pólito repartiendo papeles.

Las manos del viejo entregaban los papeles sin mirar siquiera a quien los daban, con prisa y miedo. Entonces aparecieron seis guardias y el teniente. Los tricornios

con cuatro puntos de luz. Debajo de la barba, la cinta del barbuquejo. Los fusiles en sus manos, amenazadores y hoscos.

—Alto, alto.

Andrés, el viejo y Pólito corrían por el almacén.

El día era lánguido y dulzón. Desde Pamplona habían pasado los campos para coger el camino de Zuasti. Los trigos se echaban bajo el peso de las espigas ya granadas. Manchas inmensas de trigo, casi amarillo, subiendo por las colinas donde había árboles y campos oscuros llenos de pájaros. Al fondo la torre de una iglesia, de dos iglesias, de tres, que tenían el mismo color de la tierra. Los campanarios, los relojes, los carillones, y las verjas de hierro que guardaban las campanas. Zarzales, caminos con las tapias y cercas de madera, riachuelos bordeados por los chopos, transparentes aguas. Rocas, tierras oscuras, las colinas.

Carvalho ordenó:

—El cuerpo pide reposo, se lo demos. El sitio es bueno.

Sentados en el suelo se sentían dichosos. Por entre los trigos se oyeron voces. Escucharon. El aliento tenía raídas resonancias de grillo perdido. Las espigas arrastradas por el viento. Carvalho vio el rostro del viejo, apergaminado, como cartón mojado.

—Todos quietos. Cuerpo a tierra, y a no moverse.

Se desplomaron súbitamente. Carvalho aplicó el oído a la tierra. Escuchaba lejanos tambores que no existían, ruidos, caminar de animales desconocidos, trepidaciones que se repetían en el manchón del campo.

—Se oyen pasos.

Ellos no oían nada. Carvalho, sí.

—Llevan botas con espuelas, huyen.

Dos hombres —escopeta en bandolera, zurrón, polainas brillando al sol— pasaron dejando una imagen nerviosa, casi borrada en el contraluz. Detrás, venían los Guardia Civiles, sudorosos y tristes. El cuero charolado, la chapa de latón, los ojos entre los párpados. Se detuvieron. Buscaban sitio en la tierra agrietada, sin prisas, todo el tiempo suyo.

Los guardias no decían nada. Sacaban de las cartucheras cosas inverosímiles: pedacitos de pan y queso roído, el cuaderno de ruta, el lápiz estilográfico, los sueños.

Carvalho ordenó:

—Nadie se mueva. Esperan algo, y no han de marcharse hasta que llegue lo que esperan. Quietos.

Do Pereiro sintió miedo. Sabía que los Guardia Civiles seguían los mismos caminos que los hombres solitarios; los errantes mendigos que no llevaban documentación; los gitanos ateridos y llenos de fríos y miedos, y de noches estrelladas en sus ojos; maleantes y reclamados por el Juzgado, prófugos, desertores.

Los Guardia Civiles buscan a los hombres perdidos por los caminos, que no tienen dirección fija, el norte, el sur, el este y el oeste, da lo mismo.

Do Pereiro dijo:

—Llevamos bien los papeles y no tenemos por qué escondernos.

Carvalho explicó:

Van bien, por ahora, pero conozco a los hombres. Nos ven con estos trajes, estos zapatos, la mirada cobarde y las palabras que no son de esta tierra, y es imposible caminar un paso. Imposible.

—¿Y qué nos iban a hacer?

—No lo sé. Viajar en coche propio es otra cosa. No es que nos tengan miedo, no, nos conocemos todos; no es eso, pero este pelaje, estas manos, son una pecha. No llevan anillos, ni manejan dinero. Nadie pregunta si el dinero es robado, o si se lo quitamos a un mendigo. Sólo preguntan si uno lo lleva o no. Es bastante.

Se veían las manos de los Guardia Civiles, dos garras colgando sin pulso. No hacían nada, sólo estar colgadas sobre la culata brillante de los fusiles. Entonces una de aquellas garras aprisionó la petaca. El tabaco caía morosamente sobre la palma de la mano.

Carvalho se impacientaba:

—Vamos a perder el tren. Debimos cogerlo en Pamplona, lo dijo Perkain. Yo le discutí, y me dio este otro camino.

El sol era amarillo y estaba al otro lado de los trigos, suspendido, muerto... Los dos guardias tenían la cabeza rapada.

—Los guardias no se mueven.

—Ya se moverán. Tienen otras cosas que hacer.

La tarde se doraba. El diseño de las colinas, con las torres, los árboles, y los campos de trigo, era como los dibujos que hacen los niños.

Carvalho explicó:

—Si nos detienen, nuestro objeto es trabajar. Destino: Alsasua. Luego, sin esperar que los pidan, sacáis los papeles. Están en regla. Al menos por ahora. Nos repartiremos por el vagón. Somos gallegos, de la parte de Tuy. Pudiera ser que quien nos pregunta haya nacido allí. Entonces emigrasteis de chicos a Carballino, provincia de Orense. ¿Está claro?

Las espigas tenían su sombra recta, esponjada, y el sol estaba entre las espigas. Con las horas aquellas delgadas sombras se estiraban, y era como los viejos relojes en las paredes de las iglesias, que nadie sabía qué hora marcaban en aquel momento. Los guardias adormecidos bajo el inmenso resplandor que revocaba en los tapias oscurecidos por una sombra azul.

Carvalho oyó a los guardias decir:

—Felipe, se nos pasó el tiempo. ¿Qué hora llevamos?

Se pasaba el cordón por los ojales.

—No sé, ni quiero. Estos puñeteros relojes le vuelven a uno loco. Como si hiciese falta saber la hora para vivir en esta sepultura. Yo le doy muchas vueltas a la cabeza.

De pie, las dos siluetas estaban completas; la capa, el tricornio, las cartucheras, la bolsa de provisiones. Comenzaron a andar.

Carvalho, cuando los vio lejos y perdidos, respiró con alivio:

—Ya podemos gritar y escupir. Se han ido.

El viejo había comenzado a saltar, a bailar y a decir estupideces.

—Eres un genio, Carvalho. Contigo voy seguro. Es la primera vez en mi vida.

El viejo no tenía dientes. Se le habían caído o se los sacó un sacamuelas con los alicates de plata.

—Eres un genio, Carvalho.

Vio al hombre por primera vez en una taberna de Bilbao. La taberna tenía las estanterías pintadas de amarillo. En cada estante una fila de botellas. Las había de todas las clases. El tabernero les pegaba con engrudo unos rótulos sucios, escritos a mano, que decían: «pipermint», «cazalla», «pacharán para el dolor de tripas», «aguardiente de hierbas». Venían hombres sudorosos y tristes, que miraban a traición; mujeres más tristes aún, con las voces agresivas, crispadas, y pedían aquellos líquidos verdes y morados, como sacados a una horrible sajadura. Cerraban los ojos, se bebían el líquido de un trago, sin respirar. Después decían siempre lo mismo:

—Sienta bien. Le quita las telarañas al cuerpo, y las tristezas se van.

—Luego vuelven.

—Lo bueno es no tenerlas algún rato al día.

Carvalho había dicho:

—Yo, lo único que quiero es trabajo. Tengo dos manos para eso.

Las mujeres dejaron de mirarle, «Un hombre que trabaja no va lejos. No va de aquí hasta la puerta. Todos lo sabemos». Los ojos se llenaban de un humo azul, y los rostros de las mujeres parecían pintados a brochazos, y tenían surcos ajados, ojeras, mustias tristezas en la boca por donde salía el humo con lentitud.

—¿Y no lo encuentra, buen hombre?

Carvalho bebió el vino de un sorbo.

—No.

Le vinieron al cuerpo todas las cosas a la vez. Y las memorias eran amargas: las voces de las mujeres detrás de las puertas con cristales, los olores que arrastraba el aire, cuando se abrían las puertas. Las mujeres tienen su olor, y las sangres calientes le daban golpes entre pecho y espalda. Las oficinas llenas de mujeres y de máquinas

de escribir, de pechos tiesos debajo de las blusas, de manos pálidas, suavísimas, de unos dedos que cogían los papeles, y los dejaban, y los cogían otra vez. Encendían los cigarrillos, arrojaban el humo con delectación, como si hacerlo fuese lo más importante de su vida. Y la voz escueta y limpia que le había preguntado:

—¿Qué hace usted?

—Nada, trabajo.

En la habitación colgaban de las paredes extraños cuadros o fotografías de colores: edificios al pie de una montaña, rayas, nubes, colinas doradas por la tarde, alargadas sobre un cielo ocre. A lo lejos humeaban dos altísimas chimeneas de color naranja.

El hombre olía bien. Las palabras en su boca cantaban. Estaban para eso, y decía las cosas como él no sabía decirlas.

—Algo hará.

—Salí de Portugal y busco trabajo.

El hombre estaba de pie y no se movía.

—Lo siento, señor, lo siento.

Y así siempre. Cuando llegó a la taberna tenía los pies hinchados de pisar los suelos de las oficinas de colocación, en las cien fábricas a los dos lados de la ría.

Siempre lo mismo:

—Es usted extranjero.

El tabernero, igual:

—Usted tiene algo en el habla que no es de aquí. ¿Es extranjero?

Las mujeres se volvieron para mirarle. La vieja eructó.

—Échale una copa de anís de mi parte, pago yo. Anda, échale, le calentará el entresijo. Me dan lástima esta clase de hombres.

El tabernero buscó la botella casi a tentón con sus grandes manos, «Anís de guinda». El vaso de gordo cristal tenía una orla morada que le había dado el vino tinto.

—El aguardiente asienta. Es como un pájaro loco en su jaula. Pide salir y por eso nos vuelve a nosotros también locos, a veces.

Las mesas alargadas, con forros de hojalata, donde el vino se derrama y parece la tinta que hay en las escuelas. El tabernero tiene las manos violáceas, como teñidas, y pasan mil veces el paño mojado sobre los cuarterones, sobre las hojalatas que parecen estaño. En el espejo nebuloso han pegado la fotografía amarillenta los parroquianos que entienden de fútbol. Once jugadores, seis de pie, cinco en cuclillas. Todos miran a la máquina y el que lleva la gorra y las rodilleras acaricia el balón. Frascos vacíos, botellas con sus líquidos maravillosos, de color verde o rosa, tinterillos, botes de bicarbonato, el frasco de la gasolina con su cañuto de paja.

Carvalho tenía sueño. Le pareció ver al hombre sentado en la banqueta, con las

manos sobre la mesa, en silencio. Le miró.

—Buenas.

—Buenas.

El tabernero tripudo arrugaba el mandil con la mano. Redonda la calva con su mechón de pelo, las gotitas de sudor, los hilos cosidos de las arrugas.

El hombre le miraba. Estaba dentro de una sombra azul. Llevaba una gigantesca boina negra sobre la cabeza. Carvalho le vio desabrocharse las hileras de botones de aquella zamarra verde de anchos cuadros. Luego, le saludó con la mano.

—Usted no es de aquí.

—No.

—¿De dónde pues? Si no es mala la pregunta.

—De Portugal.

—Eso cae lejos, digo yo, allá por Badajoz o así.

—Pues sí.

—Hay muchos portugueses por aquí. Y los guardias lo saben.

—Yo sólo quiero trabajo.

El hombre se corrió la boina hacia los ojos.

—Yo sé dónde lo hay, y lo proporciono.

Carvalho absorbía con voracidad los últimos posos negros del vino acumulados en el fondo del vaso. Detritus rojo, arenilla rodando en la entraña del líquido. Se veían los dedos debajo, como raíces en el agua de un río.

—Y eso, ¿dónde es?

Le sirvió otro vaso. La botella estaba casi vacía. Vino tinto, sangre negra, cancerosa, supurando en la carne magullada del vidrio. Los labios se abrían lentamente. Detrás, los dientes, las rayas negras, entre diente y diente, la punta triangular de la lengua. El cuello blanco, prolongado desde los hombros hacia la cabeza, extrañamente blanco, lechoso, papel de barba sin nada escrito.

—En Francia hay trabajo para todos. Y bien pagado. También se necesita gente en Bélgica, y en Alemania. Espere, consultaré mis notas.

Le vio sacar de entre las ropas la libreta con las hojas numeradas. En el borde, las letras del abecedario.

Las mujeres habían dejado la mancha roja y grasienta de sus labios en el vaso. Sacaron el espejito y el pañuelo. Carvalho las vio absortas en lo que estaban haciendo: perfilarse las comisuras con la uña. La mujer tenía los ojos de pez muerto.

—Nos vamos, buen hombre. Cuando tenga sus dineros ya nos invitará a una copita de cazalla. Siento no darle mis señas, pero no tengo sitio fijo.

Carvalho se mordió los labios. El hombre de la zamarra dijo:

—No haga caso, son putas. B. Be, Bel, Bélgica. Eso es, aquí tiene usted, minas en Lieja, en Charleroi; agricultura en el Norte. Usted tiene porvenir en las minas de

carbón. Bien pagado, seguros y retiros, vacaciones remuneradas. Otra cosa. Otra. Vamos a ver la F.

Eran palabras misteriosas, de un raro significado. Pau, Bordeaux, Grenoble, etc. etc. Palabras nunca oídas, les acompañaba la sombra del miedo, la duda, el pavor desesperado, siempre detrás. Ciudades remotas, casas de huéspedes, trenes con viajeros soñolientos, idiomas desconocidos, otro patrón que tenía las gafas en las manos como los profesores y le decía lo mismo de siempre. «No hay trabajo, no lo hay para extranjeros». Las manos suspendidas en el aire, inalcanzables. «Lo siento, lo siento». Y los trenes cruzaban las noches llenas de gritos, —estaciones iluminadas, portadores y mozos de cuerda—; no iban a ninguna parte, eran fruto de la pesadilla y del sueño.

—Hay agencias que facilitan el trabajo y el camino. Una vez allí, la agencia entrega los documentos y el contrato. Yo soy de esos y busco la gente que quiere ir. Nosotros los llevamos.

Lo desconocido, tierras remotas, gentes diferentes, lenguajes distintos, sogas y amarras tirando de él, como de los postes de un circo ambulante, para asirlo a tierra.

—¿Y esa agencia, dónde está?

—No hay que ocuparse de nada. Yo lo proporciono hasta pasada la raya.

La vida, azarosa rueda, da vueltas y se para. La suerte es mala, gira otra vez, se detiene en el número siete, en el nueve, qué más da; la cara buena, la cara mala, Carvalho perdía siempre. Más vueltas a la rueda, otra vez, otra vez, más vueltas, hay que ganar, esperar sin prisas, esperar, eso es, esperar.

Al amanecer habían llegado a las proximidades de la casa. La veían hecha de piedra, los tejados negros, llenos de sombras, y las ventanas que no tenían postigos.

Carvalho explicaba:

—El papel dice que hemos llegado ya. A dos pasos está Francia.

Pero en el papel no se veía nada. Las rayas, los dibujos, desaparecían en la mancha pálida de la mano. Ellos mismos se oían respirar. Agazapados en la noche, sentían cómo la sangre golpeaba las venas, agua caudalosa, violenta. Tenían la sensación de masticar su propia lengua. No les hacía daño, era de goma rígida. Los dientes se clavaban con rabia en ella.

Dentro de la noche, el viento clavaba sus cuchillos, y se agitaba.

Carvalho dio un grito:

—Quietos, todos quietos, cualquier movimiento les daría la pista. Y disparar es muy fácil. Tenemos órdenes concretas y hay que cumplirlas. Todo está escrito en este papel.

Las órdenes eran las órdenes. Perkain había dicho:

—Nosotros iremos siempre a vuestro lado. Pero no nos dejaremos ver. En el croquis va todo escrito. Hay que cumplir lo que dice el papel. Cuando nos trajeron al hombre que había que pasar a Francia sabíamos que era un hombre importante. Lo pasaban por eso, porque era importante. Esto era el año cuarenta y nueve. El hombre tenía miedo, y con miedo no se va a ninguna parte. Llevaba las manos limpias, como las tienen los hombres que hay en los bancos, o los que tienen oficio y pasan las hojas de los libros. Nosotros dijimos: hay que pasarlo. Le dimos las ropas de un hombre que había muerto de frío. Por las ropas pagamos cien pesetas y estaban manchadas de sangre. El hombre no quería ponérselas: «Esto huele a cuadra. Yo no me las pongo». Le dijimos que no había más remedio y el hombre pasó por ello. Los que nos trajeron al hombre suplicaban: «Pásenlo como sea. Si es preciso se le duerme. Es un hombre importante. Los hombre importantes tienen sus cosas. Si llega a Francia aquí hay un cheque en blanco. Escriban lo que quieran». El hombre bajaba por los caminos con aquellas ropas sucias de tierra y la barba crecida. Nosotros íbamos vigilando desde lejos.

Carvalho escuchaba inquieto.

—¿Y pasó?

El hombre se abotonaba la zamarra de grandes cuadros iguales.

—No. Le daba asco aquella ropa y se entregó. Llegó al cuartelillo y dijo que no podía aguantar aquel olor.

Juscelino se echó sobre la hierba. Todo era irrealidad absurda. Las palabras, las sombras arrojadas desde los montes sobre la tierra, la voz de Carvalho me explicaba las cosas.

—Perkain dijo que estaría siempre a nuestro lado. Ahora también estará.

Estaba seguro de tocar la tierra con las manos, derramada entre los dedos, pero era inútil hacer ningún esfuerzo por tocarla. Juscelino querría estar en una cama, entre sábanas limpias, con olor a lejías y jabones, a hilo nuevo.

Do Pereiro preguntó:

—¿Tú le has visto, Carvalho?

—Sí.

—¿Y cómo era?

—Alto.

—¿Y qué más?

—Oírle hablar, daba confianza.

El señor Pinto había echado los cierres metálicos a la taberna. Otra cárcel los reunía

dentro a todos: los chulos, las putas, los vendedores ambulantes, los echadores de cartas, y los feriantes pobres. En cada rostro estaba escrito el destino de cada uno. Las arrugas, la escritura. No podía engañar la puta con su anillo de oro, ni el chulo con sus dientes blancos: «Todos los días me lavo los dientes, porque la boca tiene que oler como huelen los machos. Si no, no hay conquista». Ni el vendedor ambulante con la reliquia de la dignidad en los ojos: «Yo no soy como ellos, soy distinto. No me trato con macarras, no señor, no me trato. Tengo mi dignidad». Nadie engañaba. Tampoco lo intentaban. Vidas reducidas en la prisión de los cuerpos, demonios sometidos, almas negras, encadenadas a la pobreza, a la esperanza. El único hilo que los ataba con el nudo de la angustia: la desesperanza. El señor Pinto recogía con prisa los frascos de vino, las botellas de coñac, los botes y los tarros. Con ayuda de la mujer, echaba a la banasta los frascos, sin cuidado, sabedor de que el líquido que llevaba dentro no era legítimo. Destilerías clandestinas en viejas bodegas, en sótanos húmedos, que había que bajar cincuenta o más escaleras y nunca se llegaba a aquella profundidad remota. El señor Pinto las conocía, y hacía los pedidos de palabra. Bodegas con su alquitara, sus alambiques antiguos, de muchas vueltas, comprados en chatarrerías, y en las casas de los traperos. Unos polvos, los frasquitos de esencia con sus rótulos escritos a imprenta: «Anís», «Imitación de coñac Domecq», «Licor 43». Hasta que la banasta se llenaba de frascos.

El Pinto arrancaba de cuajo los cordones sucios del aparato de radio. El nicho parecía la hornacina de un santo sin su santo. Arrastraba los cordones de colores, y, antes de desaparecer por la escalerilla de caracol, le oyeron decir lo mismo de los otros días:

—Puerca vida; para esto mejor estaba uno en el pueblo. A mí me engañaron como a un chino. Esta porquería nos da de comer, cierto, pero bien sabe Dios que fue por los hijos. Sólo por los hijos hago yo lo que hago. Puerca vida.

No decía tanto, no. Sólo cada día una palabra. Cada hora, su acento. Las cejas se arrugaban alrededor de los ojos. La boca no se cerraba del todo. Y así había podido reconstruirse la frase entera, que nunca acababa. Otras frases parecidas resumían su vida. La sabía Juan el alcohólico, con la bandeja cubierta de serrín debajo del asiento: «Cuando vomito me quedo tranquilo; es un asco este estómago». La sabía Josefina, la puta barata que trabajaba a salto de mata, fatigada de perder noches de incierta espera en las esquinas: «Uno se va sin pagar y el otro me deja lo que una no tiene. Esta vida no está hecha para mí. Yo soy distinta». Introducía en la vida —chambelán, camarera, qué nombre se le daría— a las muchachas todavía con algún residuo de pudor. Las ayudaba a abortar, y vendía anticonceptivos y gomas. Si no dormía en la taberna del señor Pinto, lo hacía en la cárcel. Ya nadie la llevaba a su cama. Estaba orgullosa de ello. También Roberto el macarra, con sus sueños, sus tristezas, sus palabras, como las de un artista.

—Usted es muy joven, señora Pinta. Muy joven para llevar la vida que lleva... Y bien conservada.

Roberto se pasaba la mano sin callosidades por el almidón del pelo, se sujetaba el alfiler de la corbata. Cuando hacía esto el brillo azul de la piedra, en un dedo de la mano, se le veía bien. Lo hacía a sabiendas.

—No me vengas con historias, marica. Si no hubiera dejado el pueblo... En mala hora lo hice, en tan mala. Para ver lo que tiene que ver una. Antes me hubiera muerto. Roberto insistía.

—Querer morirse tan pronto, señora Pinta, qué cosas se dicen a veces, qué cosas. La vida es hermosa. ¿Nunca ha deseado un abrigo de pieles? ¿Ni un collar de perlas de verdad? ¿Tampoco querría ser la dueña y señora de una de esas casas tan preciosas que hay en Algorta o las Arenas? ¿No? Entonces no es usted mujer. No lo es. Hay que tener ambiciones, sueños, y ese sarpullido que tienen por dentro los grandes hombres. No hay que decir esas cosas para que nadie se burle, pero tenerlas, vaya que si hay que tenerlas. Yo, personalmente, tengo las mías. Me gustaría ser capitán de industria. Mago de las finanzas. Eso, un hombre con sus coches, un «Opel Capitán», un «Rolls Royce», un «Pacard», aunque se trabaje, como dicen ellos que lo hacen. Eso no es trabajo. Cogen el teléfono, van en coche, vuelven, van, firman cien endemoniados papeles. Exageraciones, nada más. Eso no es trabajo. Cinco queridas bien vestidas, y una mujer casada por la iglesia que nos dé hijos que se pueden escribir en el Juzgado.

Indefectiblemente, la señora Pinta reía. Pronto se le borraba la risa.

—Venga, venga, Don Roberto, el durito, y si no a la calle. Venga, deprisa, hay que acostarse. Mi dinero me costó el traspaso.

—No se impaciente, señora, no se impaciente, que un duro no me falta nunca jamás. ¿No lo oye?, nunca jamás.

Josefina, la puta barata, se hacía la dormida.

—Hale, hale, fingida, el durito, el durito.

En total, diez duros, diez sombras hacinadas, que marcaban su siniestro dibujo sobre las baldosas del suelo. Diez pares de piernas y diez cabezas orilladas contra la pared.

Carvalho le entregó un billete de cinco duros. Tenía delante la cartera con su presilla de latón dorado y el cuero agrietado. La señora Pinta buscaba las vueltas.

—Uno, dos, tres..., ¿dónde habrá un cochino duro sin roturas? No voy a coger de hoy en adelante billetes de peseta, lo digo todos los días. Vienen como una puñetera mierda, y a saber de dónde lo habréis sacado. Llevarán encima todas las enfermedades del planeta.

Carvalho tenía a su lado un viejo que roncaba. La señora Pinta lo zarandeó.

—Venga, venga, que voy a apagar la luz y quito el plomo como dos y dos son

cuatro. ¿Acomodados? Pues al avío. Buenas noches, señores. A dormir. No quiero que nadie salga antes de que yo abra los cierres. Ayer hubo un ganso que me rompió las cerraduras; cinco duros cuesta otra nueva, la ganancia de la noche, y no creáis que me molesto en dejar esto despejado sólo por caridad. Para eso están los asilos y los hospitales. Ah, una cosa, cuidado con las manitas, Josefina, cuidado; esto no es una casa, no lo es, mientras yo viva. Hasta mañana, y que pasen buena noche.

El Pinto era buen hombre. La noche no era para que nadie la pase en la calle.

La calle tenía unas luces gelatinosas de un color desventurado y amarillo colgadas de las esquinas. Por las grietas de los postigos se colaban dentro, y a Carvalho le daban miedo. A la mañana, cuando el señor Pinto abrió los cierres, ya tenía deseos de salir, y lo hizo el primero.

Perkain estaba sentado en una de las tres sillas de la oficina improvisada. Al entrar, una placa esmaltada «Fonda la Sangüesina». Pasillos largos, ocupados con maletas recién llegadas, un paragüero cargado de ropas, con su espejo y los ganchos de latón amarillo de donde colgaban cosas sin precisar, bolsos de señora, pañuelos, bastones sin contera, sombreros, paquetes atados con cuerdas, envoltorios.

Lo encontró sentado en la cama. Una mesa, la maleta con dos correas hebilladas de color rojo, el lavabo de pita, el grifo chorreando lentamente gotitas de un agua gorda, cenagosa, sin gozo sobre el cubo.

Perkain quería explicarse y manejaba las manos como garfios y ganchos para sacar las palabras del fondo de su cuerpo. Salían las palabras rotas, surgidas súbitamente, cortadas, rápidas, conscientes del esfuerzo que habían hecho para salir, arrancadas más bien. Era el castellano más endiablado que había escuchado jamás.

—Tengo aquí los planos. Primero irán en un camión hasta Pamplona. En el camión, el camino es seguro. Pero en Pamplona les esperarán los que ya han llegado. Y los guardias saben que entran camiones cargados de portugueses, todos los días. Saben los sitios por donde pasan, y las horas. Por eso en Pamplona, cuidado. Desde allí haremos el camino a pie. No subáis a los camiones. Nosotros estaremos siempre cerca, a vuestro lado. Sólo hay que seguir el plano.

Carvalho dijo:

—¿Y cómo lo sabremos?

—Nosotros estaremos siempre a vuestro lado. Pero ojo con los caminos, los guardias van por ellos. Si os preguntan vais a trabajar a Alsasua, al ferrocarril.

Carvalho miraba al balcón. Los hierros herrumbrosos tenían sus follajes forjados, cargados de sol.

—¿Los compañeros?

—Sé dónde están. Vendrán.

Perkain extendía los papeles sobre la mesa, y Carvalho vio el esquema dibujado a pluma. Las rayas y los puntos negros, y las crucecitas apretadas, como las de un

camposanto, que marcaban los ríos y las veredas, los bosques, y las casas, y los puentes donde podían pasar la noche.

—Éste es el camino. Aquí hay una casa sin tejado. Se ve desde el monte, es Zazpiturri. Desde allí se domina la hondonada, al fondo las cimas siempre con niebla de Belate, mirando al norte. Atrás quedan Iraizoz, Auza, y Elzaburu. Siempre al norte, sin llegar al cuartelillo, muy a desmano de la carretera, donde están los carabineros de Belate. Verás una casita blanca, es el control, y otra vieja y negra, deshabitada, y otra, la del caminero. Mira, aquí.

—Sí.

Carvalho le vio sentado, y era más grande aún que de pie. Un hombre sin rostro, o lo tenía dibujado rápidamente. El mentón puntiagudo, los ojos de niño, el vigoroso trazo de las cejas y de la boca, la nariz como el pico de un buitre.

Carvalho dijo:

—Usted dirá el día y la hora. Queremos salir pronto de aquí.

Se dieron las manos. Perkain de pie, gigantesco y cordial. Las manos le contagiaban su confianza. Eran largas y huesosas, y tenían un calor inquietante. Perkain se llevó la mano a la boca.

—De esto, ni una palabra a nadie.

Carvalho cogía la manija de la puerta.

—Ni una.

Pasó otra vez por el comedor, las decoraciones casi desvanecidas de la pared eran tristísimas. Plafones de yeso rojo, la lámpara de largos vidrios azulosos, y las sábanas colgadas de los clavos, que dividían el comedor en compartimentos desiguales.

—¿Busca a alguien, caballero?

Caballero, señor, hombre a secas. Carne y hueso, un corazón en la mano, unas manos con callosidades amarillas, con uñas negras y pringosas, unas cejas, unos ojos, los zapatos.

—La puerta de salida.

—Es por ahí.

Y otra vez aquella mañana, el señor Pinto y la fotografía pegada en el espejo, con los once jugadores de fútbol, seis de pie, cinco en cuclillas. La tabernita con humo de colillas y vino aguado, vino que se picó en la cuba, traído hasta el mostrador en un camión humilde, como el mismo vino, con asma incurable, y los mismos hombres, los mismos, los huesos, el corazón y los sueños. Los mismos.

Habían visto la casa como un barco o una nube, algo deforme, sin precisar en el crepúsculo. Inmediatamente sintieron miedo. La casa estaba allí, dibujada en el papel,

las piedras con musgos y líquenes y orugas muertas; los tejadillos al mediodía, las tierras abandonadas a su alrededor, con hierbas amarillas, y el árbol denso, recortado en el ancho rectángulo de la fachada. Y también sobre el anochecer. Era exactamente igual que en el papel. Pero no lo creían y esperaron vigilantes.

—Hemos llegado. Un solo día de viaje y hemos llegado. Mañana pasaremos a Francia. Lo dice aquí.

El viejo tenía una risa contagiosa.

—Eres un genio, Carvalho.

La casa cada vez estaba más lejos y perdida. Se la llevaba el anochecer como las aguas de una lenta riada.

Juscelino dio un grito.

—Hay castañas. Mira, Carvalho, son castañas. No nos moriremos de hambre.

A Do Pereiro se le distinguía por la voz. La tenía de mujer. Do Pereiro bebía ron y aguardiente destilado y fumaba tabaco en pipa, pero aquella voz no se le iba.

—En Francia hay buenos vinos. Mañana beberé hasta caerme de culo.

Se oyó el ruido impreciso que venía del bosque. Una rama desgarrada, la fractura de un hueso. El ruido se repetía monótono y lento.

—¿Qué es eso?

También se oye en la sangre el tic-tac del pulso. La sangre tiene sus caminos y palpita en las venas, y sube con prisa hasta las sienes. Es una víbora en el cuello que se remueve y precipita.

—Todos quietos.

—Son pasos de hombre.

—Quietos, todos quietos.

Carvalho escuchaba. La simiente del viento chocaba contra la tierra y producía un siseo aletargado, irritante. El viento les tocaba la piel con sus infinitos dedos. Les tentaba los labios estremecidos. Era como una voz sin palabras que les decía: «El hombre está hecho de tierra, con algo dentro, es un deseo dormido, un hambre viva. El deseo y el hombre quieren salir, pero no pueden». Caía la voz, si es que era eso, en el hoyo profundo del cuerpo, les golpeaba por todas partes, avasalladora y tenaz, obsesiva. No era una sola voz, eran cien bocas diciendo lo mismo: «Aguantar de pie con los puños cerrados, no rebelarse, callar y obedecer, también eso es el hombre».

Alguien decía:

—Son pasos, y vienen hacia aquí.

Do Pereiro se tentó los zapatos destrozados, de caminar un día a campo través. Los clavos le arañaban los dedos. Dio su opinión.

—No hemos de llegar, Do Pereiro, no hemos de llegar. Nos cogerán antes.

El viejo le quitaba la palabra.

—Tienes razón. No llegaremos. Veo la Guardia Civil y nos pide el pasaporte, los

papeles con su sello, las firmas y la foto. Lo que está escrito en los papeles que yo no sé leer. No tuve tiempo. Había que comer y no deja tiempo para otras cosas más inútiles. La Guardia Civil sin los papeles no nos dejará pasar. Y no los llevamos.

Carvalho se puso de pie.

—Ya sabes, viejo, que llegaremos, como hay Dios en los cielos. Lo sabes bien.

—La trampa está echada. Hemos entrado en ella, y estamos cogidos. Huelo el cebo que nos han puesto. Somos ratas, nada más que ratas. Yo no hubiera seguido, me lo decía el olfato. Esto no puede terminar bien. No llevamos los papeles en regla.

—Nadie te obligó a venir.

—A veces se hacen cosas. Hubiera sido mejor dejarnos caer sobre la tierra y pasar las horas muertas mirando al cielo. Ellos hubieran llegado a su tiempo. Manos arriba, pues manos arriba. La cárcel, pues la cárcel.

—Estamos aquí porque nosotros hemos querido.

—Hay que aguantarse, ésa es la palabra. Aguantarse. No estamos hechos para la vida. El del camión me preguntó en gallego: «¿Cuántos años tiene, abuelo?». Le dije: «Cincuenta y nueve». «A sus años es difícil pasar la frontera sin papeles». Yo vi sus ojos que nos miraban. Estoy seguro que buscaba la vida de cada uno, algo más que el traje o los zapatos. Cuando le pagué me dijo: «Buen viaje, señor, buen viaje. De aquí, hasta la raya, no es de mi incumbencia. Yo me vuelvo a Galicia». ¿Y el consejito? Tiene gracia. Me puso la mano sobre el hombro, acercó su boca a mi oreja y me echó las palabras: «Vayan por Burguete, hágame caso». Yo le dije: «Nos dejamos llevar». Estuve a punto de quedarme allí, ir a la comisaría y decirles: «Me buscan los Tribunales por haber matado a un hombre. Aquí estoy». No fui, no, y me arrepiento.

Carvalho se impacientaba.

—Nos cogerán si disputamos. Nos cogerán.

—Estábamos borrachos, Carvalho, cuando nos cogías las manos. Dijiste: «Hay que jurar que no nos separaremos». Echábamos un pulso. Los cuatro puños cerrados, y las palabras: «Haremos el camino juntos, hasta Francia. Ya en esa tierra, se rompe el juramento». Pero estábamos borrachos. Desde entonces nos ata la desgracia.

Carvalho no cedía:

—Juntos salimos de Bilbao, y juntos estaremos en Francia. Está decidido. Yo he dado mi palabra, y mi palabra se cumple. Ese hombre ha dicho que volverá.

—¿Tú qué sabes?

—Tenía aspecto de no mentir.

—Ya se le ha pagado.

—La mitad sólo. La otra mitad, en Francia.

—También por ese dinero pueden vendernos. Aquel hombre que había sido de las Mocidades nos lo dijo: “Hay gentes que nos engañan. Dicen que van a pasarnos, y es mentira. Se quedan con los cuartos. Y contaba casos.

—En Río d’Ouro tengo un hermano. Con el dinero pude haber embarcado.

El pájaro, oculto en algún lugar de la noche, cantaba solamente tres notas de la solfa. Una flauta con tres agujeros, tres notas, insistentes, descoloridas.

—Te llaman Carvalho. Es a ti.

Carvalho no creía.

—No es nuestra contraseña. Cuando ladre un perro, nos llaman.

—Pero ¿no oyes? Te llaman, Carvalho.

También aquella tarde le llamó ella. Y era la misma voz, dulce y medida, como la brisa del anochecer. Y no era más que una brisa.

—Carvalho, yo me muero. Cuida de los hijos.

—No digas cosas.

—Que sí, yo me muero. Se ve.

Olía a tierra polvorienta, el tomillo empapaba el aire. Y el aire se quedaba en las cortinas que tenía la alcoba, en los maceteros con flores de papel, llenas de polvo y de mugre. El sol, ya sin brillos, resbalaba por la madera de la cómoda igual que una mariposa.

—Carvalho, yo me muero, que venga el cura.

—No te morirás, no.

—Que venga el cura.

—¿Con qué vamos a pagarle?

—Yo me muero.

Lo que pasó aquella tarde lo guardaba la memoria. Le vio caer descolgada la mano. De los ojos nacía un vaho caliente, vidrios rotos, de un color vago, huidizo. A las siete de la tarde el sol estaba alto, en el extremo de la calle. Extraña flor sin perfume. La calle vacía y larga, por donde no pasaba nadie. Había muchos tejadillos negros, ruinosos, con verdes ya antiguos que dejaron los inviernos y las lluvias. Y sobre los tejados, cientos de cigüeñas tijereteaban el aire.

Carvalho le rogaba.

—Di, algo, Rosa, quiero oírte hablar. Saber que estás viva.

Pero ya no dijo nada. Estaba muerta. La cabeza descoyuntada había quedado definitivamente echada sobre la almohada. El espejo recogía la mancha aguanosa del crepúsculo, estanque olvidado con las algas muertas, las plantas flotantes de las nubes, las ramificaciones misteriosas de los reflejos que vivían sólo un segundo. La masa de la noche ocupaba totalmente la habitación. Habían venido gentes que él conocía. Y les oía decir cosas sin sentido.

—Pobre del que se queda. El que se va ya ha terminado.

—Y los críos sobre todo. Deja seis.

—Una madre lo es todo. Sin madre, no hay hombre.

Estaba la mujer que rezaba con un libro sucio en las manos, la que miraba las ropas manchadas de sangre que la mujer muerta tenía todavía en la boca. Estaban los niños mirando a su madre. Y como nada comprendían, ni nada se les explicaba, los niños tenían sus hermosos ojos muy abiertos, y lo miraban todo, sorprendidos.

—Que se lleven a los niños ahora mismo de aquí.

El hombre que daba gritos había sacado los papeles del bolsillo, y el lápiz. También sacó una hoja de afeitar, y con ella le hizo la punta al lápiz. Lentamente, pasaba revista a todo lo que había en la habitación. Y lo anotaba: «Una cama con su jergón y su colchón. Estimado en unos cinco mil escudos. Un cuadro de la Virgen de Fátima...». Carvalho le veía escribir y escribir, y mirarlo todo con sus ojos ávidos. Carvalho lo había visto muchas veces. Era el de la tienda, el que vende al fiado, el que da dinero a quien no lo tiene. Y había llegado la hora de cobrarse.

—Se avisará al santo hospital que traigan las parihuelas del depósito de cadáveres. Yo no estoy por fiar ni un céntimo más.

Carvalho estaba sentado en la silla de anea, y sabía que hablar era algo inútil, y que las cosas venían así y eran irremediables. El hombre recogía los papeles.

—Yo pago las enfermedades de medio pueblo. Si no fuese por mí, se morirían las gentes antes de tiempo.

Toda la casa estaba llena de gentes que recapitulaban su vida. La vida de Carvalho, sabida de memoria, porque era la misma, qué más da, que la de cualquiera de ellos.

—Se pasó la vida buscando trabajo para sanarla. Y no se lo dieron. Encontrarlo ya lo encontraba. Pero no le querían. Era demasiado estirado.

Carvalho no escuchaba. O no quería.

—En Evora lo metieron a la cárcel por pedir limosna en la puerta de la catedral.

—Siempre ha tenido cosas Carvalho. No quiso nunca doblarse. Y nosotros no podemos estar nunca de pie. Es la verdad.

Carvalho vio cómo entraba y salía la gente, para ver a su mujer muerta, y a los niños alrededor de la cama. Nadie hacía nada porque aquello terminase.

Los días estaban ya lejos, y el pueblo cerca de Evora, provincia de Alemtejo. Y con el pueblo, la casa, los tejados musgosos, las cigüeñas con sus tijeras cortando el aire.

Do Pereiro le tiraba de la chaqueta. Parecía querer despertarle.

—Pero, ¿no oyes, Carvalho? Te llaman.

—Nuestra contraseña es el ladrar de un perro.

—Es a nosotros. Tienes que salir y mirar la casa.

—Quietos aquí, yo volveré.

Desapareció entre la noche. Sentía la frescura del aire reptando misteriosamente por su cuerpo, húmedo aliento en la piel de las manos.

Efectivamente, parecía que aquella flauta cantaba su nombre:

«Car-val-ho, Car-val-ho, Car-val-ho».

Tres notas que eran como tres compases, o tres golpes sincopados de su propia respiración. La lengua seca, los pulmones —fuelle viejo—, apenas se ensanchaban, o el aire no llegaba hasta ellos.

Avanzaba; estaba seguro de ello. El pulso, tic, tac, tic, tac, y la flauta aquella con sus tres notas articuladas: «Car-val-ho, Car-valho». La noche se hacía dura y negra como la piedra a su alrededor. Se detenía, escuchaba atentamente. Creía oír esperanzado. Vacilaba, indeciso, volvía a caminar a ciegas, sumergido totalmente en la noche.

—Nadie. A nosotros no pueden llamarnos con una flauta.

Había desaparecido la voz en el silencio impresionante del bosque. Carvalho caminaba golpeándose las caderas. Dejaba de tentar inútilmente la oscuridad; se le escapaba de entre los dedos el miasma viscoso, no se dejaba coger. Hilachas de niebla, algas de un mundo submarino en los dedos.

Algo, cualquier cosa, un golpe en la espalda, una rama, el contacto de una piedra, le dejaba los cinco sentidos llagados. Como si el aire entrase de golpe por la boca hasta el hondón del cuerpo. Y, cosa extraña, no sentía miedo, ni temor, ni deseo. En la memoria estaba el abuelo derrotado sobre el bastón, casi ciego, años y fraudes en las manos, que agarraban el palo. Le decía:

—No importa, para lo que uno tiene que ver, prefiero no tener ojos.

Eternamente sentado a la puerta de la casa, hombre sin tiempo, las piedras y los árboles eran entrañables, partes integrantes de su cuerpo. Decía cosas que podían ser verdad. Carvalho las recordaba todavía.

—Tú mira siempre a algo con los ojos bien abiertos. Mira el camino y adelante, adelante, sin distraerse. No mires a los lados. Adelante.

Sintió cosquillas en la sangre. La hojarasca, las ramitas polvorientas, los insectos, se le habían metido dentro. Él llegaría, Francia estaba a mano. Al otro lado del bosque, la tierra dulce de Francia. Otro país, otro mundo. No era Portugal, ni era tampoco España. Otro universo. La noche no le daba miedo, ni se preguntaba dónde estarían escondidos los Guardia Civiles. La sangre batía dentro como un ser concreto. El corazón a flote, una extraña nube lo alza, lo lleva lejos, arrastrada; él siente el cuerpo vaciado, vuelve el corazón a su hogar, entre las costillas, golpeando despacio, a su compás. Otra vez los pies pisan firme. El placer indefinible del sueño volvía con

sus manos a cogerle el cuerpo y llevárselo. El sueño era largo, acariciante.

—Traeré bastón y sombrero, y cinco maletas llenas de ropa; perfumes, una mujer, un automóvil. Me verán pasar por las calles de Evora, y nadie sabrá quién soy. Nadie. En los bancos de la plaza, junto a la iglesia catedral, se está bien; mi cuartel general. Y los otros como yo que han vuelto de Brasil, de Argentina. El bastón y el sombrero, lo estoy ganando ahora, en esta noche.

En el bosque, ni en la noche, no estaba la voz. Tampoco la flauta con sus tres notas imprecisas, melancólicas. Llamaba lentamente, pero nadie respondía.

—Perkain. Eh, Perkain.

Era una súplica que nadie escuchaba. Imploración remota a una fuerza ciega, la fuerza del destino que le tenía atrapado en la oscuridad.

Cuando regresó, encontró a los hombres ya dormidos.

—No hay nadie. Y la casa está deshabitada.

—¿Nadie?

—No.

—Estamos completamente solos.

—Pero ¿dijo que iba a venir?

—Lo dijo.

—Nos han cortado el camino los guardias. Ahora, definitivamente.

—Eso es imposible.

—No lo es. Los guardias lo saben todo. Para eso están.

El viejo parecía gritar. Estaba nervioso.

—Es preciso salir de aquí.

Carvalho se encogió de hombros.

—Es cosa de acercarse a la casa. Esto es lo más importante ahora. Luego, con el día, será otra cosa.

SEPTIEMBRE

Sol: 6,05 a 18,08 - Luna: 2,40 a 16,49

Luna nueva el día 28.

25

Sábado

Nuestra Señora de la Fuencisla.
Santos: Alberto y Fermín, obispos;
Herculano, mártir.

ORGANIZACIÓN CLANDESTINA DE EMIGRACIÓN DESCUBIERTA EN PAMPLONA

Facilitaba desde 1947 el paso a Francia de trabajadores portugueses.

Pamplona 5. Una vasta organización clandestina de emigración ha sido descubierta. Se dedicaba a pasar a Francia labradores portugueses. Tales actividades ilícitas comenzaron hacia finales del año 1947. En las calles de la capital y en los pueblos importantes de Navarra se notó un desusado movimiento de obreros portugueses, que se filtraban luego, con las ayudas pertinentes, en Francia, principalmente por la frontera de Navarra.

Algunas detenciones han puesto en claro la existencia de la organización. Una o varias redes protegían este éxodo de obreros portugueses desde su patria hasta la frontera franco-española. El delegado provincial del Instituto Español de Emigración, Sr. Sánchez de León, ha declarado que durante mucho tiempo se creyó que la cabeza de la organización radicaba en Valladolid, Salamanca y Galicia. Luego quedó claro que los hilos se manejaban desde Pamplona y que existía más de una red, todas perfectamente reguladas y organizadas.

ABC, 5 de noviembre de 1962. Madrid

Ya amanecido

Le habían sorprendido a cien metros de la casa, segando la hierba o la niebla que colgaba de la hierba. Los guardias seguían los golpes del hacha, los ladridos de los perros. Por ellos se orientaban. La casa estaría ya cerca, entre la nube que se había cuajado sobre el campo. Era un humo denso. Le salía a la misma tierra; parecía tener humo dentro y se quemaba. Vieron los pies en movimiento, las abarcas de goma, las cuerdas que ataban las gomas a las piernas.

—Está ahí. Nos ha visto.

El hombre vio por debajo del humo o de la niebla, o de la nube que se acolchaba por encima de las hierbas, las polainas embetunadas, las espuelas sin brillo, las botas. La culata del fusil avanzaba. Y las patas de los caballos, los cascos pintados de anilina, los corvejones peludos. El caballo clavaba los cascos en la tierra, engarfiados en el barro. El cabo había desmontado y caminaba despacio, paso a paso. Los caballos relinchaban husmeando en el aire. Levantaban las crines sacudidas con rabia, inútilmente. Entre la niebla se deformaban las grupas, contorsionadas y horribles, nada más que esbozos. No se veían los arneses humedecidos, el puente de los estribos. La niebla pasaba a ráfagas por debajo del vientre panzudo de los caballos, los envolvía, los dejaba otra vez visibles. Los caballos estaban asustados. Se veían los cascos húmedos, como arcilla azul, resquebrajada. Las herraduras hundidas en la hierba. El cabo entonces dijo:

—La madre que los parió, nos van a descubrir.

—Sería mejor dejarlos aquí, cabo.

—Y que nos los roben; hasta ahí podíamos llegar. Al cabo le han robado los caballos. Diez oídos pegados a la tierra nos escuchan, saben que estamos en este lugar, y ahora mismo. Y si vacilamos, o si tenemos dudas. Ellos lo saben todo. Nos ganan por la mano.

Dejaron los caballos. A unos pasos de ellos sorprendieron la mitad del hombre que nacía de la tierra; el cinto de cuero, los pantalones de pana recogidos en las canillas de las piernas por las vendas de la polaina. Le brillaban las abarcas de caucho negro, de neumático usado. El hombre se echaba sobre la guadaña, recortaba su silueta concisa, tijeateada en la niebla, menos densa ya a sus espaldas. Podían contarse las rayas de la camisa, los bolsillos cerrados con el botón de hueso en el cuello, la barba cerrada, los ojos. Le veían entero, aunque algo borroso, porque el humo aquel volvía a estar delante.

—Buenos días.

El hombre contestó:

—Buenos.

El cabo dijo:

—Qué, ¿de espera?

—¿Dices?

El cabo se impacientaba.

—He dicho que si de espera.

El hombre replicó con los hombros, éstos subieron buscando la cabeza y cuando iban a alcanzarla ya, descendieron, como si la elasticidad del resorte que le empujó hubiese cedido.

—No entender.

—Es usted alemán, o así.

El hombre se miraba las manos, gesto estúpido. Dejó la guadaña en el suelo y sacó la petaca de cuero negro. Al abrirla se desparramaron los granos tostados del tabaco.

El cabo dijo:

—Gracias, no fumo. Venga con nosotros.

El hombre dejó la guadaña sobre la hierba húmeda, recién segada. Se puso la chaqueta con lentitud.

Cuando entraron en la sala de armas olía a podrido. Al abrirse la puerta salió el tafo de orinas estancadas, el putrefacto olor del tabaco quemado en el cenicero. Las colillas retacaban el pocillo de metal, con una grandes letras en los bordes. «Coñac Soberano». Había cenizas blancas, con la forma del cigarro consumido, y parecía que las cenizas tenían letras diminutas, casi legibles. Sobre la mesa, los naipes extendidos. El hule historiado, con el mapa de España donde los guardias estudiaban los partidos judiciales. Junto a los naipes el libro de ordenanzas.

El hombre se detuvo al entrar. Había llevado durante todo el camino la grupa del caballo, por delante, los olores del caballo, el ramalazo del rabo erizado sobre su rostro, siguiendo el trotecillo, con el mismo paso impaciente. Miraba y miraba todas aquellas cosas con angustia. Le sorprendía el recinto donde no podía respirarse, las cuatro paredes de cal, las sillas de rejillas, el armero y los cuadros colgados en las escarpas. Todo era extraño; hasta los muros con sus sombras caprichosas, de humo seco. Horas y horas fumando los guardias alrededor de la mesa; chupaban ansiosos, murciélagos ciegos, glotones, el cigarro apagado en los labios, pegajoso y marchito.

El cabo se restregaba las manos.

—Bien, bien, tenemos un hilo ya cogido. Luego vendrán los otros.

El cenicero lleno de colillas donde moría, extinguido, el tiempo. El cabo cogió el cenicero y lo arrastró sobre la mesa. De la provincia de Guadalajara pasó a la provincia de Pontevedra. Los guardias conocían de memoria el mapa. Días y días alrededor de la mesa, con las manos sobre las cartas, y las cartas en abanico en las tardes de lluvia. El cabo alzó la mano para bajar la bombilla. La cadenita dorada del contrapeso, como las que llevan los relojes de bolsillo o las medallas, dio un vivo

reflejo. Entonces el foco de la luz cayó sobre la mano. Círculo indefinido sobre los papeles de barba, trazado sin exactitud, donde estaban iluminados los pliegos de papel, las manos del cabo, la pluma estilográfica.

—¿Se llama usted?

El hombre comprendió. Le habían preguntado mil veces su nombre y mil veces lo había dicho. En el Registro Civil, en la Parroquia, en la Caja de Reclutas, en las oficinas de Correos.

Relincharon los caballos atados al olmo del patio.

—José Mari Oyarbide, pero me llaman Praixku.

—Segundo apellido.

—¿Qué?

—Cómo más.

—Mendieta.

—¿Dónde nació?

—Imirizaldu, Ayuntamiento de Etxalar. Vivo aquí desde el casamiento.

—Ahora me va a decir dónde están los portugueses. Y quién los lleva.

—No sé.

El cabo se puso las gafas. Ordenó.

—Anastasio, tráeme un vaso de agua.

La habitación estaba totalmente a oscuras. La luz de la bombilla caía haciendo un cono perfecto sobre la mesa; los ojos detrás de las gafas daban latidos. El hombre se movió. Sentía miedo o desasosiego. Las noches de contrabando era distinto. Completamente distinto. Oscuras noches de lluvia refugiado bajo los árboles, el agua le caía sobre el rostro, se le pegaba al pelo y a los ojos, chorreaba por dentro del cuerpo. Los pasos de la brigadilla chapoteaban ciegos en los charcos. Espectros, luces, faroles y brillos de pupilas que se dilataban. Gritos, voces jurando en la noche; la hierba escupía el agua. Ellos decían: «La mejor hora, la mejor». Escuchaba desde su escondrijo, debajo del árbol, apenas guarecido el cuerpo del viento que azotaba los troncos con violencia. Oía los gritos, las voces alejadas, arrastrándose por la lluvia. Unos metros tan sólo los separaban.

Él prefería una noche de ésas a dejarse mirar de aquella manera. Los ojos del cabo eran pequeños y distantes, no podía soportarlos. Las noches de lluvia, porteador sin nombre, los barrancos llenos de agua o de viento, sombras y misterios. Los Guardia Civiles pasaban muy cerca, y le pisaban la mano, y también los caballos por encima de su cuerpo, le doblaban las costillas con los cascos herrados. Pero esto era peor. El cabo detrás de la mesa, la pluma en la mano, el pliego de papel de barba, el tintero, la carpeta. Mucho peor.

—Habla, hombre, y terminaremos antes. Se oyó el relincho de los caballos en el patio.

—Yo no me entrego tan fácil. Te llevaremos a Pamplona. Eso es, a Pamplona. Allí hay medios legales para hacerte cantar.

El hombre gemía:

—No sé. No sé.

El guardia Anastasio sentía deseos de dejar suelto al hombre y echar a correr. Bajar el pestillo de la puerta, buscar la cama. Sentía pereza en obedecer. Y sin embargo comprendía las razones del cabo.

—Los portugueses estos son gentes indeseables. Llevan las manos manchadas. Nadie se va de su tierra porque sí. Y cómo se van, ¿eh? Sin papeles. En Portugal no atan a nadie. El que quiera puede salir. Hay que hacer un depósito, eso sí, pero es la ley, todo el mundo puede marcharse. Luego está lo de Angola y las cosas de la política. La gente que sabe trabajar debería joderse en la política. Y a estos portugueses les gusta el follón. Le digo...

El guardia Anastasio no quería volver la funda de la memoria. Le salían los malos recuerdos, la infancia sin horizonte, la casa con las puertas descerrajadas, ventanas sin cristales, colchones en el suelo, y ellos echados sin sueño, mirando a los techos, incansables, con las garras del hambre dentro. Días con frío, días con sed y hambre, días cansados ya, agotados. Por todo eso, por los recuerdos y las memorias perdidas que volvían, por los días de tristeza, estaba de parte de los gitanos esquiladores, con sus tijeras, sus zurriones de cuero, sus costras, los ojos negros y profundos, los burriquillos, y el chalaneo. De parte del ladrón sorprendido, de la puta sin documentar, del estafador y de los débiles. De parte del jugador con ventaja, de los mendigos, de los muertos de hambre. No quería estar de ese lado, pero el corazón le llevaba, había caído en la trampa del sentimiento, y era más fuerte que los libros, más que los principios, y que el oficio.

El cabo decía:

—Hemos atrapado una sombra, ahí la tienes, cógela, se guarda en una caja y se lleva a la comandancia de Pamplona. Al desenvolver el paquete se sorprendería. Es una sombra, sólo eso. Y con una sombra no puede hacerse nada.

El cabo tenía aspiraciones: «Hay que ser algo, luchar por algo. Tenemos toda una vida por delante, años y meses, y días y horas. Aquí metidos hay tiempo para construir el trampolín en silencio, siempre en silencio. Luego, zas, se lanza uno, y ya no hay un dios que le siga. No lo hay». Cualquiera hubiera visto en sus ojos escritos los sueños que llevaba el corazón. Con sólo verle las manos, y subir la mirada del papel de barba, o calzarse las polainas hebilladas, ajustar los corchetes de la guerrera. Si le hubieran cosido las estrellas de oficial en la bocamanga no le sorprendería a nadie, porque sería lo mismo, y nada cambiaría. Era oficial ya de antemano. Dignidad. Guantes de cabritilla. Ropa limpia. El cepillo de dientes. La brocha de afeitar. Anastasio quería ser cabo, pero no sería nada, no estaba escrito. Comenzaba a

saberlo.

Anastasio dijo:

—Este hombre no sabe nada.

—Sabe demasiado.

Anastasio no llegaría lejos. No había nada escrito en el expediente de su destino. Hojas blancas de papel de barba, cosidas con una cuerda, donde la pluma tenía dificultades para escribir. Su pariente el de Capitanía General le escribió una carta redactada así: «Las cosas no son tan sencillas como tú las ves. Se necesita gente capacitada. Espero que tú te prepares bien». No eran sencillas las cosas. Para él al menos. Para otros sí lo eran. Les salía a pedir de boca. Dicen: «Quiero ser cabo». Pues cabo y con galones nuevos. Salía su nombre en el Boletín Oficial del Estado: «Ahora que me trasladen al campo de Gibraltar. Es de por allí mi mujer». Pues al campo de Gibraltar con él.

La voz del cabo tiraba con sus hilos hacia abajo, el globo del corazón descendía sobre la tierra, y Anastasio oía las palabras.

—Estos portugueses no son tan pobre gente como dicen los curas de por aquí. No lo son. El otro día en Pamplona apareció uno muerto. Lo habían tirado desde el Redín a los fosos. El *Diario de Navarra* lo dijo. Se llamaba Tristán. Bonito nombre. A nadie se le mata sin más ni más. En una taberna de Jarauta se pincharon dos compatriotas a las tres de la mañana. Y allí, cerca de Lazagurria, tres de éstos asaltaron a un taxista. Al fin le cogieron a uno en la sepultura de un cementerio, y cantó. Estaba muerto de hambre. A los portugueses que yo busco, los dirige Perkain, pero ¿quién es ese Perkain?

Anastasio se acercó a la ventana. La abrió y la luz invadió súbitamente el cuarto. Entonces cruzó el rostro entre los árboles. Los caballos relinchaban atados al olmo con la cabeza alta, plasmada en el fondo terroso de la tapia. Un muchado corrió zigzagueando. Los caballos piafaban inquietos siguiéndole con los ojos gordos, como gusanos, hundidos los cascos en la tierra que se desprendía de las herraduras. Sólo una fracción de segundo y el rostro estúpido permaneció quieto, mirándole. Tan sólo vio la mancha amarilla, y, palpitando en ella, los fulgurantes reflejos de los ojos. Desapareció inmediatamente.

La misa de ocho

Era sábado y el cura había madrugado porque tenía costumbre de quitar los manteles de los altares y dejarlos sobre las cajonerías de la sacristía. Estaban allí hasta que llegaban las mujeres piadosas que van todos los días a misa, y encienden lamparillas a los santos de nombres rarísimos y recogen los manteles, los lavan entre semana, los planchan con el hierro caliente. Las mujeres hacían esto el lunes o el martes, y les llevaba tiempo almidonar las telas hasta que con la plancha salían rígidas, como las obleas o el papel de plata, los rizados y los flecos tiesos igual que los manteles de las casas ricas.

El cura hablaba siempre en la iglesia. Los santos en las hornacinas con sus ojillos y sus manos secas, y los vestidos de colores hermosos, sus coronas polvorientas, le escuchaban.

—Esta iglesia es viejísima. Ya consta en los libros que en el siglo xv existía una capilla dedicada a Santa Brígida. Se le fueron añadiendo capillas a distintos santos, y nos salió este edificio sin gusto.

En las primeras horas el mismo cura se ayudaba. Tiraba de la cuerda y la campana se agitaba nerviosa en el campanario donde duermen las lechuzas y se aletargan los murciélagos; están las cigüeñas y los aires se entrecruzan y pasan y traspasan cien veces los ojos de la torre. Abría las puertas chirriantes, cada una con su gigantesca llave, daba cuerda al reloj de pared que se adelantaba o retrasaba y sabía cuándo iba a llover o cuándo el tiempo sería seco, como las piernas reumáticas, o los viejos que les duele el dedo gordo del pie. Entonces la iglesia se llenaba de ruidos extraordinarios. Las cerrajas igual que cajas misteriosas con música dentro, el reloj y la péndola amarilla que era una hostia o un badajo, cortando a cercén el tejido del silencio. Todo el edificio viejísimo de la iglesia retemblaba y tenía ruidos, corrientes subterráneas, como un cuerpo vivo.

—En sus tiempos la parroquia tenía tres beneficiados y un sacristán con sueldo.

Al segundo toque venía las mujeres metidas en los echarpes negros. Pájaros nocturnos, que traen y llevan los males, y las enfermedades, y los malos quereres, y la tartamudez de los niños, y los amores clandestinos, las bancarrotas, los fraudes, el mal de ojo, y el sarampión a quien no lo tiene. Cada mujer traía su mal y quería curarlo. Regresaban de la noche, y traían legañas y costras y humedades en los ojos; todavía con los sueños y la caricia que dan los mismos sueños. Se colocaban una a una debajo de los púlpitos, resguardadas de los vientos y las corrientes de aire, de los fríos traidores. Sacaban sus libros viejos como sus manos, sucios, arrugados, sombras azules y verdes en sus hojas que hacían las lágrimas arrepentidas, al caer sobre el papel y desteñir las grandes letras magistrales con dibujos y acuarelas y figuras piadosas que daban comienzo a los capítulos.

El cura, todas las mañanas, decía:

—El monaguillo no ha venido, a ver quién contesta a la misa.

Las lucecitas de los cirios eran insectos o corazones de gente muerta. Aquellos corazones, o insectos, se comían poco a poco la cera sagrada de los cirios.

Vino el sacristán y daba grandes voces por la iglesia.

—¿Está don Macario en la sacristía?

Había visto más de diez curas llegar con las maletas de cartón, su timidez primeriza, sus titubeos, sus preguntas inverosímiles. «¿Dónde están las vinajeras? ¿Y los alzapaños? En el libro inventario hay consignado un apagavelas de plata para el culto de Jueves Santo». Lo único que pedían era limpieza. «Comer es lo de menos. Pero la limpieza, no, por eso no paso». Sabían dónde estaban las humedades y de qué venían, ponían tocinos envenenados y trampas de alambre para las ratas que se comían las maderas apolilladas de los retablos. Sabían muchas cosas más, la misa de Perossi, el *Agur Jaunak*, jugar a la pelota, beber vino de porrón de cuando la guerra, blasfemar en castellano, también de entonces.

La sacristía era grande y espaciosa con olores a telas dobladas; entre tela y tela bolas de alcanfor y cortezas de naranja, ramas de espliego que daban un olor agreste y montaraz a los cajones de viejas maderas. Al cura le gustaba aquel olor.

El sacristán entró sin aliento.

—Hay portugueses en la borda, Don Macario.

Sobre los hombros tenía el alba remendada y las manos que deshacían los pliegues. El cura corrió las manos y el alba cayó sobre los hábitos cubriéndolos de una espuma sucia.

—¿Quién los ha visto?

—Yo. Anoche me perdí. Shoshé me pidió que fuese delante. Nos habían traído una mujer y dos niños. Había que pasarlos anoche mismo porque los esperaban en Sara. Gente importante, digo yo. Tenían las manos muy blancas. La noche no era propia. Yo fui delante. Oí voces entre los árboles. Eran voces extrañas, no se entendía nada.

El cura cogió el cingulo con dos grandes borlas polvorientas; lo anudó a su cintura. Las borlas caían casi hasta el suelo.

—¿No sueñas, Martín?

—No, señor. Yo hice la seña. Anoche era una flauta. Di vueltas y vueltas alrededor de aquellas voces y nadie contestó. Parecían aturridos y discutían entre ellos.

El cura tan sólo dijo:

—Pobrecitos.

Había dicho muchas cosas más. Había dicho que el lunes por la tarde subía las sendas perdidas, los barrancos entre los montes, y seguía el camino que por la noche siguen los hombres. Así una hora, dos horas, hasta llegar a la casa. El paisaje era el mismo, el color de las piedras y de la tierra, el de las tapias y las talanqueras alrededor de los huertos, el agua de las fuentes y los tejados de la casa.

Sin embargo había llegado a Francia. Se daban las manos y hablaban vascuence. El otro cura tenía los ojos oscuros y no movía la boca cuando decía lo que decía:

—Se sabe quién los abandona en el monte, y quién los denuncia a la gendarmería francesa. Esto hay que evitarlo.

Pasaban las horas junto a la mesa. Escribían en un papel y se servían vino de la jarra como dos hermanos. El sol bajaba lánguido por los cielos. Don Macario se abotonaba la sotana que tenía muchos botones arrancados y los ojales por donde metía los dedos y los sacaba, y así cien veces. Otra vez darse las manos. En la mesa quedaba el cuchillo y el pan y las rebanadas de queso y los dibujos que hacía el vino al derramarse sobre las tablas y los clavos que juntaban las maderas.

El cura francés hablaba con energía:

—Esto tiene que acabarse.

Quedaba el olor que dan las bolas de alcanfor a los trajes de los curas siempre guardados en los armarios de las sacristías. El cura francés no olía a espliego, ni a cortezas de naranja, ni a bolas de alcanfor. Era otra cosa. Y sin embargo, los dos hablaban vascuence, y los dos decían:

—Pobrecitos. Hay que hacer algo.

—Son cristianos.

El cura francés seguía:

—Y si no lo son, lo mismo.

Don Macario comprendió.

—Sí, sí, igual.

El cura francés sabía cosas. Las decía.

—Hay gentes que no tienen entrañas. Y son de los nuestros. Los dejan por ahí, en cualquier sitio, después de cobrar. Si los podemos eliminar haremos algo bueno por los hombres. Debemos estar junto al que sufre y al que persigue la justicia.

Don Macario parecía llorar.

—Pobrecitos.

Otra vez se daban la mano y no se despedían del todo, mirando siempre al sol que había caído más en el foso del cielo. Definitivamente se cerraba la puerta claveteada, y el cura bajaba deprisa por los caminos del contrabando, que siguen los hombres por la noche.

El sacristán le ayudó a meterse la casulla con su gran cruz latina a la espalda.

—Hay que hacer algo, Martín, por estos pobrecitos.

—¿El qué Don Macario? Los guardias saben que están aquí. Yo los he visto hace una hora en la borda.

—¿Quién los ha traído?

—No sé. Me miraban como mira una vaca o un perro cuando tiene miedo. Y decían algo con las manos. Yo los he visto. Los llevaban a donde tenemos el corazón y la boca. Tienen hambre.

El amanecer era una mancha aplastada o una vaga oscilación de las sombras que se trasladaban de lugar lentamente. La casa se perdía borrosa y enturbiada en aquel caos gris, estremecido, donde los árboles y la tierra no tenían consistencia, como en un espejo que girase vertiginosamente y alocado alrededor de ningún eje. El amanecer era un río o un lago, o simplemente una gran charca con brumas y algas, pájaros y verdes maravillosos; azules violáceos como las manos de los muertos, colosales manos y nenúfares flotantes, y abanicos y espejos de oxidados azogues.

El sacristán había visto muchos amaneceres y ninguno igual, porque las luces eran distintas, y distintos los horizontes, y el compás de la lejanía. La casa tampoco era la misma. Era maravilloso verla al atardecer, cubierta de un polvo dorado o rojo, a mediodía con los tejados llenos de sol, al apuntar el alba con el moho verde en las piedras, como si fuese un musgo mágico.

Los hombres estaban en el salón. Algún tiempo tuvo bargueños y arcones llenos de ropas, y cuadros pintados al óleo, como las casas del país, y grandes balcones de maderas torneadas.

Juscelino miraba a los balcones.

—Yo no he pegado ojo. Así no se puede dormir.

El viejo se estiraba.

—Las noches son para dormir en una cama.

Vieron al hombre en la puerta, pero no parecía hombre sino una figura pintada, y la puerta una puerta falsa. Inmediatamente retrocedió.

Carvalho le seguía.

—Eh, oiga, oiga.

Le hablaba en mal castellano aprendido en las minas y en las fábricas de Bilbao. El hombre se detuvo ya en el campo. Guardaba las distancias. En el vano de los balcones estaban los otros, el viejo legañoso y flaco; Do Pereiro tiritando; Juscelino que parecía un niño, el rostro limpio y puro.

El viejo decía:

—Éste es el de anoche.

Carvalho gritaba desde el umbral. Si Carvalho daba un paso el hombre también lo daba. El viejo echaba sus consejos desde el balcón.

—Sácale la navaja Carvalho. Sácale, que eso ya entiende.

Pero Carvalho no le hacía ningún caso.

—Oiga, oiga, ¿dónde estamos?

El hombre se había detenido y miraba desconfiado a su alrededor.

—Aquí.

—Pero ¿dónde? Mire, aquí en el papel hay un puente, y aquí el río se va hacia Francia. ¿Dónde estamos?

—Aquí. No saber.

El viejo gritaba.

—Sácale la navaja Carvalho. Sácale.

Carvalho no hacía caso.

—Vamos a ver. Guau, guau, guau. ¿Eh? ¿Esto tampoco? Es la contraseña que nos han dado. Tú eres el de la flauta de anoche.

Do Pereiro sacó su voz de mujer.

—No me sufre la paciencia. Queremos comer, usted. Llevamos día y medio sin echarle al cuerpo nada.

Carvalho les decía desde abajo.

—Este hombre está idiota. No entiende. Eh, queremos comer. ¿No hay compasión en esta tierra?

Se llevaba la mano a la boca. Luego al corazón.

—Por compasión.

El viejo seguía con sus consejos.

—Sácale la navaja.

Y Do Pereiro con su voz.

—Éste conocerá a Perkain. Pregúntale.

—Oiga, oiga. El camino de Francia.

El hombre desapareció detrás de las hayas. Le vieron las gafas y la boina, y las botas atadas con largos cordones de cuero embadurnado. Fue lo último que vieron del sacristán.

Don Macario avanzaba con sus pasos metidos sobre la tarima chirriante de la sacristía.

—Hay que hacer algo, Martín. Y pronto.

—¿Pero el qué, Don Macario?

—Ahora voy a decir la misa. Luego hablaremos.

Ya en el altar se volvió. Las mujeres estaban en su sitio, debajo de los púlpitos. Habían abierto los libros y en cada hoja una estampa: recordatorios de muertes trágicas, de muertes dulces, como las de los santos; conmemoraciones de bautizos y de cabos de año, de primeras comuniones, de cantamisas. Había Cristos palidísimos y exangües que daban tristeza, Cristos triunfantes, y Cristo niño con una ovejita dulce y obediente en sus manos.

Don Macario parecía cantar cuando dijo.

—*Introibo ad altare Dei.*

La hora del desayuno

El cuartelillo de la guardia civil tenía un aspecto triste y sucio junto al río. Se reflejaban en el agua lejana los bordes del tejado; dentadura roída por un sarro verde y azul; los canalillos de los aleros con musgos secos y una luz imprecisa que tenía a esas horas el amanecer. Sobre la piedra oscura de la puerta, la tabla descuadernada, y en ella la bandera y las letras pintadas a brocha gorda. «Cuartel de la Guardia Civil. Todo por la Patria». La pintura tenía surcos y erosiones como la tierra, interminable cosido de arrugas y de sombras. A las paredes, un día blancas y estiradas, el tiempo —años o siglos, o tan sólo unos minutos de intensa lluvia— las había ennegrecido. Soles milenarios dejaron su orín en las verjas de las ventanas. El río Bidasoa, animal fabuloso, de oscuras sangres, perezoso y lento, con su espalda tallada por las breves sombras que tenía el cielo.

El embarcadero de madera, un puente antiguo, la empalizada carcomida por las algas.

Por la ventana abierta se veía el espejo colgado de su escarpia. La cuerda polvorienta y el marco dorado con las esquinas de flores y ramajes. En el fondo silencioso del espejo, como en el fondo de las aguas, estaban las cosas reflejadas e inexactas. La mesita con los tarros de cristal; los chismecitos con usos rarísimos: pinzas de depilar, tenacitas de rizar pestañas, limas, pinceles y polveras con su borlón oloroso. Había muchas cosas más: la cama y la colcha de sangres descoloridas; la alfombra desflecada, y en aquel caos alucinante, el cuerpo perezoso de la mujer sobre la cama con las piernas colgadas. Estiraba los brazos y las piernas como las ramas de un compás. Se miraba las piernas y los brazos. Se recogía el cabello caído sobre los hombros, lo echaba sobre el rostro, ocultaba la oreja. Los pechos deshinchados, verrugones sin formas, se plasmaban en el espejo; únicamente quedaba el negro círculo de los pezones, y la masa coagulada en la luz gris del amanecer.

—Buenos días. Aquí estoy yo. Todavía no tengo patas de gallo. No es verdad que pasan los años, cuando se tiene resignación.

Parecía ordenar las flores de un jarrón. Se alejaba del espejo.

—La cosa va bien, pero que muy bien. ¿Qué sería de una mujer sin tetas?

Volvía otra vez la forma con sombra, no era una masa blanda, aplanada, sino algo distinto: un globo hinchado, una flor, un pájaro.

—Ahora sí, ya está. A veces es como si desapareciera debajo de las costillas. ¡Qué horror! Sería terrible amanecer una mañana sin tetas. Horrible.

Desde el cuartel sólo se veía el dibujo de la tierra. Un perfil meticuloso de montañas y verdes bosques, encaramados en las laderas. El cielo azul o rojo, como un agujero de la misma tierra. Colgado en la bruma rojiza de la mañana, un caserío con las cinco luces encendidas de sus ventanas. Desde aquella casa se veían las llanuras

de Francia, también las iglesias y los cementerios llenos de cruces y de hierbas, y de árboles raquíuticos, todo lejos, muy lejos, como formando parte de otro mundo, de otra tierra que no era la de ellos.

Maruja veía las cinco luces encendidas, y eran cinco lamparillas votivas en lo alto de los cielos, fantasmales y tristes, dentro de la bruma, vagando silenciosas, desplazadas.

—Mari Joshepa y Joshe Andrés, entre los dos hacen tres. Mari Joshepa tiene pecas, y Joshe Andrés mira con el ojo al vuelto. Por eso dejan encendidas las luces toda la noche. Dicen que por los espíritus, pero no es verdad. Si tienen los niños deformes y tontos no es por los males de ojo, ni por los achaques de la luna. Joshe Andrés bebe vino y no mide lo que bebe. Andra Mari bebe más todavía, y hacen los hijos cuando los dos están borrachos, y por eso salen como salen, no por los espíritus, y es igual que dejen o no las luces encendidas toda la noche. Y desde su casa se ve el cementerio donde están los otros hijos que se murieron antes de nacer, o recién nacidos. Los llevaron en un carro de bueyes, y los parientes sentados en las banquetas aquellas bebían también el vino sin medirlo.

A poniente el río Bidasoa rasga la tierra en dos y las dos rocas hermanas, exactamente iguales, parecen dos puños crispados. Se ven los dedos, y las uñas clavándose en las palmas. Una mano es de España, la otra de Francia. Dos puños se disputan las aguas del río. Cuando el cabo oyó por primera vez aquello, le hizo gracia.

—Los franchutes no nos han querido nunca.

El caminero decía:

—¿Y nosotros a ellos?

El cabo sabía historia y geografía y ciencias naturales, y gramática castellana, pero se encogía de hombros. Le gustaban las frases bonitas.

—Este paisaje es impresionante.

Desde allí la frontera corría entre la hierba, culebrón perdido que había que buscarlo y nadie encontraba. Había que abrir bien los ojos para no meterse en tierra ajena, el mojón de cemento estaba en algún sitio, con unos numeritos indescifrables del Instituto Geográfico y Catastral. Los hombres aquellos de las mochilas y los espejitos y los aparatos que había que mirar con un ojo cerrado, los pusieron hace tiempo. Pero nadie diría a ciencia cierta por dónde iba la raya.

El cabo se desesperaba.

—Inútil. Hay gentes que se deberían morir de hambre. Y se llaman técnicos, y cobran buenos sueldos. Pero qué raya, señores, qué raya, la madre que los parió.

Sin embargo la raya estaba trazada para algo: dos tierras cortadas, incomunicables, la raya las hacía distintas. El cabo creía en ella, olfateaba el aire, se orientaba.

—Por ahí sale el sol. A nuestra espalda España. Allí al frente la tierra de Francia. Si no mienten los mapas, aquí tiene que estar el mojón.

Maruja volvió al espejo. Sobre los hombros, el peinador, la cabellera derramada como una llama, los hombros robustos, de campesina; salían los brazos ondulados en el aire. Las cicatrices de las venas se marcaban en la carne blanca. El peine arrastraba el pelo hacia la frente.

—Parezco la Marlene Dietrich. No me gusta.

El pelo cogido en la nuca.

—La Greta Garbo. Tampoco.

Un mechón sobre el ojo, le rayaba la mirada, las pestañas detrás de la cortinilla moviéndose lentamente.

—Mejor, mucho mejor, estoy más guapa, ¡qué cosas!

Extraño asombro. Los párpados se caían sobre los ojos soñolientos, casi cerrando la abertura por donde salía un fulgor verde. La mirada de gata.

—¿Anastasio, dónde estás? No digas que no has venido. Toda la noche fuera, y me haces esperar. Me da mucha tristeza pasar la noche sola. ¿Han cantado ya los portugueses?

El eco rebotaba en las paredes, canción antigua y olvidada. Los mil cristalitos del silencio rechinaban. En el caserío de Mari Joshepa se habían apagado dos luces. Quedaban tres. La última se apagaría definitivamente a las diez de la mañana. A esa hora se levantaba la abuela, que también le gustaba el vino.

—¡Anastasio! ¡Qué pesado! Sabes que te estoy esperando, cariño, y te haces de rogar. No quiero que me reproches. Para eso estamos casados. Y toda la noche fuera es mucho tiempo. Si tardas, yo me visto, y no me tocas en tres días.

Conocía de memoria las palabras de Anastasio. Y las repetía dentro, en silencio.

—No te pongas así las tetas, que le pones negro al cabo.

Maruja respondía:

—Y a mí qué. Lo hago por ti. Que se chinchen.

—No está bien, de todas maneras, son hombres.

—Yo sola aquí dentro, ¿no les da vergüenza? Que traiga cada uno su mujer, y no tendrán que mirar a lo que es de una. Para eso tengo lo que tengo, para que se vea. Además me hago la idea de que vivo en la ciudad, salgo a la compra y los hombres, unos sinvergüezas, me dicen cosas. Y a las mujeres nos gusta que nos digan porquerías. No te enfades, Anastasio, pero nos gusta. Es muy de mujer esto.

Anastasio se ponía nervioso.

—Maruja, no provoques. Estamos aislados, sólo de paso, ya lo sabes. Pediré traslado en cuanto haya algo que nos interese de verdad. A otro pueblo, no. Yo quiero para ti una capital, o una ciudad. Pero para que salga algo bueno, hay que esperar y hacer méritos.

Maruja no comprendía.

—Podrirse vivos, eso, eso, y chincharse.

—Mira, hazme caso; estamos aquí encerrados, como los muertos en las sepulturas, cierto. Siempre mirando hacia arriba, y sólo vemos el cielo, cierto. A los costados no hay nada, sólo la tierra. Los hombres tenemos nuestro fuego dentro y nos quema la sangre, nos devora. Es como el incendio, viene de repente, no es de todos los días, ni a todas las horas, no. Con estas cosas no puede jugarse.

El espejo perdía el brillo cada vez que el sol se movía desplazado en su órbita. Los objetos —desvaídos perfiles, rotas líneas—, envueltos en la sombra iluminada de la luz, se estremecían como en un globo de cristal.

—Bah, qué le vamos a hacer, malmorir en este agujero, como bichos sin alma. ¡Quién me iba a decir a mí esto! Y nos pasa así en la vida, que a ti te gusta la calle... pues te voy a dar una cárcel. A ti te gusta el dinero, toma, la miseria más miseria, toma, jódete, toma, luego dicen. ¡Y qué si me pongo las tetas así, qué! Una tiene que dejar muchas cosas cuando se casa; pues sí, es verdad, es verdad. Venir a meterse aquí, como si uno no tuviese que comer de otra manera. Y ahora con éstas; pase porque no me dejes hablar con los hombres, Anastasio, pero renunciar a que me vean, no, no y no.

Hasta la conciencia le llegó el ruido de los pasos. Subía por las escaleras reptando; se detenía, o al menos lo parecía, penetraba en los oídos silenciosamente, y no pasaba de allí, sino el rumor lejano, los golpes rítmicos, obsesionantes, sobre algo, tac, tac, tac, y nada más. Detuvo las manos sobre la mesita de los ungüentos; frascos ya comenzados, precintos de cremas extranjeras, maquillajes, peines y recetas de belleza recortadas de los periódicos dedicados a la mujer. En el espejo se había quedado el rostro, como una medalla colgada. Desde la puerta le vino el olor a tabaco quemado de las ropas del cabo.

La ponía nerviosa el aroma peculiar, o la fragancia marchita, o la fetidez que respiraba la guerrera del cabo, cuando ella la zurcía. No encontraba explicación a ese olor, ni la tenía. Su padre cuando la cogía de niña y abría la boca para besarla, tenía el mismo olor. Dentro, los dientes amarillos, la lengua roja, las encías. Y aquel olor pestilente a tabaco y a vino. Maruja se había hecho a eso y le gustaba.

Efectivamente, vio la estrella de las espuelas goteando luz; las espigas niqueladas hundidas en el cuero, los músculos del pecho, hinchados como sogas. Se miraba las manos. El cabo llevaba la guerrera desabrochada, y debajo, los hombros tersos, esculpidos.

—Sube a cambiarse. Eso sí, cuidadoso de su persona como el primero. Son los

años, yo me digo. Los años. Cuando se le hagan roñas en la espalda no se mudará dos veces a la semana. Y pasarán días sin lavarse la cara, y sin peinarse. Anastasio nunca lo ha hecho tampoco de soltero. Y ahora lo hace, vaya que si lo hace.

Espiaba desde la puerta la ranura entreabierta que le ofrecía un campo visual espléndido: la estampa entera del hombre caminando por el pasillo. Titubeaba desandando el camino. El cuello desabrochado, con las hilachas negras del pelo, los mechones sobre la frente, el rostro en la sombra. En la cabeza despeinada, las orejas se le hacían transparentes, los nervios más oscuros, semejantes a las venillas de un pétalo, pegadas a la carne.

—¿Qué buscará este hombre? Abajo se oyen voces. A mí no me importa que cojan o no portugueses, a mí lo que me joroba es que no pase las noches Anastasio en su cama, a mi lado. Yo me he casado para dormir con él, qué caray. Y decir lo otro es mentir. Y si es así, yo diría que ójala no cojan a ninguno de esos desgraciados.

Anastasio también llegaría a cabo. También. Su sueño, único sueño encerrado en el frasco recóndito del alma, sin mustiarse, renovado y fragante: cabo, mandar y disponer. Puestos avanzados en la frontera, reglamentos, régimen interior, cuartelillos y salas de armas.

—Tendré tiempo para estudiar las ordenanzas y especializarme en el contrabando y la frontera. Luego los códigos y todas esas cosas sin importancia en el servicio, pero que son de mucha utilidad.

Los dedos terrosos se movían en el aire. Las uñas de color morado desaparecían al girar la mano.

—Lo más difícil es hacer un atestado, pero otros lo hacen, yo no seré menos. Lo demás viene por su pie. Eso es, por su pie.

La voz concisa de Anastasio, las lejanas palabras perdidas en el tiempo. Maruja sentía las manos de Anastasio, huidizas y suaves; los dedos recorrían la palma, la arañaban, los cinco insectos trepaban las colinas de su mano. Le tentaba los pechos. Maruja miraba los chopos metidos en su envoltorio de luz. No decía nada.

—Uy, en llegando a cabo, sargento no es difícil. Los años nada más, y un poquillo de suerte, el escalafón, nuestro mejor amigo. Los años que le hacen a uno costra en la espalda, y ese pariente de mi madre que está en Capitanía General. Tú no le has llegado a conocer, un tío simpático. Ése sí que salió de la nada. Entró de turuta cuando lo de Alucemas, el hombre era un jabato, no le tenía miedo a la muerte, un tío de pelo en pecho, como no caen dos en la docena. Tenía eso bien puesto.

Las manos afiladas desabrochaban la presilla del cuello, la carne cede.

—Es comandante de Estado Mayor, lleva buena carrera el tío, toda la guerra

enchufado, ése no sabe lo que es una trinchera. Bueno, lo sabe por los libros. No distingue una cureña del trípode de una ametralladora, ni una granada de mortero de una bomba de espoleta de aviación. Y tiene más millones que Rochil. Se casó bien, tuvo suerte; ya sabes, la suerte viene acompañada. Una señorona de esas que fuman y toman té a las cinco. Un poco vieja, cierto, no hay por qué negarlo, pero qué más da, dinero le sobra al pájaro, psh, y esas gentes, ya sabes, se entienden bien.

Anastasio hablaba desde la lejanía del tiempo. Hacía años o siglos cuando eso había ocurrido. Y las cosas ya no estaban en su sitio. Todo distinto; aquel río, las tardes de otro color menos sangriento, y aquel chopo donde él la echaba, ya no está, ni las hierbas, ni las piedras.

—Los conflictos, Maruja, para los pobres. El pariente este es un tipo, ¿eh? No es porque sea primo de mi madre. Lo dice cualquiera. Bien plantado y tal, ¿eh? Su bigotito negro, las manos finas, las gafas de sol en el bolsillo de la chaqueta, y sus detalles que no le faltan. Educado como el primero, eso sí. Nadie diría que fue turuta. El hombre sabe dónde está y con quién habla. Lo mismo le da tutear a un marqués que darle un cigarro a un mendigo. Un poco de agua de colonia, es el secreto, cuatro palabras en inglés, que también lo sabe, sus gotitas de perfume en los pañuelos, y mucha ceremonia. Sabe echarle cuento a la cosa. A nosotros puede venirnos pero que muy bien.

A Maruja no le gustaba oírle hablar así. Y le contradecía.

—A mí no me gustan los tipos esos, que sólo buscan el dinero y son unos cerdos. La vida tiene otras cosas.

Pero Anastasio le ponía la mano en el cuello. Era dulce aquella mano.

—Ha tenido mucha suerte el pájaro. Para mí la quisiera.

Le hubiera gustado oírle decir esas cosas que dicen los hombres. Soñar la vida que no existe, la vida escrita en los libros y en la imaginación de los humildes, de los fracasados, de los locos y de los que tienen el corazón en la mano. Anastasio hablaba. Le hacían daño sus palabras. Triste monólogo.

—En el frente de Teruel, un día...

Maruja ya no quería escuchar. Resultaba aburrido.

Cuando vio al cabo desaparecer por las escaleras, respiró.

—Este hombre llegará pronto a teniente.

Las estrellas doradas en la bocamanga, el uniforme, los guantes en la mano, las uñas pálidas. Bella estampa. Legendaria figura de ballet.

—¿Los habían cogido? Pobre gente. Yo les tengo ley a los que andan por ahí, escapados. No puedo evitarlo.

La habitación cuadrada de la Sala de Armas parecía una celda conventual. Sobre el muro encalado, el retrato del general Franco; en el otro un mapa, casi un croquis hecho a mano. Allí una mano ignorada había señalado con trazos de lápiz rojo los caminos, las casas de campo, los vericuetos y los senderos ocultos, puntos extraños, misteriosos signos y rayas. Querían decir: «Contrabando». Caballos, puntillas, rodamientos a bolas, penicilina. En el rincón el armero de madera pintada y, suspendido de una escarpia, un reloj redondo. Estampada en la esfera esmaltada la marca de la casa. «Raimundo Platas. Fábrica de camas, de muelle y malla. Jergones. Estación. Logroño». Nadie hubiera dicho que aquel artefacto era un reloj. Se hubiera dicho que un barómetro o una bomba, o un manómetro.

Las ocho menos cuarto de la mañana.

El cabo se restregaba las manos cuando entró.

—¿Ha cantado ya, Anastasio?

—No, mi cabo. Este hombre no sabe nada. Lo juraría, por mi madre, y por Dios también.

Las diez de la mañana

Las ventanas no tenían postigos, y si alguna vez los tuvieron, los utilizaron en las fogatas que se encendieron en la habitación.

Do Pereiro dio un salto y ya estaba de pie. El viejo se había dormido, y Juscelino también. Antes les había oído decir:

—Yo duermo mejor de día. No hay sombras, ni ratas, ni murciélagos. Las noches en el campo dan miedo.

La noche había pasado, arrastrando con ella muchas cosas; ruidos, olores extraños, pesadillas y obsesiones, las palabras. Y aquel hombre que los miraba desde la puerta y tenía los ojos llenos de reflejos, y no se le veían bien porque lo impedían los cristales de las gafas. Les miraba atento, con minuciosidad. Y ellos sintieron miedo. Por eso, el viejo gritaba colérico.

—Sácale la navaja, Carvalho. Sácale y pínchale en la tripa.

Estaba quieto, ensimismado, siempre mirándoles.

Carvalho, al ver al viejo tan excitado, había dicho:

—Yo digo una cosa. Debíamos atarnos las manos con un cordel. No le venga a alguno la tentación de escapar.

Do Pereiro replicó.

—Esto es estúpido. Nos cogerían nada más salir de aquí.

Después quiso dormir, pero le era imposible. Llegaban las avanzadillas del sueño, rostros amigos, manos calientes que estrechaban la suya, los cuerpos de las mujeres que había visto, y de otras más hermosas todavía. El sueño era largo y difícil.

Desaparecía el sueño. Pero los demás dormían:

—Eh, oigo hablar. Son los guardias que vienen. Les han dicho dónde estamos y por dónde hemos venido. Es ese hombre que estaba en la puerta.

Se despertaban del todo. Carvalho dijo:

—Estamos aquí porque queremos ir a Francia. Y queremos ir a pie porque no podemos ir de otra manera. Hay quien va en camiones, y tampoco llega. Señores guardias, ustedes saben que no podemos ir como van los comerciantes de Oporto que tratan en vinos, ni los que venden caballos y compran géneros de punto.

El viejo no creía en nada.

—Yo sólo quiero llevarme el pan a la boca.

—El pan hay que buscarlo donde está. Y para bien o para mal, nuestro pan está en Francia.

—Pues que nos dejen ir a cogerlo.

—Eso queremos, que nos dejen.

—Ellos necesitan nuestros brazos, y vamos a ofrecerlos. Nosotros necesitamos el pan que hemos de llevarnos a la boca.

Por primera vez Juscelino se quejaba.

—Yo no quiero ir a Angola.

—No irás muchacho, no irás. Yo te lo juro, Carvalho.

El viejo había dicho:

—Tengo sueño y quiero dormir.

Y cerraron los ojos otra vez.

Ahora a las diez de la mañana la luz hacía visibles las leyendas estúpidas de los cien hombres que se habían albergado allí: huéspedes de paso, perseguidos de la Guardia Civil, contrabandistas; mendigos harapientos, con sus zurroneos de podridos olores; campesinos o leñadores que esperaron unas horas que la nube aquella se corriese con los flecos de lluvia. Y todos querían dejar constancia de aquella hora, «Allí pasamos la noche Julia y yo», «Cabrón el que esto lea». La puerta tenía las tablas desencajadas; se veían los clavos royendo la madera, como gusanos larvados. Los nudos rojos de las tablas igual que caracoles muertos.

Llegaron con la noche caída, y cada detalle de la casa era un descubrimiento asombroso. Era difícil precisar por dónde habían llegado.

En las cuadras había largos pesebres debajo mismo de las dos ventanas rectangulares y hasta ellos llegaba la luz. Vio la bola de sal en el pesebre, su brillo opaco sobre los restos del pienso del ganado; granos de cebada vieja, paja dorada, hierba descolorida. Cogió en las manos los restos. Efectivamente, en la cuadra se había guardado ganado.

Do Pereiro olfateó la paja.

—Hará cinco días, quizá seis. No, seis no. De ninguna manera.

Encontró a Carvalho en un bar del Bilbao viejo. No le gustaban las calles anchas, ni los escaparates de grandes cristales. Prefería las calles oscuras donde las gentes dan voces para decirse algo, y donde están los zapateros remendones, los mataderos clandestinos, los estafadores, las putas y las gentes humildes que en cada mano llevan un sueño.

Le gustaban las tabernitas vacías con pocos hombres dentro; las mesas con manchas de vino y de saliva que dejan los tísicos y los epilépticos, y las gentes que no tienen dinero para entrar en el hospital y se van muriendo poco a poco. Era triste verse en aquel espejo macabro que tienen todas las tabernas, donde están los hombres vencidos, los hombres gastados por el trabajo y el hambre, mal pagados, mal comidos, sin alma, frutos sin madurar, ya perdidos. Los mismos problemas, las mismas hambres, idénticos sueños frustrados. Hombres que no eran hombres. No tenían rostro, carecían de ojos, poblados de oscuridad, como si la misma oscuridad

fuese su carne y sus huesos, y sus mismas manos.

El tabernero carraspea como una guitarra rota.

—Do Pereiro de mi vida, yo quiero saber por qué bebes tanto.

Do Pereiro tenía palabras para todo.

—No bebo, tengo sueño.

—¿Por qué bebes tanto? ¿Tienes turno de noche?

—No es eso, no. Soy como los poetas, tengo sueños de cosas que no pueden ser mías. Y luego esta jodida voz. Quiero quemarla de una vez, a ver si me sale distinta. Pero esta voz no se muere.

El buen vino, el mal vino, el que está picado, el que se hizo con polvos y da dolor de cabeza, el que sólo es agua. Luego viene el dulce sentimiento de no existir, sin manos ni pies, sin cuerpo. Sólo esa voz dentro del cuerpo, cada vez más débil, que dice cosas. «Do Pereiro, eres un macho. Nadie lo hizo antes». La voz está lejos, muy lejos. «El trasatlántico tiene tres clases, Primera, Segunda y Pasaje. Poco equipaje, nada más que lo puesto y algo para cambiarse de quincallería. Somos morralla. Ganado al por mayor, y así nos tratan». Todos esos sueños en una tarde sola. Aquella tarde. La tabernita ya no tenía luz.

El tabernero de pie, invisible.

—¿A qué aspiras en esta cochina vida? Do Pereiro de mi vida, te matan los sueños.

Do Pereiro seguía el hilo de la voz que le venía por dentro.

—Nadie lo creerá. Es un imposible. No espero nada. En nada creo. Mi mendrugo está ya roído, pero sin embargo, qué caray, me gustaría tener cinco esclavos.

Al tabernero apenas si se le oye la risa. Manantial soterrado.

—Cinco esclavos, cinco esclavos. Son pocos hoy día, Do Pereiro, pocos. Con cinco no se llega a ninguna parte. No tienes ambición.

El brazo del tabernero con las cuerdas de las venas describe un círculo cerrado, dos círculos, y la mano con el trapo amarillo queda oscilando en el aire. El mismo brazo restregando las mesas. Su vida de tráfuga, fugitivo de la pobreza, siempre atrapado por las cuerdas irrompibles de la miseria.

Y en el centro de esa oscura niebla, María de Sosa; mujer limpia, limpio vestido, manos jabonadas, olor a tierra y a viento, le busca. Se casaría con ella. No, no, ya se ha casado para siempre, María.

Al despedirse le había dicho:

—María, yo quiero para ti lo que no he visto en mi casa. Quiero que no pases hambre.

—Me crié con ella.

—Iré a algún sitio de la tierra. Allí se parará mi vida. Entonces podré dormir a gusto, escribirte cartas, y soñar. Te llamaré y nos casaremos por la iglesia.

—Me llamarás, me llamarás. Te has de olvidar que me llamo María de Sosa. Y las cartas no han de llegar nunca jamás.

—No. Te lo juro por Dios, que está en los cielos.

Ella se dejaba acariciar sin miedos, como algo irremediable y fatal. La mano del hombre moldeaba su cuerpo, se le metía en la sangre, y la sangre, estremecida, saltaba por dentro, caliente cascada. María de Sosa, ojos grandes, borroso cuerpo en el anochecer, le miraba impasible sin hablar. La mano de Do Pereiro, sembradora de caricias, descubridora de sueños. La piel fina, de porcelana, de terciopelo, de nácar, le recibía con júbilo.

Y así, cada billete de peseta ahorrado, hasta juntar cincuenta, o cien, era producto del sueño y del hambre, del mal dormir, y andar siempre con sus cuentas. Juntaba cien, doscientas, mil, la Caja de Ahorros le veía entrar de miedo, con esperanza. «María de Sosa, yo te quiero». Los números cantan, los sueños, los días de humillación, las horas eternas de la noche. «María de Sosa, yo te quiero». Costaba trabajo juntar los billetes, pero los juntaba.

El hombre que había llegado tenía forma de pulpo, largos mostachos nauseabundos, un corpachón sin garbo. La taberna quedó a oscuras mientras pasaba el umbral. Caminaba despacio, como cansado, sin ninguna prisa, pisando los azulejos desvaídos. Le vio detenerse en el mostrador. El tabernero le dijo al oído:

—Es también portugués.

Su mano callosa, entre las suyas. En el dedo la piedra falsa del anillo. Oyó hablar portugués. De todo su cuerpo, a un tiempo, le vino en un segundo, la flauta mágica, el tamboril, la tierra, el río, los árboles y las casas dispersas por el campo. Portugal, ciudades antiguas, iglesias y ruinas, ferrocarriles cosiendo paisajes.

Do Pereiro tenía prisa por saber.

—Portugués, ¿de dónde?

—De Évora, bueno, siempre decimos de Évora, pero no, de un pueblecito cerca.

—Yo soy de Viana do Castelo.

—Viana do Castelo, Viana do Castelo. Vaya casualidad, allí vive un oficial de caballería primo mío; le tenía afecto. Pero todo se va, la vida nos deja a pedazos.

Se sentó. Efectivamente el hombre hablaba portugués, del mismo Portugal, no había engaño.

—Yo quiero volver allí, somos como las raíces del árbol, se secan cuando salen de la tierra. El árbol amarillento busca la tierra, no la encuentra; la tierra nos llama donde quiera que estemos. Y a mí Portugal me grita.

Escuchaba. Lejos de Portugal se sabe que es emocionante ser portugués. María de Sosa le había escrito una carta pidiéndole perdón: «No puedo más, no puedo». El aliento de los hombres, sus manos agrietadas, con olores a tierra, a sudores no limpiados, a tabacos de cajetillas que nunca se acaban, la arrastraban adormecida.

Esto lo sabía muy bien Do Pereiro. «María, la mano de un hombre es como un cuchillo». Do Pereiro lo sabía.

El recién llegado hablaba.

—Me llamo Carvalho, y siempre me ha gustado vivir en Portugal. Pero a veces nos arrojan, como a pedacitos de papel. Nos echan. Nosotros no queremos irnos, aguantamos, nos dicen que tenemos que desalojar la tierra. Hay que salir de Portugal, a lo mejor, para siempre.

No escuchaba. O no le llegaban las palabras.

María de Sosa le había dicho:

—No me dejes sola, llevo la hoguera dentro. No tengo fuerzas. No tengo, yo te lo digo porque me conozco.

Do Pereiro replicaba:

—No puedo dejarte morir de hambre.

María de Sosa lloraba. Era triste, desolado, aquel llanto oscuro, como fuente solitaria.

—Si de todos modos has de irte, sólo te pido una cosa, escíbeme todos los días. Y otra.

—¿Cuál?

—Déjame bailar los domingos; eso me desahoga, lo sabes mejor que nadie.

—Si sólo es eso...

—No te pido más.

Noche cerrada. Palabras y llanto. La respiración y el viento formaban un solo ruido, una sola cosa, flauta rota sobre el hombro.

—Sólo bailar los domingos. Sólo bailar.

—Me da miedo, estoy seguro de que tengo miedo.

Las minas de Cangas de Onís no eran para él. Su cuerpo cada día más oscuro y delgado, y se miraba en el espejo de los ojos aquellos lánguidos y enfermizos. Sin embargo, todos los días escribía una carta a María de Sosa. Tascas de Ponferrada, vinos agrios, y cuchillos y navajas de pleitos nunca zanjados. Brillaban las hojas, y las pupilas de los que tenían los cuchillos en la mano. Colinas de carbón siempre húmedo, vagonetas que hacían ruidos espeluznantes y extraños, calaminas, y rostros sin expresión de hombres, chafarrinones, manos y cuerpos desnudos de color del fango. Cada tarde una botella de vino le hacía olvidar. Era como beberse su propia vida. Aquello no era para él. Fondas de Bilbao con sus cuartos comunes donde se respiraba el aliento de los demás, fétido, podrido; aire que pasaba el mismo por los pulmones de todos; los niños canijos, los viejos de ojos llorosos, las mujeres, y los hombres que fumaban en silencio bajo aquella bombilla viejísima y muerta.

En Bilbao creyeron que Do Pereiro estaba loco. No salía de aquel cuarto que parecía el dormitorio de una cárcel o de un cuartel. Pasaba las tardes escribiendo,

pluma y papel, tinterillo de vidrio verde, y las palabras que decían lo mismo: «Querida María, querida, querida...». Por eso cuando recibió la carta de María de Sosa, «Me caso con tu amigo Eduardo Santos, perdóname, era mucho esperar. No pude más, no pude. Tú ya lo sabías...», se le desataron las sangres.

—La madre que me ha echado. Yo no tengo la culpa de ser idiota, hemos nacido así. No. Me fui por no verla sufrir de hambre y ella no se aguanta.

Los mostachos de Carvalho tenían color de seda vieja. La lengua salía de su escondrijo, lentamente, oscuro animalillo indagador, chupaba la fruta confitada de los labios, y vuelta a ocultarse. Por debajo del bigote sin peinar, fluía el himno ancestral del idioma. Se sentía feliz. La carta de María de Sosa, olvidada ya en la memoria.

Do Pereiro pidió otra botella de vino.

—Beberemos hasta tocarnos el vino con los dedos. Un litro, amigo, un litro para recordar a Portugal. Hay que mojar los recuerdos.

—¿Cómo te llamas?

—Luis Carvalho, obrero sin trabajo, te lo he dicho. Y me gustan las mujeres.

—A mí también.

—Pasaremos la tarde juntos. Esta ciudad es muy triste, humo y calles sucias. Pero corre el dinero. No es como Lisboa, no lo es.

A Do Pereiro le vagaban los ojos soñolientos.

—Y tú, ¿qué haces?

—Nada. Vivo.

—Yo estoy mirando de irme a Francia. No quise hacerlo desde Portugal, tuve miedo. En Francia dicen que el trabajo se paga. Y a uno le consideran. Han muerto muchos franceses en la guerra y quieren gente que trabaje.

La voz, el recuerdo, la memoria de María de Sosa, como un martillo, como un golpe que no se acababa jamás. Sin interrumpirse: «Debes ir a Francia, mi padre pasó allí cuatro años y trajo dinero. Luego puso una tienda. No le fue del todo bien, pero la puso. Quiso volver a Portugal y ahí estuvo su error. Le engañaron. Pero los cuartos para poner la tienda los trajo de Francia». Y ahora la carta. «Me he casado con tu amigo Eduardo Santos, el que jugaba a los bolos». No tenía objeto escapar de la vida. Todos los caminos llevaban a la casa de María de Sosa, todas las esquinas tenían la huella de la espalda de María. Apretada en sus brazos, bajo la sombra de la noche, balcón donde las macetas se mustiaban, bochorno, olor a geranio, a colonia de botellón, en el pelo liso y suave de María.

—Hueles a tabaco.

—Nadie me ha puesto la mano y quieres que te lo diga. Quieres, y te gusta oírlo; nadie sino tú.

Todos los rincones perdidos de la ciudad, donde orinan los perros extraviados, sin amo ni collar, donde la noche es más noche. Las estrellas con brillos de plata vieja

sobre el cuerpo desfallecido de María de Sosa. Cada palabra pronunciada apenas, modulada en los labios, nada más que aliento, respiración fatigada, cansancio, esperanza, fatiga otra vez, era un verso nuevo que cerraba el poema. María de Sosa, cuerpo sin fuerza, fugitiva sombra.

—Llévame a casa, es ya tarde.

Aquello era agua pasada, memorias perdidas. Se habían roto los puentes que indefectiblemente, con ciega fatalidad, conducían su cuerpo querencioso a la tierra antigua de Portugal.

—Francia, ¿y después qué?

La voz de Carvalho fluía por debajo del bigote como un líquido susurrante.

—Te estoy hablando, pareces borracho.

No le llegaba el sentido de las palabras.

—Conforme, conforme. No quiero comprar una tienda ya, no me importa morir en otra tierra, ni que me entierren en un camposanto sin parientes. Ya no deseo nada.

Se encendieron las luces de la taberna. En el mostrador, las botellas y los frascos eran ampollas llenas de luz.

Cuando salieron a la calle, Do Pereiro respiró profundamente.

—No se oxidarán así como así los pulmones. Es otra cosa respirar aire puro. No es esto, para los que nos criamos en el campo.

Carvalho ataba los cabos.

¿Puedo contar contigo? Yo quiero reunir a cuatro y casi los tengo. El camino se hace mejor.

—Conforme, conforme.

Al cerrar la puerta se sintieron liberados, completamente distintos.

En las manos de Do Pereiro, los cagajones parecían todavía calientes. Los palpaba como un arqueólogo los fósiles hallados al azar. Eran caballos; granos de cebada sin masticar, casi germinados, con hinchazón. Aquello tenía una explicación y la buscaba. La casa oculta entre los los árboles. La explicación era sencilla. Allí se refugiaban hombres como ellos; perseguidos políticos, tráfugas, contrabandistas y mendigos. Cosa natural, los Guardia Civiles venían en su busca. «Viva la libertá». Las paredes de la habitación tenían escrita la historia, de cada hombre, sólo a medias, un dato, el de una noche, o una sola hora de los hombres que hicieron alto. «Julio López. Año 1937. Dormí antes de pasar a Francia», «Mañana estaré en Francia. José Álvarez. 3-4-40». La casa era el último refugio antes de llegar a la raya. El salto, pues, estaba próximo. Carvalho había dicho:

—De allí Perkain nos llevará de la mano. Es un hombre de sangre fría, su mirada

se clava en lo que mira. Se ve enseguida que tiene la verdad dentro.

Los caballos habían llegado una de aquellas noches. Los contrabandistas no emplean caballos, van a pie por los caminos, y arrojan el alijo cuando se les echa el alto. La noche anterior el cabo ha recibido aviso: «Han llegado, han llegado. Están vagando por el monte». El cabo sabe dónde está la casa, lo sabe, y está anotada en el mapa de la sala de armas. Entonces llegan los caballos hasta el pie de la sala de armas. Hay provisiones para ellos, traen zurroneos con paja y cebada. Do Pereiro se detuvo y miró otra vez al suelo. Las huellas de las herraduras sobre la tierra oscura.

—Las herraduras llevan clavos del nueve, los caballos de la guardia civil conocen la cuadra, no se asustan de las ratas ni de los cuervos.

Los clavos habían dejado sus hoyuelos pentagonales debajo del pesebre, las hormigas los cubrían con su movimiento ininterrumpido. Efectivamente la guardia civil había pasado allí la noche última.

Cuando Do Pereiro regresó de su inspección se detuvo en el umbral de la puerta. El viejo bostezaba; la boca rosada, las encías y la lengua como flotando en un vaho luminoso. Carvalho, echado tripa arriba, se rascaba el ombligo con las dos manos. El vientre blando parecía una bola en movimiento; el ombligo negro, piedrecita atrapada en el pliegue de la carne. El cuarto, Juscelino Da Costa, sin barba —bozo, mirada de niño, displicente—, sonreía. Era como si no comprendiese nada.

Juscelino sonreía al ver a Do Pereiro en el umbral, los ojos divagadores, sin mirar. Detrás de él, el pasillo. Le vio alzar la mano.

—Buenos días, compañeros, se os saluda.

El viejo miraba desde su lecho de hierba ahumada, hierba vieja y sin olor, como las hierbas que hay en las casas colgadas de los techos, hacedillos medicinales, pálidos, que de siempre están colgados allí.

Juscelino dijo:

—Nos damos importancia, yo digo, y no somos nadie. Me lo digo muchas veces para que no se suba el humo a la cabeza. Somos unos muertos de hambre. Una puñetera mierda todos juntos. Tiene gracia la cosa.

Carvalho se rascaba, igual que el viejo, la tripa membranosa donde nadaba apacible el pulpo del sol. No dijo nada.

«Amaiketako»

La mujer tenía puesto el vestido negro. Se miró en el espejo de mano, las venas azules, y la piel fina y dulce en los brazos como tierras mojadas. Las venas se movían lentas por los brazos.

—Tu padre no ha vuelto todavía.

En el balcón estaban también los árboles que al atardecer se llenan de pájaros. Los árboles dan sombra a las piedras mohosas de la casa con verdines casi negros, y plantas pálidas que están entre piedra y piedra desde siempre. Los árboles estaban allí mucho antes de hacer la casa, como los musgos dorados en sus troncos, los líquenes negros, los ramajes recortados y quietos.

La mujer había dicho:

—Tenemos una hora de camino hasta Lesaca. Yo cogeré el buey. Me apaño en seguida.

El hombre se había liado las telas de las abarcas. Daba vueltas a las cuerdas y las pasaba por la ojaladura de cuero. Era como si enhebrase una aguja.

—Buscaré el paraguas.

La mujer tenía prisas delante del espejo. Se alargaba en su fondo intocable con el pañuelo negro, sin flecos. Extendido cuervo sobre la cabeza; las dos alas unidas debajo de la barba, el plumaje rojo encima de los hombros. En el fondo del espejo aleteaba el pájaro negro, sin fuerza.

El hombre tardaba en volver. La mujer desde la puerta gritó:

—Tu padre no ha vuelto y se nos hará tarde. Ve y le buscas.

Dentro del espejo estaban los labios ya secos, casi azules, diciendo algo.

—El padre tarda y el mercado tiene su hora.

La mujer volvió a decir.

—Tu padre no ha vuelto. Ya es hora.

Mikel salió saltando por entre la hierba. Penetró en el bosque. Buscaba los atajos y los senderillos excavados en la tierra. Mil lluvias, mil vientos arrastrando el polvo y las piedras habían dejado al descubierto las raíces y las vetas geológicas. Tapias con el orín del musgo, cercas de maderas ya podridas. Mikel vio la guadaña sobre el prado. La cogió, le pasó los dedos por su filo, y el brillo se le iba. Entre la hierba encontró la petaca con las dos letras de metal doradas. J. O. José Oyarbide. Los había clavado con los alicates una tarde que llovía. Mikel lo vio.

—Se lo han llevado.

Vio los arcos de las herraduras marcados sobre la tierra, denunciando el paso de los caballos.

—Se lo han llevado.

Mikel no volvió. Siguió los atajos del bosque. Lo primero que vio al llegar al

pueblo fueron las manchas blancas de las fachadas. Los tejadillos verdosos. La casa de la villa de piedra negra, los jardinillos junto a las casas y las plantas marchitas sobre la tierra.

Se detuvo. Encima de la puerta estaba el rótulo pintado a grandes brochazos con una pintura ya sin color. «Ultramarinos. Shanti Ulzurrun». La calle estaba vacía. Los golpes de la aldaba sonaban a hueco, se alejaban por la calle hasta el campo. Volvía el eco desde lejos.

—Está la puerta abierta.

Había hablado el viejo. Al rostro, detrás de la verja, lo cortaban los hierros entrecruzados; el ojo, la nariz, la oreja, se deformaban dotados de un aspecto horrible de mutilación inexplicable.

—Pasa.

No tenía miedo. Estaba seguro de haber entrado por primera vez en la cocina. Nunca pasó del umbral. Contaba las veces que se había acercado y desde la puerta arrojaba temeroso la pregunta, moneda al aire, y la contestación no llegaba nunca.

—¿Dónde está mi padre?

Siempre había sido así. Llegaba tímido y humilde hasta la puerta y preguntaba con impaciencia.

—Quiero saber dónde está mi padre. El abuelo no duerme, sube al granero, baja nervioso a la solana. No duerme.

Se le daba la respuesta desde dentro, si se le daba. Veía a los hombres indiferentes, sentados en el escaño, debajo de los papeles recortados en los vasares. Bebían vino de las cuatro o cinco jarras que había sobre la mesa. Los hombres aquellos, completamente indiferentes, le miraban y se encogían con lentitud. En el mejor de los casos se le decía siempre lo mismo.

—Tu padre es el mejor. ¿Lo oyes? El mejor. A mí me preocupa más que a nadie su pellejo. Dile eso al abuelo. Me preocupa más que a él. Si sales tirando a su genio, tienes porvenir, muchacho. Pero las copias no se repiten en los hombres. No salen exactamente iguales nunca.

El abuelo había dicho:

—Esto no puede acabar bien. Antes teníamos sentimientos. El contrabando era otra cosa. Creíamos en algo: la muerte y lo que hay detrás de la muerte; llorábamos a los que se iban. Se nos pagaba bien, y con formalidad. Era otra cosa. Nos estrechábamos las manos y el trato quedaba cerrado. No había abogados ni jueces de paz. Nunca fuimos al notario. Era distinto. Hoy no. Estos hombres nos explotan.

—Son otros tiempos, abuelo.

—Hasta Ibardin sólo hay dos horas. De Ibardin a Sara, se llega en un padrenuestro. Hizo noche en Sara, supongamos que tuvo que dar un rodeo. No importa, el camino no es largo; tenía que estar ya de vuelta. Algún día no volverá más. No sabremos dónde lo han enterrado.

El padre no volvía. Le esperaban toda la noche, y no volvía.

El abuelo traía su voz con esfuerzo, la arrastraba lentamente hasta la boca.

—Algo ocurre, los perros presienten.

La noche guardaba su secreto. Los perros, mejor que ellos, olían en el aire las cosas que estaban sucediendo; hincado el hocico aspiraban profundamente el aroma áspero de la tierra. Aullaban lánguidos, como heridos.

—Los perros ven algo que nosotros no vemos.

Entonces llegaron los Guardia Civiles con los caballos rojos. El fusil en su funda, la bolsa de viaje, los estribos. Sin desmontar, saludaron.

—¿Qué se hace?

El abuelo sostenía el farol. No dijo nada. Los miró. El guardia viejo sonrió. Los perros saltaban hasta los estribos, en un esfuerzo inútil por alcanzar las botas de los guardias.

—Entraremos un poquito, aquí se espera mejor. La noche no resulta agradable fuera.

Mikel los vio descabalgarse sin prisa, ritmo lento de las piernas abriendo su compás.

—Traemos órdenes precisas. Entraremos, pues.

En el escaño estuvieron sentados toda la noche. De vez en cuando consultaban el reloj. Entonces explicaban.

—No viene, no. Pero nosotros no tenemos prisa. No, no la tenemos. El tiempo nos lo dan gratis a los guardias. La cosa es cumplir el servicio. Nadie nos espera.

El guardia viejo se cosía el botón de la guerrera.

—Estamos para eso, para no tener prisa. La caza requiere tiempo, mucho olfato, pero sobre todo, tiempo.

No sucedió nada. El hombre no vino. El más viejo miró a la mujer. Las manos cosían la tela tijereteada, pero no se movieron. Oyó como todos el relincho, pero la aguja no cesó su humilde trabajo. El abuelo liaba el cigarro con los dedos de tierra seca. Tampoco cesaron en su quehacer. Raza indómita, hecha de golpes de martillo, forjado con la misma tierra, de la misma dureza, surgida en el día que el planeta comenzó a rodar. Esfuerzo y silencio. Sumisión y obediencia. Corazón palpitando de prisa; nadie lo diría, nadie. El abuelo se dejaba mirar por los guardias: «No le cogerán, no. Está aquí; todos lo sabemos. Los caballos le han visto, saben que está ahí, pero no le cogerán. Esta tierra es nuestra, completamente nuestra, aquí estamos nosotros desde los siglos, antes de que viniesen a echar la raya por donde la echaron.

Y estamos sin esperar nada, sin someternos. Nadie nos ha preguntado si queríamos que echasen el cordel y que la raya nos separase. Nadie. No le cogerán; no. Gente extraña que se obstina en no conocernos. No, no». El guardia, que era un muchacho, salió a la solana. Los caballos relincharon aterridos, muertos de miedo.

—Nada, no es nada. Estos caballos piden cuadra.

El guardia miró el reloj. De la consulta salieron las palabras.

—Bueno, ¿y nosotros qué hacemos? Toda la noche esperando, y aquí no llega nadie.

El guardia viejo se chupó los dientes con la lengua.

—Hemos venido al nido, y el hombre sabe que estamos aquí. Por eso no vienen. Psh, a mí se me da igual. ¿Qué dijo el cabo?

—Que esperemos.

—Se hace largo esperar. Siete horas y sin caer un pájaro. No sabemos qué hacemos aquí.

El guardia viejo se hacía el desentendido; le agradaba permanecer sentado mirándose las uñas. Nadie sabe qué podía ver en ellas. «Un señorito lleva las uñas cuidadas como las mujeres. Los señoritos son los amos de los cuartos, nosotros, los servidores de los amos de los cuartos. Psh, y ¿cómo lo agradecen, eh? Su desprecio. Tiene gracia la cosa. Nosotros tenemos que impedir que pasen mercancías por esta raya. ¿Para qué? Eso digo yo, ¿para qué? Ellos ganan dinero con sus productos sin marca, escobas fabricadas a batalla, manufacturas sin garantía. ¿Eh? ¿Es o no es la verdad?». Cuando salieron hasta la cocina Mikel les acompañó a la puerta.

—No han tomado nada. ¿Un traguito?

El guardia viejo refunfuñó. Tenían sorna sus palabras.

—No necesitamos nada. ¿No te vienen ganas de echarnos polvos en el vaso si te pido agua? No digas que no. Pero eso no es una solución, no: Yo exploto y reviento, y mañana viene otro en mi lugar. Todo está ya previsto arriba.

Los guardias montaron en los caballos. El viejo exclamó:

—Eh, abuelo, que lo encontremos tan hablador como hasta ahora. Adiós.

El abuelo dijo:

—Está ahí. Lleva ya dos horas esperando. Lo vieron los caballos y relincharon. No se me pasó. Los perros lo vieron también, le reconocieron, y se quedaron quietos, en silencio. Está ahí.

El hombre se lavaba la cara y la fuente tenía las aguas rojas, con suciedades de sangre. La llaga bajo la oreja estaba húmeda.

—No es nada, alguien ha dado el soplo, y los guardias me han seguido hasta aquí. Tres veces me vieron los caballos.

El abuelo le llevó hasta la puerta.

—Joshe Mari, ponte otra ropa y llégate hasta Sara. Cuando ya no vengán los

Guardia Civiles te daremos aviso. Entonces vuelves.

El hombre decía algo. Inconexas palabras pronunciadas deprisa, lentamente, otra vez deprisa, con esfuerzo; no se interrumpía. Palabras reveladoras de la inexorabilidad del destino que los había sentenciado a una larga condena de sobresaltos, aquí en esta tierra, donde por siglos y siglos habían nacido, y era suya. La historia de siempre.

Abrió la puerta y entró. Aún tenía en la mano el picaporte de hierro.

—Entra y cierra la puerta. Lo que vayas a decir, dilo pronto. Hale, hale, deprisa.

Mikel sintió miedo. El hombre preguntaba:

—Dime todo lo que has visto.

Mikel explicaba.

—Mi padre ha desaparecido. Fui a Iturrizaspi sin aliento. La hierba estaba cortada, la guadaña allí, y la chaqueta, pero él no. Ha desaparecido. Vi huellas de herraduras, clavos nuevos; a los caballos de la guardia civil los herraron ayer mismo en Lesaca; esos clavos los puso Chiripa. Y por eso estoy aquí.

—Buen servicio, sí señor. ¿Qué más?

Mikel vio un calendario de la Virgen de Arantzazu, escrito en vascuence. El hombre se movió de la silla de mimbre. Parecía incómodo. Dejó la máquina de hacer cigarrillos a un lado y con las manos recogía la picadura extendida sobre el hule.

—Hoy no estaba tu padre de servicio.

—No.

—Déjame, habla cuando te pregunte. Ayer vino y me dijo: «No puedo salir esta noche». No le contradije; nunca lo hago. Estaba en su derecho. Por eso la cosa no tiene que ver conmigo. Pero alto, yo no me desentiendo. Hay que saber lo que está ocurriendo ahora mismo. Rastros de caballo, bien es verdad, ayer fueron herrados. Los llevó el guardia Merino desde el cuartelillo. Al guardia Merino le gusta hablar, y a Chiripi también: «Los caballos no saben andar con herraduras nuevas. Por eso el cabo no quiere herrarlos. No quiere. Hasta que no pueden más y se les cae el casco igual que la madera vieja. Y llega el día en que el caballo no quiere andar por la hierba». Los caballos fueron herrados ayer por la tarde. Tienes razón.

Mikel vio la cara del hombre. Le oyó decir:

—Es la hora del amaiketako. A ver dónde está la Blasa, que le hagan chingarras en parrilla, y le traigan una botella de vino al muchacho. A las once de la mañana corren las tripas al más pintado.

Al hombre le llamaban Usubelz, «paloma negra» en vascuence. Tenía la cara así, desde lo del accidente. Lo contaba a su manera:

—Íbamos a Pamplona con diez caballos bretones. La noche traspasaba el cuerpo. Salimos al atardecer de la borda con destino a las cuadras de Manolo el tratante, en Errotazar, por la Rochapea. No me explico cómo fue pero las horas se nos echaron encima. El cálculo de los cambios de turno se vino abajo. Fue el reloj el que nos hizo la jugada, o los caballos que no se dejaron embarcar. No lo sé todavía. Miré el reloj, las diez y media cuando pasamos Almándoiz, y el relevo se había hecho ya. Los guardias no tenían sueño, los vimos bajo un árbol, sentados y fumando. Hay cosas que no tienen vuelta de hoja, hay que tirar, sea como sea, sin mirar atrás. Siempre adelante. Nosotros tiramos y entonces nos echaron el alto. Yo no quise detener el camión y les ordené: «Pegar el cuerpo a la cabina, ello parará». Oímos los disparos. La carretera se oscurecía bajo los faros, desaparecía escamoteada. El camión se arrastraba por el campo. Los caballos relinchaban asustados. Al despertar en la cama del hospital me vi la cara así. Desde entonces no me miro a los espejos.

La otra explicación la daba también él.

—Fue cuando la guerra europea. Me alisté en un batallón francés de choque. Me son simpáticos los franceses, y les debo cosas, esa es la verdad. Una granada explotó antes de arrojarla de mis manos.

Pero echando cuentas, Usubelz no pudo haber estado en la guerra europea. Tampoco tenía importancia la cosa.

—Lo bueno es tener la bolsa llena. Con dinero hay de todo lo que falta cuando no se tiene.

Cuando la vida iba vencida, Usubelz se miraba en las aguas de los ríos, en las ventanas con los cristales sucios, como hacen las monjas con voto en las superficies de los armarios. En el espejo, no. A Usubelz le bastaba con verse borroso e inquieto, como en sombras.

—Para nada sirve tener dinero si no puedo comprarme otro rostro. Compró los sentimientos, soborno y me salen bien las cosas. Pero no puedo salir de casa. No puedo. Siempre encerrado en este sótano. Me hace daño la luz. Por eso he tapiado la ventana.

Alguien decía:

—Hay médicos que componen la figura.

—No es lo mismo, eso es como caparse uno. Bonita cosa, ¿eh?

Desde la cocina —un lápiz, un papel, un cuaderno con cubiertas de hule, el tintero y el cartapacio— dirigía la frontera. Todos los hilos del contrabando estaban en sus manos. Cartas comerciales, negocios, tratos, los hacía sin máquina de escribir, sin oficinistas, sin teléfono. Los otros estaban a sus órdenes. En un tiempo tuvo competidores, y hubo lucha, sin armas, a cuerpo limpio, denunciándose nada más,

pero Usubelz era el más fuerte, denunciaba antes, y lo hacía mejor. Le llamaba el capitán y le decía: «Yo a usted le metería todo un cargador de pistola en la barriga. ¿Qué ha dicho de mí en la Comandancia de Pamplona?». Usubelz demostraba que no había dicho nada. El capitán pedía traslado y Usubelz volvía a denunciar. Desde entonces dirige la frontera y es el único patrón. En la hoja de papel escribía: «Día 10 a las diez de la noche, Joshe Mari Oyarbide, Sara». Dibujaba una raya roja entre dos rayas azules. Era suficiente. El papel llegaba a las manos de Joshe Mari. La cosa salía bien. Esperaba la madrugada en la cocina. Y si tenía sueño, se dejaba dormir sobre la mesa. Con el cuaderno de cubiertas de hule entre las manos.

Usubelz levantó la cabeza. La cicatriz le seccionaba la cara.

—¿Qué más?

—No sé más.

Luego miró a Mikel que tenía las manos cruzadas.

—Zósimo, echa un vistazo, esto no huele bien.

Mikel agradeció el vaso de vino y las longanizas asadas en la parrilla. El vaso le temblaba en su mano como un pájaro rojo. Sintió removerse el corazón dentro. Había visto a Usubelz. Le tenía miedo o respeto, o extraña consideración, como se tiene a lo que no se ve y se cree, a los misterios y a los enigmas, a las noches cargadas de lluvias y tormentas, a las lejanías rojas de la tarde. El hombre que contrataba a los hombres y les pagaba puntual y exacto después de cada viaje. El hombre que estaba siempre detrás de los juzgados y de los sumarios.

En el fondo recóndito de la cocina tiritaba el viejo reloj de péndulo; aquel ruido perforaba el silencio, tac, tac, misteriosamente; la lenteja de latón, dorada pupila, tejía la telaraña del silencio. A Mikel le habían hecho un favor al dejarle entrar en la cocina. Ingreso oficial en la plantilla, sin requisitos, sin timbres móviles, sin instancias.

—¿Está bueno? El vino lo han sacado de la bodega para ti, muchacho. Hago excepciones a veces y hoy es una de ellas.

Usubelz buscaba entre los pliegues negros del pantalón. Sacó algo que apretaba en los dedos: una bolsita de cuero verde con cierre metálico. Sobre la mesa casi rodaron las gotas sólidas del rosario.

—Vamos a rezar. La cosa no es para menos.

Mikel se sorprendió: «Este hombre no tiene entrañas». Desde siempre llegaban los bueyes con sus carros cargados y se detenían a la puerta de la casa. Los hombres pasaban dentro. Hombres sin palabras, completamente en silencio. Usubelz los esperaba detrás del mostrador de madera, como si fuesen a comprar algo. «Un kilo de

azúcar y medio de garbanzos». Pero no iban a comprar nada a aquella tienda llena de mugre y de telas descoloridas en los estantes de madera. No iban a comprar, los hombres. Usabelz les decía:

—Hay que firmar un papelito, no es nada, no lo es, sólo trámite.

Los hombres se resistían. Usabelz les clavaba la mirada oscura en las entrañas; ellos sentían la navaja de la mirada rasgando sus tejidos; se dejaban coger el dedo mojado en el trapo viejo de tinta y lo estampaban en el papel. Sólo trámite. Contrato de compraventa al precio estipulado. Pagaban los intereses y un premio al préstamo. Los hombres salían convencidos de que se les había engañado. No importa. Fueron los primeros tiempos. El abuelo los conoció.

Mikel veía cómo pasaban las cuentas negras por entre los dedos, gigantescas hormigas, que recorrían la piel blanca y caían lentamente.

—Es una buena cosa rezar, una buena cosa. Yo siempre lo hago cuando algo comienza a torcerse. Lo aprendí hace años en las Américas. Pasaba el día solo como lo pasan los animales de la tierra. El tiempo no corría, las horas se metían dentro del cuerpo, me volvían la sangre. El ganado tenía sed y había que llevarlo kilómetros y kilómetros entre el sol y el polvo. Les crujían los huesos. Luego venían las alimañas hasta el río, y hostigaban al ganado. Cuando se está completamente solo a uno se le ocurre rezar. Y yo lo hacía. Da buena suerte. Las alimañas huían asustadas. Yo me hincaba en la tierra con el rosario en la mano. Los rezos les hacían fuertes y resistentes. El mismo Dios decía: «Reza, hijo, reza, el rebaño se salva gracias a ti». Desde entonces cuando estoy triste me refugio en la oración. Gracias a las oraciones me va saliendo adelante el negocio, que es por lo demás honesto, como el primero.

Zósimo entró sin llamar. La puerta de paneles antiguos, rebajados, desapareció al abrirse.

—No se sabe nada, patrón.

Usabelz replicó:

—Déjame, estoy rezando. Luego, luego.

El mascarón de Usabelz quedó imperturbable; el rostro, una superficie lisa, estirada, completamente yerta. Los ojos allí dormidos, alterando ligeramente la falsa rigidez de la boca. Zósimo tenía prisa.

—Esto no huele bien.

Usabelz rezaba.

—Dios te salve María...

Movía los labios lentamente.

—Cuarto misterio gozoso. Sigue tú también Zósimo, no quiero ateos entre las gentes a quienes doy de comer.

Mikel había oído mil veces aquellas palabras, y hasta podría decir que las bocas se abrían lentas y acompasadas, de la misma manera. Noches oscuras con vientos vertiginosos en las chimeneas, caracoleando como caballos desbocados, relinchos y animales horribles que gritaban dentro de los vientos. Se encendían los candiles y las lamparillas de aceite que tienen los santos en las hornacinas, San Antón, San Juan Xart, San Donato.

Noches llenas de historias y de muertos, de gentes que estaban en el infierno y habían vuelto sólo un segundo a esta tierra. Dejaron sus manos sobre la puerta y todos husmearon el olor y vieron luego las huellas y el humo que salía de los dedos y la madera.

El abuelo decía:

—Hubo cierta vez un tal Pierres Domaica, del caserío de Ekaitz...

Las mujeres se persignaban continuamente. Sacaban de una bolsita de cuero las medallas de plomo, sin brillo, los escapularios sucios, advocaciones extrañas traídas de nadie sabía dónde. Las besaban.

—No cuente, abuelo, no cuente.

El abuelo decía que sí con la cabeza y se reía. Luego comenzaba con el rosario.

—Primer misterio gozoso...

En la boca del viejo estaban todas las avemarías llenas de aire, como pompas de jabón que salían despacio y estallaban también lentamente, una a una.

Eran las mismas avemarías de todos los viejos de la tierra, de todos los rosarios guardados en estuches de cuero con un cierre o un botón que hacía ruido al abrirlo.

Usubelz había terminado con el rosario. Cerró el puñado de hormigas en su mano; brillaba la cadenilla de metal. Se persignó con reverencia.

—Antes de hacer nada, ni pensar siquiera, las cosas piden su tiempo. Un vasito de vino las aclara. Las deja limpias de sombra.

Dentro del vidrio sin tallar, bailaba la luz como un pez en su pecera. Pajarito rojo, abatido de frío en su jaula de cristal; lo miraba con ojos codiciosos, fluidos, sin estancarse la luz en ellos.

—Anda muchacho, ve y di al abuelo que yo no sé nada de nada. No estaba esta noche a mi servicio.

Otros días le habían dicho lo mismo. Exactamente lo mismo. Se lo decían desde la ventana.

—El sabrá dónde está. Yo no. Anda y no moletes a los hombres. A Joshe Mari le gusta el vino, en la tasca de Isasi estará.

Mikel volvía a casa. A su regreso el abuelo fumaba silencioso, no decía nada, y la cocina llena de humo. El abuelo sabía todas las cosas: sabía que era inútil hablar ni quejarse, y decir las cosas que se sienten. Oír, ver y callar. Por eso el abuelo no decía nada. Profunda sabiduría. Sacaba las cartas de la baraja con una mano, las dejaba sobre la mesa de madera sin pintar. No decía nada. Sólo mirar de vez en cuando el reloj de bolsillo, el reloj Ropstck comprado en una relojería de Pamplona hacía muchos años. El reloj con su música acariciante poblando los espacios de la cocina.

El abuelo no decía nada. Sus gestos, sí.

—Ya es tarde. Tenía que estar aquí.

Mikel escuchaba atento la respiración del abuelo. Le consultaba a los ojos. Detrás de las pupilas, la luz y las cosas se veían en ellas, con un miniado antiguo.

—Hay que hacer algo, abuelo.

—Todavía no, el oficio pide paciencia. Mucha paciencia. Ya lo aprenderás si vives la noche como yo la he vivido. Es cosa de tiempo.

Los perros habían ladrado. Mikel salía con la escopeta en las manos y el rostro del padre estaba allí, en la oscuridad, una mancha más negra y horrible, extraño aguafuerte. Joshe Mari decía:

—Vengo a despedirme.

—¿Qué ha ocurrido?

—Es lo de todos los días. Nos siguen de cerca. Alguien nos ha denunciado.

El abuelo se estremecía.

—Tienes que pasar rápidamente la frontera. Ya te daremos aviso.

Usubelz comenzó a colocar pacientemente los cigarrillos en la caja de puros habanos, «Vuelta Abajo». Los dedos eran muy blancos, como agusanados.

—¿Pero qué le pasa a este chico? Está pasmado. Su padre ha dicho que es valiente, pues bien, lo será, pero está pasmado.

Mikel estaba junto a la puerta y no se movía. Cenceño y escueto, dibujado.

—¿No oyes, chico? No sabemos nada. Estamos a dos pasos de Francia y todos los días ocurren cosas. Ahora está de moda marchar las gentes de aquí para allí y todos los días vemos lo que no vimos nunca: Los hombre preguntan por los caminos que llevan a Francia.

—Mi padre tenía pensado ir al mercado de Lesaca. Llavaría la vaca que ya ha parido siete veces.

Usubelz introducía los cigarrillos en la caja de tablerillo. Los apilaba.

- Pregunta a los guardias, pues, yo no sé; te lo he dicho.
—Todas las noches le trae el alijo y usted le paga. Tiene que saber dónde está.
—Yo no lo sé todo.
—El padre dice que usted nunca duerme.

Usubelz nunca dormía. Nadie le había visto fuera de la silla de mimbre llena de cojines y de almohadas —la mesa de madera con el mantel de hule— desde que se desgració el rostro. Sobre la mesa, la máquina de hacer cigarrillos y el tabaco. No tenía sueño; hablaba poco.

—Puedo estar meses enteros sin dormir. Hay que tener los ojos bien abiertos para cuidar de mis cosas.

Descansaba un segundo. Luego continuaba.

—No tengo miedo de aburrirme. Los negocios me llevan todo el día; cuando no tengo ganas de escribir cartas o números en los libros de contabilidad rebusco en el fondo de la memoria y los recuerdos salen sin orden. No, no me aburro nunca. En una pulpería de América, cierto día, un indio borracho...

Conocía de cerca a los franceses.

—Combatí con ellos durante la Gran Guerra. Yo no tenía entonces dieciséis años, pero estaba ya hecho. El sargento reclutador me preguntó, al verme entrar por la puerta del Centro: «¿Edad?». Desde ese momento me hacía el favor de considerarme hombre. Me dio vergüenza confesar la verdad y dije: «Veinte años cumplidos». Me alistaron en un batallón de choque. Conozco bien a los alemanes.

Nadie podía decir si Usubelz mentía. Podía ser. Pero nadie lo sabía.

—Yo no me siento extraño en la tierra, todos los países son mi patria, todas las tierras, buenas para morir. A no ser por estos puños, yo no sería quien soy.

Cuando la ocupación de Francia, conoció a un mayor alemán en la fonda de Hendaya. Le gustó el hombre rubio y se entendían por señas. Bebieron cerveza negra en silencio, mirándose. Cada uno hablaba su lengua, y sonreían los dos estúpidamente, sin comprenderse. Se decidió a visitar la comandancia. Allí se expresó en francés.

—Yo entiendo de todo. Mi vida es el azar, mi patria la tierra. Sirvo a quien me paga, y soy leal cuando doy la palabra, que no la empeño sin más ni más. Necesito garantías. Cuando ya las tengo, lo demás viene solo. Las telas inglesas no tienen secretos para mí. Sé de puntillas belgas, y un chamarilero no puede engañarme. El hierro fundido, la chatarra, el hilo de cobre, son tan buena mercancía como los medicamentos o el paso clandestino de huidos. Lo digo como es, y estoy para servir a quien me lo pida. Conozco la navegación a vela, a remo y a vapor. Entre mis

conocimientos también figuran las armas cortas de todos los calibres, municiones, y pasaportes falsos.

El mayor alemán escuchaba sin pestañear. Parecía asombrado. El cráneo mostraba la costura de los huesos; gruesas cuerdas enceradas los unían bajo la piel refulgente. Escuchaba con paciencia; fingía cargar la pluma estilográfica en el tintero de cristal.

—Es usted una enciclopedia.

No dijo más. Usubelz recibió nervioso el impacto de las palabras. Vio al alemán inmóvil detrás del pupitre. La cabeza asiática, ligeramente vencida hacia adelante. Personaje fantástico cargando la pluma estilográfica.

—¿Qué es lo que quiere?

Usubelz tardó en contestar.

—Eso yo no lo sé. Cualquier cosa la transformo en negocio. Soy comerciante, y ustedes dirán qué puedo proporcionarles. Caballos para la tropa. Vacas o rebaños de ovejas para el matadero. Eso, yo no lo sé.

El mayor le despidió con una sonrisa. Su mano se alargaba en la sombra.

—Trato hecho. Oficialmente se le dará un pase para toda la zona de ocupación.

Usubelz pasaba judíos a España, españoles a Francia. Derrotados de la guerra del 36, refugiados políticos, gentes que buscaban desesperadamente a sus familias en el destierro. Negociaba pasaportes falsos, divisas, materiales estratégicos (wolframio en las bodegas y almacenes de Pamplona, traídos desde Galicia en paquetes de diez kilos). Trataba la libertad de prisioneros políticos en los campos de concentración. Sentado en la silla de mimbre de la cocina, junto a la chimenea, mascaba los recuerdos, las tierras de América entre sus dientes cuando hablaba.

—Estaba yo en Bolivia, y allí hay mucho estaño, pero todo es de uno...

Jugaba a las cartas sobre el hule historiado. Lo sabía todo; la llegada de un Guardia Civil al cuartelillo, el cambio de cabo antes que el cabo mismo. Le visitaban los confidentes, escribía cartas en silencio. Investigaba minuciosamente la vida del guardia, buscando obsesivamente una sombra en ella. Cualquiera la tiene. El guardia se revolvía.

—Si alguna vez cae en mis manos, señor Shanti, si alguna vez cae, no se me escapará, lo juro, como hay Dios.

Lo decía completamente convencido de que nunca había de ser atrapado. Nunca. Usubelz, figura mítica, tenía poder de penetración en el pensamiento ajeno. Cuando descubrió a Josheba el traidor, le examinó las arrugas pobladoras de la frente, los ojos bajo el galón de las cejas, y le dijo sin titubeos:

—Tú nos has engañado. Fuiste con el cuento al cabo.

Josheba tembló estremecido.

—No.

—Estoy seguro.

Era verdad. Cuando le preguntaron cómo lo supo, dijo:

—Los ojos de Josheba tenían un color extrañamente azul. Y los ojos de los traidores tienen ese color.

Poderosa razón. Personaje misterioso, enigmático, corazón en la mano, la frente abierta. En el fondo del alma, es posible que no hubiese nada.

Juancho, el herrero, le detuvo. Las manos metidas debajo de los zahones de cuero. Salió del herradero donde ponía herraduras a los bueyes en el poste bramadero y el potro de grandes maderas negras. Se limpiaba las manos con los zahones.

—¿Se sabe algo?

Mikel se daba aires.

—Nada. Lo habrán cogido.

Las nubes se reagrupaban alrededor del sol, tachón dorado, en la guarnición del cielo.

El viejo lloroso exclamó:

—Es el oficio.

Y la mujer que llevaba la herrada a la cintura y le brillaban los cellos como papeles de culebra.

—Tampoco mi hombre está en casa.

—El tuyo volverá, mi padre, no. Le han cogido los guardias. Estaba segando hierba, junto a la casa.

Mikel escuchaba al abuelo.

—Los tiempos son distintos. Ya no se cree en nada.

Eran las noches aquellas que no tenían fin, cuando el abuelo sacaba las cartas y el tabaco y esperaba en silencio. Al abuelo le olían las manos y las ropas, olía el cuero seco de las botas y el pelo que ningún barbero cortaba.

—Cuando te hagas hombre, hijo, no engañes a nadie, como a nosotros nos engañan.

Mikel respondía seguro.

—Usubelz me da confianza. Si a mi padre le han cogido, Usabelz le dejará libre.

El herrero abría la boca y bostezaba. Los dientes tenían puentes de plata mohosa.

—El cabo es nuevo.

—Ya se hará viejo.

Mikel llegó hasta el ribazo, encima mismo del cuartelillo. En la garita, sobre la cuneta de hierba segada, el guardia Rafael, con el fusil entre las piernas leía, un tebeo. El abuelo había hecho la ficha completa de Rafael.

—Rafael Caramillo, nacido el día dos de julio de 1927 en un pueblecito de la

provincia de Salamanca. Estuvo en la guerra y le hicieron sargento. Cuando la desmovilización ingresó en el Cuerpo. Dos veces quiso ser cabo, pero no tiene chirumen. Tiene por eso malas pulgas, aunque es de fiar.

Mikel seguía sin perder la atención. Entonces vio a los caballos atados al olmo del patio.

Le dio una vuelta el corazón. La ventana con sus cinco hierros se abrió. Vio al hombre sentado en la silla, con las manos caídas sobre las piernas, y la cabeza ladeada. Era como si alguien le hubiese dicho de súbito.

—Es tu padre.

Efectivamente, su padre estaba allí, en el mismo sitio que antes ocuparon otros hombres: malhechores que no dijeron cómo se llamaban, ladrones de mulos y desertores del ejército, contrabandistas. Se negaban a declarar el objeto del viaje. No explicaban nada de la documentación falsificada. Voluntades indómitas, orgullos sin romper. Permanecían mudos, herméticos, con su verdad dentro, hombres hechos de roca. No cedían, siempre rebeldes, siempre.

A mediodía

El cabo se había desabrochado los seis botones dorados de la guerrera. Al hacerlo, los dedos parecían llevar una cuenta triste, uno, dos, tres. Los dedos eran largos y muy blancos.

—Lo que más me joroba, por decirlo en plata, es que estoy completamente seguro de que este hombre sabe por dónde van los portugueses.

Anastasio cerraba los sobres azules. Buscaba algo con los ojos, hasta que lo encontró.

El cabo se miró el reloj de pulsera.

—Son las doce y tres cuartos. Llevamos exactamente cinco horas con este fantasma aquí.

—Yo estoy en que no sabe nada.

No sirven las preguntas. Y cuidado que se las hice bien. Tengo hechos tres o cuatro cuestionarios para estos campos, no pueden fallar, y sin embargo este tío me ha hecho polvo los cálculos psicológicos.

El cabo volvió a mirar el reloj.

—Anda, saca a este espantapájaros de aquí. Dile que no quiero verle más en mi vida. Me pone nervioso su memez. No es tonto, no, pero lo hace. Yo sé que se hace, y se ríe de la madre que lo parió que se ponga delante.

Joshe Mari Oyarbide se abotonaba la chaqueta. En su delgadez resaltaban unos ojos muy azules. Sus manos parecían de cera como las de los santos que llevan en las procesiones.

Estaba de pie, y los guardias entraron. Todos los guardias son iguales cuando van vestidos con el tricornio y la capa, el fusil, las botas encorchetadas. Uno de ellos dijo:

—A sus órdenes cabo. No hemos visto absolutamente nada. Estar, estarán, pero no hemos visto nada.

Joshe Mari Oyarbide pasó por delante de la ventana enverjada. Todavía estaban los caballos atados al árbol del patio. Y relinchaban.

SEPTIEMBRE

Sol: 6,06 a 18,06 - Luna: 3,40 a 17,21

Luna nueva el día 28.

26

Domingo

Santos: Gerardo, obispo; Cipriano;
Justina, vírgen; Eusebio, Virgilio, obispos.

CINQ PORTUGAIS QUI AVAIENT PASSÉ CLANDESTINEMENT LA FRONTIÈRE ARRÊTÉS À TROYES

(De notre correspondant particulier.)

Metz, 11 decembre.- Cinq ouvriers portugais, qui avaient franchi clandestinement la frontière franco-espagnole près d' Hendaye, ont été arrêtés à un barrage de police, près de Troyes. Ils se trouvaient à bord du taxi de M. Mario Martignoni, de Merlebach. Celui-ci a été également appréhendé et écroué.

C'est assez fréquemment que des ouvriers portugais gagnent clandestinement la France. La plupart du temps ils le font pour rejoindre des parents ou des amis qui y ont trouvé du travail et qui, pensent-ils, pourraient les aider à obtenir un emploi. Mais le nombre de ces «clandestins» est peu élevé par rapport aux Portugais qui se rendent en France pour chercher officiellement du travail ou qui sont munis d'un visa touristique régulière. Les «touristes», une fois en France, trouvent un employeur qui régularise alors leur situation auprès de la préfecture et du ministre du travail.

LE MONDE, 11 decembre 1962. Paris

Las ocho y media

En la sala de armas el aire se hacía gordo, con olores a ropa sudada, a eructos y ajos machacados con aceite y vinagre. Ambrosio tenía su mortero de madera de boj, y majaba los ajos todas las mañanas al levantarse. Era la oración de todos sus días.

—La vieja me dijo que con sólo una cabeza de ajo cañete y un espárrago triguero bien puesto entre las telas de la camiseta se curaba el reuma. El reuma está en su sitio y no se va. Yo digo que los ajos tienen que ir en la sangre, y para eso lo mejor es comerlos. La cosa me va bien.

Ambrosio dormía en la sala de armas por capricho. Le gustaban las tarimas con dibujos de los suelos, las vigas pintadas de negro que pautaban los techos.

A las ocho y media comenzaba la vida de Ambrosio. Plegaba el colchón, lo volvía, lo golpeaba con las dos manos. Cerraba el mueble aquel que se convertía en un sofá extravagante. Lo hacía con parsimonia, lo mismo que los frailes en los conventos.

—Y antes del desayuno, el potingue. Hay que matar la reuma.

Cuando vino el cabo serían las nueve horas en el reloj de bolsillo de Ambrosio. El cabo traía escarcha en las pestañas y en los bigotes. Anastasio dijo:

—Buenos días. Yo me voy a decirle a Maruja que he vuelto.

Ambrosio tenía el reloj en la mano. El cabo vio el mortero lleno de ajos.

—No hay novedad, señor cabo.

—Nos vamos a volver locos, Ambrosio. Que sí, que están aquí, pero que yo no los veo.

—Nuestro oficio es paciencia.

—La paciencia se acaba, Ambrosio.

—La de un Guardia Civil, nunca.

Ambrosio dejó el mortero sobre la mesa. Se sentía feliz con la mano del almirez machacando los ajos.

—El tiempo nos los traerá, señor cabo. El tiempo hace prodigios. Se ven muchas cosas. A lo mejor se vienen como el despechado del año de los hielos.

—Aquel hombre estaba mal de la cabeza.

—Y nosotros de los pies.

El cabo les explicaba mientras se desceñía los correaes con desgana.

—Estaba de la mandarina. Vino y me dijo mal que bien: «Nosotros no ir a Francia. Nos han traído desde Portugal, pero a Francia, no, no. Volver». Cayeron los que los trajeron, vaya que sí. En el caserío estaban los otros, y el que los llevaba. Era un cura.

Ambrosio volvió a coger el mortero.

—Estaba sentado en el poyato cuando salió usted, ¿no?

—Yo, lo mismo digo, si le veo en el campo no tengo corazón para detenerlo. Le digo por dónde se va a Francia. Me dan pena. El hombre tenía miedo. Pero venirme hasta aquí, en mis mismas narices. Dijo que lo trajeron dos curas gallegos hasta Burgos. De Burgos a Pamplona vino en taxi.

—¿Y eso quién paga?

—Yo qué sé. Estamos todos locos. Hay quien da dinero para que estos hombres se vayan de su tierra. Dicen que para irse de Portugal la ley pide depositar algo, no sé cuánto, diez mil pesetas o así. Con diez mil pesetas se hace el viaje hasta Hamburgo y aún sobra. Eso dicen. Yo no he ido nunca. Yo, hoy por hoy, me quito los correajes. Supongo que nos dejarán pasar el domingo tranquilos. El domingo es para descansar porque lo dicen los mandamientos de la ley de Dios. Y yo quiero cumplirlos.

Vino con la bicicleta. La dejó en el tronco del olmo. En el mismo tronco ataban los caballos los otros guardias cuando venía el teniente en visita de reglamento. Inspección, instrucción en la solana: «Media vuelta a la derecha, ar. Armas sobre el hombro, ar». Todo se llenaba de voces de mando, de órdenes y de gritos sincopados cuando venía el teniente. Luego se subía al caballo y los cinco guardias en la puerta respiraban hondo y profundo.

Domingo entró con el correo en la mano. Eran muchos sobres azules y verdes con sellos de tintas moradas y firmas en las esquinas. El cabo buscó la correspondencia.

—Venga, Domingo, a ver qué nos mandan hoy por escrito. Trae las de la comandancia, las demás no me interesan.

El cabo pasaba las cartas como los naipes de una baraja. Impresos y folletos que anunciaban cosas sorprendentes; catálogos de cosas inservibles. El oficio de la comandancia decía poco más o menos:

«Por el presente paso a comunicarle que según informaciones recibidas en nuestros servicios, los cuatro portugueses que el viernes por la mañana salieron de Pamplona, se encuentran aproximadamente dentro de su demarcación. Se proceda con el mayor celo y diligencia a su busca y captura. Dios guarde a V.S. muchos años. Pamplona 25 de septiembre de 1962».

El cabo dejó el cortaplumas sobre la mesa. Tenía un cristalito de aumento como un ojo escrutador. En el cristal de aumento había unas letras descomunales.

—Domingo, en este sobre nos han traído la tarea para esta mañana. ¿Qué has visto por la carretera?

—Nada. La María Joshepa bajaba a misa por el atajo.

—¿Y Joshe Andrés?

—No. Iba sola.

—Joshe Andrés está en aquella ventana con el catalejo de campaña. Lo trajo cuando la guerra. Desde su casa se ven tres puestos de la guardia civil. Hoy no hay misa para Joshe Andrés. Pecado mortal.

—Vaya al caserío, señor cabo, y póngale la mano encima.

—No hay ley que prohíba mirar con un catalejo de campaña desde los balcones de su casa.

—Joshe Andrés trabaja para Usubelz.

—Y nosotros, para el gobierno. Joshe Andrés estuvo en la guerra y le quitó a un polaco muerto en las Brigadas la cosa esa de tantos aumentos. Joshe Andrés tiene un dibujo en la cocina, «Zumalacarregui en Begoña». El general lleva el catalejo en la mano. Joshe Andrés no vendería el aparato por nada del mundo. Lo guarda como una reliquia en su caja. Sólo lo saca cuando hay trabajo.

—La abuela también nos mira con él.

—Eso es los domingos cuando Joshe Andrés va a misa. Hoy la abuela no se siente bien. Está todavía en la cama. Yo me sé estas cosas de memoria.

El cabo arrojó los correajes sobre el mueble cama.

—Yo digo que hay que salir otra vez. Ambrosio y Rafael se irán hasta la borda. Todo que quede bien vigilado y a ver qué os traéis en las manos.

—Primero nos vamos a rasurar.

—A ver si terminamos bien el domingo. Si caen para mediodía esta tarde nos echamos una botella de vino por barba. Lo pago yo.

Ambrosio replicó.

—Lo malo no es el ir. Uno ya tiene costumbre de pasarse un día entero por los caminos. Lo malo es volver con las manos vacías. Estos portugueses nos van a traer de cabeza.

—Hay que encontrarlos. Lo pide el oficio de la comandancia.

Las nueve y cuarto

La mañana era triste en aquella casa que ellos no habían visto nunca. Do Pereiro y el viejo seguían echados sobre el heno seco. Le miraban con sus ojos diminutos, entrecerrados, siempre en silencio.

Carvalho se había levantado. Dijo:

—Esto es extraño. Perkein no llega. Ayer vino el hombre aquel y le seguí por el bosque. Yo digo que vino por algo.

El viejo se limitaba a mirarle. Do Pereiro no, decía cosas.

—Hay que salir de aquí y buscar los caminos. Francia está cerca, pero hay que llegar.

Carvalho sacó el papel y lo miró. Las arrugas habían borrado las rayas y los puntos con las palabras escritas. En el papel no se veía nada: una mancha de aceite y los itinerarios azules, con las tintas corridas.

—Este papel no dice nada.

—Hay que salir de aquí, Carvalho.

El viejo dejó de mirarle. Dijo:

—Y pronto. Yo me estoy poniendo nervioso. Se me mueven las tripas. Es de no comer.

Carvalho volvió a doblar el papel; lo metió en la bolsa de tela sucia, con los botones desiguales, que no casaban, donde iban las cosas de siempre: el alfilerero, la navajita y el lápiz.

—Este papel ya no nos sirve para nada.

Las órdenes concretas las daba Carvalho masticando lentamente las palabras entre los dientes.

—Vosotros os quedáis aquí. Mucho ojo, que nadie se mueva. Quiero encontraros donde os dejé.

El viejo echó las manos sobre el suelo. Relajado y espectral. No dijo nada. Carvalho sí.

—Llegado el caso hay sitio para ocultarse. Se entierra la cabeza entre la hierba y a respirar despacio. El cuerpo aguanta.

Luis Carvalho pegaba la oreja a la tierra. Escuchaba. La tierra tenía ruidos entrañables. A su espalda y lejos, muy lejos, como el recuerdo de las horas, como si hiciese años que había salido de allí, el esqueleto de la casa con su osamenta negra y roída entre los árboles. No estaba seguro de oír.

—Se vienen hacia aquí los pasos. Son dos hombres, cuatro botas con tachuelas. Las botas llevan espuelas o herraduras que repican como las campanillas.

La casa era siniestra y sombría. Y era igual que aquella otra. Lo mismo, exactamente. La otra casa que estaba en sus memorias infantiles, en sus recuerdos

amargos, cuando bebía vino y se le subía la sangre a la cabeza.

Las paredes recortadas y escuetas en la luz roja del crepúsculo. Eran piedras rosadas, carne humana, anchas y desiguales. Las ventanas con persianillas verdes y dibujos hechos en la piedra, caballitos encabritados, toros salvajes, y rosas, frutas. El marqués trajo a un hombre de largas barbas, y ellos le vieron pasar las horas muertas con sus uñetas, los martillos, los cortafríos, siempre subido a los andamios. Desde aquellas ventanas la tierra era un tejido, y los hilos del sol le daban su color rojizo y dorado.

—Ellos tienen las manos blancas, de no recibir el sol. Tienen tiempo de traer artistas que hagan figuritas a las ventanas. Nosotros no tenemos tiempo de quitarnos las moscas siquiera.

Carvalho recordaba a su pade subido a la yegua que tenía el vientre picado de motas negras. Los cascos llevaban un cerco de pelo peinado.

—Está escrito, hijo. Hemos llegado tarde. Hace muchos años, de haber llegado nosotros aquí, esta tierra hubiera sido nuestra. Hoy no, es ya del marqués.

El muchacho había preguntado:

—¿Y el sol, de quién es?

El hombre se quitaba el sudor de la cara con su mano de labriego...

—No lo sé, pero si el marqués quisiera comprarlo podría. No se quedará por dinero.

Parecía que del sol nacían las hierbas de la dehesa; los solitarios encinos recortados en la luz; los corrales; las tapias donde dormían los toros; el eucaliptus en el centro de la casa grande. La casa envuelta en el crepúsculo, como una crisálida. Flotaba dentro un minuto, dos minutos, media hora. Desaparecía la veleta girando lentamente. El viento arrastraba el crepúsculo.

El padre decía:

—Es bonito caminar horas y horas sin llegar nunca al límite de la dehesa.

—¿Y eso por qué?

—Está escrito en los registros. Dicen que en el Brasil las cosas no son así, dicen, yo no lo creo. Uno puede hacerse con tierra sólo con andar a caballo hasta que el animal revienta. Lo que haya recorrido, nuestro. Yo no lo creo.

En la dehesa pastaban los toros. A la espalda el garabato del hierro y la corona marquesal. El padre, los pies en los estribos, se movía entre la lejanía con tatuaje de toros. La yegua iba y venía, al galope, al trote, al paso largo, y el hombre siempre estaba subido a la silla, con los pies en el estribo.

—Me pasaría la vida sin bajarme de aquí.

A Luis Carvalho le volvían aquellas noches penetradas de perfumes raros. Hierba seca en los graneros, las hojas de maíz del colchón, el grano tendido en los suelos, el sudor de los sobacos, los piensos aromados, el olor de la tierra, las flores y los

tomillos. Los toros se acercaban al porche de la casa. Él sentía miedo; les veía mirarle con los abalorios de los ojos, extrañas ráfagas en sus miradas como los reflejos de una piedra preciosa. La voz del padre le protegía.

—Eh, Olho Velho, quieto, bonito, quieto precioso, quieto, quieto, bonito, quieto, quieto.

La voz se prolongaba en el silencio. Desaparecía totalmente. Luego había atardecido. El sol trasponía los encinos, desdorado y viejo. El padre contaba cada día una historia. Los vientos agitaban el candil colgado de la escarpia, mientras los hombres hablaban.

—La tenía en mis brazos, entregada ya, y oí un ruido. Los cinco sentidos vigilaban por mí, y el oído me salvó. Yo distingo los mugidos de los toros, y sé cuando llora Venturoso y cuando está en celo Encariñado. Eso me salvó.

Se perdía el hilo del relato. La voz crepuscular desaparecía arrastrada por el viento. Después, volvía. La casa se llenaba con el polvoriento tejido de las sombras. Oyó los quejidos de los toros. Chocaban las cornamentas. No era lucha, era juego, caricias. Los toros mansurroneos se alejaban. Únicamente quedaban dos. Ya no era juego. Los toros saltaban en el mar muerto de la noche. Desaparecían brillando entre las manchas quietas de la manada. Carvalho, desde la ventana, vio el lomo ensangrentado del toro, vio a los hombres asomados al balcón y presenciar la lucha. Veían también a su padre subido al caballo con la pértiga en el brazo. Los toros huían a su paso, acobardados y en silencio. El padre tenía la voz susurrante.

—Olho Velho, bonito, bonito, toma guapo, toma, hala, hala, hola precioso, toma, toma, toma.

El toro olfateaba la seda flotante del aire. Le incitaba el olor cargado que tenía. Se revolvió con los cuernos sobre la tierra, yerra el golpe. El caballo trazó un esguince. Los encinos dibujados en el fondo azuloso que tiene la noche. La manada, lenta, goteaba sobre la tierra iluminada, un toro, dos, seis, veinte toros avanzando despacio, oleada negra que cubre la tierra esclarecida.

—Olho Velho, bonito, preciosoooooooo, oooooo...

La figura del padre estaba cosida a la yegua; cayó la pértiga, el caballo relinchaba, fundidas las dos sombras en una sola. Luis Carvalho recuerda que un hombre que tenía el ojo vaciado con un parche de cuero, como los piratas, le cogió del brazo.

—Es hora de dormir.

Los otros hombres salieron al campo. Exploraban la noche con sus pértigas.

—Toro traidor, toro, eh, toro.

Descubrieron a su padre, todavía caliente, pegado a la sangre por los muchos hilos que a ésta le salían. Luego, después de todo, en el camposanto le oyó decir a la madre:

—Nos hemos quedado completamente solos. Siempre lo estuvimos.

Llegaba el olor del campo, el aroma de la tierra sembrada, las ramas podadas, el olor viejo y profundo de la lluvia que caía lentamente sobre la sepultura.

Caminó unos minutos o unas horas, y Carvalho se detuvo. No encontró a nadie. Había oído los pasos. Diría también que eran cuatro pies, cuatro botas con espuelas. Caminaban despacio.

Carvalho masticó la hierba que tenía entre los dientes. Los tratantes, los que van a la feria y compran pajaritos fritos y gorritos de papel siempre llevan una paja o un palillo de los que hay en las fondas, Carvalho, también. La hierba tenía un sabor amargo y la escupió. Se detuvo en un calvero del bosque para inspeccionar el terreno. Lentamente descubría escondrijos insospechados, arroyos, manantiales donde el rostro se reflejaba como en un espejo con el azogue sin desconchaduras, tallos y flores que jamás había visto, pájaros silenciosos, prados, caminos de un color azul, porque azul era la tierra.

—Por aquí se va a alguna parte. O a ninguna.

Los pasos venían hacia él, uno, dos, lentos y medidos. La oreja se pegó a la tierra.

—Son botas de cuero. Llevan tachuelas y herraduras en los tacones. Una está desclavada.

Con los pasos venían las voces, rotundas, claras. Alguien decía:

—¿Tú qué piensas de esto?

—¿Qué quieres que piense? No me dan vela en este entierro.

—Algo pensarás.

—Sí, realmente sí; siempre se piensa algo, para eso está la cabeza, pero bah, cualquiera sabe. Los portugueses tienen sus cosas, y nosotros las nuestras. Si te pones a pensar te vuelves loco.

—Mira, yo te digo que siempre hay algo que es más verdad. O las cosas del cabo o las mías. La razón no tiene más que un camino.

—Mira, Rafael, yo no entiendo nada de nada. Tampoco quiero entender. Pero yo me sé bien una cosa: obedecer y callar. Lo hago a cambio de algo que se llama tranquilidad.

Ambrosio sudaba; se llevó la mano a la frente.

—A mí se me da igual todo. Aspiraciones: ninguna. Que me den oportunidad de hacerme cabo segunda. Y otro puesto. Lo demás se me da lo mismo.

Rafael golpeaba con la culata del máuser la puntera de su bota.

—Esos portugueses; ¿qué mal nos han hecho a ti o a mí? Ellos son como nosotros. Tienen su destino, y nosotros el nuestro. Igual lo mismo da.

Ambrosio sacó la petaca. Se derramaban las picaduras sobre la mano, hormiguitas muertas, escarabajos que ya no tenían vida.

—A mí me pagan por encontrarlos.

—Estas gentes tienen las mismas historias que nosotros. Les comía la miseria y salieron de casa a buscarse el pan. Nosotros entramos en el Cuerpo por lo mismo, por eso del pan. Ha sido así, y pudo no serlo. Ellos, los guardias; nosotros, los perseguidos.

—Mira, mira, yo quiero vivir tranquilo con mi conciencia. La voz del deber me dice lo que me dice y yo la sigo.

Luis Carvalho vio a los dos Guardia Civiles sentados a la sombra del roble. Parecían dichosos fumando. Los guardias se miraban los dedos renegridos. Rafael expulsaba el humo lentamente de la boca, redondeaba los labios en un círculo casi perfecto. Probaba a lanzar anillos al aire. Ambrosio le imitaba. No se decían nada como si se hubiera acabado la conversación para siempre. Rafael había conseguido lanzar hasta ocho cerrados anillos que desaparecían arrastrados por la brisa.

—Yo gano. Llevo ocho. Fíjate bien en mi técnica. Es la lengua la que trabaja.

—Déjame de pocheques. Esta tarde te quiero ver al mus.

Carvalho se había movido buscando las altas hierbas. Era imposible ocultarse del todo. Los guardias tenían que verle los zapatos, y el orillo del pantalón, de una pana amarilla, como de oro. «Tendré que salir y dejarme coger como un conejito. Dejarme coger». Los surquillos que tiene la pana se llenaban de hormigas. Eran rojas y negras con las antenas detectando el aire, igual que un compás. Las hormigas exploraban la pierna; el picor se hacía insostenible. Los dos guardias se habían echado boca arriba y miraban los cielos. Los cielos recamados con los dibujos de las nubes de un color azul y rosado.

Veía los muertos, sus muertos, los que llevaban su sangre y sus apellidos, los que habían tenido sus mismos ojos: «Igualito que su padre, el tío Joao el de las barbas». Los que sacaban cosas del abuelo: «Los mismos instintos, le gustan las mujeres, ya lo ves, y a su edad». Los muertos le hablaban siempre, especialmente cuando creía encontrarse más abandonado. Ellos le aconsejaban desde el lugar donde se hallaban. «Tú sigues firme en tus trece. Nosotros hemos muerto porque teníamos que morir para que los demás vivan». El tío carnal, hermano de su madre, que escribía cartas larguísimas desde el Regimiento colonial de Mozambique, le inquietaba: «Yo quise ser general, tenía aspiraciones, y, ¡qué coño!, no me considero tonto, pero me quedé en el camino porque me llevó el tifus, el piojo verde. No he muerto de bala». Carvalho era supersticioso. La muerte aparecía demasiado pronto en la vida de ellos. Diez muertos había conocido en la familia. Diez y ninguno viejo. Vivían el tiempo justo para engendrar, luego morían agostados por el hambre o el sueño. Dejaban viudas y huérfanos prisioneros del hambre, rostros silenciosos pidiendo nada, sin sonrisa.

Carvalho sentía el olor de la hierba. Era el mismo olor del camposanto la mañana del entierro. El ataúd venía a hombros de cuatro parientes. Dentro estaba su madre y

las cosas que había dicho en vida. «Lo más difícil y horrible de la muerte es no poder moverse entre cuatro tablas, y oír los martillazos del carpintero cuando las clava». La madre había deseado sólo una cosa y Carvalho la cumplió. Mandó traer un botellón de agua de colonia y la derramó sobre el ataúd. «Es para que los gusanos no me muerdan hasta que esté completamente muerta».

Al volver a la casa ya habían cerrado las puertas. En la calle estaban los carritos entoldados, los burros y las mulas con sus atalajes disparatados, campanillas, borlas rojas y azules, y festones en las testeras. En todos los entierros siempre estaba el prestamista. Siempre. En la puerta apuntaba en un papel las cosas que los hombres sacaban: una mesa coja, tres sillas de rejilla, el baúl de la ropa, el armario de luna, y los cuadros de los santos tantos años colgados en las paredes. Todos los entierros terminaban igual.

—Ésta es Santa Eudisia. Éste, el corazón de Jesús. Los cuadros los compré cuando me casé.

La madre ya no decía nada. Estaba en el sitio que más miedo le dio en vida, llena del olor de la colonia, con los pañuelos de colores y una medalla de plomo colgada del alfiler imperdible. Los carritos entoldados se fueron a algún sitio. Carvalho no quiso verlos marchar. Alguien le dijo:

—Estamos completamente solos.

Los dos guardias se miraron. Quietos, como ausentes.

—Oye, Ambrosio, ¿a ti te gustaría vivir en Francia? Yo tengo un cuñado de mi hermana que tiene una tienda de reparaciones de no sé qué, y gana bien. En Francia el trabajo se paga. Lo que aquí, no.

—Aquí van a hundir al que dobla el espinazo.

—En este país da vergüenza trabajar. Mi padre decía que sólo lo hacen los mediotontos. Ni los tontos ni los listos pegan golpe.

Ambrosio echó dos chupadas seguidas al cigarro. Una bocanada azul se desbordó de los labios.

—¿Es verdad eso de las mujeres?

—Lo es.

—Pues yo digo que para nuestro temperamento no es. Ya sabes cómo somos los españoles en esas cosas.

—Por eso se irán los portugueses. Son como los gallegos.

—Por eso no. En Portugal no se vive bien.

Carvalho escuchaba.

La voz de los guardias se enervaba en la pausa del silencio. Rafael se había

levantado y estiraba las piernas.

—Me vienen ganas de mear.

Ambrosio, de un salto, estaba ya de pie.

—Te acompaño.

Carvalho vio venir a Rafael desabrochándose la bragueta. Los dedos blancos, de oficinista, expertos en pasar pliegos de papel de barba, y pegar los timbres móviles. Dedos hechos a moverse con lentitud sobre una instancia o un sumario, cuando escribían siempre las mismas cosas: solicitudes de traslados, cursillos para cabo, derechos postergados, recursos de alzada y de súplica. Siempre cosas imposibles. Venían los guardias hacia donde él estaba echado.

Vio las botas de media caña del guardia, cerca de sus ojos, las tirillas de cuero, los ojales de las correas, la hebilla, la puntera de metal, con su brillo apagado.

Carvalho cerró los ojos y no quiso ver. Oía perfectamente el ritmo del corazón. Le desaparecían totalmente los sentidos. Dejó de existir. No subían las hormigas por la pierna, ni los mosquitos clavaban sus aguijones y se les volvía el color cargados de sangre. Sin embargo las hormigas estaban allí cosidas, en una procesión interminable y los mosquitos danzaban pesados alrededor de las picaduras. Había dejado de existir.

La voz del guardia se diluía en el silencio.

—Tenía ganas de verdad, y hasta ahora sin yo saberlo.

—Así suele ser.

Carvalho sintió sobre su cara algo líquido, como agua sucia. Le corrían los orines por los ojos, hasta la barbilla. «Me levanto y les digo que no quiero ir a Francia. Me levanto, sí, me levanto». Sentía el vaho caliente sobre el rostro. Olor a cuadra cerrada, aguas estancadas y podridas. Esperaba únicamente la mano que le agarrase las solapas de la chaqueta y le sacara fuera. Oía la voz o el grito del guardia. «Aquí está el pájaro». Pero la voz tardaba en llegar, se prolongaba el miedo.

Las botas habían girado bruscamente y ya sólo se veían los talones desgastados, la culera del pantalón con los pespuntos del remiendo, y por debajo, las manos llenas de movimiento del guardia, abrochando uno a uno los botones. Carvalho permanecía profundamente quieto. Estaba allí desde hacía meses o años, larvado, murciélago durmiente, que podría soportar más años todavía, pegado completamente a la tierra.

Los Guardia Civiles se alejaban. Los uniformes y los correajes se perdían entre las hierbas.

Las diez

Usubelz tenía los ojos grandísimos, como llenos de agua. Eran extraños y dulces.

—No he dormido ni poco ni mucho en toda la noche, María Joshepa; en toda la noche.

María Joshepa dejó el paraguas en el empedrado de cantos negros y blancos. A María Joshepa le gustaba oír a los paragueros en la solana de la casa, debajo de los árboles, mientras remendaban las telas de seda y estañaban los varillajes. Decían cosas de otras tierras, historias viejas, de tiempos ya idos, y sus manos tenían roñas y las uñas larguísimas. Venían de tarde en tarde. Los paragueros tenían los rostros negros y huraños, grandes bigotes, y ojos azules. Hablaban vascuence.

Entró sin llamar en la niebla sombría de la cocina. Tampoco tenía cumplidos. «Ésta es vuestra casa, la de todos los que trabajan conmigo». Y Usubelz estaba en el mismo sitio de siempre, con la máquina de hacer cigarros.

—Desde que el sol quería salir el hombre está en su sitio.

Usubelz la miró. Era domingo y traía la saya morada, el pañuelo de terciopelo, y los dos echarpes de telas drapeadas que María Joshepa trajo del tiempo de servir. Le dieron una cortina vieja y apolillada; la cortina no se acababa nunca. Un echarpe, un justillo, unos pantalones para los hijos que iban naciendo. No se acababa.

—Bien. Joshe Andrés trabaja bien.

—Los guardias han salido dos veces del cuartel. Joshe Andrés ha dicho: «Di esto, han salido dos veces», y yo lo digo. El cabo y Nastasio a primera hora. Toda la noche se vieron luces en el cuartel. Era como los camposantos.

Usubelz y su perfil se movían lentamente en la cocina. Sacó una botella de vidrio negro con forma de ánfora que tenía el rótulo escrito a mano.

—María Joshepa, no se pueden decir las cosas bien con el gusano dentro. Vamos a matarlo. La noticia lo vale.

La mujer era un largo hábito recosido y rígido con ruidos de papel de plata. Daba un paso y todas aquellas ropas parecían romperse por las infinitas arrugas. Y el color morado era rojo o lo mismo que el vino o la sangre, o luego era amarillo con la luz de los leños en la chimenea, o era absolutamente negro, porque aquella tela tenía todos los colores dentro.

La mujer se quejaba.

—Yo tengo muchos gusanos.

—Los gusanos no quieren maderas viejas.

—Sí las quieren, yo sé que sí.

Usubelz descorchaba la botella sin mirarla siquiera. Luego el líquido rosado, como tinta, como pus, se derramaba por la mesa. María Joshepa acariciaba el vidrio del vaso, le clavaba las uñas y el vidrio era duro, opaco.

—Yo, también les he visto salir. Rafael y Ambrosio se pusieron las botas que llevan para los caballos. Dieron la vuelta al cuartel y entraron en la regata. Mucho tiempo los vi todavía, hasta Zabalbide que se fueron del todo.

Usubelz bebió su segundo vaso.

—Bien, muy bien. ¿Otro vaso, María Joshepa?

—Tengo que ir a misa. No veré a los santos. Y falta me hace. San Juan Xart no quiere que beba.

—¿Te lo ha dicho?

—Me lo ha dicho. La abuela dice que en los infiernos está Pedro Botero y hay una sala llena de murciélagos y ratones para los borrachos. Echaron una pareja y se pusieron a criar hasta que se acabe el mundo. Yo no quiero ir allí.

—No irás. Usubelz lo puede todo. Yo te sacaré.

Luego dio la orden tajante. La daba con pocas palabras.

—Joshe Andrés, quieto en su sitio. La abuela a la cama, ya no tiene bien la cabeza.

María Joshepa explicaba.

—El cabo sabe que tenemos el catalejo. Ha preguntado por él.

—No es suyo.

Joshe Andrés lo trajo de la guerra pero el cabo dice que las cosas que se trajeron de la guerra eran siempre robadas.

—El catalejo no es suyo. Quién va a buscar ahora su dueño.

El catalejo con forros de cuero negro, y los dos soldados prusianos, uno a caballo, el otro a pie, dibujados en el cuerpo, el caballo ensillado, los bigotes del soldado, la bayoneta. Nada más venir del frente, Joshe Andrés dijo:

—No nos dejan hablar vascuence en el batallón. Mira lo que traigo, te gustará.

María Joshepa vio el cuartel pequeñito y detallado en el cristal y dio un grito:

—¡Ay, amá, si está el guardia en cueros!

Joshe Andrés, después de la guerra, le cogió cariño al catalejo. Y hacía las cosas mejor.

—Ha venido el teniente en el coche de línea. Es un niño.

O decía:

—Los guardias juegan a las cartas.

El teniente, los guardias jugando a las cartas, cabían en el cristal de aumento. El cuartel dentro del cristal era una burbuja. La burbuja estaba quieta, dentro del círculo.

Luego María Joshepa llegaba hasta la casa. «Shanti Ulzurrun, Ultramarinos», y decía las mismas cosas, pero a tiempo.

—El cabo está de viaje. Llevaba maletas.

Usubelz buscaba en los cajones del armario sin ninguna prisa, sacaba las telas perfumadas que compraban las mujeres, los pañuelos con las esquinas bordadas para

las novias, los percales con olor a tabaco traído en cajetillas y guardadas en aquel fondo almizclado de los cajones. Las manos tentaban la botella con su vidrio húmedo. Siempre era lo mismo:

—Un copetín, María Joshepa. Yo tengo aquí un coñac legítimo para los amigos. Me gusta pagar los favores.

María Joshepa tenía sus miedos.

—El cabo sabe que tenemos el catalejo. Si el cabo se lo lleva, la abuela se nos muere al otro día. Es horrible bajar a los muertos por esos caminos. Lo hicimos pocas veces, pero es horrible.

Horrible. Había que uncir los bueyes al carro y echar el ataúd encima. Los parientes sujetaban las ruedas hundidas en la tierra, y tiraban de las cuerdas que ataron a la rabera, y los bueyes tenían humedades en los lomos del color del cuero viejo. Horrible morir allí arriba para los que tenían que amortajar vestidos de fraile o de monja, como si fuesen a representar algo en el teatro. Llamaban al carpintero y había que bajar el ataúd hasta la carretera muy cerca de donde estaba el cuartel y el guardia tieso en su garita, que saludaba a lo militar cuando pasaban al muerto.

Sólo que un día no era muerto lo que iba dentro. No lo era. Llegó a la casa el hombre y dijo en vascuence, aunque venía de Francia.

—Están los alemanes ahí con sus perros que lo huelen todo. Inútil echarse colonia a las ropas, inútil el ajo y la cebolla, los perros lo huelen todo y distinguen los olores.

Joshe Andrés bebía lentamente. Le miraba. Dejaba hablar al hombre.

—Los alemanes dicen que hay gentes que no tienen que existir porque tienen los ojos de otro color. Otra sangre. Nuestro Señor Jesucristo...

Joshe Andrés dejó el vaso sobre la tabla con rayas y números donde se escribían a lápiz las cuentas de la cosecha. «Seis almudes de alubias. Cinco robos de maíz». También constaba la fecha que se herraban los bueyes y cuando se trajo un corambre de vino, cuando se cobraron los robles vendidos a las ebanisterías de Lesaca.

—¿Cuánto dan por eso?

—Es un judío de los que mataron a nuestro señor Jesucristo. Pero es un buen hombre.

—Los judíos matan a Nuestro Señor todos los años por Viernes Santo. ¿Ya podré yo, en conciencia...?

—De eso hace muchísimos años. María Santísima...

—Los alemanes tienen perros dices...

—Los tienen y buscan a los hombres como a las perdices. A los hombres que no tienen los ojos azules.

Joshe Andrés no entendía. Se había sentado en el escaño. Le daba vueltas al vaso en sus manos.

—¿Cuánto dan por eso?

—Por los judíos pagan bien.

—¿Pero cuanto?

—Cinco billetes de los verdes.

Tardó en contestar. Lo hubiera hecho rápidamente. Se le vio dudar y coger el vaso cinco veces de la mesa, dejarlo otras tantas. Al fin su voz se bifurcaba en dos hilos, como dos eran sus palabras.

—Trato hecho.

Entonces vino el carpintero y tomó las medidas de aquel hombre con su metro plegable. El hombre estaba echado en la cama de los altos hierros donde dormía la abuela. Tenía los ojos muy negros y las manos casi transparentes. No decía nada. Quieto y misterioso. Los ojos, abiertos, observaban. El carpintero con su cinta métrica tomaba las medidas y hacía apuntes en un papel arrancado a la libreta. Luego se quitó las gafas. Y dijo:

—De ésta, a la cárcel.

Lo decía muchas veces. A la hora llegó el carro y los bueyes oscuros, como el chocolate, crujientes y doloridos, cabeceando. Traían el ataúd clavetado y la corona de flores mustias. El hombre entró en el ataúd por su propio pie y la abuela comenzó a llorar.

—Esto no está bien, se le tienta a Dios nuestro Señor.

La abuela veía cómo el carpintero se sacaba los clavos de la boca y juntaba las tablas.

—Dios es infinito.

El carpintero clavó los flecos. La abuela decía:

—Esta vida es una posada. Estamos en la tierra de paso y el viaje es corto.

Nadie le hacía caso. Todos oyeron la voz acolchada del hombre, dentro de la caja, y los golpes de los puños sobre las tablas.

—Quiere salir.

—No es agradable meterse ahí, y oír los martillazos.

Nadie le hizo caso al hombre, y el carpintero daba los martillazos con rabia. Decía cosas en aquel lenguaje misterioso y mágico.

—Ongi, ongi, ongi.

Cuando pasó el carro con el ataúd por delante del cuartel, el guardia también saludó a lo militar. El tricornio le brillaba como una calavera negra, pintada. Meses después al guardia le vieron dar dos patadas en el suelo cuando se le dijo lo que iba dentro del ataúd.

—Un judío. Y pasó por delante de mis narices. Un judío. Esto no lo olvidaré

nunca, mientras viva.

La abuela algún día preguntaba:

—¿Y aquel hombre, llegó vivo a su destino?

Nadie sabía. Joshe Andrés se encogía de hombros.

—A mí me dieron cinco billetes de los verdes por pasarlo hasta el puente, y lo pasé.

Por eso a María Joshepa le daba miedo morir, por el infierno, por los murciélagos, por las cuevas que hay hasta el caserío; por las brujas, y las lluvias que caen sobre el ataúd y lo pudren, lo desclavan, y entran las comadreja dentro y sorben los líquidos que llevan los intestinos, y la sangre. El cabo aquel de los bigotes también le había dicho:

—Todos los muertos que bajen de allí pasarán por la aduana.

Detendrían el carro y los bueyes; abrirían la caja de todos los muertos que llevase el carro. Era inútil decirle a María Joshepa que no, que los guardias no harían eso. Completamente inútil.

—Si se muere la abuela llamaremos al cabo para que la vea antes. Si el cabo nos quita los catalejos, la abuela se morirá.

—Yo le compraré otros.

María Joshepa cogió el paraguas. Se despedía con las manos.

—Luego, al salir de la misa, cogeré lo que llevo todos los domingos para la semana. Y además una botella de coñac de marca, un botellón de colonia y veinte alfileres imperdibles para las sayas de la abuela.

Usubelz estaba de pie.

—Dile a Joshe Andrés que Usubelz saluda. Y que las botellas de coñac y la caja de puros van de mi parte. Sólo le pido una cosa, una, que no deje los catalejos, así se muera.

Las once

A Carvalho le vieron venir desde lejos, y era una mancha amarillenta de donde salían los ojos, la boca y las manos.

Do Pereiro se entregaba a un trabajo estúpido. Cogía los juncos secos y los colocaba en el esqueleto del barquito. Las manos tejían la quilla huesosa cuando la luz desapareció de súbito. Carvalho estaba en la puerta, silencioso, trasijado, con sus grandes bigotes, y la sombra de los ojos.

Do Pereiro sintió alejarse la luz de sus manos. Y entre los dedos los filamentos de los juncos. El viejo, insensible, tripudo. Juscelino, se mordía las uñas. Carvalho los miró uno a uno. Les dijo:

—Estuve a cinco pasos de la guardia civil. Cinco pasos me separaban de los que nos buscan. Uno más, veinte centímetros solamente y ahora no podría deciros lo que os digo.

Do Pereiro le miró. No dijo absolutamente nada. Los demás tampoco.

Hacía tan sólo una hora que Carvalho se había marchado por el atajo. Ellos se quedaron allí ocultos en la hierba y la piel de todo su cuerpo se llenaba de picores. Oyeron al viejo que gritaba:

—La madre que me parió. Yo me voy de aquí.

Juscelino se impacientaba.

—Vámonos. Tiene razón el viejo, Do Pereiro, vámonos ahora que no está él.

Ellos querían ver a los guardias en la solana, pero los guardias no llegaban nunca. El tiempo se hacía interminable y lento. Juscelino lloraba.

—Esto no es vida.

Le oyeron repetir.

—Carvalho está loco.

El viejo también juraba. Sus gritos eran desesperados, atroces.

—Como vuelva, yo lo mato.

El viejo decía cosas incomprensibles. No acababa nunca de hablar.

—Si vienen los guardias yo les abrazaré, lo habéis de ver. En la cárcel no se pasa mal. Hay cama, una mesa y un orinal. Hay comida caliente, y patios y árboles y gente como nosotros, igual que nosotros, juegan al parchís y al billar. No tienen prisa.

Y tenía razón. La libertad, el disponer del tiempo y de los días, la honradez y las dignidades de la persona, para nada servían.

Entonces los vieron venir hacia la casa. Llevaban las cartucheras en el vientre, el fusil y la capa, el charol del tricornio. Hablaban de sus cosas. Y sus cosas las entendía cualquiera.

—Yo miro por mirar. Estoy persuadido de que nadie es tan idiota como para meterse en la boca del lobo. Ésta es nuestra madriguera, cualquiera lo sabe. Miro por

mirar.

El otro guardia se encogía de hombros.

—Es cierto.

El viejo, inmediatamente, había desaparecido bajo la hierba. Rafael se detuvo para encender el cigarro.

—Sube tú, anda, y echa el vistazo de rigor.

Los pasos sonaban en la sala de arriba, donde las paredes con los nombres escritos de los fugitivos, de los que habían pasado la noche antes de llegar a Francia, los refugiados políticos, los judíos, los masones, los que no tenían los ojos azules ni el rostro teutón. Los pasos se detenían de vez en cuando. Ellos no sabían cuánto tiempo duró aquello. Mucho o poco, hasta que el guardia Ambrosio bajó las escaleras y cabeceaba bajo las telarañas; las esquivaba con las puntas del tricornio.

Luego decía:

—Nada, ya lo dije.

El guardia Rafael arrojó el cigarro casi entero.

—No me sabe bien el tabaco por la mañana. Hale, andando. El cabo dirá.

Do Pereiro se movió. Cerraba, sin saber por qué, los ojos y los párpados de tierra mojada, las arrugas como estrías alrededor del ojo.

Carvalho dijo:

—Caminamos hacia la frontera.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dice el corazón.

—El corazón engaña.

El viejo le miró directamente a la cara. Le brillaban los ojos.

—A mí me gustaría dormir en la cárcel de una vez.

Do Pereiro dejó el barquito.

—¿Es verdad que hemos llegado?

—Sí.

—Te oímos decir que el viernes por la noche estaríamos en una casa en ruinas, cierto, llegamos. El sábado por la mañana en Francia. Un día para dormir, y el domingo borrachera y a celebrarlo. Ha pasado el viernes, el sábado y el domingo, y en el mismo sitio. Yo quiero saber qué es lo que no marcha bien.

Carvalho estaba triste.

—No lo sé. Vi al hombre, me dio su mano, y aquellos ojos no mentían. El hombre se llamaba Perkain. Yo buscaba una tierra donde todos los hombres sean iguales, me dijeron que este país era Francia. No quería ir solo y os encontré...

El viejo cortó.

—Yo no quiero historias, no las quiero, he oído muchas en esta cochina vida. Vi muchos hombres con labia, sacamuelas en las plazas que vendían duros a peseta; estoy cansado.

Juscelino quería comprender al viejo.

—Sácanos de aquí, Carvalho. Nos volveremos locos un día más.

—Ya no hay remedio. Los guardias nos siguen.

El viejo tenía la voz triste, descuajada.

—Juscelino, hijo de mi alma, no digas esas cosas. Obedece. Carvalho sabe lo que hace. Obedece. Nosotros no sabemos nada. Él tiene buena mano y es de fiar. Nos trajo hasta aquí y no hay que quejarse. Juscelino, hijo mío.

El viejo se ponía tristísimo.

—Y mira, hijo, dónde nos ha traído, a la trampa. Porque estamos cogidos en el cepo. Huelo la muerte, soy viejo, y sé de estas cosas. De otras no entiendo, de esto sí. Es un olor como el que trae el viento bochorno, yo diría que es como el olor que dan las mujeres, al principio excita. Vamos detrás, nos tienta, buscamos el olor, y detrás está la muerte.

El viejo dejó descansar la voz. Los demás no decían nada. Luego, la misma voz desfallecida y lenta.

—Son tres días esperando dentro de la jaula. El cazador no viene, pero vendrá, yo lo sé. Yo te digo, Carvalho, no quiero comer más hierba. No soy un caballo. Huelo la muerte; está cerca. A vosotros os da miedo, bah, no es nada, un segundo, menos, mucho menos todavía, sólo dura un momento la cosa. Se piensa en las mariposas, y zas, todo ha pasado ya. Allá, en el otro lado, hay muchos como nosotros, cientos y cientos. Querían ser algo y se quedaron en nada.

Ese cazador que nos tiene en la trampa vendrá a dar una vuelta y nos ha de ver dentro. Todo ha concluido. Anda, Carvalho, dinos qué hacemos aquí. ¿No lo sabes? No hacemos nada. Ese hombre no ha venido ni ha de venir jamás.

Do Pereiro estaba resignado. Juscelino no tenía sueños. Le corrían las tripas, oscuras aguas, manantiales subterráneos. «Es de no comer; las tripas se secan». Oía el ruido monótono y triste de la respiración del viejo. Trotes de caballos cabalgando en un país remoto. Estaba seguro de escuchar los gritos de los jinetes, inarticulados, rotos. Las voces cesaban polvorientas y perdidas, volvían los estruendos de las herraduras y de las fustas que golpeaban las grupas. Los perros caminaban detrás. Una cacería. Los rostros visibles de los jinetes, como medallas o camafeos y broches de plata con efigies cinceladas que las mujeres siempre llevaban en el pecho. Rostros hermosos y brillantes que no habían sufrido hambre ni sed, ni humillaciones, ni injusticias. Rostros colgados en la memoria, cada uno en su sitio. «Don Manoel Dos Reis: terrateniente». Lo vio en su casa beber un vaso de vino. Otro vaso y otro.

«Tristan Canha: comerciante en vinos olorosos. O Porto. Exportador con el número 27.365». También lo vio en su casa muchas veces, con el copetín y el vaso, y los ojos dormidos y lejanos. «Santos Ferreira...». ¿Qué era Santos Ferreira? Las tierras y los ríos que las cosían con sus hilos azules, las liebres perseguidas entre las encinas, a caballo, a pie, con los mil perros, eran de aquellos hombres silenciosos, repugnantes, que venían noche tras noche a su casa.

Ellos no venían por su pie. No venían. Se oía primero la voz del padre que los traía, sus pisadas, las palabras gordas, pegajosas, que siseaban como los vientos en las grietas de las puertas, en los tejados ruinosos de las casas. Los hombres llevaban corbatas y pajaritas de ojos, grandes bigotes negros, los ojos como abalorios; y los anillos que eran de oro y las piedras de colores, como cristales teñidos, que no se cansaba nunca Juscelino de mirar. Porque eran mismamente como los ojos de los pájaros, de un color que no existía. Los hombres aquellos le ponían la mano sobre el hombro y siempre decían lo mismo:

—¿Cómo se llama el niño?

Juscelino sentía dentro una mano y un puño y unas uñas que le movían todo el cuerpo por dentro.

Veía a la madre sumisa y resignada, con las planchas de hierro y la cabeza peinada, las crenchas negrísimas, los ojos también negros, y el color viejo del rostro, que era de cera o lo parecía, con sus brillos hermosos y desusados. La madre levantaba la cabeza y entonces se veía lo tristes que eran sus ojos, lo triste que era su boca, y los surcos que le quitaban hermosura, alrededor de los labios, o en los mismos ojos. Lo triste que era todo lo decía con las manos, y con el pelo cogido en la nuca por los dos lacitos de color rosa o azul. Lo triste que era llevarse pan a la boca y darlo a sus dos hijos que tenía en casa. Juscelino y Fátima la miraban todas las noches, sin preguntar nada, sin indagar, porque tampoco hacía ninguna falta. El padre tenía la voz desarticulada y rota cuando decía:

—Es mi amigo, Manoel Dos Reis, y quiero que le trates como se merece.

La mujer le miraba y el hombre estaba allí con sus manos llenas de anillos, los labios golosos, el bigote lacio. Manoel Dos Reis llevaba un chaleco con flores bordadas y el percherín de la camisa almidonado, las solapas de terciopelo como las llevaban los figurines que vienen de Francia.

La oían suspirar y decirle al hombre con voz sumisa, entrecortada:

—Es por mis hijos. Usted comprenda. Por mis hijos tan sólo hago esto.

Juscelino odiaba a los hombres que olían a hierbas perfumadas, a telas guardadas en cajones y baúles que nunca se abrían. Los odiaba desde entonces. Traían las manos

y las uñas exquisitas y limpias, porque todas las mañanas se lavaban con jaboncillos de olor. Juscelino sentía el peso de las manos, el peso de las voces, como piedras, como martillos o golpes sincopados en sus hombros.

—Este niño me gusta. Es muy hermoso.

La madre por decir algo:

—Se nos cría bien.

El padre bebía el vaso de un trago. Los líquidos aquellos de colores inverosímiles le adormecían lenta y acompasadamente. Todas las noches traía botellas de formas extrañas, y rótulos con nombres que nadie sabía leer. El padre no escuchaba las palabras de aquellos hombres sentados en el sillón de mimbres, con las manos enjoyadas en los bolsillos del chaleco, las cadenillas de oro; las leontinas, los medallones, las monedas que únicamente ellos tenían. No había más propietarios que ellos de las tierras y de las fábricas, de las tiendas con escaparates de grandes vidrios azules, como peceras o vitrinas; propietarios de barcos de largas chimeneas con la bandera de Portugal pintada en lo alto. Portugal de ellos. Portugal triste y hermoso.

El padre cogía las botellas que le traían. Decía:

—A éste no le conoces. Es de Coimbra, un profesor de no sé qué. ¿De qué ha dicho, señor?

El hombre se deshacía en ceremonias.

—De arqueología.

—¿Eso qué es?

El hombre dejaba las ceremonias y explicaba:

—Nada. Absolutamente nada útil. Pero es divertido.

Todo fue bien hasta que Santos Ferreira vino a casa y le dijo a la madre que estaba enamorado de su hija Fátima. La madre cambió el color de los ojos y de las manos. Era más pálida aún que las noches bajo la linterna cuando caminaba hacia sus habitaciones seguida de aquel hombre misterioso que no tenía nombre, o que inmediatamente de decirlo, lo habían olvidado.

—Santos, yo te conozco. Antes me dejó matar que tú te acuestes con mi hija. Eso no.

Santos Ferreira también llevaba piedras azules y verdes enganchadas a la plata de los anillos; tenía su voluntad libre, nunca sometida, sus caprichos, sus deseos, y los billetes de banco como las hojas de un libro, las cuentas corrientes, su fuerza, su poder, su maravillosa confianza en la vida, su algo, su «aquí estoy yo». Dijo algo significativo:

—Me la llevaré. Ella quiere salir de aquí. Y saldrá conmigo.

La madre lloraba. Juscelino la vio quejarse.

—Es una niña.

—Tú también lo fuiste. Pero la inocencia se acaba un día para siempre.

—Yo te mataré, Santos, si algo haces con mi hija.

—Si ella lo quiere...

Allí estaba el padre, pero no escuchaba. Los ojos grandes y gordos, como salivazos, de un color de agua e inexpresivos. Miraban y miraban y era un fatigoso ejercicio mirar y mirar, y no acabarse nunca el hilo de aquella mirada.

La madre dijo:

—¿De dónde sacas a esta gente?

El padre no escuchaba. Estaba silencioso. Bebía sorbo a sorbo el líquido aquel de los reflejos verdes y azules como cristales empañados.

Efectivamente aquella noche Santos Ferreira cogió a Fátima en el coche de caballos que le trajo, y le dijo al hombre de levitón raído y manos de muerto fosilizado en el pescante que no se detuviese nunca. El hombre llevaba un levitón negro, como negra era la noche y los reflejos de las piedras. Los adoquines, los rincones, las esquinas, eran como la levita y el chisterón, las botas de charol, las manos que también tenían brillos y humedades, y largos e inmóviles reflejos que venían de nadie sabe dónde.

—Tú no te detienes en ningún sitio, Paulo, en ninguno. Esta noche es la más hermosa de toda mi vida.

Fátima tenía temblores en las manos. No sabía por qué, pero se dejaba besar del viejo Santos Ferreira. Se dejaba decir aquellas cosas que sonaban a lenguajes incomprensibles y fingidos.

—Te quiero, mi niña, te quiero, como puedo querer a mis manos o a mis pies, o a mis mismos ojos.

Cuando llegó el padre a casa preguntó por Fátima, porque algo había llegado a saber en aquella noche con barruntos y miedos, con vinos escalofriantes en la sangre. Alguien le había dicho:

—Tú ya no tienes hija. Le has buscado tú mismo quien la pierda.

—¿Cómo se llama?

—Santos Ferreira.

—Ese hombre es un estafador. Mentira que sea conde. Mentira que tenga negocios. Mentira que le quiera a mi hija.

Nada más llegar no preguntó por la hija. Quiso saber, eso sí, dónde estaba colgada la escopeta. Nadie sabía y todos la buscaron al ver al hombre nervioso, con los ojos muy tristes. Le vieron encontrarla y cogerla mojada en el desván de la casa, sostenerla con sus dos manos, como algo de un valor desconocido hasta aquel preciso momento. El padre parecía tranquilo y miraba a los gatillos, examinaba bajo la luz de la linterna los mecanismos ocultos, el cañón, la culata. Decía cosas sorprendentes del punto de mira.

—Yo con esto puedo pasar una nuez y no romperla. Puedo, porque este punto de

mira es lo mejor de la escopeta.

La madre lloraba. Presentía algo. Nadie sabía el qué. Hasta que el padre metió los dos cartuchos dentro, y se oyó el clic, clic, de la escopeta al cerrarse. Dos picotazos de un pájaro siniestro. Clic, clic.

—Ya está. Tenemos todo. Los cartuchos y el gatillo a punto de disparar. Nos falta sólo una cosa...

Juscelino le vio sentarse en el sillón de mimbres, como los que había en las playas y que nadie recordaba haber traído allí. Descorchó la botella de aquel líquido y se sirvió un vaso.

—Nos falta sólo una cosa... Dónde apuntar.

La madre no podía soportar aquello. Dio un grito. Entonces el hombre alzó la escopeta y se metió la culata por debajo del sobaco.

—Ya lo tenemos. No lo sabía. Ya está. Hay que acabar con algo muy importante. Con una puta. Ahora me dice que no sabe por qué se ha ido su hija. Tampoco puede decirme quién se la ha llevado. Pues te lo voy a decir antes de que cierres los ojos por última vez. A tu hija se la ha llevado...

No terminó de hablar. Las palabras, si es que las dijo, desaparecieron entre los dos disparos o estampidos secos, acordes, casi iguales y sincronizados. La madre se echó al suelo enseguida, como acobardada; comenzó la sangre a cubrir las alfombras y los ladrillos que eran del mismo color, y hacían un solo dibujo simétrico.

Cuando enterraron a la madre vinieron los parientes y hermanos, desde lejos; traían en sus ojos y en sus bocas las ciudades y las tierras donde vivían. La hija casada con su niño tetón de ojos legañosos y turbios, el tío militar, sargento de cornetas y tambores, muy tieso, encopetado. Pero Fátima no vino. Ya no volvería nunca jamás. Aquellos seres descoloridos y estrafalarios daban lástima o miedo verlos tan juntos, dándose calor o un entusiasmo que no tenían. Miraban todos a la vez, investigadores de algo misterioso, incomprensible: al ataúd con sus forros de tela negra, los tachones de cabeza dorada que lucían en los flecos. Todos iguales, como aturridos, extraños, no queriendo mirarse.

Aquella mañana, Juscelino decidió para siempre su vida. Y se marchó.

En las minas de Cangas de Onís, Juscelino conoció a Do Pereiro. Errante soñador, amaba el ocioso conversar de las tabernas, sus fabulosos calendarios, los ojos entrecomillados de los hombres cuando estaban borrachos, guardadores de secretos profundos y significados entrañables.

Do Pereiro le había dado las dos manos y dicho:

—Yo te juro, muchacho, que nunca más te abandonaré. Eres un niño todavía.

Necesitas quien te lleve.

Juscelino sonrió satisfecho. Los pájaros arrancaban el polvo de la tierra con sus vuelos.

Aquello ya estaba lejos. El viejo vio al muchacho como ausente, y sentía caprichosos cariños súbitamente, como haría con un hijo lisiado o muerto de hambre. Sus palabras tenían sorna.

—Juscelino, hijo, estamos en la trampa. Esto es triste para un muchacho como tú. Nos han cazado.

Do Pereiro había terminado el barquito de juncos y lo dejó en el suelo. Faltaba la botella de champán, el armador cargado de cintas y condecoraciones, «hijo predilecto de la patria», y las primeras damas endomingadas, con sus vestiditos, sus perfumes, sus rostros pintados como cartones, y que están siempre cuando se pronuncian discursos por los personajes importantes. Era todo distinto, irreal y fantástico. Do Pereiro hubiera querido que no fuese así, porque los sueños son los sueños y llena de gusanos la sangre. «Podría ser un barco de pesca. Si fuese un barquito de verdad yo le pintaría la bandera de Portugal en la chimenea, y una franja roja en la quilla. Encima, el nombre. Le pondría, digo yo, le pondría... le pondría... ya está, “Soñador”. No es un nombre de viento como los buenos barcos, “Cierzo, o Bochorno”, pero a mí me gusta. Es como los nombres de los toros. Un barco es igual. Luego a navegar por alta mar sin tocar nunca tierra. Llegar hasta las Azores, repostar en Funchal, volver por las islas Canarias, Cabo Verde, cabo Jubi, Mogador. Haría el contrabando. Bodegas cargadas de penicilina y tabaco rubio. Llevaría alcohol y whisky a tierra de negros. No me cogerían, no; el mar es ancho y tiene caminos que no se encuentran nunca. La gente diría: “Joao Do Pereiro está bien, es rico y tiene un saco de monedas de oro. Las compró en la Bolsa de Tánger”. “Do Pereiro armador. Do Pereiro capitán de su propio barco. Do Pereiro...” ah, puerco sueño. Estúpido todo. Puerco». Dejó el barquito en el suelo, escorado. Y dijo:

—Calla viejo. Dan miedo esas cosas que dices. La muerte únicamente viene para los viejos. La sangre lleva bichitos y cada día se hace más sucia, lo tengo oído. Pero cuando la gente es joven la tiene limpia, y la sangre limpia no mata.

Carvalho, cuadrado en la puerta, respiraba la oleada de calor que inesperadamente llegaba hasta él. Su voz se vertía lentamente por la habitación.

—Tienes razón, viejo. La tienes. Algo no va bien y yo lo presiento. Hay un hombre en el cuartelillo y le están preguntando por nosotros. Lo decían los guardias. Tampoco el hombre ese que se llama Perkain viene. Tiene miedo o no existe. Pero yo le vi. Es un hombre como nosotros. Yo digo que no es hora de discutir. Hay que hacer algo.

Nadie replicó. Carvalho se echó hacia la jamba, como cansado. La luz regresaba, río fangoso y lento, hasta el centro de la habitación.

—Sería conveniente que uno de nosotros fuese hasta el pueblo a ver qué pasa. Vamos para tres días aquí metidos.

Do Pereiro gruñía:

—No seré yo.

El viejo entresacó las palabras una a una de su boca desdentada y rota.

—Tienes miedo.

Carvalho no estaba convencido de nada.

—Escucha viejo. Tú no has visto a cinco hombre detrás de una mesa. Son pálidos porque no les da el sol. Siempre metidos en sus casas conocen nuestras vidas mejor que nosotros mismos. Los jueces y magistrados, dan miedo, viejo, y tú lo sabes. Yo no quiero sentarme delante.

Juscelino dio un salto rápido.

—Iré yo.

—Tú eres un niño.

Carvalho gritaba:

—Mía es la responsabilidad. Yo os traje, yo os sacaré.

El viejo daba gruñidos soñolientos.

—Llevas el croquis, Carvalho, y no podemos perderlo. Tú te quedas aquí con nosotros, de eso me encargo yo.

Carvalho no tenía seguridad de lo que decía:

—Mañana entraremos en Francia, viejo. A tal hora, a tal minuto, mañana mismo, está escrito que Carvalho y vosotros salgan de aquí. Está escrito.

El viejo seguía con sus gruñidos.

—Eso no lo sabe nadie.

—Yo, sí.

Carvalho estaba completamente de pie, proyectado en la placa verdosa de la puerta.

—Iré yo.

Los demás no dijeron nada. Se habían resignado. Do Pereiro dio una pirueta como liberado de algo. La tierra resucitaba en él. Cogió el barquito en sus manos y lo acarició lentamente. Otra pirueta. Metido ya en la luz borrosa aún se reconocía su andar bamboleante, firme y sin gracia. Contaba los pasos sin compás. Tenía prisa por desaparecer.

Do Pereiro se quedó quieto. En lo alto, el resplandor del cielo, desvaído y muerto, como el de una ancha ría.

—Serán, digo yo, las cinco o las cinco y media de la tarde. Buena hora para caminar.

Las doce y media

En el cuartel entraba el sol por las ventanas y los balcones despintados. La fachada con zócalo de piedras oscuras y amarillentas, de lluvias, de años y de soles ya viejos. Ambrosio le tenía cariño a aquel edificio roído, de colores oscuros, como tienen las conchas de los escarabajos y las mariquitas, rojos y azules.

Saludó dando taconazos. Ambrosio dejó la lata sobre la mesa. Le habían cortado la hojalata a cuchillo o navaja y las melladuras parecían los dientes de una sierra. El cabo examinaba el rótulo: «Sardinhas».

«Los portugueses hablan como nosotros. Es igual que el gallego. Pero cuando hablan no hay un tío que les entienda. Dicen que la sardina portuguesa es buena, yo no lo creo».

Rafael sacó su trofeo de dentro del carterón de cuero.

—Es un mendrugo de pan. A esto no le clava el diente ni Dios.

—El pan duro se moja y se le puede comer.

El cabo cogía el mendrugo, lo miraba.

—Ya podemos escribir. Lo malo de estas cosas es el escribir, pero no hay más remedio.

Volvía a mirar el mendrugo, objeto de su observación.

—Tiene mohos y olor a vinagre.

Lentamente Rafael se quedaba escueto y limpio de artificios. El correaje colgado de los ganchos de hierro, el fusil en el armero, y el tricornio con sus hules cosidos a grandes puntadas, en la percha.

—No andarán lejos. Ésta es la muestra.

El cabo olía la lata de sardinas.

—Vendrán al cuartel igual que corderos. Nos dirán que no quieren ir a Francia ni a ninguna parte. Hamburgo está muy lejos y les han engañado. Ya lo creo que vendrán. El hambre me los traerá. No es preciso dar un paso.

Ambrosio tenía la cara redonda y como extasiada. Así pintaban al sol en los retablos.

El cabo, siempre de pie, dejó la lata y el mendrugo definitivamente sobre la mesa.

—Tenemos una pista. La cosa no va mal. Esos hombres están por aquí.

—En la casa de Irubide, no. Hemos mirado como Dios manda.

El cabo se movía.

—Ya vendrán, quietos, sí que vendrán. Los tenemos sitiados. Y hoy es domingo, así que fiesta, lo mando yo. El domingo, ¡qué coño!, es para descansar. Lo dice el padre Astete.

Las tres de la tarde

Después de comer, a los guardias se les hacía lenta y sorprendente la tarde del color de la miel en las paredes. Bebían su café y su copa y el cabo sacaba del armario cerrado con llave la caja de mataquintos.

Los repartía uno a uno. Los domingos invitaba el cabo. Los guardias cogían el purito, lo estrujaban, le pegaban el papel de fumar alrededor con sus lenguas sucias, le seccionaban el pico con el cortaplumas. La tarde era larga, muy larga, inacabable. Todo se hacía con lentitud, sin ninguna prisa. Coger el purito, dejarlo, coger la navaja, cortar el pico del puro, cerrar la navaja, escuchar los ruidos que hacía, ponerse el purito en la boca, mirarlo, cogerlo otra vez. Toda la tarde se llenaba de muchos actos repetidos, muchas cosas que eran iguales, exactamente las mismas, pero que sin embargo no lo eran.

Rafael, filosofía de hojas de calendario, de libros comprados a peso, cosas oídas a los más viejos de la localidad, a los que saben más que nosotros, a los enfermos que ven visiones.

—Es cuestión de hacerse a la idea. Esta noche iremos a echar una cana al aire. Yo elegiré una bailarina de postín. De esas que no se cansan nunca. Eso es mujer. No cansarse nunca. Iré al Palace ese, con *smoking* y todo eso que se ponen los señoritos que se levantan a mediodía. La noche es nuestra, y la vida también. Llevamos el gusanito metido en la sangre y nos va chupando la vida, nos la agota. Cuando estoy de servicio oigo al gusano como la carcoma en las maderas. Hale, hale, hay que vivir deprisa.

Domingo Merino, guardia primera, las manos azules, como pintadas.

—Rafael, que te vamos a echar del cuerpo si nos sales rana. Déjate de historias de ermitaños y de pocheques. Vamos a echar la partida y cuando salga en el Boletín alguna cosa mejor, se pide el traslado y arreando. Esto no es para todos los días.

Rafael cogía las cartas con sus manos sombrías, manchadas de tinta. El cabo tenía la cabeza dentro de una estela de humo. Entrecerraba los ojos y en la comisura, le humeaba la colilla chupada.

—El as, arrastro.

—Sigo con el siete.

—El caballo de oros.

El teléfono comenzó a sonar lo mismo que un despertador. Como en los sueños. El cabo dejó las cartas con desgana. También despacio cogió el auricular. Los guardias miraban las cartas colocadas en abanico. Cada dedo tenía una carta.

—Aquí, el puesto de la guardia civil de Zabaldika. Sí, el de Zabaldika, el cabo Liborio López al aparato. Soy el comandante del puesto... Señorita,... Señorita... Han cortado.

Los guardias miraban al cabo. No era de ordenanza, pero le miraban. Los guardias tenían las manos pegadas al hule.

—Los teléfonos se descacharran como quiera.

El cabo explicaba:

—Mal servicio. Las cosas del Estado. Me cortaron cuando se puso el capitán Requena, de la Comandancia de Pamplona. Justo me habían dado línea, las patosas del teléfono quitaron la clavija.

Domingo Merino, guardia primera, con su triángulo rojo en la bocamanga, como una cicatriz, o un entorchado antiguo.

—Los domingos por la tarde ponen nervioso al que trabaja. Los curas dicen que el domingo es para no dar ni golpe.

Alguien añadió:

—Las telefonistas saben que el cabo es soltero. Y se divierten.

El cabo seguía apoyado sobre la peana donde estaba el teléfono, con el auricular en la mano.

—Diga, soy el cabo López, del puesto de Zabaldika. A la orden, mi capitán. Tomaré nota, sí, sí, sí. Espere un momento.

Cierra con una mano la valva del auricular, gesticula con la otra.

—Rafael, la libreta; venga rápido.

El hilo de voz palpita lejano y es como el cua-cua de un pato salvaje.

—Sí, mi capitán, ahora mismo tomo nota. Listo. Adelante. Anoto. Los portugueses... son ...cuatro, sí, entendido. Llevan ropas... descoloridas, de pana, sí, mi capitán. Anoto. Ya hemos hecho alguna averiguación sin resultado. Tenemos pistas seguras. Conforme. Sí, mi capitán.

El cabo movía la cabeza con nerviosismo. Con ella, el auricular.

—... Conforme...

Colgó. Se mordía los labios rojos y dio un golpe con sus puños cerrados sobre la gutapercha de la silla.

—Esto es lo que más me joroba: coger el correaje y ponérmelo otra vez. Rafael, vete a casa del caminero y dile a Anastasio que se deje de brisca y de mus, hay que salir antes de que caiga la noche.

Las cinco y media

El caminero se bebió tres vasos seguidos. No era por nada, pero sin tres vasos en el cuerpo se sentía muy triste, como si no existiese la vida. Y la vida era para el caminero eso: tres vasos de vino. Uno, el cuerpo lo agradecía, eran unas caricias entrañables y dulces por allí dentro por donde el cuerpo no tiene fin. Dos vasos eran como nubes viajeras por arriba y por abajo, arrastradas por la sangre. Tres; a la tercera va la vencida. El caminero arrojaba la boina al aire, cogía a Maruja de la mano y la sacaba hasta el centro de la cocina.

—Nada, que tú y yo nos echamos un baile de aquí te espero. Para eso es domingo. Y a mí se me ponen los pelos de punta pensar que estamos metidos aquí, como los muertos en la sepultura.

La mujer del caminero decía:

—Sinvergüenza, también es domingo para ir a misa y te la has jugado.

—Que venga el cura al cuartel.

Anastasio observaba incómodo. El caminero bebía otro vaso de vino; el cuarto.

—Hale Maruja, mira qué cara te pone el viejo. Ese pompis bien movido. Como hacen las artistas de cabaret. Luego bailamos el charlestón y el tango acrobático. No es por nada, pero a bailar pocos me han ganado.

Maruja sabía que Anastasio era celoso.

—¿Me dejas?

Anastasio solamente la miraba.

—No me pongas esa cara, cielito. Si no me dejas, nada, aquí no ha pasado nada. ¿Sí, o no? Como Cristo nos enseña.

Anastasio iba por el quinto vaso y dio la autorización.

—Nos van a decir que estamos locos.

—Si no hacemos algo nos volveremos. Esto no es para cualquiera.

El caminero llenaba otra vez el vaso. Terciaba.

—De alguna manera hay que pasar el domingo. No hay para elegir como en Barcelona.

Comenzó a marcar los pasos a son seco. Maruja seguía.

—Uno adelante, dos atrás, uno al lado... Si te sabe mal lo dejo, Anastasio. Mira que yo no he dicho nada.

El caminero le pinchaba.

—Hale Anastasio, entra tú también, sólo hay un domingo a la semana, y una vida para cada hombre.

—Este trabajo...

Entonces llegó Rafael. El caminero abrió la tranca claveteada y la puerta se llenó de ruidos.

—Se os saluda.

—Igual.

Anastasio ya estaba de pie.

—¿Novedad?

—Sí.

Maruja cambió de color. Completamente lívida y desojada.

—¿Otra vez hay que salir? A la mierda.

Rafael tenía pocas palabras.

—Sí.

Maruja se mordía los puños con desesperación.

—O te vas de aquí, Anastasio, o me divorcio. Pide la baja del Cuerpo, porque yo me divorcio. La segunda noche que me dejas sola. No hay corazón en esta tierra.

Anastasio se cubría la cabeza con el tricornio.

—Es el servicio. De servir nadie escapa.

Después de comer

Lo extraño era ver entrar al barbero en la cocina de Usubelz y saludar en vascuence. Porque el barbero era de la provincia de Valencia y se apellidaba Cerdá.

—*Zer berri da baztertan?* (¿Qué hay de nuevo?)

El barbero iba y venía con su bicicleta «Orbea», modelo antiguo, la dejaba en la solana del caserío, llamaba a las puertas claveteadas. Hermoso oficio. Levantaba la cabeza desclavijada de los viejos, y a los niños les cortaba el pelo con raya en medio para el día de la comunión, a los novios que iban a casarse, a los muertos de súbita muerte porque no estaba bien que fuesen con barba crecida a donde irían. A los enfermos graves, por la misma razón. Lo hacía todo en silencio, sin espejos, guardadas las palabras, no dichas nunca por completo.

—Vengo a hacerle el servicio.

Usubelz le pagaba por meses. O no lo hacía nunca. El compromiso lo habían cerrado una tarde de domingo, entre vaso y vaso de aguardiente, lleno de guindas el garrafón y de hierbas aromáticas. Las guindas criaban gusanitos, o quizá las hierbas, o no eran gusanos sino mohos y cardenillos. El barbero eligió el cigarro habano. Sus manos buscaban nadie sabía el qué. Nunca había elegido entre tanto olor igual, entre tanto color oscuro y con vitolas exactamente iguales. El rostro de Usubelz era completamente rojo. El resplandor de la cerilla le ensombrecía.

—Yo sólo pido una cosa. Tú me quitas la barba los domingos después de comer.

El barbero no lo dudó:

—*Tratu egiña.* (Trato hecho)

—No doy nunca dinero. Soy hombre de negocios. Te abro una cuenta en libros. Tú vienes y compras en mi tienda lo que quieras. No es al fiado, no. Yo te vendo y tú compras. Pero sólo juegan los números. No me gusta andar con dinero. Mancha las manos.

La cuenta nunca cuadraba. Usubelz cogía el cuchillo de cortar bacalao y la tablilla que hacían los carpinteros y le ponían unas letras mayúsculas y descomunales todo a lo largo. «Oska-2, enero, 1961». Usubelz casaba las dos tablillas y el cuchillo bacaladero hacía la muesca. El barbero se llevaba su tablilla. Usubelz guardaba la suya colgada de un clavo donde estaban las otras tablillas de sus deudores. Sin embargo la cuenta de los libros nunca cuadraba. Las dos tablillas sí, pero las cuentas no.

—Una noche llegaste borracho, ¿no recuerdas?

Cerdá no recordaba. Usubelz seguía:

—Hay un saldo a mi favor. Vamos a ver. Aquí en los libros está todo escrito, y lo que se escribe se lee. Vamos a ver... las gafas lo primero...

Chupaba sus dedos en los labios húmedos, morados. Los dedos pasaban las hojas

del gran libro con las cubiertas negras. Cada hoja tenía sus letras gigantes «DEBE», «HABER».

El barbero insistía:

—No mire, déjelo. Usted lleva mejor las cosas.

—Estabas borracho aquella noche, como una cuba. Yo, si tú quieres borro de un plumazo este pequeño saldo. Sólo pido una cosa: me rasuras los domingos por la tarde y me traes las cosas y cuentos que la gente dice.

El barbero, resignado, se limitaba a decir:

—*Tratu egiña.*

El barbero lo sabía todo. A Usubelz le gustaba oírle contar las cosas el domingo después de comer.

—Hoy le traigo una noticia bomba, señor Shanti.

El rostro de Usubelz enjabonado, lleno de sorpresas.

—El cura le quiere quitar a usted los portugueses, señor Shanti. Se los va a pasar a Francia mañana mismo, antes del amanecer.

El barbero se vengaba de algo: de los saldos escritos a mano con letra diminuta e insegura. Números que nunca podría comprender porque el barbero estaba siempre borracho. Usubelz le llenaba el vaso y le enseñaba los libros. «Que no me los enseñe, señor Shanti, yo no quiero volverme loco», «Que sí te los enseñe», «Que no me los enseñe, señor Shanti, porque no quiero verlos. Pago y se acabó». «Tan sólo quiero que lo sepas». El barbero le vio los ojos inmóviles, inalterables.

Cerdá ya se había marchado cuando vino Martín. Martín había estado fraile y sabía leer en latín, hacer versos y cantar los funerales de primera.

—Tengo que hacer las vísperas, señor Shanti.

Usubelz llenaba el vaso con lentitud.

—Los domingos yo los dedico a mis cuentas. Repasando sus hojas tienes una cuenta muy larga. Vete a cantar y hazlo bien. Yo no ato a nadie, pero tienes una cuenta muy larga. En mis libros está echada la firma del juez y los sellos del juzgado y se les puede llevar a cualquier parte.

Martín vio las tinajas ventrudas con su color perdido, como seres vivientes. Las sombras se deslizaban en su superficie parabólica y les daban palpitaciones.

—Los portugueses están ahí. Sé que los has visto. A mí esa gente ni me va ni me viene. Alguien los ha traído, no sé todavía quién, pero tampoco son suyos. ¿Oído?

—Oído.

—Entonces dile al cura... ¿qué tienes que decirle al cura?... anda vete, ni un minuto más aquí.

La hora del mus

Después del rosario los hombres entraban uno a uno, largos y afilados, en la taberna de Pantchiko. Pantchiko vendía telas y medallas; rosarios traídos de tierra santa; hierbas medicinales y licores con hierbas dentro de los botellones. Parecían extraños ramajes dentro de las aguas de los ríos. Los ramajes, las hierbas aquellas tenían sus verdines y sus algas del mismo color que el vidrio. Los hombres primero miraban las vitrinas donde estaban los abalorios, las medallas, las telas con visos y tornasoles, con orillos marcados, las cajitas de los botones y la lencería fina. Los cristales tenían las sombras de sus rostros allá dentro, como borrados e imprecisos, respunteados. Luego las luces oscilaban en los visos de las telas, igual que ojos o guindas, o semillas rojas en los frascos de los licores, resbalando por las hierbas, en los vasos y las jarras de vidrio limpio. Y ellos creían volverse locos.

—Estar aquí es estar en casa.

Pantchiko vendía faroles y linternas francesas que daban señales de distintos colores; vendía relojitos miniatura que los hombres llevaban en las solapas de sus botas; vendía bastones de contera de hierro, correas para los alijos y cuerdas, misteriosas brújulas para orientarse, chismecitos para lo mismo.

Por todo ello estar sentado en las bancas empotradas con argamasa, con el vaso de vino o de patharra y la baraja sucia, era como estar en su oficio. Trabajar y verse las manos, los rostros secos, huesudos, narices como ganchos, grandes ojos, grandes orejas, grandes bocas soñadoras.

—Pantchiko, es igual que estar en nuestro trabajo.

Pantchiko sentía orgullos.

—Dicen que somos otros hombres. Y yo digo que a lo mejor sí lo somos. Es muy posible.

Los domingos por la tarde los hombres se llenaban de sombras y de humo, silenciosos y melancólicos, como en un sueño. Sacaban las cartas de los casilleros, sin dibujos, ya con mugre, olor a ungüentos y a hierbas, a manos sudadas. Sacaban las manos de debajo de la mesa y las ponían encima, como reliquias o extraños animales disecados. No hablaban. Noches inmensas, inacabables, por la frontera los habían vuelto mudos y ya no sabían hablar.

Cerdá, el barbero, trajo el maletín con la brocha y la piedra de afilar las navajas, el jaboncillo que trasminaba olor de campos y de ríos, de manos húmedas. El barbero cogía el maletín con las manos, lo acariciaba. Dentro estaban los misteriosos frascos, los sueños, las cuentas larguísimas escritas a mano en los libros de Usubelz.

Pantchiko bajó la voz. Era una cuerda rota de guitarra. Con un dedo, alguien rasgueaba.

—Esta tarde, o a lo más lo más, mañana, nos vamos a reír. Me da el olfato.

El barbero comprendió. Su respuesta fue terminante.

—Yo corro las casas por obligación. Estos ojos ven y estos oídos escuchan, pero yo no veo ni oigo nada. Saca un tazón de *shalda* (caldo) y un vasito de *patharra* (aguardiente) de los de cenefa.

—No hay ya *shalda*, la misa da hambre y la mayor más todavía; los *kasheros* dieron con ella, y no es cosa de desollar más gallinas.

En los cuatro cristales de la ventana, veteados y siniestros, estaba el dibujo de la iglesia, su torre, las grandes piedras negras, el campanario. En las piedras, la mordedura que hicieron los plomos de los años aquellos. Pantchiko lo explicaba cien veces.

—Es de cuando las guerras carlistas. El sargento llevaba mostachos. Le oyeron decir: «Si ellos no tocan las campanas, las tocaremos nosotros. Pero es mucho pedir que subamos hasta el campanario a mover los badajos. Mucho pedir después de andar los días y las noches sin pegar ojo. Hale muchachos, desde aquí llegan los fusiles». El sargento era de Hornillos en la provincia de la Rioja.

Había también dentro un viejo de color rojo como los cueros de las sillas de montar. El viejo tenía un mirar dulce y doloroso. Con el vaso en la mano comenzó a cantar:

Baserrian jaio eta
baserrian hazi,
hamar urtekin nintzan
lanean ari.

(En un caserío nací, y en un caserío crecí, diez años tenía cuando comencé a trabajar.)

Pantchiko gritó. Todos le oyeron decir:

—Si el señor Oyarbide lleva la voz cantante, yo pago el gasto.

El viejo cargaba su pipa. Lo hacía lentamente, contando los granos de la picadura.

Ardoa eramán eta
akeitaren bila
bigilatuz tzandarma
eta Guarda-zibila

(Llevando vino y en busca de café, a vigilar los gendarmes y a la guardia civil.)

Los dedos del viejo sacaban el tabaco de la bolsita, lo metían en el hornillo de la pipa. Los dedos eran lentos y agarrotados, sin ninguna prisa. El tiempo no existía. El viejo Oyarbide lo hacía todo con solemnidad y en cada movimiento palpitaba el pulso vacilante de su amo.

Entonces el muchacho que nadie le había visto entrar pero que estaba allí, junto al mostrador, bebió el vaso de un trago. Miró el reloj de pulsera; después al viejo. Lo volvió a mirar. Los hombres con sus grandes boinas relajaron el rostro. Ahora no tenían sombras, y la superficie de la cara era más lisa, una sola mancha de un mismo color. Le dijeron algo.

—Tú has de ser mejor *bertsolari* que Oyarbide. Cuídate. No le hagas caso. Está viejo y él lo sabe. Por eso te provoca. No le hagas caso.

Había quien oyó muchas veces al viejo y le quería ver ensimismado, absurdo, con las manos hacendosas llenando la pipa, a la vez que cantaba. Los hombres estaban a lo suyo:

—Los portugueses no tienen religión.

—Vino a su tierra la Virgen.

—Dicen. Pero lo cierto es que no van a misa.

El hombre delgado escupía a la puntera de su zapato.

—Comen ajos y cebollas untados en el pan. No saben lo que es la carne en tasajos.

—Pues el que no come carne no tiene alma.

Alguien sabía algo más.

—El cura les saca la cara.

—El cura dice que hay que llevarlos a Francia porque son gente desgraciada que no puede vivir en su tierra. Eso dicen, eso. Vienen organizados desde Portugal.

El viejo Oyarbide llenó el vaso de *patharra*. El vaso tenía ahora otro color, como amarillo o verde, de esos colores que tiene la tarde cuando cae el sol.

El muchacho se metió las manos en los bolsillos. Parecía contar la calderilla, pasar las monedas entre sus dedos, volverlas a pasar, aquel movimiento subterráneo de las manos se transmitía a todo el cuerpo. Le decían:

—Déjalo. Ha de callar cuando se le acabe el fuelle. Los viejos no lo tienen.

El muchacho se revolvía con las manos en los bolsillos.

—Déjale.

El mozo perdió su posición vertical. Hasta entonces observaba desde el mostrador, clavado, erecto. Ahora marcó una curva en su espalda, casi echado sobre el vaso. Comenzó a decir o cantar, que en su idioma era lo mismo.

Asuntuan laguna

nola joan da gaba?

iruditu zaiten

zure bidean traba

(Amigo de negocios, ¿cómo te ha ido la noche? Me pareció que había obstáculos en tu camino.)

El viejo comprendió. Se llevó la mano a la boca que rezumaba un vino negro y purulento. Su canción era muy triste y melancólica. El cuerpo parecía sangrar y los huesos quebrarse:

*Gaztea oso harro
eta falton zaude
zure ibileraz gu
enteratuk gaude*

*Jendearen pasatzen
goiz eta arratsaldez
saldutzen zera aise
txanpon bien alde*

(Joven, estás muy arrogante y entrometido; también nosotros estamos al tanto de tus andanzas. Pasando gentes transcurre el día y la noche. Te vendes por dos gordas.)

El duelo se había cruzado, en un silencio que no se llenaba. En aquel foso mordido por la respiración acompasada y profunda del viejo Oyarbide, los párpados se podían escuchar. El muchacho replicó:

*Gizona etortzen zaigu
bai erdi negarrez
bidea erakusteko
Franziara favorez.*

*Laister haien emaztik
kargaturik aurrez
pesatutzen ditugu
erdi karidatez*

(Vienen los hombres y nos suplican que les guíemos hasta Francia. Detrás van las mujeres con sus hijos. Si les ayudamos es por hacerles un bien, y algo de caridad.)

Los que jugaban dejaron las cartas volvieron los rostros, y era un zócalo de medallones o de gárgolas, canecillos de una iglesia románica. Ojos brillantes, bocas rojas, boinas siempre en su sitio. El viejo tenía malicias en los ojos.

*Karidatea ez da
diruaren alde
baizikan lagunzia
arraso debalde*

*Diruaren arrantzan
itsuturik zaude
deabruak infernuan
egin du zure galde.*

(La caridad no se hace por dinero sino con desinterés total. Lo cierto es que tú andas ciego tras el dinero, y el dinero te llama desde el infierno.)

El muchacho era colorado y rotundo. Se había echado más sobre el vaso. Parecía mirarlo con veneración cuando escuchaba. Le apretaba más al replicar:

*Guri dirua, zaharra
etzaigu importa
projimua nork usten du
horrela etorta.*

*Beti lan hortan, jauna
zintzo naiz porta
eta ez nikua Jainkuan
legiaren kontra.*

(Oye viejo, no es el dinero lo que nos empuja, porque ¿quién deja desamparado al prójimo cuando se presenta como se presenta? Siempre en este trabajo he cumplido fielmente lo contratado, convencido de no quebrantar la ley de Dios.)

Los hombres se quitaban las boinas. Los rostros tersos y dibujados a plumilla en las sombras, dispersos en los cristales de las vitrinas donde estaban las telas y las cajas de los botones.

—*Hala zaharra, bota bertso bat.* (Hala viejo, echa otro.)

Los hombres pedían coñac y pacharán, otra vez vino, que bebían despacio, muy despacio, como lo hacen los pájaros en los charcos. La tarde de domingo se hacía larga y el vino la doraba. El viejo Oyarbide, antes de seguir, dio un larguísimo grito. Lo dan los hombres cuando bajan de los montes con sus paraguas. El domingo se llena la tierra de paraguas y de gritos y de campanas a la hora de misa.

*Favorez niri utzi
zidazu pakea
bertzela deituko det
Jueza edo Alkatea.*

*Ostatua hontik laister
atera zaitea
bertzela izango
danentzat kaltea.*

(Basta ya de discusiones y déjame por favor en paz; si no avisaré al juez o al alcalde. Sal enseguida de esta taberna, que de lo contrario para todos será malo.)

El muchacho sonrió. Su cara era ancha y redonda. Dijo:

*Aitona, etzakula
gisa hortan jarri
barkatu egin behar
diogu elkarri.*

*Honen bertze kantata
badegu egarri
ostalerua, porron bat
ardo ekarri.*

(Abuelo, no te pongas así, tan fuerte; vamos a perdonarnos los dos. Después de tanto cantar tenemos las gargantas reseca; eh tabernero, saca un porrón de vino.)

Pantchiko puso punto final a la disputa de los *bertsolaris*. Les cogió las manos y las estrechó. El viejo Oyarbide estaba triste. El muchacho, no.

Entonces vino Zósimo y pidió una copa de algo.

—*Edozein gauza* (cualquier cosa). Es para el mal gusto de boca. Los hombres cogían las cartas, las volvían a dejar sobre la tabla negra de la mesa.

—Martín los ha visto. Son cuatro y hablan su idioma.

—*Jende gaixoa!* (¡Pobre gente!)

—Los guardias no quieren cogerlos. ¿Se sabe quién los trajo?

—*Ez da jakiña.* (No se sabe)

—Lo cierto es que el cura quiere pasarlos.

—Eso es harina de otro costal.

Entre aquel humo lento y desmelenado se ataban los rostros y las manos. Eran cuerdas o hilos de seda y los hombres desaparecían borrados. La tarde se cerraba y los hombres sacaban sus relojes de bolsillo. Los miraban, los volvían a mirar, les daban cuerda y los ponían en el oído escuchando. La taberna se llenaba de ruidos que eran puntadas de una aguja que cosía algo.

Zósimo los miró antes de salir.

—*Bihar irri egingo degu.* Mañana, yo os lo juro. Nos vamos a reír bien. Todos atentos. Es mañana.

En la taberna de Pantchiko el viejo Oyarbide estaba ya completamente borracho.

Después de vísperas

Después de vísperas Don Macario olía a cera de abeja. La sacristía con aguamanil de mármol jaspeado donde el cura se lavaba las manos, siempre sucias y desaliñadas. En aquella mesa con manchas de tinta firmaban los novios ya sin pulso, y sacudían la pluma antes de escribir lentamente, con los cinco sentidos.

Don Macario había dicho:

—Martín, tráeme a esos hombres. Quiero que duerman en mi casa esta misma noche. Los metemos en la sacristía y que vengan los guardias a cogerlos si se atreven.

El sacristán hablaba en canto gregoriano. Las modulaciones de la voz, el falsete y los quiebrros, siempre iguales. El facistol y los libros abiertos con sus grandes letras magistrales que tenían vides y zarcillos, flores, figuras miniadas. Los azules de aquellas letras, los rojos, los morados que habían dejado cien flores al marchitarse entre hoja y hoja. El sacristán sabía de todo eso.

—Le diré, Don Macario. Lo que quiere usted es un imposible.

—Explícate, Martín.

—Los guardias sudan desde ayer buscando. Buscar ya buscan, pero no dan con el sitio. Le echaron la mano a Joshe Mari el de Oyarbide. Nadie sabe lo que pudieron decirle, pero el hombre está como si le hubieran cogido las brujas. No quiere ver a nadie. Lo tiene usted en el escaño mirando, mirando, siempre mirando, igual que un ensimismado, a los leños de la cocina. No dice nada. Ni escucha siquiera.

Don Macario tenía fríos en las manos.

—Todavía no es hora de heredar. Los hijos de Joshe Mari no saben esas cosas. No creo que esté memo, pero si dices... De todos modos tú me los traes, Martín. Los meteremos aquí en la sacristía con dos colchones de mi misma casa. Veremos si los guardias se los llevan de aquí.

A la caída del sol

Le vio a Zósimo en el umbral rodeado de luz. No se le veía el rostro, ni aun las manos. Tan sólo el perfil recortado y preciso, como esas fotografías de las revistas ilustradas; las siluetas y la luz todo alrededor.

—No sabe nadie. La gente quiere saber quién los ha traído aquí. Preguntan, pero no saben.

—Eso es lo que yo me digo. Es una trampa, Zósimo. Una trampa que me han echado. Yo veo la mano enemiga pero no le veo la cara. Si la viese podría defenderme.

—Ya se sabrá. Todo se sabe más pronto o más tarde.

—Esta noche, Zósimo, lo vas a averiguar.

Usubelz permanecía inalterable. Seguía.

—Esta misma noche subes a la casa y los sacas de allí. Tráelos para preguntarles. Luego los vuelves a donde quieras.

—¿Para qué traerlos?

—Estoy seguro que los guardias saben que están allí. Si yo sé quién los trajo, se lo diré a los guardias. Es una lección que tienes que aprender si algún día tú sigues mi negocio.

Zósimo bebió sorbo a sorbo el vaso de aguardiente. Cada sorbo le daba un color más vivo a su rostro.

SEPTIEMBRE

Sol: 6,07 a 18,05 - Luna: 4,37 a 17,49
Mañana luna nueva

27

Lunes

Santos: Cosme y Damián, médicos;
Antimo, Leoncio, Adolfo, Juan, mártires.

**OTRA VEZ EL AFFAIRE DE LOS PORTUGUESES.
VARIOS DETENIDOS POR FACILITAR PASO CLANDESTINO POR LA
FRONTERA.**

San Sebastián, 26.- Han sido detenidos varios individuos que se dedicaban a facilitar paso clandestino de súbditos portugueses por la frontera hispano-francesa, con dirección al vecino país galo.

A consecuencia de haber sido liberalizadas gran parte de las mercancías extranjeras las actividades de los contrabandistas habían disminuido considerablemente y sus actividades ilegales las encaminaron al tránsito ilegal de súbditos portugueses que pretendían ir a Francia a trabajar.

Fuerzas de la Guardia Civil en el puesto fronterizo de Endarlaza lograron detener a...

Diario de Navarra
27 de marzo de 1963 Pamplona

De madrugada

Zósimo oyó a los guardias. Sabía que eran los guardias por el idioma que hablaban. Y por lo que decían.

—Yo les dejaría pasar. Son unos desgraciados como nosotros.

—Somos unos desgraciados, puntualiza.

—También es verdad. Los hombres somos poco más o menos. Lo que nos hace malos es la organización.

—Rafael, déjame de filosofías.

Eran los guardias.

También venían hombres y mujeres que deseaban verle y oírle y tocarle con las manos para cerciorarse.

Los hombres y las mujeres recibían las instrucciones siempre en silencio, obedientes, desconocedores de todo, la geografía, el lenguaje, los puentes y los caminos. Dentro de la noche como en un largo y penoso sueño. Zósimo les hablaba lentamente.

—Ni una palabra. Sólo caminar detrás. Y a callar se ha dicho.

Caminar en silencio cogidos de la mano o de una cuerda como la que hay en las playas para los niños. Tantear con los pies el suelo desconocido que no se dejaba pisar. Era la noche misma la que ellos pisaban, y donde se hundían los pies, como en un resbaladizo fango. Y aquellas mujeres suplicantes que casi lloraban:

—Déjenos hacer nuestras necesidades, señor.

Ser tratado así, señor, por tan poca cosa. Zósimo no quería saber por qué ellos querían pasar. Eran gentes que sufrían, gentes con sus razones y su miedo, con su sueño dentro, como lo tienen los otros hombres. Buscaban el camino que lleva a Francia. Las mujeres lloraban.

—Déjenos, señor. Cuatro días sin hacerlo son muchos días.

Zósimo tiraba de la cuerda, y ellos se dejaban llevar. Cuando llegaron al puente las tres mujeres se desataron. Zósimo dijo:

—Ahora pueden, pero que sea pronto.

Las tres sombras negras en el pretil, estarcidas, completamente siluetadas y rotas. Con el día Zósimo volvió al puente. Había un pañuelo de seda con grandes pájaros y ramas de un árbol extraño, deshojado, donde estaban los pájaros y salpicaduras de excremento humano. Zósimo lo dobló con las puntas de los dedos sin mirarlo. Dijo:

—La mujer que hizo esto con el pañuelo era una dama. Las mujeres de esta tierra hubieran usado la mano o una piedra. No cabe duda que era una dama.

Zósimo, desde entonces, guardaba el pañuelo que usaron aquellas mujeres, con

los pájaros, los ramajes, en un estuche de terciopelos desvaídos que le compró a un trapero. Algún día su mujer lo llevaría a misa mayor.

El Guardia Civil estaba lejos. La voz se volvía. Avanzaba. La voz era larga como un hilo. El hilo cosía la noche.

—Me da no sé qué cuando la gente sufre. Siempre es por algo. Me digo si yo tengo alguna culpa. Son cosas que uno tiene.

La otra voz era más concisa y apretada.

—Rafael, eres un cursi. Yo tengo sueño, ¿por qué no echamos una cabezadita?

—La echamos.

Zósimo se deslizó por el barranco. Calculó: «Están ahí, a cien metros, y no se irán. Sé que no se irán». Tanteó en el suelo. Exactamente en la piedra plana colocó el farol. Lo encendió. El resplandor era azul y tenía la forma de un alfilerero. Los alfileres no se veían. Eran puntitos más brillantes en el corazón.

Entonces los guardias vieron la luz oscilante y pálida sobre la piedra. Rafael decía:

—Tener dignidad cuesta muchos disgustos y muchos dineros. Por eso los pobres no la tienen, no pueden tenerla. Los ricos es otra cosa.

—Eso es un farol.

—Lo es.

Zósimo se alejó. Calculaba: «Los guardias vendrán y yo he de verlos. Tendré tiempo de ir hasta la casa». Los guardias sin embargo no venían. Veían el farol observadores y atentos. Esperaban.

—Están aquí y nos ven. Yo te juro, Ambrosio, que nos ven.

—Lo han hecho otras veces. Tú quieto, ésta no les vale. Déjalos.

Zósimo escuchaba las voces lejanas, cada vez más perdidas.

Do Pereiro también veía la luz. Exacta, minuciosa, a cien metros, a doscientos, ovillada en el farol. Le atraía vertiginosamente. La luz que tienen los candiles en las noches de invierno. Do Pereiro los veía. Las noches de muchos años, muchísimos, cuando las cosas eran distintas, y Portugal también.

Los candiles vagaban solitarios por la casa. La casa tenía un ruido gigantesco en sus entrañas. Las tarimas, las balaustradas de madera y las mismas puertas gemidoras cuando él pasaba. Gemían todas las noches y a la misma hora cuando se corrían los cerrojos, y las llaves en sus cerraduras. La mujer siempre estaba detrás, en la sombra,

y los candiles colgados de sus manos. Los cogía de las escarpías, los dejaba otra vez colgados en las alcayatas, en los ganchos que tenían las paredes para colgar los cueros de los atalajes, las rejas del arado, los zurriones polvorientos. Do Pereiro tenía miedo. No era segura aquella mano que corría el cerrojo o daba vueltas a la llave. Mano fiel, exhausta, que todas las noches se le moría en su pecho. Siempre estaba fría, mano de difunta, mano esculpida, entre las sombras pegadas a los candiles. Aquella mujer y aquel medallón con su marco donde estaban retratados el día que se casaron. Él, vestido de *guardia de fronteira*, los bigotes lacios, el casacón con plieguecillos y frunces, de gran gala, las manos finas, como bordadas. Los dos rostros no parecían reales mirando a la cámara fotográfica, sino espectros. Completamente descoloridos el tiempo les había dado un aspecto de polvo o de ceniza.

—Si no quitas este retrato yo no vengo más.

La mujer se dejaba morir lenta, extasiada.

—No me digas ahora esas cosas. El pobrecito...

—Este retrato huele a muerto.

El hombre estaba en el hospital militar y se consumía con lentitud, día a día, como los cirios en las iglesias pobres, en los conventos con olor a ratones.

—Dicen que quieren traérmelo a morir a casa, pero yo no le dejaré entrar.

Los candiles estaban colgados de los clavos. Uno en cada pared. A la mujer le gustaba verlos en los vidrios de los floreros, pequeñitos, palpitantes, y las sombras que criaban todo alrededor de los clavos y las paredes como latidos intensos. Cada noche los candiles estaban en sitios distintos. Las sombras y la habitación no eran las mismas. Cuando ella decía aquellas cosas: «No le meterán aquí en esta cama, yo no les dejaré», y daba sus horribles gritos, Do Pereiro creía tener en sus brazos el cuerpo desmadejado del hombre que se moría en un hospital.

Por eso Do Pereiro cogió miedo a los candiles colgados de los techos, a las cerraduras con sus ruidos siniestros, y a la lividez de aquella fotografía donde los corazones luminosos de los candiles se marchitaban muy despacio.

Do Pereiro, por eso, miraba y miraba al farol. Tenía miedo. Lo vio sobre una gran piedra o promontorio, y todo alrededor se había llenado de gusanos y telarañas. El farol permanecía intacto y solitario como un ojo muy triste. El ojo se ensanchaba, se reducía. O se lo parecía. La luz fue un encuentro inesperado. «Es el cristal de una casa». Después vio la ramificaciones de la lamparilla, como si el viento la desvedijase, y cada vedija era un tejido sobre la piedra. El gusanito aquel los tejía y destejía, siempre en el mismo sitio.

Zósimo se sacudió el sudor del rostro con la mano. El sudor se desprendía igual que una tela viscosa y sucia. Oía hablar a los guardias.

—Sube hasta la borda, Rafael. Yo doy vueltas por aquí. Nos están vigilando.

Zósimo se deslizó por el barranco que tenía el césped segado. Suavidades de terciopelo, de ratas erizadas, o de divanes desvaídos. Se dejaba caer. Al llegar al fondo del barranco tomó el sendero. En la tierra había cruzada una rama de roble. Zósimo sintió algo terrible que le desgarraba por dentro. Cogió la rama pero no se atrevió a arrojarla. Escuchaba las voces lejanas y tristes, dichas de aquella manera atroz, *Atzean... an...* (Atrás). Se prolongaban las sílabas hasta el infinito y volvían. *Atzeaaa... an...* Volvían los miedos, las horas y las esquilas en los montes, las voces de los hombres, estranguladas y quietas. *Hemen direla!*, (¡Que están aquí!). *Zer bada erresturik!*, (¡Que hay huellas!). Las lluvias caían lentas sobre los árboles, y ellos permanecían paralizados, profundos y misteriosos. Escuchaban el estallido de las voces, «Los guardias andan por ahí». Los mismos guardias que arrojaban piedras a los barrancos y sondeaban la oscuridad. Las piedras les golpeaban en las botas, producían el ruido apetecido. Los guardias silenciosos escuchaban.

—No hay nadie, Ambrosio, no hay nadie. Deja ya de tirar piedras.

Las voces estaban cerca, pero ellos sabían que se decían muchos metros más allá. La voz chocaba en el monte, volvía, estaba allí, no terminándose nunca, tejida, prieta, siempre allí, cada vez más débil, mucho más muerta, hasta perderse del todo.

Zósimo respiraba el atosigante olor de la tierra. La borda estaba cerca. Cogió la rama. Su significado era el mismo de las voces.

«Cuidado, mucho cuidado. Imposible pasar». *Laister, Laister. Hemen direla.* «Están ahí mismo los guardias». Dejó el ramaje cruzado en el sendero, tal y como lo había encontrado. El aviso no era para él solo, era para todos los que como él andaban aquella noche por el monte.

Sin amanecer todavía

En las grietas de las puertas había rayas iluminadas. Los postiguillos no cerraban bien, ni las persianas pintadas de verde o azul. Eran como lamparillas votivas, tiritando. Las mujeres tienen sus santos en las casas, la sagrada familia, San Pascual Bailón, y compran las candelillas, las mariposas, en los conventos de Motril. Los vasos con soportes de hierro viejo, donde flota la mariposa. Pero las bujías están también encendidas antes de que raye la madrugada.

Zósimo se sentó en el escaño. Frente por frente estaba Usubelz, negro y sombrío, bajo la bujía en su pantalla de papel de seda. El papel era azul y el rostro se le cubría de livideces. El amanecer apuntado en la lejanía. Zósimo explicaba precipitadamente.

—Se han llevado al viejo Oyarbide. Lo cogieron borracho en la puerta del caserío.

—El viejo bebe demasiado. Yo no le encomiendo nada.

—Oyarbide sabe sus cosas. Borracho y todo distingue a los guardias y les tiene miedo. Lo peor es la mujer del difunto Iñaki, la que baja la leche a Vera. Le han llevado el caballo y el carro al cuartel y allí lo tienen en la solana. A Pantchiko no le dejaron cerrar la taberna. Estaba en pie cuando los guardias llegaron.

Usubelz, negro y escueto.

—Esto se pone feo. Hay que sacar a los guardias de su madriguera. Hace tiempo que no nos hemos medido las fuerzas. Los guardias quieren un pulso, pues lo echaremos.

—Usted dirá, señor Shanti.

Usubelz reflexionaba. Se le oía tararear alguna cancioncilla antigua: de la guerra europea, de las tierras de América, nadie sabía de dónde. Un ritmo dulzón y alegre.

—Zósimo, ya lo tengo. Saca ahora mismo los caballos de las cuadras. Atados uno a uno por las colas harán más número. Llévalos al monte y que los vean los guardias. Se irán detrás. Entonces podremos sacar a esos hombres, o hablar con ellos, ya que tú no los has traído.

—Le dije por qué.

Las palabras habían sido dichas sólo unas horas antes y sin embargo pertenecían al recuerdo.

—Tienes que traerlos a mi casa. Yo les preguntaré. Conozco tres idiomas.

Usubelz fumaba el puro sin vitola cuando dijo eso. Hacía tres horas solamente, cuatro horas o cinco a lo más.

Zósimo fue a la casa y encendió la linterna. Dentro del círculo de luz estaba casi toda

la fachada; el umbral de la puerta, tan sólo esbozado, boceto sin acabar aún, tres escalerillas de piedra, los ganchos donde se arreaban los caballos, las reatas de mulas y los perros policías. En aquella casa vivieron hombres sin historia, campesinos, aparceros, explotados. Ganaban el pan con el sudor de todo el cuerpo, gente silenciosa, entregada a la tierra, pedazos de la misma tierra. Habían sido engendrados y a su vez engendrado, en silencio, sin protesta alguna. Un día llegó el juzgado y los papeles escritos a máquina con el deshaucio por falta de pago. «La tierra no da más de sí». Zósimo lo sabía, cada piedra una palabra.

—Están ahí.

Carvalho entonces vio el redondo parche de la luz. Rígido, fulgurante, sin arrugas. Ojo escrutador. Le costaba mirar de frente, porque aquello era un extraño sol colgado de la pared, como cuelga un candil o un hachón. No podía abrir los ojos. Le era imposible. «Al sol no se le puede mirar de cara. Es vengativo». Vengativo y cruel. El sol, los hombres, las aguas que bajan por los ríos. Las que salen de madre a buscar las tierras con remiendos y parches cultivados. Escuchaba. Había retrocedido el tiempo. El tiempo son los minutos y los golpes que da la sangre en los pulsos. «El sol se mete dentro del cuerpo y cuando lo hace le vuelve a uno loco. La sangre envenena y trepa como la mala hierba hasta las sienes». Pero alguien decía:

—Son patrañas.

—Es la pura verdad. El sol tiene cuchillos y mata.

Carvalho escuchaba la voz de siempre, dulzona y triste, enervante. Voz acariciadora, enturbiaba los sentidos, hipnótica, oscura, caliente. «Estamos sentenciados a no llegar nunca a ninguna parte. Nunca». El parche de la luz permanecía intacto, fulgurante. La vio en el mismo sitio, resbaladizo líquido.

—Es Perkain. Ha llegado Perkain. Dijo que vendría y ha cumplido. Es él.

El mismo ojo, deslumbrador y mágico, le miraba fijamente. La linterna se movió.

—Juscelino, eh, viejo, arriba. Ha llegado Perkain. Yo dije que llegaría y ya está aquí. ¿No lo veis? He soñado cosas, el sol había caído del cielo y estaba ahí colgado de la ventana, pero es mentira. Está ahí Perkain.

El foco de la linterna investigaba minucioso, objetivo. Inspección hecha con rigor. Carvalho se arrastraba en busca de los otros. Se movía lentamente, el tejido de la luz cosido a las ropas, palpitante y vivo, sedas apolilladas, telarañas.

—Eh, viejo, está ahí.

El viejo desde dentro del sueño respondía.

—Yo no veo nada.

—Está ahí, mira.

Juscelino tenía los ojos desorbitados. Ojos profundos, supersticiosos. Parecían preguntar: «¿Es cierto que Francia existe?». Ojos atónitos, extraordinariamente asombrados. El pajarito de la luz vagaba saltarín, enigmático, en ellos.

—¿Pero dónde está?

—Ahí mismo.

—Yo no veo nada.

Carvalho escupía con violencia las palabras. Tenía convicción.

—Ahí, ahí, mira.

Juscelino estaba de pie y no se explicaba bien por qué. En sueños oyó los gritos. Alguien dijo: «Arriba, hemos llegado. Arriba». La voz no se repetía, oscurecida, olvidada en el saco perdido de los malos recuerdos.

—Yo no veo nada.

Carvalho volvió a mirar. La luz había desaparecido. También desapareció el recuerdo, pero las palabras no. Las había oído muchas veces: «Cuando uno muere se dicen ciertas cosas. Alguien lee las letanías de un libro que nadie sabe quién lo aguarda hasta entonces». Es un libro viejo, las cubiertas pringosas las mancharon mil manos diferentes. Unas manos viejas pasan las hojas, unos ojos cansados leen las letras gordas. Cuando uno muere se le dicen cosas que no ha oído jamás. Palabras enigmáticas de significados concretos.

Carvalho dijo:

—Ya no está, pero volverá. Tiene que volver, lo ha prometido.

La voz de Carvalho era desconsoladora, frustrada.

Juscelino gritaba:

—Yo no quiero morir. No quiero.

El viejo era un sollozo.

—Vámonos, Carvalho, vámonos de aquí ahora mismo.

Zósimo escuchaba las voces entretejidas, torturadas, y eran una misma voz renqueante y amarga.

—Estos hombres se han vuelto locos. Llevan días sin comer. Gritan igual que cerdos.

Vio la luz que se acercaba. Hubiera jurado que la sombra tenía forma de hombre. O que eran dos sombras. O quizá tres. Las sombras se ensanchaban alrededor de la luz. Zósimo dio vuelta a la casa y corrió.

Usubelz encendió otro puro. El rostro parecía de barro rojo, y las manos también, las uñas, las venas que cosían los dedos y el envés. Las manos eran igual que carnosas hojas de una planta acuática. No se movían. Tan sólo las sombras y el resplandor que daba la cerilla.

Aún arrojando el humo en bocanadas dijo:

—Esos hombres no son míos. Hay que dejarlos. Si no es trampa a mí me gustaría

que me respetasen en mi trabajo. El que los ha traído se los llevará. Lo único que quiero es que no caigan en las manos de la guardia civil. Saca pronto los caballos, y que ellos los vean.

Zósimo fue a las cuadras. Los caballos estaban atados a los pesebres, las bombillas encendidas, amarillentas, grandes cicatrices donde estuvieron los atalajes, las monturas y las grandes sogas anudadas que arrastraban los cañoncillos de montaña. Había también caballos de montar, ya viejos y soñolientos, con los grandes ojos de fugaces miradas, gordos, insensibles. Zósimo había ido a la subasta y cubierto la postura. En el cuartel le dieron el volante y lo dejó sobre la mesa antes de hablar. El coronel tenía el martillo en la mano, y los papeles donde estaban las reseñas de cada caballo, sus antecedentes, los años y la capa. Los cantaba. Después le dieron una guía para cada caballo y se los trajo en cinco camiones alquilados hasta las cuadras de Usubelz.

Zósimo los azuzaba uno a uno con un palo que tenía un clavo en la punta. Igual que a los bueyes. Los caballos salían al amanecer, borrosos y turbios.

Amanecer lento

El sol despuntaba los altos de los árboles con sus ocre vivos. Había también azules y verdes, veteados de color naranja, o completamente rojos. Pantchiko se teñía de aquel color desvaído y muerto, sentado en el banco de maderas pintadas que los guardias sacan a las noches de verano, cuando los cielos son brasas con ramos de estrellas. Las manos de Pantchiko eran más extrañas que nunca, arcillas astilladas, o fangos que se les queda en los fondos a las cubas.

Pantchiko miraba a los guardias como a seres de otra tierra. Rafael les daba tabaco a los hombres, pero ellos no querían aceptar.

—Muchas gracias, señor guardia.

El viejo Oyarbide, todavía borracho, con los labios azules, empapados, tenía los ojos verdinosos, algo hostiles.

—Yo quiero saber qué me piden.

El picaporte de hierro era un culebrón enroscado como en los mazapanes. Rafael cerraba la petaca de cuero negro. Se la echó al bolsón con dos pliegues y dos botones, uno en cada pliegue.

—Yo cumplo lo que tengo que cumplir y basta.

La mujer del difunto Iñaki salía hasta la solanilla del cuartel donde habían dejado el tílbur y el caballo. Le cogía las crines y el belfo, lo acariciaba. El caballo comprendía. Las crines se removían sensuales, desmelenadas, como los cabellos de una mujer. El cabello se hacía hermoso. Tenía en los atalajes tachones dorados y los dibujos que hacían los tachones, un corazón, una rosa, las dos grandes letras cruzadas de las orejeras. Esas letras mayúsculas las escriben los niños en las escuelas.

—Tengo que repartir la leche. Mi negocio me pide puntualidad.

El guardia Rafael se encogía de hombros. Chupó el papel de fumar y le dio un giro al cigarro.

—Yo no sé nada. Le digo lo mismo que a estos señores. El servicio es el servicio.

—La leche se pierde de un día a otro.

—Haga quesos.

El caballo relinchaba. Al hacerlo movía las crines y las arrastraba.

—Yo tengo que irme.

—Que no se va, señora, hasta que se lo manden.

El carrito era verde, y el toldo también. La mujer llevaba botas de agua y un gran echarpe negro que le cogía los pechos desinflados y vacíos. Merino llegó con dos hombres que no miraban a ninguna parte. Al hablar, tampoco. Ellos saludaron en su lengua.

—Egunon.

El más viejo traía un paraguas con empuñadura de asta, y la cabecita tallada de un

perro mastín; el otro sobre los hombros una anguarina de hule con caperuza.

Merino se dirigió a Rafael.

—Son para la colección. Dile al cabo que si quiere alguna otra prenda como éstas ahora mismo la traigo. —El cabo está en la ducha. Es mucho trote para un hombre. Y el agua, lo dicen los libros, relaja. En seguida apareció el cabo sin cubrir, peinado y lavado, con olor a jaboncillo y a colonia de botellón. Tenía pocas palabras.

—Rafael, que vayan pasando. Esto lo despachamos en un voleo.

El primero fue Pantchiko. No era la primera vez en sentarse en aquella silla de fondo de rejilla y poner las manos sobre los huesos de las piernas. No sería tampoco la última. Un día preguntó por el significado de aquellos dibujos de colores detrás del cristal. El cabo dijo:

—Es un procedimiento para cazar ratones.

Pantchiko sabía que era un mapa que no había visto en ninguna otra parte. Ni el cuadro hecho a plumilla, sin cristal, clavado con cinco chinchetas: «Reinando Doña Isabel se organizó la Guardia Civil en el año de 1844». En la parte superior del cuadro había un medallón con un rostro prolijo, bigotudo y una leyenda: «Excmo Señor Duque de Ahumada». Le seguía otro medallón y su pie: «Excmo Señor Teniente General Don Fernando Ynfante y Chávez». Y otro: «Excmo Señor...», etc, etc. Abajo en el fondo del cuadro un viejo tambor, dos fusiles de chispa, el cornetín, los corrajes, una bandera plegada.

Pantchiko decía:

—No he pegado ojo en toda la noche, señor cabo. Las noches de domingo la gente hace extraordinario. Y yo no tengo más remedio.

Pantchiko no recordaba nada.

—Que no, señor cabo, que no. Los hombres vienen a mi casa y piden vino. Yo se lo doy, ellos me pagan, y pare usted de contar. No me vienen a decir sus cosas.

El cabo insistía:

—Usted oye hablar. Ayer mismo Oyarbide echó sus versos y el mozo de Isasondo le siguió. Oyarbide sabe tirarlas y ayer lo hizo. Tú le oíste. Les pagaste el gasto.

—Cierto. Pero yo le aseguro que esto es cosa de todos los días.

—Algo más.

—Que no, señor cabo. Yo sé como sabe usted, cuando ha pasado la cosa, no antes. Sé cuánto se paga por un hombre, y cuánto por el alijo en su destino. Usted también lo sabe. Más no me pregunte, señor cabo, que no lo sé.

En el gran cuadro clavado con cinco chinchetas, el viejo tambor tenía cordones con borlas. Las guerras de antes se hacían con tambor y cornetín. Eran otra cosa.

—Los portugueses están aquí. En algún sitio, pero aquí. Lo sabemos.

Alrededor del cuadro la mancha de cal se identificaba con los bordes del papel y las cabezas de las chinchetas. Los dos fusiles en equis tenían cargada la bayoneta.

—Si supiese se lo diría. Cuando he sabido se lo he dicho. Y sin pedir nada.

Entró Rafael y Pantchiko se restregaba los ojos. El cabo vio el rostro violáceo del guardia y dio un salto para levantarse de la silla.

—¿Pasa algo?

—Están ahí.

El cabo seguía con el papel de barba entre los dedos. Las puntas de los dedos perfilaban los pliegues por donde había de cortarse.

—¿Qué dices?

—Los caballos. Están ahí mismo por el camino de Zabaldika.

El cabo dejó el papel de barba. Había comprendido.

—Esto ya pasa de la raya. Me están hinchando los...

—Van más de cincuenta, mírelos. Yo les dispararía desde aquí. Es una burla.

Efectivamente la recua caminaba lenta y sosegada entre el polvo que su caminar producía. No era una sola mancha rojiza, eran muchas manchas como abalorios o espejuelos.

—¿Y ahora, señor cabo?

—Esperar; yo conozco a estos hombres. Juraría saber quién los ha mandado.

No los conocía. Le había dicho el cabo saliente dónde estaban los puentes y los atajos, las luces, las horas, y las casas. También los nombres y apellidos. Pero el cabo no los conocía.

Salió a la puerta. En el vano tenía el perfil a contraluz. Los colores del amanecer eran más limpios, como aguas teñidas.

—Que pase otro; el viejo.

Oyarbide no decía nada. Absorto miraba la fusilería en el armero. Se removía en la silla con fondo de anea. Los gitanos echaban el fondo por una asadura, por un medio litro de vino, o simplemente por nada, por verle sonreír al cabo y hacerle prometer que nunca jamás les cortaría el pelo con las tijeras del escritorio.

El viejo Oyarbide decía que no con la cabeza.

—Son cuatro hombres así, de mal aspecto. Yo no diría que se parecen a los mendigos porque no lo son, aunque tienen su aire. Llevan barba de cuatro días por lo menos, porque hace exactamente cuatro que salieron de Pamplona. Están hechos un asco.

El viejo decía que no, no, y no. Movía la cabeza de derecha a izquierda y parecía la pesa de un reloj de pared, de los que hay en las sacristías de las iglesias antiguas. No, no, y no.

Hombres como éstos había visto muchos. Las memorias se le poblaban de sombras

harapientas, de niños que lloraban de hambre y había que tapparles la boca con un pañuelo o darles unas pastillas y dejarlos dormidos. Los niños parecían muertos en las manos de sus madres y al dejarlos en el suelo, las mujeres lloraban desoladas y tristes. Decían simplemente:

—Le hemos metido dos vasos de coñac. Se nos acabaron las pastillas. Al principio comenzó a vomitar y hubo que darle otro vaso.

El viejo había visto a las mujeres vestidas de monja, a los frailes que no eran frailes, a los viajantes de comercio que vendían betún y polvos para hacer lejía. Llevaban grandes bigotes que a distancia se sabía que eran falsos.

—Yo realmente no vendo nada. Solamente quiero saber por dónde se va a Francia. Aquí están los dineros. El que los quiera que los coja. Tengo las manos limpias, no es por la jodida política por lo que quiero irme de esta tierra. O sí lo es, pero lo digo con la cabeza bien alta.

Terribles sombras bajo los candiles y los mecheros, en aquellas habitaciones que no cabían ya más hombres tristes, ni más mujeres despeinadas, ni más niños con hambre. Se daban las instrucciones antes de salir. Las mujeres hacían la señal de la cruz veinte veces, en la boca, en los ojos, en la frente. Sacaban las medallas y los escapularios, las colgaban a los cuellos de los hombres. Los hombres se las quitaban y las devolvían a las mujeres. También había hombres que se las dejaban poner. No eran muchos. Y sólo se las dejaban poner. No las querían:

—Voy bien como voy. Guardo mal recuerdo de los curas.

Lo peor eran los viejos y los niños. Los viejos se ataban las cuerdas a la cintura y se dejaban arrastrar en la noche. Los niños, no; había que llevarlos al hombro, metidos en sacos, y cerrarles la boca cuando pedían imposibles:

—Yo quiero agua.

En aquellas habitaciones llenas de humo y de voces desesperadas, los hombres tenían miedo. El viejo les había visto temblar y preguntar mil veces lo mismo.

—¿Usted cree que llegaremos a Francia?

Al viejo no le gustaban aquellas cosas. Antes no se veían. También es cierto que antes no había estas guerras que echan de sus casas a los hombres. Pero no le gustaban.

—¿Estamos ya cerca de Francia?

Francia, país mítico, tierra en que ellos creían, llena de misterios, y de atracción. Francia, país legendario, oscuro, incomprendido, deseado mil veces, mil veces frustrado, patria de fugitivos y exiliados; país lejano, borroso, como un largo e inesperado sueño.

El viejo Oyarbide tenía pocas palabras. Invariablemente decía:

—Sí.

A los hombres la palabra les sabía a poco. Venían de las tierras en que hablar es

un placer. No podían comprender al viejo. Les desesperaba aquel sí rotundo y seco, como un escopetazo. El viejo no sabía engañar. Sin embargo los hombres querían más palabras. El viejo no las decía. Era cierto que llegarían. Y efectivamente, llegaban.

—¿No nos dejarán en el camino?

—No.

Los hombres aquellos no comprendían que con tan pocas palabras se llegase a Francia. La cosa es que llegaban.

El viejo Oyarbide miraba a la fusilería del armero. Decía que no con la cabeza. El cabo escrutaba en los ojos azules del viejo. Tenían hierbecillas y ramitas de plantas acuáticas, tierra cuarteada, con iluminaciones.

—Yo sé que su casa es oficina de información. Usted sabe. Yo sé que sí.

—En el granero me han puesto una cama de hierro, con ser yo el amo de la casa y de las tierras y también de los bueyes. Les dejé todo con notario. Me hicieron firmar los papeles. Al otro día me dijeron dónde tenía que dormir. Yo sabía que me lo harían y así ha sido. Es cierto que oigo entrar y salir las gentes y también veo las luces de los candiles porque los dejan colgados de los ganchos que hay en el granero donde yo tengo mi cama. Dicen que me han subido arriba porque me gusta el vino, y el vino traiciona. Pero eso no es verdad, yo no dije nunca nada aunque he visto muchas cosas. Me subieron a los graneros porque les da asco verme tan cerca con los pellejos de la cara y estas manos que son ya las manos de un muerto. Les doy asco, señor cabo. Por eso me tienen en los graneros. Oigo sí, las voces, y cuando entran los hombres, también cuando salen, pero nada más. A días me cierran con llave.

El viejo Oyarbide todavía estaba borracho.

El cabo dijo:

—Le abriré atestado. Usted sabe y no quiere decir.

El viejo se encogió de hombros. Miraba con indiferencia a los fusiles. Estaba todavía borracho. Algo vería en los fusiles.

Rafael volvió a entrar.

—Señor cabo, están otra vez ahí.

El cabo se mordía las uñas. Daba golpes sobre la mesa, con la mano cerrada.

—Déjalos; tú déjalos.

Bajaba la niebla por las laderas del monte. Era una nube blanca, algodonosa. La recua entraba en la nube y desaparecía. Detrás quedaba el polvo dorado, casi rojo.

—Rafael, antes de que se ponga el sol estarán en mis manos esos hombres. Déjalos. Esto es un juego, yo lo sé.

La mujer del difunto Inasio prendía los alfileres al echarpe. Grandes alfileres de cabeza negra, como los ojos de los cuervos o de las sabandijas. La mujer explicaba las cosas con mucho sosiego:

—El primer día de la guerra cogí a los cinco hijos que he sacado de mi cuerpo y les dije: «O tú coges ahora mismo el fusil, o no eres mi hijo». Tuve suerte porque sólo me trajeron uno muerto a casa. Ya tenía gusanos en la tripa. Vino en un cajón precintado, como traen las merluzas. Lo bajaron del camión y parece que lo veo ahora. El cajón con muchos clavos y letras pintadas. Lo desclavaron delante de mis ojos. Me dijeron que era mi hijo porque habían escrito su nombre en chapa de hojalata...

El cabo se impacientaba. Su impaciencia estaba en los dedos que cogían los papeles y los dejaban en el mismo sitio, estúpidamente.

—Yo solamente quiero saber dónde están los portugueses.

—Todo llegará. Quiero decirle lo que he sufrido en esta vida. En el frente estaba también mi hombre y los cinco hijos hechos de mi mismo cuerpo. Me daban unas pesetas de subsidio, cierto, pero qué eran para mi sufrir. Todos los días viendo venir el camión que traía los muertos de estos pueblos. Al fin se acabó la guerra y volvieron. Habían visto tierras y gentes. Uno a uno se volvieron a marchar. No habían muerto pero la guerra me los quitó del todo. Bebían el vino como condenados. Y también, aprendieron a blasfemar.

El cabo sacó parsimoniosamente la bolsita del tabaco. Descorrió las cerraduras con un dedo.

—Señora, dice usted que tiene prisa...

—La tengo, pero me ha de oír. Usted es muy joven para haber estado en la guerra. Un niño todavía. Hay muchos modos de ganarse la vida. Usted la gana escribiendo sus papeles. Yo, con el carrito y el caballo desde que murió el pobre Inasio. Si mis hijos estuviesen aquí, harían lo mismo que hacen los demás. Estuvieron en Teruel y en lo del Ebro, y ahora pregunto: «¿Usted tendría agallas para abrirles expediente?». Estuvieron en la guerra.

—Las tendría.

—Yo le diré que no es malo pasarse a Francia. La tierra es de todos. Un hijo me trajeron en el camión y al destapar el cajón dijeron que era él. Si me hubieran traído los cinco y el hombre, pensaría igual, cabo, igual. Yo los mandé al frente por otras cosas, nunca para que no se pueda vivir de lo que siempre hemos vivido.

—Señora, yo tengo que encontrar a los portugueses y los encontraré.

—Hemos visto muchas cosas. De la parte de Bilbao nos trajeron a casa a la familia aquella porque había que pasarla. Les dije que no estaba bien eso. Por algo se pasarían. Luego supe que era cosa de la política. Siempre lo mismo. Un hombre con lentes, una mujer muy gemidora, cinco niños como mis cinco hijos cuando tenían sus años. El sargento aquel supo que estaban en mi casa y mi hombre los llevó a la borda y los enterró bajo el heno. Le oí decir: «Esto lo manda Cristo, yo no. Esta gente es perseguida, pues hay que sacarlos». Mi hombre había estado en la guerra y sabía. Yo

no.

El cabo tenía la boca abierta con los hilos del humo pegados a los labios.

—Pero yo...

La mujer cortó.

—Déjeme terminar. Me cuesta hablar, pero cuando me pongo quiero que no me paren. Estuvieron en la borda seis días y seis noches. Yo les llevaba qué comer metido en una bolsa de papel de las que dan con el azúcar. Me dijeron que eran herejes y comunistas. Un día les oí rezar. El hombre que tenía las manos muy blancas llevaba el rosario. Los niños y la madre le seguían. Mi hombre estaba en lo cierto: la política es cosa distinta de los sentimientos. Aquel hombre nos escribe desde entonces en llegando la Navidad. Está allá en Bélgica. Yo creo que aquélla fue la única cosa buena que hice en toda mi vida. Le dije a mi hombre: «Pásalos como si pasases a mis hijos, que son tuyos». Al fin y al cabo eran hombres. Qué importa a mí ni a nadie lo que tengan dentro de la cabeza. Con su pan se lo coman.

El cabo cogió la pluma estilográfica. La pluma tenía «gavilanes de isocron, duros como el diamante y suaves como la mano de una mujer». El papel lo decía. La clavó en el cuadernillo.

—Señora, no me gustan las historias. Usted va y viene todos los días con el carrito y yo sé, también está escrito, que conoce cosas de los portugueses. Por eso la hemos traído. Usted es un nudo de esta cuerda con un cabo en Portugal y otro en Francia o en el puerto de Hamburgo. Hay días que siento tentación de desarmarle el carro y dejarla desnuda, créame, por muchos hijos que haya tenido usted en la guerra.

Volvió Rafael.

—Señor cabo, están otra vez ahí.

El cabo había olvidado.

—¿El qué?

—Los caballos.

—La madre que los parió.

Se dirigía a la mujer.

—Váyase señora, por favor. Estoy ya nervioso.

La mujer cerró la puerta. Saludó a los dos hombres que había en el porche del cuartel.

—*Agur jaunak. Bihar arte* (Adios, señores. Hasta mañana).

El cabo llamó a los guardias a mesa redonda. Rafael, Ambrosio, Anastasio y Domingo estaban sentados alrededor. Miraban la mano del cabo recorrer el papel de barba escrito y dibujado, con las notas escritas a tinta azul. «Irubide-borda: Lugar adecuado para ocultarse. No es la primera vez», «Camino de Zabaldika: sitio obligado de paso», «Iruretagoyena: hay una cerca y un edificio en ruinas». El cabo decía:

—Les he llamado para acabar en unas horas con esta vergüenza. En nuestras propias narices se han metido. Vamos a ver, mucha atención. Mi plan es el siguiente...

El reloj de la sala de armas tiene las manecillas con dibujos y volutas, y florituras sobre el esmalte de la esfera. La mano del cabo sobre el croquis señalaba los itinerarios. Los puntos cardinales. N.S.E. y O. escritos con letras nerviosas en los cuatro lados de la cuartilla.

—Desde la borda de Ituren hasta el regato de Zabaldika, se desplegarán a diez pasos de distancia Rafael y Anastasio. Desde la regata hasta las primeras estribaciones de la montaña, Domingo y Ambrosio. Conmigo vendrá Martínez. Y Emeterio se queda de cuartel. Batiremos el terreno hasta el pueblo. Punto de encuentro, la bifurcación de las dos carreteras. Hora, las nueve de la mañana. Vamos a sincronizar los relojes. ¿Ya está? Atención, yo aconsejo que se camine despacio por dos motivos: primero para conseguir un mayor éxito en el trabajo; segundo para no extraviarse. El tiempo es precioso y no hay que tirarlo. Nadie hable, y si oye hablar, que escuche. A las diez en punto en el cobertizo de Merkatondoa. A dar cuenta y recibir órdenes. De hoy no tiene que pasar. Caerán, vaya que si caerán.

Mano de estrategia. Recorría caminos imaginarios sobre el mapa del Servicio Geográfico y Catastral. Cabalgaba la fantasía sobre las curvas goniométricas, descendían los ojos a lo que podían ser vaguadas o barrancos y que en el plano sólo era un punteado que no decía nada.

—Aquí hay una casa. Este puntito más señalado, como la cagada de una mosca; podría ser que se hallasen escondidos allí. Está muy cerca de la frontera, bueno, lo que se dice cerca, unos seis o siete kilómetros, más o menos. Sí, seis milímetros en el plano y un poco más.

El lápiz temblaba entre los dedos huesosos. Recorría el mapa.

—Aquí, desde este ribazo...

El cabo los veía levantarse uno a uno. Primero Rafael, luego Ambrosio, después...

—Rafael, diles a esos hombres del porche que se vayan. No quiero verlos más por aquí. Y hale, a ver si llegamos a tiempo a la fiesta de los caballos. Detrás de los caballos, yo lo huelo, están los portugueses.

El cabo pareció estremecerse. Algo profundo dentro, un miedo, una angustia, un sentimiento terrible. Quizá dudaba por primera vez.

No le parecía absurdo que a su padre le hubieran disparado por la espalda cuando leía el periódico debajo de los árboles. Ni las palabras de la madre, indefensa, como ausente, siempre en aquella cama de altos hierros con flores de metal dorado.

—Hijo mío, yo le vi morir. Era algo igual que tú. Los mismos ojos. Y, cosa curiosa, detrás del cuello tenía un granito rojo. Le mataron por la espalda. Aquella

tarde...

La madre estaba siempre en la cama. Sacaba las manos con los lacitos del camisón de un color aguanoso, porque lo habían lavado ya cien veces y cien planchado. Le dijo:

—No quiero que seas guardia. A ti también te matarán.

La tarde aquella era como las otras tardes. Con rojos y azules en la lejanía. El guardia leía el periódico en el banco del cuartel. Huelgas, atentados, ajeteo de la política. Le llamaron de lejos, y apenas tuvo tiempo de doblar el periódico y quitarse las gafas. No tuvo tiempo porque no se lo dieron. En las fachadas de las casas, cientos de cristales de los miradores donde había jaulas con pájaros, tiestos y rostros pálidos de mujeres que parecían muertas o disecadas, inexistentes. Y un sol otoñal repetido en cada cristal como una guinda escarchada. El guardia oyó las voces que le llamaban:

—Eh, señor guardia.

Los tres hombres llevaban fusiles y uno apuntaba hacia el cuartel. El carro parado en medio de la calle les protegía. Sólo fue un instante.

—Compañero guardia, esto se acabó. Los ocho guardias de este cuartel han muerto ya. Lloraban de miedo, y nunca lo hubiéramos creído. No somos nadie a la hora de morir.

El padre había desabrochado el corchete y quiso sacar la pistola. No le dieron tiempo los hombres del fusil. Los veía detrás de las ruedas del carro. La pistola estaba empotrada en el cuero y le costaba salir. Antes de que la mano la agarrase se oyeron los tres disparos. Casi a un mismo tiempo. Fue todo muy rápido. No le dejaron quitarse las gafas y poner el periódico sobre el banco. El entierro fue solemne y el coronel pronunció un discurso con aquel luctuoso motivo.

El cabo se abrochaba los botones de la guerrera. Tenía prisa por cerrar la botonadura. Se echó el correaje sobre los hombros y estiró los brazos. El correaje se ajustaba lentamente a su cuerpo. Dio un grito:

—Listos. Cada mochuelo a su olivo.

Los guardias fueron saliendo uno a uno. En silencio.

Las ocho de la mañana

Do Pereiro oyó el ruido. Eran caballos. Lo más difícil era saber cuánto tiempo había transcurrido exactamente desde que volvió la cabeza y vio todavía la casa con el balcón descuajado donde los tres hombres permanecían expectantes, las manos colgadas sobre las caderas.

Carvalho le había dicho:

—Si no te sientes con fuerzas, no vayas.

Dejó de verlos inmediatamente. Sus voces estremecidas, igual que zumbidos de insectos, tejidos en el atardecer. Después se había borrado el tiempo totalmente de su memoria. Habían ocurrido otras cosas que no eran del todo precisas y exactas, no tenían localización en el tiempo ni en el espacio. Era hace años, o ahora. O no era nunca. Las linternas bajaban desde arriba, y las piedras, súbitamente se veían iluminadas. Cogían formas fantásticas y extrañas, delirantes: manos o pies, o lisiaduras y deformaciones como las llagas de los mendigos en las puertas de las iglesias. Los mendigos aquellos estaban en las escaleras de la catedral. En cada escalón había un mendigo lleno de moscas y de podre. Todos juntos y a la vez daban gritos cortados, exultantes, como los de los pájaros nocturnos. Extendían las manos pero era lo mismo. Algo se celebraba allí. Algún rey o marqués había muerto. Alguna princesa de las que traen las revistas, un duque tísico, un conde enamorado, alguien que ellos no sabían ciertamente quién era. Los mendigos sin embargo, a pesar de no saber por qué estaban allí, extendían las manos. Y Do Pereiro también. Sentado en la última escalera vio pasar al señor lánguido de trajes antiguos, que ya no se usaban, los espejuelos, las manos de hueso, el bastón con empuñadura de plata, las sombras azules de sus ojos. Pasó la dama de largas y enlutadas vestiduras, el escote, los colores extravagantes de las mejillas, polvos de arroz, maquillajes untuosos y pálidos. Las muchachitas en flor, los niños repipis, los viejos elegantes. Subían por el centro de las escaleras ceremoniosos, llenos de reverencias y de saluciones. Los mendigos gruñían igual que cerdos o animales salvajes. La corte de mendigos era el adorno exquisito de aquellas gentes para las bodas del duque tísico, o la muerte del rey enfermizo y loco. Los mendigos extendían las manos pero era lo mismo. Permanecían así extendidas, exhaustas, colgadas en el aire. Nadie los miraba.

Do Pereiro oyó voces. Los mendigos no estaban ya. Ni los duques tampoco. Ni las muchachitas en flor con sus pechos mórbidos y sus manos blanquísimas y hermosas. Do Pereiro les escuchaba.

—El arte de navegar a vela sólo lo poseen unos pocos y, éstos, son los privilegiados. Hay que nacer.

—Me gusta más el motor fuera borda.

—Es más apasionante.

—Y más *snob*.

—Ahora que la vela también se las trae.

—La náutica es un privilegio de muy pocos.

—Nuestro desde luego que no.

No sabía dónde ni cuándo había oído aquello. Ni si lo estaba oyendo. Sólo voces, nada más, porque los mendigos ya no estaban, ni los hombres aquellos de rostros mustios y desusados, las bocamangas almidonadas, con sus orugas muertas del color del oro. Había quien llevaba también zarzillos, cabecitas de monstruos, y pájaros estilizados totalmente de plata o de oro. Las voces seguían. Estaban realmente allí.

—Los pobres no tienen solución.

—¿Y para qué quieren tenerla? ¿Qué tienen que defender?

—Su derecho a comer.

—Eso es una cosa de tipo individual. Por eso no se unen nunca. Al hombre se le inutiliza cuando se le llena el estómago. El hambre ata mientras se siente.

—Por eso los pobres están siempre desunidos. Y los ricos no.

—Los pobres no van a ninguna parte.

—A ninguna.

Do Pereiro se levantó. Oía las voces, y basta. Lo demás era incomprendible, la tierra donde tenía las manos, las manos mismas llenas de hormigas negras con la cabeza roja y unas patas larguísimas. Las hormigas hacían acrobacias en los dedos.

Se levantó, pero apenas podía moverse. Dijo:

—No iré. Les diré que no quiero ir. Ni un paso más. Carvalho tiene los papeles, pues que vaya Carvalho. Yo tengo sueño, mucho sueño.

Giraba loco alrededor del árbol y siempre estaba en el mismo sitio. Fue entonces cuando vio a los caballos atados por sus colas de dos en dos, rojos y negros, otra vez rojos. Caminaban despacio porque los caballos parecían cansados. También los hombres que iban detrás lo parecían. Los caballos no cesaban nunca de pasar. Atados a nadie sabía dónde, el bosque no los dejaba caminar de aquella manera tan extraña. Los caballos hacían un ruido golpeante y sordo, los cascos sin herrar. La tierra, los cielos, y también las lejanías se poblaban de aquel ruido estremecedor, delirante.

—Uno, dos, tres,... veinte...

Do Pereiro perdía la cuenta. Los hombre seguían el mismo camino que los caballos. Iban silenciosos, con las alforjas al hombro, los pellejos de vino, las cantimploras. Largos hombres ensartados en la luz, escuetos y esbozados, sombras o siluetas, lo mismo daba. Los hombres desaparecieron cuando desapareció el último caballo. Terminó de contar.

—Cuarenta y dos.

Abrió más los ojos, se tocó las manos. Aquello había sido un sueño alucinante.

Joshe Andrés oyó el tambor. No lo oía desde los días de la guerra. El tambor o los tambores y el cabo de cornetas, y los giros que hacían las manos. Las bocamangas de cueros rojos, deslucidos, con entorchados, cordones sin color, cadenillas doradas de viejos eslabones. El cabo de cornetas se dejó las patillas de boca de hacha. Parecía un legionario. En sus bigotes amarillos se metía el humo cuando fumaba.

Joshe Andrés escupió sobre los ladrillos del balcón.

—Esto se pone a punto.

Atrapó los anteojos de la mesilla de noche. Los dos focos cogían la tierra y se la traían cerca, diminuta, detallada.

—Son caballos.

El tambor y las cornetas pertenecían al recuerdo. Sin embargo el tambor aquel sostenía un solo obsesionante. Marcaba su ritmo. Los pasos de un baile extraído de los barrios negros de Nueva Orleans. Tan, tan, tan, tan, tara-tan-tan, tara-tan-tara-tan. No era lo terrible oír aquel solitario ritmo repetido cien veces en el hueco profundo de las montañas. Lo terrible era que no se acababa nunca. Parecía eterno. El compás aquel se metía por las entrañas, rebotaba en la sangre. Tan, tan, paf, paf, ta-ra-tan-tan-tan-tan. Paf, paf, paf. Los caballos pasaban uno a uno por la brecha que tenía el bosque, lo mismo que en una pantalla cinematográfica. Detrás venían los hombres. Joshe Andrés explicaba:

—Mira María Joshepa, va Zósimo delante.

Dentro de los cristales, efectivamente, iba Zósimo. Los vio desaparecer del todo. El último caballo era rojo y se ocultó la grupa en la nube flotante que envolvía la gigantesca jiba del monte.

Abajo estaba el cuartelillo y los guardias que en ese mismo momento salían por el gran portón de piedras de cantería. Rafael se ajustaba las hebillas del correa.

—María Joshepa, ya han caído. Esto va muy bien. Usubelz ve muy lejos. *Ongi, ongi.*

En los balcones de la casa estaban los portugueses. Carvalho abría los ojos muy grandes. Se llevaba las manos a los ojos. No tenían telarañas. Entre las sombras de la tierra estaban los caballos. Él los veía. Rojos y negros, con su brillo opaco. Por entre los árboles, enhebrados, cruzaban uno a uno, como una aguja enorme. Podían contarse. El viejo gritaba:

—Hace ya casi un día que Do Pereiro salió. Y no ha vuelto. Nos han echado el guante, Carvalho. Nos lo han echado.

Juscelino no tenía voz. También miraba a lo lejos. Algo veía estremecedor y terrible: los caballos.

—No acaban nunca de pasar.

El viejo terminaba su voz. Era estridente, oxidada, como los goznes de las

puertas.

—Nunca.

El tambor aquel se oía profundo, impresionante, y la tierra entera era el parche. Un oboe, un solo ritmo como el que tocan los negros, el saxofón, la trompa, las maracas, y las contorsiones de los negros cuando les hacen sonar. El tambor obsesionante. Dos notas, tres notas espaciadas y lentas, cada vez más espaciadas, de distinta intensidad. Tres notas exactamente iguales y un ritmo.

—Ya han terminado de pasar.

El viejo sin embargo escuchaba. El redoble venía de alguna parte, de muy lejos, de lo profundo y misterioso de la conciencia. El corazón era un puño cerrado. Golpe a golpe le batía los huesos y la sangre, los pulsos estremecidos. Aquel día era lo mismo. No podía escuchar los gritos y las voces que le perseguían calle abajo.

Únicamente los pasos en la calle, largos y lejanos. La calle estaba llena de pasos. Los daban unas botas forradas, con grandes tachuelas, un bastón que daba golpes en las puertas, herméticamente cerradas. La voz entrecortada ordenaba:

—Alto, alto, alto. Salga inmediatamente.

Escuchaba su propia voz cuando decía a alguien, una mujer, un viejo, no sabía precisamente a quién, sus cosas explicadas:

—Yo trabajaba en la Babcock Wilcox. Era un tipo repugnante y asqueroso aquel Martínez, medio capataz, medio listero, medio chivato y chulo sin gracia. Tenía la misma cama para dormir que cualquiera de nosotros, y sin embargo renegaba de su padre y de su madre que se morían en un asilo. Escupía por entre los dientes al hablar.

La mujer tenía muchos anillos en los dedos, y pulseras alrededor del brazo. Cuando movía las manos o los brazos arrastraba mil ruidos diferentes, imprecisos, de herrajes, de charnelas, de llaveros, que le llenaban el cuerpo de miedos. La mujer había encendido el cigarro y entonces le vio el rostro deformado en el resplandor. Los ojos grandes, con su cerco morado.

—No vendrán a esta casa. Sigue.

No había luz y de todo el cuerpo aquel le venía un desagradable olor. Era imposible saber qué producía el olor. Si las manos blandas y redondas, el cabello peinado en dos bandas o sencillamente los anillos y pulseras alrededor del brazo, oxidados y puercos.

—La taberna era el sitio de Martínez. A la mujer y a los hijos los veía cuando volvía borracho los sábados por la noche a su casa de Luchana. Vivía cerca de los astilleros del Cadagua y por debajo pasaba el tren muchas veces por la noche.

La mujer le preguntaba:

—¿Por qué sacaste la navaja? Los cortes no tienen ojos.

—Todas las tardes me buscaba. Eran tan sólo para decirme: «Amigo portugués, te han cagado. Tienes cara de vomitado, portugués». Todas las tardes lo mismo. Todas.

Y yo no podía soportarlo. Esta tarde se acabó. Está bien muerto y ahora quiero lavarme las manos.

Habían pasado horas quizá antes de que la mujer encendiera la luz. Se habían ido los pasos, paf, paf, paf, y las voces: «Tienen que estar aquí...», «Imposible de haber escapado...». La mujer estaba como dentro de una vitrina de sombras y de luces oscilantes. Las luces le caían por los ojos absurdos en el ancho rostro con brillos y reflejos. Las ropas era lo mismo. Desteñidas y sucias, sin dibujos ya porque los habían perdido las telas.

—Yo también he nacido en Portugal.

—Por eso he venido.

Sencillamente llevaba un camisón con sus lazos en las muñecas, el ceñidor desflecado, los botones enormes.

—Es triste salir de Portugal, yo lo sé.

La mujer tenía el cuerpo frío y al viejo le daba miedo tocarlo. Entonces la mujer supo que realmente era viejo y tenía las manos también frías, sin entusiasmo.

—Estás bien aquí, yo te lo digo.

Con la luz del día cada cosa vino a su sitio. Al viejo se le dieron instrucciones: barrería la casa, la ventilación de las habitaciones, hacer las camas de las otras mujeres, limpiar los espejos ciegos de los armarios de luna, donde las mujeres tenían los sostenes remendados, las combinaciones con grandes manchas, los zapatos de puntera. Y luego venían ellos, los viciosos y tullidos, los que no tenían dinero y se limitaban a mirar a las mujeres, muertos de miedo. Era un teniente de infantería, chusquero del año mil novecientos, silencioso y apolillado. No sabía dónde poner las manos secas, como reliquias de santo. Ni sus ojos miraban a ninguna parte. Parecía decir:

—Pude haber sido general. No me han degradado, no. Pero lo poco que hice lo gané a pulso, señor. A pulso y con estas manos. Con estas mismas manos. Soy teniente de la escala administrativa por mis propios méritos.

El viajante de comercio traía sus maletones de cuero donde los hoteleros pegaban con engrudo los tejuelos de colores. Venían con prisa:

—Mis negocios son de pisarle los talones al tiempo. El reloj es el único señor a quien yo sirvo. Cuento las horas y los minutos. Y si no fuera por lo que yo me sé, ni pisaría esta casa.

A días se encontraba en la puerta con el teniente de infantería; se saludaban ceremoniosamente, como viejos amigos. En realidad lo eran. Luego venían un empleado de banca con su paso medido, la huella del manguito, profunda arruga en la tela de la bocamanga, y los ojos tristes. Las manos cargadas de un extraño peso. Venían humildes y vencidos, fracasados.

El viejo los veía. Venían todas las tardes y a las mismas horas. Decían:

—Es un vicio venir aquí. Estoy en cualquier sitio con los amigos en el café, en mis asuntos, y la campanilla me avisa. «Son ya las cinco y media», hale, hale. Yo no quiero venir, no quiero, pero me levanto y vengo. Es un vicio.

Todos allí reunidos con su soledad cargada de amargura. Las manos vacías no esperaban nada. Nadie esperaba nada en aquella casa. Absolutamente nada. Anita la andorrana decía:

—Con el capitalito que vaya amasando montaré un negocio de contrabando allá en mi tierra.

Mentira. El teniente de infantería con su paga de retirado tendría una vejez tranquila. Mentira. La Petri era más soñadora:

—Me casaré. Alguien me querrá. Unos años más y mi dinero en la hucha traerá los hombres como moscas. Porque a ciertos años los hombres se van detrás del dinero. Los dineros son muy lamineros.

Mentira. El viajante de comercio no se hacía ilusiones:

—Mi destino sé que es amargo y procuro engañar al que se me pone a tiro. Me veo viejo y hay que guardar los cuartos robados. Sí, he dicho robados y no me equivoco, robados. Ésa es la palabra exacta. No como otros dicen réditos, frutos del capital, riesgos, etc. No; a cada cosa su nombre.

La portuguesa se había portado bien con él. Debajo de las escaleras le hizo un aposento. Se portó bien a pesar de haber averiguado aquella noche que ya no era un muchacho y que tenía fríos en el cuerpo y en las manos. Cuando llegó la policía dando portazos, con sus porras contundentes y flexibles, al viejo le volvían los miedos, y los pasos galopantes en la noche, las mismas voces siempre.

—¿Qué hay aquí?

La portuguesa respondía:

—El carbón. Si quieren pueden abrir.

No la abrían. El viejo les oía marchar golpeando con sus porras todas las puertas que se abrían. Dentro estaban las mujeres llenas de sueño, y los hombres que no querían mirar, y se tapaban el rostro con las manos. Los pasos por la casa, y los golpes que daban en las puertas.

Los caballos estarían ya lejos. El tambor también. Pero aún se oía. Los caballos eran una pesadilla obsesionante. Pasaban y pasaban y no terminaban nunca de pasar. El golpeteo de los cascos se hacía eterno, y el tambor cada vez más lejano e inquietante. También vieron a los guardias que caminaban cansados mucho después de haber pasado el último caballo.

Joshe Andrés enfocó los anteojos. Le gustaba darle a las ruedecitas, al chismecito dorado. Entonces se quedaban los árboles limpios y las lejanías con su raya precisa, el dentado de los montes, la nube quieta en lo más azul de los cielos.

—María Joshepa, van diez caballos menos. Los llevo contados dos veces y faltan diez.

Puso la mano sobre la balaustrada. Era un general en campaña. El polaco de las «Internacionales» llevaba las correas sobre los hombros. Joshe Andrés, también. El polaco iba vestido de un modo estrafalario. Era un ser remoto, inolvidable. Echado de espaldas, como si esperase caer algo de los cielos, una estrella, un pájaro, quién sabe. No se le habían cerrado los ojos antes de morir, y miraba hacia arriba con insistencia, siempre hacia arriba. El polaco agarraba con sus dedos secos los anteojos. No quería cederlos a nadie. Alguien dijo: «Saca el machete y córtale esa garra». Joshe Andrés creía en los muertos y no lo hizo.

En los cristales del aumento estaban las grupas húmedas, sudorosas. También los tricornos charolados, las manos de los guardias sobre los fusiles, las culatas jabonadas.

—Éste es el día más feliz de mi vida desde que volví de la guerra.

María Joshepa cosía con la aguja salmera los cueros del yugo. Ya cosidos, los trezaba.

—El día más feliz de mi vida, María. El más feliz.

María Joshepa dejó el yugo sobre las grandes tablas negras del suelo. No decía nada.

—Los guardias han caído, María Joshepa. Los veo subir detrás de los caballos. Pero no los alcanzarán nunca. Han caído, vaya que sí.

Cuando volvieron a salir de la nube, Joshe Andrés contó otra vez los caballos. Dejó los anteojos sobre la mesilla de noche y sonrió.

Do Pereiro estaba completamente seguro. Miraba y miraba sin comprender. Y sin embargo sabía que eran los mismos caballos, aunque aparecían por otro sitio. Los hombres llevaban las mismas boinas negrísimas, los paraguas atados con cuerdas a la espalda, los zacutos, y los bastones. También era el mismo tambor, el mismo repique y los pájaros solitarios que salían del ancho verde del bosque, alborotados y locos. Los pájaros tampoco podían soportar aquel ritmo oscuro, precipitado y obsesionante. Ni él tampoco. Aquello era peor que el ruido que hacía el perro sobre las tarimas de la casa. El perro traía la cabeza colgada del collar. Al menos lo parecía. La agarraba con los dientes y la cabeza traía los ojos abiertos, inmensos, desconsolados. Era una mirada difícil la del tío Matías. No la tenía así antes de morir, cuando decía: «Yo no quiero que entre ningún cura en esta casa. No lo quiero. Es mi voluntad». Traía las

orejas rojas, cubiertas de tierra. Ocho días antes al tío Matías, hermano de la madre, lo llevaron a enterrar en un ataúd negro, con dos cerrajas y un gozne de hierro plateado. El perro rompió los goznes y las dos cerrajas, y se trajo la cabeza a casa. Nadie se atrevía a quitársela. Nadie. Era coger al tío Matías, mutilado, con los ojos desorbitados, inmensos y rotos. El perro golpeaba la cabeza sobre las tarimas, lleno de desesperación y de furia. Los golpes hacían un ruido profundo, atroz.

Los hombres llevaban también dos perros grandes y hermosos, con los collares puados. Saltaban alrededor de los viejos caballos.

El tío Matías era viudo y herraba los caballos y los bueyes. Hacía también los clavos y las herraduras. Con el tiempo el tío Matías se volvió loco y quería casarse con todas las mujeres que pasaban por su herrería. Pero eso no era posible, y él no lo sabía. No era posible. Por eso estaba loco.

Definitivamente se fueron los perros y los guardias.

La última vez que Joshe Andrés enfocó los catalejos, únicamente pasaron cinco caballos.

—Hoy es el día más feliz de mi vida. El más feliz.

Usubelz hacía el balance del día. En su reloj de bolsillo eran tan sólo las diez de la mañana. El reloj tenía cantoneras de plata, con dibujos de paciente platero. Trajo el quinqué de petróleo. Lo encendió. La llama azul, triste mariposa, apenas se veía en el resplandor ciego del sol que estaba dentro de la cocina. Bajó a la bodega abovedada en los cimientos de la casa. Volvió con la botella mojada de humedades. Lentamente escribía en sus libros.

«Cuarenta y cinco caballos comprados en las cuadras del Ejército en San Sebastián. Fueron pagados a peso. Los caballos son viejos». Descorchó la botella de vino oloroso «palo cortado», con un color de ámbar, casi opaco.

—Esto hay que celebrarlo. Los cuarenta y cinco caballos han sido recuperados. Los encontraron en el mismo sitio que los habían dejado. Zósimo es un hombre que llegará lejos. Sabe dónde tiene su mano derecha.

Los hombres permanecían en la sombra de los rincones. Escuchaban.

—Éste es un día grande.

No se recuperaron todos los caballos. Los guardias vieron al animal atado al árbol. Se había roto la mano. Era muy extraño. El caballo llevaba en el corvejón un singular vendaje hebillado. Tenía las crines muy largas, y los ojos inmensamente dulces. El guardia le miró.

—Este caballo es de carrera. Está educado para el picadero. Mírale. Es un caballo señorito.

—Está flaco. ¿Lo llevamos al cuartel?

Las nueve y cuarto

Do Pereiro se detuvo. Levantó la cabeza a los cielos y parecía olfatear.

—Lo primero que un hombre perdido tiene que hacer es probar a orientarse.

Miró al cielo. No le decía nada la extensa mancha sin bordes, donde la uniformidad del color le hacía imposible conocer hacia dónde salía el sol o por dónde se ponía. Era un resplandor pálido agrietado en los ramajes. Los árboles se habían estampado en la placa metálica del cielo. Alzó las manos. Había que orientarse. Lo aprendió en la escuela.

El maestro desde el pupitre echaba su discurso todos los días.

—Al frente, por donde sale el sol, el Este. El sol es un animal gigante, pasa la noche fuera de casa, buscándose el pan. A la espalda, el Oeste, por allí se escapa cuando tiene sueño. Luego a la derecha, está la tierra donde los hombres viven una vida distinta de la nuestra. No es Portugal, su vida cambia como de la noche al día. Allá están los inventos, las fábricas, Brasil de los sueños. La gente vive como vive, y come caliente todos los días del año. El Norte, su nombre lo dice, es donde queremos ir todos. La brújula se orienta hacia él, y los hombres también. En el Norte está Francia, Inglaterra, Alemania, Cataluña y las Vascongadas. Abajo está el Sur, y nosotros en él, y los que no tienen fortuna, ni modo de hacerla, los maestros de escuela que no pueden alimentar a sus hijos porque les dan sueldos de hambre, y sufren humillación y desprecio. Todos los que no hemos podido ser nada en esta vida, con hambres y sed de justicia, de pan bien repartido, de manteles limpios, y un vaso de vino bien bebido. Por eso es muy importante, hijos míos, orientarse como Dios manda. Un portugués emigra siempre que puede, y vosotros haréis lo mismo.

El maestro de pie en el pupitre, con el rostro patético, azulado, como si los rostros de los fracasados, de los muertos de hambre, tuviesen ese color de cadáver o próximo a serlo. Les daba consejos útiles.

—Objetos que un hombre debe llevar siempre encima, a saber: una navaja para partir el pan, o defenderse y limpiar las uñas; una cuerda para atar un saco, los zapatos rotos y los bolsillos sin fondo. También puede servirle para colgarse de un árbol cuando todo lo tenga ya perdido.

El maestro —hombre frustrado, las manos de campesino, los ojos sumisos— veía las vidas que sus manos hacían. Sabía lo que aquellas vidas iban a dar, sus caminos, sus destinos. A cada niño podía pronosticarle su futuro. No necesitaba requerir a la saludadora ni al adivino. Los destinos de cada niño estaban escritos en el gran fichero universal de todos los destinos que tienen los hombres: «Tú llevarás el mismo camino

que el padre que te hizo. Morirás en la cárcel». «Tú serás carabinero. Yo te lo digo». El maestro conocía bien a los niños.

Se llenaba de lágrimas los ojos cuando les decía:

—Todo esto que aprendéis es muy posible que no os sirva para nada. Enseño gramática, geografía, historia universal, ¿y para qué? A vosotros lo que os debieran enseñar es a manejar una herramienta, y deciros dónde está la tierra para trabajarla. Que se os pague el trabajo para haceros la vida. Lo demás, músicas celestiales. Digo yo, ¿para qué sirve la aritmética pongo por caso? Ahí tenéis a Mustafá. Su aritmética son los dedos de la mano. Y Mustafá es el hombre más importante del pueblo.

Do Pereiro siempre tuvo aquel sueño metido entre hueso y hueso. Una tienda como la de Mustafá, un local con su ventanita enverjada, el escaparate de cristal transparente y las mil cosas allí expuestas. Mustafá era el hombre más importante de la localidad. Su tienda apestaba a los olores mezclados, jabón y bacalao, azúcar y canela, aguas de colonia y aromáticas plantas medicinales. Era un olor desagradable y penetrante. Mustafá, fuera de la tienda, en la mesa de la taberna, en la misa del domingo, llevaba aquel olor empapado en sus ropas, y hasta las manos y los ojos lo despedían.

—Soy Mustafá, y me río de todos.

Porque todos venían con la libreta y apuntaba la anotación del día. «Unas botas de cuero con sus hebillas de hierro», «Un cinturón de eslabones», «Una caña de pescar». Todo lo apuntaba con su letra minuciosa, llena de tachaduras y de manchas de aceite de soja. Los números no se conocían, y las letras tampoco. Era suficiente para que todos le debiesen algo y le quedaran eternamente agradecidos.

Do Pereiro volvería alguna vez al pueblo aquel y abriría una tienda. También se casaría. María de Sosa le había de ver y rabiaría. Su comercio tendría caja registradora, abalorios para las sayas de las mujeres, plomos para los volantes, peinetas y pelucas, cintas de seda, sostenes, puntillas, entredoses de seda para los muslos blancos de las novias. Hermoso sueño. Abría el cajón. Sacaba el billete de mil escudos, de diez mil escudos, cien mil, algo más, quién sabe. Los billetes pasaban por las manos, sedosos y limpios, completamente nuevos. Lo mismo que Mustafá cuando decía:

—Los he traído ahora mismo del banco. Bueno, de ese garito que dicen es un banco. Lo lleva el hijo del médico. Estudios ya tiene, pero no sabe ganarse la vida de otro modo. El dinero es algo sagrado que no debiera estar en las manos de cualquier mal estudiante.

La tienda tendría tres escaleras; tres tenía la tienda de Mustafá. Y en uno de los peldaños se sentaría él. La pipa encendida, la boca siempre llena de humo. Dejaría salir el humo en hilillos, por entre la canilla de la pipa. Lo mismo que Mustafá. Cerraría el ojo izquierdo porque también Mustafá lo hacía. En la puerta pondría una

cortina de canutos pintados, con el grabado de un búfalo en la pradera americana. Y las letras grandes pintadas alrededor del búfalo. «Comercio al por mayor y menor. Lencería fina. Objetos de escritorio, etcétera». Y el nombre en el tarjetón: «Do Pereiro», el principal propietario de la localidad.

El resplandor que hasta ahora vagaba indeciso y no se determinaba su color, se convirtió en un lago completamente azul con riberas movedizas, perfiladas o errantes, según los vientos. El cielo se había desgajado de la masa del bosque y tomaba forma. Dentro del círculo, el humo inmóvil de algún fuego, ramificado en el extremo como un pliegue del mismo cielo. Do Pereiro se estremeció. Tenía miedo de admitir que aquello era precisamente humo.

—Estoy cerca de donde hay hombres. El humo lo dice.

El humo le atraía vertiginosamente. No podía impedir caminar hacia él, y sin embargo sentía miedo. Sin quererlo hojeaba el libro de su vida, y en cada página un episodio, un escalofrío, una tristeza, largas horas solitarias que le volvían de golpe. El humo se había situado a su mano derecha y para llegar a él debía desandar el camino, cruzar un riachuelo con juncos y chopos, con hierbas larguísimas que no eran verdes.

—Cuando llegue me entregaré. Yo soy un portugués. Aquí estoy. No quiero ir a Francia. Los otros están en la casa. Vayan y los sacan de allí. Tampoco Juscelino y el viejo quieren ir a Francia.

No existía el tiempo. O el tiempo era la cadena que unía los recuerdos, o éstos se superponían sin orden cronológico, entrecruzados y dispersos. Luis Carvalho fumaba su puro, aspiraba ansiosamente el humo. Volvía a salir por los agujeros de la nariz en un chorro nervioso y rectilíneo. El viejo estaba allí también. No sabía cuando ni donde. El viejo completamente desnudo y las ropas vueltas del revés, donde el viejo buscaba pacientemente los piojos. Los cogía, los guardaba algún tiempo entre los dedos, los miraba golosamente antes de dejarlos sobre la piedra. Los piojos tenían muchas patas, y apenas se movían. Del mismo color que la piedra, era difícil encontrarlos. El viejo estaba completamente desnudo y horrible; sus carnes sucias, el ombligo negro, pegado al pellejo, como una piedrecita. El viejo decía:

—Carvalho nos echará a perder. Yo os lo digo.

Los piojos se arracimaban en el hoyuelo que tenía la piedra. Apenas se movían.

También estaba el rostro blanquísimo de María de Sosa. La veía quieta, como en un gran cuadro vivo, sus ojos dulces, la boca extraña y roja, y las manos tan hermosas, tan suaves, como el nácar de los estuches. Do Pereiro siguió viendo rostros conocidos, botas de montar, espuelas y tirillas que sujetaban las espuelas de un color maravilloso. Eran los guardias espectrales y errantes de siempre. Los guardias

también llevaban un caballo viejo. No les seguía. El caballo se hundía en la niebla que parecía salir de la tierra. Realmente todo era espectral y misterioso. Hasta que oyó el relincho larguísimo y gemidor. A Do Pereiro le vino el sueño. Era siempre lo mismo. Inalterable y cruel.

Había dibujado la cabeza en la pantalla de la luz. Esbelto animal rojo. Las crines peinadas de seda sobre el cuello encorvado, los cascos brillantes, lavados todas las mañanas. Hacía corvetas y caracoles rizados en el aire.

—No importa que los peones pierdan una hora, o que ellos no se laven, allá ellos. Pero el caballo tiene que ser lavado y peinado todos los días como si fuese una dama. En realidad lo es. Yo lo quiero.

Los peones manchados de tierra, los mendigos lloriqueantes y rezadores, los gitanos con sus tijeras y los sacos, los zurroneos nauseabundos, las barbas sin color, cubiertos de roña y de sarna, llegaban a la casa marquesal. Extendían las manos y siempre pedían algo. Todos los hombres juntos en la puerta valían menos que el animal. El caballo, noble ser, inteligente y agradecido. Los hombres no lo eran para el marqués. Decía:

—Los hombres no saben perdonar, el caballo sí. Los hombres guardaban la semilla podrida de la humillación y del hambre; simiente desesperada del resentimiento, germina y cría monstruos, hijos deformes y lisiados, contrahechos. Los hombres que sentían envidias del caballo siempre envuelto en bragueros y sobrepelos de terciopelo con las cenefas bordadas en oro y la corona del marqués encima de las dos letras hermanadas.

—Para mí y mis hijos quiero yo lo que gasta ese caballo.

No sabían perdonar. Tampoco olvidaban. El marqués, con el pantalón ajustado de brillante pana, los seguía y, el chaleco rojo con botonadura de plata, les ordenaba:

—Quiero los cascos enjabonados. Y que las herraduras brillen.

A los dos lados de la calle los hombres y las mujeres, y también los niños que llevaban las mujeres en sus brazos, guardaban silencio y le veían pasar. «Él lo quiere y así lo tiene dispuesto. No hay sitio en esta tierra para el que no lo hace». Alzaban la cabeza y no para mirarle, veían el caballo a la misma hora de siempre. A esa hora tenían que estar en la calle y verle pasar, en silencio. La silla de cuero, las bolsas debajo de los faldones, los estribos de metal niquelado, la cincha, cicatriz más roja que el vientre, las cuerdas gordas de las venas, palpitantes, ensombrecidas. Los ojos buscaban al jinete para odiarle. Primero veían los pies alargados hacia arriba, las botas charoladas dentro del estribo. Aparecían las polainas de cuero negro, las hebillas fulgurantes, de plata vieja, y a la terminación el reborde del leguis y la figura

garbosa del marqués. El chaleco rojo, los botones sin brillo. Sobre la grupa, las manos; en las manos el capricho de la sortija. El marqués regresaba de la dehesa por el camino de todos los días. Los viejos se descubrían las cabezas rapadas con el cabello lacio, despeinado.

—Es el amo, y hay que besar donde él pisa.

Pero aquel día el caballo se detuvo. No debiera haberlo hecho donde lo hizo. La encina le daba la sombra y en ella se refugió. Olía el agua en la tierra sembrada de trigo. El caballo relinchó. El hombre Domiciano Do Pereiro, años y años allí: «Desde mi nacimiento estoy donde estoy y pertenezco al marqués. No sé si soy su hijo, tampoco me importa saberlo. Tengo mi libertad para quejarme. Pero yo renuncio a esa libertad. No me sirve para nada. Yo renuncio». Do Pereiro caminaba con los pies dentro del agua. Se quitó la gorra. El jinete le observaba.

—Hola viejito, tienes cara de pocos amigos.

El viejo sabía su oficio. Oír, ver y callar.

—¿La parienta te ha dicho que no? Hay que hacer algún sacrificio por la salvación del alma.

El viejo sabía que toda la tierra pertenecía al jinete, y lo que la tierra tenía. Los hombres que la pisaban, las liebres y las plantas de orégano para hacer té medicinal. También lo eran los tribunales de justicia, y los abogados, los procuradores, los alguaciles y los recaudadores de contribuciones. Su mano escribió las cartas que recomendaban a los jueces nombrados según ordena la ley vigente. Los notarios antes de firmar el inventario de los protocolos y ver la notaría, le visitaban. Por eso el viejo escuchaba en silencio.

—Pareces estúpido, viejito. ¿Qué puedes hacer tú con esa criaturita delicada? Yo te dije que no te debías casar con una mujer tan joven. No le das lo que pide. Llámame y te daré lecciones. Completamente gratis, viejito, yo no cobro por los favores que hago.

El destino ya marcado y la voluntad sometida desde el día que le escribieron con su nombre y apellidos en el registro de la parroquia y en el del juzgado. Aún quizá antes, cuando fue engrendrado, y sus pulmones comenzaron a respirar, resignada la madre, resignados los demás. Debía someterse y callar. El día de las elecciones libres recibía el papel impreso y la recomendación: «Hay que votar a Manoel Reboiro», le daban un kilo de pan y dos litros de vino. Luego votaba.

—No mires así, viejito. Tú tienes que decirme algo, dímelo, pero no te quiero ver esos ojos negros; no me gustan.

Tenía que decirle muchas cosas: «Yo le mataré a usted, le mataré algún día. Y será contra mi voluntad. Estas manos no podrán contenerse. Yo le mataré». Sin embargo callaba.

—No me mires con esos ojos.

El marqués se acercó. El viejo vio el sombrero con las alas de fieltro caídas sobre los ojos. Se diría que los ojos estaban pegados al fieltro.

—Soy el amo.

Sintió el fustazo y la cabeza se irguió. El marqués rodeado de luz, como los santos antiguos, nimbados y puros. Vio la chaqueta de pana ceñida al cuerpo, las polainas, los estribos, el caballo, piedra preciosa, brillando. En la mano, la fusta de cuero viejo.

—Díme que me odias, viejo. Dilas, repite. Di que tienes derechos y que ya no es como antes que todo está cambiando a pasos de gigante. Anda, dímelo, dímelo. Quiero ver cómo se subleva un siervo, oír esas palabras rebeldes; he leído muchos libros y me gustaría saber si dicen la verdad.

El viejo todavía callaba. Pero un hervor de sangre caliente le subía con lentitud, sin detenerse, progresivo, amenazador. Las venas se hinchaban en los brazos, y convertían la carne blanca en una masa azulada. Vio el campo, el cielo absorto, de un azul extraño, casi negro. El sol se había detenido, clavado en la masa oscura y muerta. El marqués se alejaba sumergido en un halo de polvo.

—Señor marqués, señor marqués.

El jinete se había echado el sombrero a la espalda, y así pudo verle el rostro de camafeo iluminado por una luz roja. La piel oscura, el barbuquejo le partía la barba en dos, el cuello almidonado relucía su argolla de plata.

—Señor marqués, quiero hablarle.

El caballo clavó sus manos en la tierra. Levantaba al aire su cuello rojo. Detrás de él, la mancha plana del campo parecía moverse. La tierra hacía de fondo, y allí se estampaban los cascos brillantes, las crines mecidas por un viento silencioso, los estribos penduleaban. Se sostenía el jinete únicamente con la tenaza de las piernas. El marqués no hizo mención de desmontar; le esperaba en su trono de luz, las manos enguantadas sobre la cruz de la silla, y al lanzar la mirada sobre el viejo, no le vio. Algo vertiginoso lo hubo de impedir. Algo que no supo qué era. No supo si le engañaban los sentidos o le cegaba el sol los ojos. Fue una piedra o el filo del azadón. Lentamente, o de súbito se borraron las cosas que tenía delante, el agua florecida y mohosa, las piernas del viejo dentro, la gorra, los arbustos a lo lejos. Se le cayó sin fuerza la cabeza sobre el cuello del caballo. Los brazos le abrazaron. Buscaban las crines, y las manos se convirtieron inmediatamente en garfios o garras. Las manos no encontraron las crines. Resbalaban por el cuello, nerviosas caricias. Era inútil. La tierra giraba a su alrededor. Se colocaba inexplicablemente a la altura de la cabeza, y al fin la tierra estaba donde antes se situaba el cielo. No vio más. Sus amigos, el juez de paz, el secretario del juzgado, el notario, le hallaron aplastado sobre la mancha negra, pegajosa, de su propia sangre.

El juez dijo:

—¿Estás vivo o muerto? ¿Quién te ha matado?

El marqués no dijo nada. La vara del juez dejó de tocar las manos del marqués.

—Cualquiera pudo haber sido. No se le quería. Únicamente el caballo podría decirnos ahora mismo su nombre.

En la espalda tenía metido el cuchillo. Se veía la empuñadura con sus cuatro remaches de color amarillo. Todo era un sueño profundo y remoto.

Todo estaba lejos, muy lejos, nadie sabía dónde. El relincho del caballo se había perdido. Do Pereiro se sentía sosegado, respiraba, no se le iban del todo aquellos rostros que parecían acompañarle cada vez con más insistencia, tercios, allí mismo, a diez metros de donde él estaba, a veinte metros, rostros huraños y atroces que él conocía. El enterrador decía:

—Yo tengo una calavera para beber vino en ella. Soy cristiano y me gusta pensar en la muerte a todas las horas del día. Principalmente cuando bebo vino. Se me sube pronto a la cabeza y quiero evitarlo.

Examinaba cuidadosamente las calaveras antes de arrojarlas a la fosa común. Les tentaba las encías, y si había dientes de oro sacaba los alicates y los arrancaba. Llevaba siempre una bolsa con muchos dientes y remaches que luego vendía en las platerías de la ciudad. El enterrador cobraba por hacer favores. Las gentes venían a decirle:

—A mí que me entierren con la cabeza hacia abajo. No quiero ver a los que me traigan flores. Yo no quiero a nadie.

Do Pereiro se restregó los ojos. Los abrió y efectivamente comprobó que no había muerto todavía. No. Los pasos, o lo que fuere, se acercaban lentamente, paf, paf, paf, cabalgando en una infinita marcha hacia la muerte. Eran pasos o golpes de agua expulsados por una bomba sobre la tierra. O era una noria chirriante, con el asno ciego, dando vueltas, giro implacable alrededor de la guía. Realmente no estaba seguro de nada. Absolutamente de nada. Los relinchos no se oían.

Las diez horas

Martín estaba de pie en la sacristía. Olor a ratón y a plantas marchitas, a libros viejos, desempolvados en un solo segundo y vueltos a dejar de donde se había cogido. Les volvía a caer polvo durante muchos años, quizá generaciones enteras de seminaristas que no habían nacido aún, curas de sotanas raídas que ya no creían en los hombres ni en las cosas. Martín, erguido, inverosímil, testificando, hacía sus exculpaciones:

—Yo vi la luz en el camino y era lo mismo que un candil de aceite pero no era un candil, sino un farol de carburo de luz vivísima. El farol estaba sobre la piedra. No había nadie allí. Sólo el farol y la luz cada vez más pequeña. Venían los pájaros engañados y se posaban en la piedra. Les he visto otras noches a los guardias ir hasta el farol y coger los pájaros con la mano, meterlos en las cartucheras donde los guardias llevan los libros y los papeles con las notas apuntadas. Hoy los pájaros también venían al farol y los mariposones de la noche, las polillas y los mosquitos. Los guardias, no. Sin embargo yo sabía que estaban allí. A dos pasos del farol, a cinco todo lo más. Les oía decir: «Déjalos, ellos vendrán. Y los cogeremos». Los guardias estaban echados o de pie, la noche los cubría, y los vientos venían de lejos como si fuesen gritos o gemidos. O lo eran porque no podía saberse qué era aquello, ni tan siquiera si lo producía un hombre o un perro salvaje de los que dejaron los alemanes. Ya no hay lobos en esta tierra, pero sí perros salvajes, con los ojos como las brasas, que alumbran los caminos por la noche y ven la tierra igual que los gatos. Los portugueses no eran porque cuando llegué a la casa estaba la noche en silencio y ellos dormían. Se habían metido dentro de la hierba, ocultos, igual que ratas o conejos en sus madrigueras. Los oía respirar. La sombra en la pared avanzaba. Corría despacio, muy despacio, y no hacía absolutamente ningún ruido. El hombre aquel, pues era un hombre, creía estar solo y encendió la linterna. Yo le vi las manos. Eran las de Zósimo. Tiene los dedos largos, con un anillo de piedras que le dio un judío también cuando los alemanes. Tiempos aquellos los que trajeron los alemanes. No volverán nunca más. También fueron buenos nada más terminar la guerra de España, todas las noches había trabajo y bien pagado. Nos decían cosas que parecían imposible: «Por este hombre cinco mil pesetas puesto en Francia». Los soldados estaban en los caminos, y sabían cuándo llegaba a casa un hombre o una mujer, o hasta siete hombre como tuvimos un día. Aquella tarde uno solo valía diez mil pesetas. Diez mil, Don Macario, diez mil he dicho, como entonces valía casi el ajuar de una novia rica y la dote incluida. El hombre aquel era cojo y no podía valerse. Los soldados nos vigilaban. Le dijimos al viejo: «Imposible darle un burro, señor, le verían en seguida. Imposible tampoco llevarle con nosotros, no nos seguiría». Le vestimos de mendigo. No tenía las manos de trabajar, eran blancas y suaves, y se las untamos con grasas y tierra, pero era inútil, las manos no estaban trabajadas. Lo

traieron de Madrid en un taxi. El hombre no sabía mentir ni engañar a nadie y temblaba como los niños. «Usted baje a la carretera y si los soldados le preguntan tiene que contestar: Voy pidiendo limosna y haré la noche en la chabola junto al puente». Los soldados le echaron el alto y el viejo comenzó a llorar. Era profesor de algo y no sabía mentir. Lo trajeron desde Madrid en un taxi, Don Macario. Nosotros lo vimos todo desde el monte. Los soldados estaban orgullosos de haberle cogido y se pasaron dos semanas diciendo que habían cogido a un profesor de no sé qué, y era socialista. El hombre era importante, sí señor, porque luego nos preguntaban: «¿Qué pasó aquella tarde?» No podíamos decir otra cosa: «Se lo llevaron los soldados de patrulla». «¿Y dónde fue a parar? Nosotros no lo sabíamos. El hombre era lisiado y le dimos instrucciones, le traicionó la educación. No estaba hecho para mentir. Zósimo entonces era un muchacho. Cuando los alemanes llegaron hasta Hendaya, Zósimo pasaba judíos. Un viejo que hablaba galimatías le dio la sortija. La llevó a un platero de San Sebastián. El platero le dijo que tenía un valor en su dedo y si lo fuese a vender le darían por él sus dineros. Había para comprar un carro con sus dos bueyes añales y aun le quedaría un buen pasar dos o tres años más. No se impacienta Don Macario, que si no traje a los portugueses no fue por no quererlo. La linterna dio su luz y las manos de Zósimo estaban en la ventana tocando las piedras. Algo buscaban las manos de Zósimo que yo no sé. Estoy seguro de que algo buscaban. Era lo mismo que cuando la vieja me dijo que tenía algo en el rincón con sólo mirarme a los ojos. Las manos se le iban tocando los huesos que tenemos en la cabeza. Los contaba: uno, dos, y así hasta treinta y tantos o cuarenta que dicen que tenemos. Y cada hueso tenía su nombre. Total para decirme que llevaba dos o tres piedras en el riñón y había que rezar dos credos con los ojos cerrados y dos credos sin respirar. La vieja no quería decir mi mal porque yo era el sacristán y usted le había dicho que si no pagaba todos los días una misa, se iría al Gobernador de Pamplona y le denunciaría. Ya hay curas que con un chismecito que parece un péndulo del reloj de la sacristía hacen lo mismo que la vieja. Ya los llamó el obispo de Pamplona, pero es lo mismo, porque ahora es el ama la que cura con ese péndulo y pasa la factura y apunta en los libros lo que se recoge por limosnas a los señorones que vienen con sus coches grandísimos desde Bilbao. No se ponga usted así, Don Macario, y déjeme hablar, yo sé lo que digo y por qué lo digo. La vieja, un día, dijo que los portugueses no tienen alma y no se explicaba cómo usted les ayudaba. La vieja decía que tampoco la tienen los negros o los gitanos, ni los estañadores, ni los paragueros, ni los que piden limosna por las casas y llevan sus sacos cargados de mazorcas de maíz, tocinos rancios y botellas de aceite. Tampoco la tienen los que no se quitan las barbas por desidia, ni los grandes pecadores que no se arrepienten porque esto es signo de que llevan el demonio dentro y no lo echan ni hay manera. Los portugueses, dice la vieja, no tienen alma, y sin embargo usted les ayuda. La vieja dice que lo hacen ustedes por dinero y nada más

que por dinero. Yo le digo que no, pero ella erre que erre que sí, que no es más que por dinero, porque ustedes los curas son unos mirados. Eso del alma y del purgatorio y de los infiernos es para que las gentes les den los dineros. Yo no digo si es cierto o no lo que dice la vieja, Don Macario, pero yo lo creo. Ya sé lo que me han enseñado en los años de convento. El padre superior que era de Cegama me pidió casi de rodillas que yo me quedase para cuidar la huerta y hacer las camas de los padres. Yo creo en la vieja porque me quitó las piedras del riñón y no quiso cobrarme las medicinas y los ungüentos. Por eso, nada más, Don Macario, me vinieron los miedos y yo dije que no era cosa de ponerme a mal con la vieja y con Usubelz, ni tampoco con Zósimo, que al fin y al cabo son mucho más que yo y conocen el negocio de la frontera desde siempre, y no como usted de cuatro días, desde que vienen portugueses por aquí. No me diga nada Don Macario. Yo me estoy confesando con usted, y le digo las cosas tal y como son.

Don Macario, ni viejo ni joven, imperturbable, no decía nada y daba suspiros muy largos. Como los sábados por la tarde cuando volvía del Bidasoa con la caña de pescar, la dejaba en su sitio y entraba pausado y ceremonioso en el confesionario: *Ego te absolvo....*

Do Pereiro se vio sorprendido por las sombras flotantes en la vaguedad de la mañana. Apenas si era barro que moldeaba un árbol o simplemente fango viscoso del color del yeso. El punteado del cielo, al mirarlo tanto, tenía una superficie ya uniforme.

Cuando volvió a desovillarse el madejón de la niebla caído en la vertiente aquella del monte —las otras estaban limpias, minuciosas—, apareció la superficie totalmente plana de la pared. Revoques de cal enjalbegados a brocha gorda cuando llegaba el verano y la cal al secarse daba reverberos rabiosos, como faros vistos desde muchos kilómetros, inmóviles. Un balcón y la balaustrada donde Joshe Andrés ponía las manos y miraba a lo lejos con los catalejos colgados del cuello como el polaco de las Brigadas Internacionales. El polaco murió boca arriba y no se dejaba quitar aquello que tanto debía querer y que Joshe Andrés había deseado desde toda su vida. Un tejeroz de anchas tablas negras, florecidas de humedades y cardenillos y musgos que no eran amarillos ni verdes, sino muy negros y oscuros.

Lo único vivo de la casa eran los ladridos desesperados de los perros encadenados a las argollas, cuando arrancaban la tierra con las pezuñas y mordían los eslabones brillantes, plateados. En las dos filas de sus dientes se enredaba la cuerda de la saliva.

La mujer, María Joshepa, dio un grito explosivo.

—*Txakurra kanpora! (¡fuera, perro!)*

Joshe Andrés todavía estaba borracho. Pantchiko le dio un vaso de anís a las cinco de la madrugada y otro a las cinco y media. Luego subió a tentón por los caminos que van al caserío. Allá en lo alto los balcones de madera y los tejados rojos

con los surcos iguales y las luces encendidas en las cinco ventanas que tiene la casa, porque la abuela tiene miedo a las brujas y a las ánimas del purgatorio. Los lunes por la mañana el caserío estaba más lejos que nunca. Tardaba horas en llegar. Sin embargo llegaba y el hacerlo significaba un triunfo que Joshe Andrés celebraba con la botella sacada de la alacena, casi a tentón, y la acariciaba con una incansable caricia. Lentamente el líquido bajaba hasta los fondos. Luego gritaba:

—¿Cómo va eso? ¿Aún en la casa?

Contestaba la abuela desde la cama, muerta de miedo. Todavía no habían llegado las luces del día a los espejos y sí las de la noche: candiles de aceite, capuchinas como ánforas, mecheros inverosímiles. El sol despuntaba por su sitio de siempre, junto a los arbolitos, o dentro de ellos, según la estación y la fecha. Entonces la abuela perdía sus miedos y apagaba los candiles y los mecheros. Mientras tanto entre aquellas luces siniestras, bailoteantes, la abuela veía la danza espeluznante de las brujas.

—Esta casa tiene los demonios. Los trae el vino.

María Joshepa se hallaba todavía vestida sobre el escaño de roble viejo, con paneles y dibujos contorneados en las patas y los pasamanos. Estirada y como muerta. Los lunes también le costaba levantarse de allí donde le dejaba el vino. Al irse Joshe Andrés oyó pasar las trancas de la puerta y los cerrojos corredizos que tienen las ventanas y las maderas. Hacen ruidos como las ratas por los inviernos. Cuando vienen las nieves las ratas salen y marcan sus patitas como los pájaros y se comen los granos, las longanizas colgadas de sus cuerdas, y las gallinas cluecas. Sacó las dos botellas de donde estaban guardadas entre sostenes y enaguas que se deshacían con sólo tocarlas como las alas de las mariposas. En aquel escondrijo era imposible encontrarlas. Ni la abuela ni el muchacho que había sentado plaza y venía a casa de sábado a lunes, podían dar con ellas. Nada más llegar, el muchacho chupaba el gollete como la ubre de la vaca cuando era niño. Así se había criado levantisco y salvaje en los silencios del monte, que eran ecos profundos, sonoridades inmensas de los ríos, de hojarasca pisadas a kilómetros de distancia y repetidas allí en los muros de la casa.

—Venga, venga, yo no he pegado ojo y estoy tan fresco.

María Joshepa recobraba los movimientos por partes, porque parcialmente se movía, siempre estirada y cadavérica. Primero las manos y los pies, luego las telas plegadas de colores azules y morados de las faldas y la toca que cubría totalmente la cabeza. Lo último que despertaba eran los ojos estragados y estúpidos.

Luego vinieron los caballos y Joshe Andrés los vio y contó con los dedos de su mano y la mano de María Joshepa. Hizo falta la mano de la abuela, y como todavía pasaban más caballos llamaron al hijo que estaba en filas. Vino ya vestido de soldado con los emblemas de infantería, la guerrera llena de arrugas como si en ella se

hubiera escrito algo. Puso las manos sobre la mesa. Era estúpido aquello. Completamente estúpido. Vaya contabilidad. «Lo mejor —decía el hijo soldado— es echar cosas a un montón, granos de maíz o cucharas y tenedores de los que hay en la alacena. Luego contaríamos». Pero el padre todavía estaba borracho y lo estaría durante todo el lunes hasta que llegase su noche y se quedara profundamente dormido veinticuatro horas seguidas. Mientras tanto sería la abuela o la misma María Joshepa quien iba a sentarse en el balcón de maderas aqueradas, entre las mazorcas y las hierbas medicinales. Así haría dos cosas: una ahuyentar las picazas y los pájaros comedores de grano; otra vigilar los caminos con los anteojos. La abuela sólo hacía una, mirar y mirar los cristales aquellos que hacía las cosas más grandes y aumentadas, sacar caramelos de entre los pliegues recosidos de sus sayas que traía el nieto los sábados por la tarde desde el cuartel de Loyola de San Sebastián. El nieto tenía una muchacha querenciosa y fiel que fregaba los cristales de una confitería en la calle de Garibay y se las daba completamente gratis a cambio de sus caricias.

Cuando la abuela dejaba los anteojos los cogía María Joshepa y los enfocaba hacia los cielos. María Joshepa —ella lo afirmaba— contaba los granitos de plata que eran las estrellas y le salía mal la cuenta porque tenía entre sus piernas, totalmente oculta bajo las sayas, la botella de anís, tan grata y querida.

A pesar de estar todavía borracho Joshe Andrés y sin dormir lo suficiente María Joshepa, vieron pasar los caballos y los guardias y los perros siempre detrás, entre los caballos y los guardias, husmeadores de algo, incoloros de cien procedencias y razas diferentes. Era escalofriante aquel entrar y salir en la nube que se había pegado al monte, y volver a salir, y volver a entrar por sitios distintos. Los guardias siempre detrás, a la misma distancia que los separaba y que no se acortaba nunca, ni se acortarían. Y él diciendo: «Éste es el día más feliz de mi vida. El más feliz. Han caído». No se encontrarían nunca.

No se había vestido del todo el hijo que había firmado compromiso en el Ejército por dos años. Entonces vino aquel hombre exasperante y sucio de largas barbas como las llevan los peregrinos o los mendigos llorosos o los que buscan trabajo o han estado en la cárcel. Traen unos ojos muy amargos, indefinidos, que no pueden mirarse, dan repugnancia y miedo.

María Joshepa preguntó:

—¿Quién es usted?

El hombre no la comprendía. Debía ser así, y por entre las barbas salía la boca roja, entreabierta, los dientes completamente negros y perfilados.

—¿Está memo el hombre? Si quiere limosna le saco borona y un vaso de leche ahora ordeñada. Si no lo es diga lo que quiere. Yo le escucho.

Como lo decía en su lengua, Do Pereiro únicamente hacía reír, incomprensible, estúpido. Y mirar solamente a la mujer, mirar y mirar estupefacto. El rostro de María

Joshepa, estampa con dos colores tan sólo, el rojo en los labios y el violáceo desparramado por toda la piel, como unguento o tintura.

—No entiendo, buen hombre.

Rostro de cera vieja, de los cabos de los hachones de difuntos que son morados o azules y también verdes. Hay que tirarlos, pero en las cererías los compran a peso. Los hachones viejos se sustituyen por otros y de tanto traer y llevar cera para los muertos a las mujeres se les queda en las manos y en el rostro.

Do Pereiro dijo:

—Francia.

Palabra mágica. Francia a lo ancho de la imaginación y el deseo, los sueños que se tienen a los quince años, mujeres desnudas de los calendarios, de las revistas ilustradas, de las fotos en blanco y negro. Los tejados, las escaleras con barandales de hierro oxidado, los aleros de hojalatas polvorientas, las persianas y las fachadas ocre y azules de ese Monmartre que repitió cientos de veces Utrillo y que es igual, exactamente igual en la realidad.

María Joshepa desapareció un segundo y volvió con el mismo color violáceo y triste, los ojos muy pequeños, como licuados, gotas de agua depositadas allí por un raro capricho.

—Francia no.

La mano indicaba algo. Y la mano, como el rostro, estaban desconectados del cuerpo, articuladas únicamente a la sombra. Trazó un círculo interrumpido, del todo incompleto, y la otra mano apareció, se juntó con la que estaba suspendida para, entre las dos, completar un dibujo imaginario.

—¿Francia? Lejos...

Las dos manos corrieron los cerrojos y se oyó un ruido de tripas y de aires expulsados de súbito, violentamente.

—Pasa, *gizona*.

En la cocina Joshe Andrés imperturbable, igual que dormido o muerto, o simplemente aletargado en un sopor del que le era imposible salir. Las manos sobre la mesa estaban clavadas, incompletas, porque le faltaban dos dedos. «Fue en la guerra. Una bala perforadora». Levantó el rostro.

—Eh chico. En casa de Usabelz sabrán qué pulga le ha picado a este bicho. Vete y dígale que habla galimatías. Él sabrá si es portugués o alemán. De la Francia ya sé que no.

Do Pereiro tenía delante los ojos azulosos, casi sórdidos, y le hacían un estudio completo. Las arrugas del rostro hilaban un tejido prolijo, y el tejido se cerraba alrededor de la boca.

—Todos quieren ir a Francia. Bah. En Francia, nada.

La mesa de maderas veteadas como la misma tierra tiene hilos de azules arcillas,

hilos rojos o negros con su dibujo exacto, cada veta el suyo. A días nadie sabía qué hacer; no había vino en los garrafones, y la última gota de las botellas había sido vertida a los vasos llenos de moscas y de huellas digitales, de cercos. Era ya inútil que la abuela, o María Joshepa y el hijo militar buscasen una botella con algún licor. Entonces, Joshe Andrés y el hijo clavaban el cuchillo o la navaja sobre las tablas de la mesa; le sacaban corazones y soles con cinco o seis rayos torcidos, como ganchos, y los nombres y las fechas. «Año de 1927», «3 de marzo de 1939», con significados que se olvidaban pronto. Aquel día alguien había muerto, alguien nació y se le echaron las bendiciones a la madre, o era un año a recordar por sus lluvias, por sus nieves, o porque guardaron en los establos nueve hombres que iban a pasar a Francia.

Do Pereiro decía algo.

—Busco a un hombre llamado Perkain.

El muchacho vestido de soldado, con prisa recitó las palabras mal aprendidas de memoria. Se comía las palabras porque tenía prisa.

—Usubelz dice que no. La guardia civil anda desde anoche por los campos.

Do Pereiro estaba de pie todavía, detrás de la llama roja de la chimenea, como detrás de un vidrio defectuoso que lo alargaba y encogía y le daba otras formas que no tenía.

—Es un hombre que nos lleva a Francia.

Joshe Andrés, en el rostro un gesto ambiguo, desvaído y lejano, expresaba nada, pasividad o abandono, absolutamente nada. Al levantarse, Do Pereiro le vio entero en aquel espejo con telarañas y sombras donde se reflejaba o era la vitrina en que el hombre estaba cerrado, con los cristales de humo, informes y dudosos. La cosa es que Joshe Andrés iba hacia él, iba muy lento, lentísimo, paso a paso, salido del espejo con telarañas, salido de la vitrina donde hasta entonces estuvo hermético y cerrado, completamente en silencio.

—Yo con esto no contaba, María Joshepa.

Rafael traía el caballo de la brida. El caballo le seguía oscilante y tembloroso, como los caballos pintados de los tio vivos, siempre el mismo ritmo en la cabeza, arriba y abajo, abajo y arriba, penduleante, sincronizado y automático. Le seguía obediente y resignado.

—A la orden cabo. Lo hemos encontrado y tiene la mano con esguince. Será de ellos.

—Si yo les cojo les meto el cargador por la tripa. Como hay Dios, Rafael. Esto no se le hace a un hombre.

Al cabo le brillaban los botones de metal dorado, las letras cruzadas, G.C. (Guardia Civil), habían perdido color. En el porche aún estaban los humos de las fogatas que encendían los mendigos, los caminantes de paso, los viajeros sin

documentación que perdieron el camino, los tratantes, los muleros con sus carteras hinchadas de billetes falsos y en la faltriquera la pistola. Paja quemada, papeles sucios a medio quemar, trapos con sangre y sin sangre, las paredes que tenían huellas de orines y excrementos secos. Piedras corroídas, huesos superpuestos sin raíces entre hueso y hueso, sin huellas en las manos que los pusieron cuando todavía estaban húmedos. El cabo daba órdenes como él sabía darlas, con su voz enmohecida y vieja.

—Eh Rafael, tú que eres el más educado, y lo digo sin cachondeo, llega hasta la tienda de Usubelz y cumple un servicio. Él tiene la clave de todo esto. Hay que descifrarla. Misión a cumplir: interpretar los gestos de su cara, bien sencillo. Escuchar y anotar en la memoria lo escuchado. Tú tienes memoria y eres largo. Pasos, ruidos, voces y palabras, todo es útil. Al saco con ello. Atención, mucha atención. Cualquier detalle tiene interés si se sabe aprovechar. No aceptes el vino. Te preguntarán, tú quieto. Y ojo con el vino, mucho ojo.

El cabo consultó el reloj que mentía siempre y había que llevarlo al oído antes de darle cuerda. En el esmalte los números negros eran como las antenas de un insecto.

En el extremo interminable de los montes se oía monótona y triste una esquila. O una campana solitaria en una torre negra o amarilla, que no se veía de ningún modo.

—Esto ¿qué es?

—Tocan a muerto.

Venía el cuerpo fabuloso de la niebla con sus vagas y huidizas formas, búfalos, trasgos, deletéreas oscuridades, hasta el mismo porche, y se iba otra vez. Las cuentas gordas de la campana se perdían en la niebla.

—Es un mensaje. Lo están escuchando en alguna parte. La clave sólo la tienen ellos, y cada día es distinta.

El tañido no tenía ritmo, o si lo tenía era una improvisación de jazz de un negro llamado Duke Ellington. Cuatro notas, cinco, enloquecidas, vibrantes, repetidas hasta el delirio. Una, dos, silencio, una, silencio.

—Emeterio y Domingo, quietos aquí. Esperad la orden que yo daré. Alto a todo el mundo, y si se tercia, disparos al aire. Evitar los líos es mi consigna. Éstos tienen agarraderas y por menos de un pelo nos quedamos en la calle. Los guardias somos las víctimas de las cosas mal hechas. Y hay muchas.

El cabo dio un grito gutural, un ridículo gorgorito.

—Vamos a taparle la boca a esa campana.

Los guardias se pusieron en camino, depositarios de la ley y los reglamentos forrados con papel de periódico. Usados sin prisa, las manos pasan las hojas, páginas con acotaciones de su puño y letra: «En caso de urgencia, una llamada telefónica a la comandancia». O simplemente: «La disciplina, la virtud más excelsa». El barbuquejo dividía en dos partes desiguales la barba cana.

—La mañana está de perros. Hay que registrar casa por casa, hasta que demos

con ellos. Esto va a ser sonado. Si cojo a uno, uno tan solo, lo llevo a Pamplona yo mismo. No espero la orden, ni dejo que nadie lo custodie. Yo mismo lo llevaré. Que no digan que soy un bruto, cuando a un hombre le pisan en el callo hace lo mismo que todos. Exactamente lo mismo. Y a nosotros nos han pisado el callo, con esos caballos.

Usubelz observaba las heces en los fondos del vaso.

—No comprendo esto. No lo comprendo. Yo querría saber quién ha traído a estos hombres aquí, y cuándo los van a sacar. Porque alguno los ha traído. Es la primera vez que me desafían en mi propia tierra. ¿Quién? Algún día lo sabremos.

Algún día: sus negocios, las cuentas de los libros secretos de la memoria y del recuerdo. No sufrían examen de inspectores con los dedos manchados de tinta, hambrientos de mil hambres, sobornados. «El tanto por ciento por cada acta levantada y las dietas, ése es el precio que ellos me pagan por delatarles». Usubelz, impenetrable, sabía que tenía que dar más y especulaba con hechos sin asentar en ningún libro. «Éste es un negocio que se aprende, no se hereda. No tiene números, no hay contabilidad, ni tampoco se necesita. Y si la hay, uno la fía a la memoria, el mejor de los archivos. Que vengan ellos a fisgonear en los libros. Que vengan. Mi negocio no da para minutas de notario, ni honorarios de abogados picapleitos. Tampoco puedo sobornar a escribientes mal pagados. Que les pague el Gobierno como se merecen». Usubelz se replegaba en la sombra. Las manos y las piernas, las distintas partes del cuerpo se reducían a manchas uniformes, desleídas.

El muchacho vestido de soldado, cazadores de montaña, tres cuartos, botas embetunadas, los emblemas en las solapas. Se quitaba las legañas con los dedos.

—Le he visto con estos ojos. Es un hombre alto, de crecidas barbas y un mirar de no fiarse. Tiene miedo o sueño. Está sentado en la mesa. No dice nada. Sólo mira a los techos, a mi padre y otra vez a los techos, mirar y mirar, eso hace, mirarlo todo. Algo dice pero no le entendemos. Tengo que volver al cuartel, hoy es lunes. El padre dijo que viniese a decirle, y he venido.

—Sólo siento que soy ya viejo.

Usubelz había perdido su majeza. Perdió los años sin quererlo, y con los años se le fueron los hombres aquellos que se preciaban de ser sus amigos. Eran duques y marqueses que en esos tiempos era mucho ser y mucho brillo. Los duques o los barones, los condes, eran ministros o directores generales, o quietos en casa más que si lo fuesen. Usubelz no sabía sus títulos ni sus cargos en los Ministerios de Gracia y

Justicia, de Fomento o de Bellas Artes. Hombres con bigotitos negros y engomados venían a buscarle desde sus magníficos palacios de Madrid. Salían de sus covachas para estrecharle las manos sudadas, con callosidades; y siempre, sin decirlo, le pedían algo: un caballito del color de la canela, un frasco de perfume que en ninguna tienda de la Corte había, un reloj, una antigüedad. Por eso mismo que venían hasta su casa, y sabiendo que era un duque o un marqués, o un director general de algo, hacía gala de lo que ningún otro contrabandista se atrevía a hacer.

—Yo paso al año más de doscientos caballos bretones y cien o ciento cincuenta de carreras, pura sangre. Nadie me pide un papel. Los tengo en las cuadras el tiempo que quiero y nadie me pide nada. Vienen los señorones que hacen las leyes contra el contrabando y se los llevan. A veces no pagan, yo se los regalo.

Movía su vara de avellano con empuñadura de cueros negros, repujados, y la hacía girar por los aires. A la blusa le salían bolsones. Con la vara los deshacía. Era un gesto chulesco y fanfarrón.

—Yo tengo quien me proteja.

El duque o el marqués, que entonces era decir algo, elegían los caballos para Su Majestad el Rey. Vestidos con pecherín de almidón, pajarita, y el fulgor de las manos de blanquísimos marfiles como los alfileteros de las princesas, o de los rubios arcángeles que hay en las catedrales suntuosas del Renacimiento. Usabelz les agradecía que hubieran llegado en su coche de caballos con las damas enlutadas de un color profundo y misterioso. Era un honor tenerlos a su mesa y oír a las mujeres con su dengue.

—Pintoresco; muy pintoresco.

Por eso Usabelz explicaba:

—Cuando yo regalo cinco caballitos de pura sangre, pago mis impuestos. Los duques lo saben. Yo no regalo, yo pago. Y ellos aceptan. No media palabra, pero es un trato.

Con los años habían muerto aquellos hombres, o se los había tragado el maquinismo y las fábricas de algo, las oficinas de Importación y Exportación. Ya no había carreras de caballos o si las había ellos no eran propietarios de nada sino de polvo y cuadros de pintores de antiguas famas que vendían en las subastas o eran pignorados en los Montes de Piedad y no se recuperaban jamás. Usabelz había cambiado con el signo de la época y ya no pasaba caballitos de Francia, o puntillas y rodamientos a bolas, que era más prosaico y vulgar, menos poético, pero igualmente productivo, que es lo importante.

Usabelz mostraba la placa cerrada del rostro, los golpes de martillo que le habían

forjado, la hendidura donde debían estar los ojos, cubierta de sombra, y en la raya roja de la boca un viso violáceo.

—Da miedo mirarle a ese hombre. Es por las barbas.

Usubelz no se movía, provisionalmente apoyado en la mesa cuya provisionalidad persistía haciéndose duradera, casi eterna.

—Cuando padre le dio el vaso de vino, el hombre comenzó a reír. Estaba tonto. Olió el vino, y sospechaba algo, lo volvió a oler pero podía más aquel olor que lo que él sospechaba porque lo bebió de un trago. El padre lo llenó otra vez. Al segundo vaso, sus ojos cambiaron. Eran otros, ya no daban tanto miedo. Miraban a los techos y al padre, pero con otra cosa, más confiados, de mejor mirar. Comenzó a hablar, pero nadie sabe qué dice. Pregunta por el camino de Francia, parece.

—Francia, país feliz, sin revoluciones ni pistoleros. Todos quieren ir a Francia, y yo no me lo explico. Aquí, se vive bien cuando se quiere trabajar, y a nadie le falta su puchero. Todos se quieren ir. Y si se van todos nos quedamos en cuadro. Pero en Francia también pasan cosas. Y odian a los españoles y a los portugueses y a los italianos. Eso lo sé yo.

Encendió el cigarro. Todavía con el fósforo en las manos, arrancaba de súbito la dureza abrupta del rostro. Le suavizaban las costras rojas, escamas de pez muerto; la nariz cicatrizada.

—Hoy no daré órdenes. Lo he pensado mejor. Dejaré que las cosas salgan como tienen que salir. No voy a luchar contra el destino. Le presentaré cara como nunca lo hice: quieto y esperando. Bonito juego. Las cosas ya están dispuestas. Es un juego lleno de enigmas y de peligros, yo lo sé.

El muchacho vestido de soldado preguntó por preguntar:

—¿Qué le digo al padre?

—Lo que has visto y oído.

La mano oprimió por un solo segundo, por dos, quizá por más tiempo, el gollete de la botella. La mano se adhería al vidrio, como un dibujo en relieve del mismo. No se despegaba. Parecía completamente imposible. Mano y botella caminaban de vaso en vaso hasta llenarlos. Alguien sacudió su voz, como se sacude una desgarrada seda.

—La guardia civil.

Usubelz no modificó la posición inalterable de la mano. La botella escurría sus gotas por el vientre, y llegaban hasta las tablas de roble con sus grandes clavos, sus grietas de sombra.

—Que entren. Son amigos.

Usubelz no modificó la posición inalterable de la mano. La botella escurría sus gotas por el vientre, y llegaban hasta las tablas de roble con sus grandes clavos, sus grietas de sombra.

—Que entren. Son amigos.

El ratón de los pensamientos merodeador de las oscuridades de la memoria, danzante y saltarín, pinturero, estrangulado, otra vez saltarín: «Hay cuatro hombres en la borda de Irubide». El ratoncillo daba saltitos y él lo tenía dentro del ponche, el ratón de hociquillo húmedo, ojos como los niños de los gitanos, y bigotes que no daban miedo. «La guardia civil tiene el rostro frío, pero a mí no me asustan». Ras-ras-ras, los diente-cillos roían el papel con letra impresa, los tocinos rancios, la cera de las velitas que la señora Marta colocaba en el altar de Santa Mónica, madre de nuestro padre San Agustín: «Y los cuatro hombres están sobre el heno seco, no son hombres ya, mueven las manos y los pies lentamente, pero sin fuerza, no son hombres. Sin esfuerzo podría enterrárseles, se dejarían meter en el ataúd, aun sabiendo que se les va a enterrar. Un niño lo haría con sus manos». Ya no era un solo ratoncillo gris o blanco si los había. Había muchos ratones allí reunidos en el mismo agujero y asomaban los hociquillos húmedos con sus gotitas de luz. «Veinticinco caballos bretones pasamos aquella noche. Llovía como nunca jamás he visto llover sobre mi cuerpo. Pasaron los veinticinco caballos delante del cuartel y los guardias sin oír. Estaban jugando a las cartas porque era el santo del cabo y nosotros lo sabíamos». Ras, ras, ras, madera carcomida y vieja, polillas, gusanos, hormigas. «Son los portugueses, sí, pero yo nada tengo que ver con ellos». Los ratoncillos huyeron despavoridos, pero volvían: «Los veinticinco caballos agrupados en un bloque oscuro, más todavía que la noche. No podía distinguirse un caballo de otro caballo. No querían caminar, obstinados, sólo golpeaban el barro con los cascos, las herraduras amasaban el fango casi líquido». Los recuerdos, las malas memorias, desaparecieron. Y fue todo aquello pensado y ocurrido en una fracción de segundo, porque la mano y la botella estaban inclinadas sobre el mismo vaso, a la vez que Usubelz miraba al guardia que entraba.

Rafael traía el fusil en las manos.

—Pase Rafael. Tanto tiempo.

—El servicio lo dispone. Hoy aquí, mañana en el otro lado. Ya se sabe.

El humo deslizante y turbio ocupaba totalmente la cocina. Y el olor hasta los huesos, este tabaco es lo mejor que hoy día se fuma en Francia. Se lo digo yo.

El humo alrededor del reloj en la pared, con los números romanos, su ruido, su esmalte blanco, como los dientes de los niños, como la médula de los huesos. El calendario también con su orla de humo, los números rojos de los domingos, las cuatro fases de la luna, cuatro rostros bobalicones, feuchos, estrafalarios. Otro sorbito. La vida se va a sorbitos. Veinte, treinta, cincuenta o sesenta y cinco sorbitos. Hay quien da ochenta. Ochenta, no más. Luego la misma fosa común, la tierra de todos, el entierro de tercera, los funerales sin órgano, cruz alzada o sin ella. El mismo ritual, qué más da. El mismo tiempo, la misma tarde en el cuartelillo. Tardes

aburridas y los fantasmas de la lluvia, vertiginosos, inaudibles, en los cristales de la ventana. Manos nerviosas, naipes nuevos. Otra partida, otra hora, otro día. El tiempo se coge en las manos, mariposa azul, o rosa, del color de los crepúsculos de otoño. Se le clava el alfiler, la mariposa muere, se le diseca. El tiempo, Rafael, el tricornio en la percha, el humo, ese traidor e implacable hilo que se mete entre los huesos y la sangre. Hermoso humo. Las voces también eran humo. Rafael no lo sabía.

Este ponche pega. Yo quiero saber cómo se hace.

Usubelz repetía socarrón:

—Es la mano, amigo guardia, la mano solamente.

El cabo, asomado a la puerta, vio el interior confuso y caótico de la cocina; el guardia Rafael con los ojos de sueño; Usubelz, imagen negra en su hornacina, espectral, hecho de sombra.

—Lo mismo que al guardia le digo, señor cabo, tanto tiempo. Pero ya echaré un ponchecito como los hacen en Argentina. El día nos ha salido frío y esto lo calienta.

El cabo cortó por lo sano.

—Le felicito señor Shanti. Estuvo muy bien eso de los caballos, pero no del todo perfecto. Yo hubiera seguido dando vueltas al monte hasta volver locos a los guardias. Un poco más y lo hubiera conseguido.

—Los caballos tienen su guía firmada por el Señor Coronel del cuerpo de Intendencia del Ejército que es donde los compré. Zósimo les sacó a dar una vuelta, porque en los cuarteles los sacan dos veces al día a pasear. Los caballos tienen sus costumbres y en la cuadra, mucho tiempo cerrados, se ponen nerviosos. Piden campo y aire.

—Al grano. Quiero saber quién coño tiene metidos a esos desgraciados portugueses. Se les habrán secado ya las tripas de no comer.

Usubelz tenía la contestación a punto.

—Me dedico al contrabando en pequeña escala. Puntillas, hilos de cobre, medicamentos sin licencia de importación, rodamientos a bolas. No sé lo niego porque usted lo sabe. Pero no comercio con sangre humana. Hasta caballos si se precisa. En mis cuadras hay cuarenta y cinco, ya le dije, pero todos con su guía.

—Los hombres esos están aquí. Yo lo sé. El cabo sacó el reloj de bolsillo. Lo llevó a la oreja antes de darle cuerda.

—Le doy exactamente quince minutos, ni uno más ni uno menos, señor Shanti, para que diga dónde están. Al minuto dieciséis, coja sus cosas y se viene conmigo a la comandancia de Pamplona. Para el viaje este pocas alforjas, con un peine y dos pañuelos le basta.

—Yo no sé; le he dicho.

El cabo:

—Le di quince improrrogables minutos. Ahora admito el vasito de ponche. Ya no tengo más que decir. Me dará tiempo, señor Shanti. Muchas gracias.

Usubelz sintió un extraño miedo. Eran los ojos alucinantes, sin semejanzas con nada, del cabo. Hubiera dicho rápidamente: «Están en la borda de Irubide. Suba con los caballos y los coja». El cabo con el vaso en la mano —lo acariciaba, lo tentaba— de pie, siempre de pie, errante y enigmático. Cada gesto un misterio. Aquellos gestos los traía Zósimo en sus partes de guerra: «El cabo está de viaje», o «El cabo tiene calenturas. Le vi entrar al doctor con el maletín de los instrumentos y las boticas»; también, «El cabo se ha dejado decir...». La fotografía más perfecta que se hizo del cabo estaba en su memoria. Y sin embargo ahora sentía miedo.

—¿Otro vasito, señor cabo?

—¿Soborno?

—Tómelo como quiera.

No eran los mismos tiempos. El teniente y el capitán y los mismos guardias habían cambiado de rostro, ya no llevaban bigotes ni capas negras, ni los leguis acordonados, ni los trajes eran de un azul casi morado o las tintas con que escribían en sus papeles no eran las mismas. Ni venían los senadores engomados y rígidos para decirle sus caprichos: «Usubelz, un caballito rojo. Es para el infante». O también: «Usubelz, mi niña va a casarse con el agregado cultural de nuestra embajada en Etiopía. Yo quiero una yegua enana; va a cruzarla». No venían los duques que eran hermanos carnales del ministro de Bellas Artes. Ni la marquesa con sus dos hijas entre velos y puntillas, y sedas y botines blancos con interminables ojaladuras, y mitones y pieles de zorro o de nutria. Venían tan sólo para ver a los porteadores impresionantes que traían y llevaban por las noches los alijos o pasaban los caballos que ellas admiraban aturdiditas, como locas.

—Este caballito parece un hombre. Tiene el mismo encanto.

Las niñas preguntaban invariablemente por los porteadores. Querían verlos. Hermosos ejemplares de raza humana. Desde San Sebastián hacían viaje con el coche de caballos para contemplarlos en silencio como se miran las reliquias, o los seres inexistentes en las ciudades, como joyas raras, o *specimens* de otra raza próxima a extinguirse. Eso era la raza vasca, aves de la isla de Martinica que ya, pasados unos pocos años, se vería sólo en fotografías o en los documentos del sabio Humboldt o del príncipe Bonaparte y de los estudiosos de la Universidad de Praga o de Berlín, o quizá también de Moscú. En ningún sitio más. Por esa clarividencia existente en ciertas mujeres, la marquesa y sus dos hijas venían a ver a los dos ejemplares únicos, no cruzados todavía con otros ejemplares de distinta raza. Ellas, no tenían inconveniente en dejar al cochero en el pescante horas y horas bajo la lluvia, enlutado y siniestro, bajo la capa pluvial o el chubasquero con esclavina y broche de plata. «Lo trajimos del campo y es fiel como un perro. Los hombres del campo saben servir.

Están hechos para eso». Todas las tardes lo mismo. Los porteadores silenciosos y tímidos, saludables, nunca habían estado enfermos —las niñas lo sabían— ni tampoco habían hecho aún el amor, aunque eran tan altos y fuertes —las niñas lo sabían—, y por verlos tan sólo ellas venían. Raros ejemplares de una raza a punto de extinguirse. Las niñas los hubieran comprado de estar en venta y metidos en su coche de caballos y llevados a sus camitas olorosas, puestos allí para sus caprichos y elucubraciones eróticas. Los hubieran tenido allí años y años, muy guardados en las habitaciones comunicables, llenas de sedas y alfombras rojas, de visillos y cortinajes que le daban a la luz un halo y producían una atmósfera luminosa, terriblemente aniquiladora. Tiempos aquellos, qué lejos, qué hermosos, principalmente para las princesitas y las infantas, y las hijas de las marquesas que siempre tenían hechizos y enamoramientos, y para los duques...

Usubelz se hallaba dentro de un sopor.

—Me gustaría saber qué entiende usted por soborno, señor cabo. Para mí, cualquier hombre es un amigo, y a un amigo...

Usubelz ya viejo, sin sangre humedecedora de los huesos, sin edad, porque su vida era un tejido de anécdotas imaginarias y supuestamente falsas. Había estado en muchos sitios distintos a la vez, en Uruguay y en el Perú, en la guerra europea y en el paso clandestino de caballos. Lo cierto es que ya Usubelz no tenía olfato para distinguir el olor de una mujer del de un caballo, ni ojos para coger el tacto de los brillos del terciopelo o los del cuero, o la sutil delicadeza de los cielos viejos en las tardes de invierno. «Hace diez años esto no hubiera ocurrido. Yo mismo subiría hasta Irubide; los habría cogido de las manos y los pies y bajado arrastrando, a los cuatro hasta las cuadras y puesto con los caballos». Ya viejo, ya sin sangre, lo deploraba.

El cabo paladeaba lentamente.

—Está bien ese ponche. ¿Cómo lo hace? Tenemos contabilizados ocho minutos largos. Nos quedan siete, para ser más exactos seis minutos y treinta y dos, treinta... segundos.

Siete minutos, y cada minuto sesenta segundos. Cada segundo es una pulsación. El día tiene pues muchos miles de pulsaciones y el cuerpo muchos miles de segundos dentro. El cuerpo es un reloj vivo que cuenta el tiempo a velocidad incomprensible, irreal y fantástica si es que el tiempo existe; sí existe, únicamente porque la memoria nos trae y devuelve como en un naufragio las cosas que ocurrieron, y los...

—Cinco minutos señor Shanti.

Ya no sé dónde iba. Sí, que la vida es como el agua que se derrama y fluye por los ríos, y el tiempo...

—Hale, pronto señor Shanti, hay muchas cosas por hacer.

El guardia Martínez, el guardia Rafael, también se están muriendo poco a poco. De un día para otro se les ve en sus cráneos la huella de los años y el guardia

Martínez tiene la cabeza igual que las momias incaicas que había en las casas ricas del Perú. Las cinco o seis casas que llevan el país. El Perú está dividido en cinco o seis partes desiguales, y éstas son de esas casas. También lo son las tumbas que buscan los huaqueros y las momias de oro y de plata que hay dentro. La momia del guardia Martínez no es de plata. Él había visto esas cosas cuando estuvo en América, allá por el año...

La voz implacable del cabo.

—Le queda un minuto.

Entonces había otro señorío. Como todavía lo hay en el Perú y en Colombia y en el Paraguay, y echándole mucho también en Chile. Los duques y marqueses allí se llaman cogotudos, y tienen los bancos y los ferrocarriles... Los duques venían a la casa y hoy ya no vienen. No hay duques. Han muerto todos tísicos o de indigestión, y no les sirve la penicilina, porque son casos desesperados o han bajado ya a la categoría extrañamente denominada de «pobres vergonzantes», y no más abajo, porque no hay otras categorías inferiores dentro de la especie del hombre.

—Medio minuto señor Shanti.

Usubelz dio un grito. Oía la voz golpeadora del cabo, fascinada, torturante. Un invisible berbiquí taladraba uno a uno los huesos de su cabeza. Dijo:

—Vaya usted, señor cabo y cójalos. No son míos, se lo digo, pero cójalos. Me han echado la trampa porque soy viejo. Y los viejos no tenemos remedio. El trampero que la puso yo sabré su nombre. Que vaya Zósimo con usted. Yo no puedo hacer más, señor cabo. He luchado con todas mis fuerzas. Pero ahora tengo mucho sueño y quiero dormir.

—Yo sé que usted no los ha traído, señor Shanti. En el correo vino el informe de la comandancia y lo dice. Pero usted sacó los caballos y nos hizo perder estúpidamente el día. Eso es innegable como la luz que nos alumbra.

Carvalho estaba de pie y apenas se sostenía. Resultaba ridículo intentar caminar porque sus pasos eran los pasos de un baile inverosímil y fantástico. La casa daba vueltas, desequilibrada totalmente. Sin embargo, Carvalho sabía que era preciso salir hasta la puerta y ver de dónde venía el ruido y las voces y si eran seres humanos o los pájaros gigantescos que horas antes habían venido. Únicamente los pájaros les miraban, quietos, espeluznantes. Esperaban algo. Verlos totalmente exhaustos, imposible de alzar una mano y quitarse de encima las garras y los picos que se echarían voraces. Estaban clavados en el saledizo del balcón. Eran tres pájaros de cuellos desplumados, de color rosa, repugnantes. En las tiendas de artículos de caza había pájaros así, del mismo color, el mismo gancho en el pico. Un vendedor de canarios de La Alfama tenía un pájaro como ése. En la pared pintada de azul de una «adega», había visto Carvalho otro pájaro igual. Después en Bilbao. La vida suya

estaba poblada de pájaros como los tres o los cuatro que se habían quedado eternos allí, lo mismo que en las gárgolas y los canecillos de las iglesias, o en las empuñaduras de los bastones, en las tallas de las arcas y en las culatas de las armas de fuego.

También Juscelino dijo haber visto los pájaros en el entierro de su madre, más negros que los cipreses, más azules que el mismo azul del Tajo, mucho más terribles que las ratas y las culebras. Porque los pájaros aquellos en las tapias, no se movían, y sin embargo estaban vivos, vigilantes. Buscaban el perezoso moverse del viejo que no podía levantarse aun cuando lo intentó dos y hasta tres veces. Le era imposible y el viejo cogiendo la tierra con las manos y los pies iba hacia el campo.

Carvalho ordenaba:

—Están aquí. Hay que salir ahora mismo.

Juscelino sí, se sostenía sobre sus dos pies. Parecía no afectarle nada las voces que todavía eran distantes y lejanas, como un eco huidizo, que sólo percibía la sensibilidad irritada de Carvalho, procedente del miedo, del hambre quizá. Había perdido totalmente la medida del tiempo y del espacio. Lo extraño y desconcertante era no saber con exactitud la hora ni el día, ni tan siquiera si era de día o de noche, si aquello era un sueño o si sus manos cogían una larga rama para sostenerse y caminar. Incomprensiblemente y lejano. El sol se desmesuraba concreto, rojo, amarillo, otra vez allí entre las ramas, prisionero, decorativo, nada más que un círculo perfecto que no podía mirarse. El viejo daba gritos.

—Yo no puedo seguir. Se va la tierra.

Siempre echado sobre el suelo el viejo sin embargo avanzaba. Lentamente la casa quedaba más a la espalda, ya casi invisible, con su desolado perfil, los tejados no eran tan rojos, ni los líquenes en la fachada verdes, sino negros, igual que costras.

Carvalho gritaba:

—Hale viejo. Unos metros más y estamos seguros.

—No puedo seguir. Dejarme.

Inútil caminar o pararse, dejarse atrapar. Inútil coger esa castaña, quitarle el erizo y llevarla a la boca. Inútil completamente porque todo tiene su fin: «Es un mal trance, yo he visto morir a mucha gente en la cama. Resulta desagradable verlos morir. Agarran las sábanas con las manos y quieren destrozarlas. La tela no se resiste, la habían lavado muchas veces con lejía de cenizas. Sin embargo se agarran a las sábanas como si fuesen sogas de cáñamo y realmente tuviese algún sentido agarrarse». Otro paso, otro, cinco veces arrastrándose por la tierra.

Juscelino volvió. Caminaba vacilante y extraño.

—Hale viejo, hale. Están los guardias en la casa. Hemos encontrado un sitio.

—No puedo levantarme. Se me doblan las piernas. Y además no quiero ir.

El viejo volvía a desandar la vida. La vida eran fragmentos de cosas que habían

ocurrido. No tenían otro refugio que esos trozos de vida, que volvían exactos y meticulosos, y él sentía consuelo en verse en ellos.

Las mujeres sentadas en sillas de paja parecían imágenes dormidas. Ojos de sueño dentro del rostro, carne sin gracia, la roja pintura de los labios, sangre húmeda, las manos sobre las rodillas. Humildes manos, sobre los vestidos. Batas de seda que no les servían para enseñar las piernas, y ellas desabotonaban nada más llegar, con cualquier pretexto. «Me gusta dejarme ver. Es lo único que tengo bonito». Las piernas blancas, todas distintas, desiguales y deformes, piernas sin atractivo, sumisas, esperando. Las mujeres fumaban silenciosas, y se miraban de soslayo. Detenidas en el tiempo inmenso de la vida, las seis señoritas sin parpadeos, sin ojos, sin vida, tragando humo del tabaco. Al otro lado silenciosos los hombres. Cuando la puerta se abría todas esperaban algo: un hombre, un pedazo de noche con aire fresco, ruidos y voces. Sólo entraba el empleado de correos con sus años auestas, las gafas sobre la nariz, grandes aros de alambre. Y todas querían cogerle las manos manchadas de tinta, los dedos sucios, con las uñas muy negras y fétidas. Sin embargo todas querían cogerlas.

La señorita Luci escupía picadura de tabaco.

—Hale, hale, que esto se anime, esto parece el funeral del abuelo de la Merche. La Merche alteraba su rostro. Era una horrible y desconsiderada mueca.

—Esta Luci se cree tener entre las piernas lo que no tienen las demás. Ja, ja y ja. Merienda una sardina en escabeche y vino tinto de un frasco que tuvo boticas. Ahí tienes que con la ilusión de cenar caviar con un dandy...

Anita la de Andorra tosía. Se había tragado sin querer el humo. Y también los dientes de la dentadura postiza. Se oía el choclear de aquella masa opaca. La Merche se ensañaba:

—La historia de la señorita Luci. Hija de un príncipe y una princesa. Lagarto y lagarta. En esas revistas ha salido su madre vestida de largo con muchos collares. Y mira a dónde ha venido a parar su pobrecita hija. ¿No la veis? Es distinta que nosotras. Otra cosa, qué se yo. De niña la llevaron a la inclusa, y allí la criaron con sopitas de leche. El abuelo le compró un coche de caballos. La Luci no tuvo suerte con el viejo, ni le gustaban los pasillos del palacio. Tanto ringorrango, pobrecita. ¿No os hace tilín la historia? Tiene sangre azul. Señores, sin menospreciar lo presente, a dormir con ella, es una princesa.

La Luci contemplaba al hombre que tragaba el humo y no lo devolvía como los demás. La réplica era directa.

—¿Es que sabes tú quién fue tu padre? Dilo.

Había quien daba la razón a la señorita Luci, y quien a la señorita Merche. Se delimitaban los bandos.

—Tú has abortado dos veces.

—A mucha honra, pero no llevo los hijos a la inclusa.

Aparecía en la puerta la Portuguesa. Espectro, voz derramada, solamente movimiento en los ojos, y a cada una daba su palabra exacta:

—Tú, Luci, quietecita la lengua.

Y lentamente.

—Tú, Merche, ojo con las manos.

Volvían a sentarse en las sillas de paja las seis figuras en sus ropas deslucidas, obedientes, sumisas. Sedas moradas, medias negras, zapatillas, babuchas. Las seis figuras quietas en sus sitios, como seis estatuas en sus peanas.

—¿Cuándo vais a comprender que ésta no es una casa cualquiera? Aquí hay una disciplina como en el más disciplinado de los cuarteles. No hay coronel, ni general, ni sargento de semana. Yo soy todo eso, tengo pelotas como un hombre y mando, eso es. ¿Entendido? Otro escándalo y os echaré de patitas a la calle. Vais a volver a fregar, de eso me encargo yo.

A días no servían las palabras. Entonces la mujer daba gritos histéricos, como las ratas o los mochuelos entre las brumas de la noche. Ordenaba.

—Viejo, saca la porra y arrea estopa. Voy a traspasar el negocio. No es esto para mí. No lo es.

El viejo sentía en la sangre calor, vagas oleadas de vértigo. El pulso se precipitaba, ritmo sin sosiego, corrían mil caballos por su cuerpo: el galope, las herraduras, los cascos, la violencia. Escuchaba desde el cuchitril que le habían hecho debajo de las escaleras. Deseaba hora tras hora estrujar los pechos de la señorita Luci, dulces globos deshinchados en sus manos; hundía los dedos blandamente; sentía resbalar las yemas, la rugosidad de la piel, la señorita Luci no se dejaba coger:

—Que te escupo viejo, que te escupo.

Le gustaba el forcejeo. La señorita Luci, la señorita Merche, Anita la Andorrana descolgadas en el vacío, y él mirando las piernas, del vientre azuloso. Cuerpos olorosos, a hierbabuena, a trigos verdes y flores silvestres. Le hubiera gustado tenerlos en sus brazos, cerrar los ojos y palparlo con sus manos de viejo. Imposible deseo. La vieja gritaba:

—Eh viejo, sal de ahí, para eso te pago. Saca la verga de toro.

El viejo salía dando saltos de fauno, saltos de macho cabrío antes de cubrir la hembra. La verga de toro caía vengativa sobre ellas, y el viejo contaba los golpes, uno, dos, tres. La mano del viejo no sentía fatiga. Se iban las horas sin sueño, las pesadillas que tiene la noche, el sexo, la impotencia, la esterilidad, la misma vejez. El viejo se vengaba de algo. De su carne arrugada que ya no se conmovía. El viejo tenía

motivos para vengarse. Las mujeres golpeadas lo sabían.

Aquel día Carvalho le encontró sangrando de la boca. La señora Dolores, la portuguesa, no había tenido en cuenta la nacionalidad y que además tenía años en los huesos. Nunca le había pegado una mujer. Recordaba hombres y látigos y puñetazos en el rostro, recordaba cosas pero nunca la mano de una mujer. El primer golpe lo recibió sorprendido, el segundo y los que le siguieron con estupefacción.

Carvalho gritaba:

—Déjale Lola, déjale, es portugués.

Ella replicaba:

—Un cochino sí que es. Yo le di refugio y así me paga siguiendo a las chicas; me va a echar el negocio abajo.

Ya en el cuchitril echado sobre el camastro suplicaba:

—Sácame de aquí, Carvalho. Sácame. Esta mujer me ha de entregar a la policía cualquier día. Sácame, por favor.

Y Carvalho vino una tarde ya anochecido y se lo llevó.

Definitivamente ya no volvería Juscelino: «Mi hijo, yo te quiero como a un hijo, porque todavía eres un niño, y te vendrá el sufrir las patadas y los puños en la tripa, y las horas antes de morir, como todos nosotros, en la misma mierda. Para nosotros no hay en esta tierra nada que nos salve. Y en la otra... Estamos condenados, hijo mío. Y me das mucha lástima cuando te veo». Tampoco volvió.

Carvalho con la rama empuñada en sus manos. Y sí llegaron unas manchas verdes, de otro verde que la hierba y el bosque aun cuando se le parecían, pero no era del todo lo mismo. No lo era. Las manchas desaparecían cada vez más borrosas, muchísimo más lejanas y ya no podía distinguirlas porque era una sola y única, el mismo color igual que el de la hierba o los bosques. Algo gordo e intragable en la boca, la castaña, el dedo, algo, y la mancha que se extendía implacable, cada vez más negra, más densa, más...

SEPTIEMBRE

Sol: 6,08 a 18,03 - Luna: 5,34 a 18,17

Luna nueva a las 19,40 en Libra.

28

Martes

Santos: Wenceslao, duque; Privato,
Estacteo, Marcial Lorenzo, Neón, mártires.

**UN RESEAU CLANDESTIN DE PASSEURS D'OUVRIERS
PORTUGAIS
EST ARRÊTÉ EN ESPAGNE**
(De notre correspondant particulier)

Bayonne, 30 mars.- L'entrée clandestine en France d'ouvriers portugais, qui, pris en charge par des passeurs français, franchissent en fraude la frontière franco-espagnole, prend une importance croissante.

Il n'est guère de semaine où ne se produisent des arrestations entre Hendaye et Bayonne. Elles ont révélé l'existence d'une véritable exploitation de ces pauvres gens.

D'une enquête faite par la Garde Civile espagnole du Guipuzcoa il résulte que dans plusieurs cas les passeurs, après avoir reçu le prix de leurs services, abandonnent leurs clandestins en territoire espagnol plus ou moins près de la frontière en leur disant qu'ils se trouvent déjà en France. Et l'on sait ce qu'il advient alors de ces Portugais venus par les chemins de montagne vite reconnus et arrêtés par la douane et la police et refoules dans leur pays, endettés pour la vie, car ils doivent payer comptant leur passage.

Or on apprend...

LE MONDE, 31 mars 1963. Paris

El cura se restregaba los ojos. La piel del rostro se estiraba, papel amarillento, lleno de rayas azules, paciente, tranquila. Él, Don Macario, pasaba el dedo por la tirilla almidonada, y con ello parecía arrancar la voz enredada en la argolla. María Joshepa decía:

—Es Dios el que me mira.

Le veía escondido detrás de todas las cosas. Entre las sábanas de la cama, cuando abría los armarios y sacaba las ropas antiguas, que sólo se veían en los figurines de la «Hormiga de oro», o en la «Ilustración Española». Estaba en el espejo de la cocina. Le miraba. El diablo, la muerte, sin rostro conocido.

Levantaba los brazos y quería agarrarse a unas cuerdas que no existían. No había puertas por donde escapar, porque las puertas habían sido cerradas con talanqueras y cerrojos. Sacaron el llavero con sus veinte llaves iguales, y fueron cerrando todas las cerrajas de la casa, sólo para que él no saliese. Y los brazos poderosos de Joshe Andrés también le impedían salir, y el cuerpo de Zósimo cuando llegó.

Zósimo dijo:

—Ya has llegado portuguesito. Yo dije que vendrías portuguesito.

El rostro del hombre tenía sangre y rabia en los dientes cuando mordían el labio, como si ello le aliviase. Joshe Andrés gritaba sordamente, sus palabras confusas, ya que no abría la boca al pronunciar. Se amasaban con saliva y baba escurrida por los labios. Daba órdenes que nadie cumplía.

—No puede salir de aquí. Nos pierde si sale. Es un portugués buscado por la Guardia Civil.

Gemía. De la garganta se desprendía el gemido, o el grito mascullado, o lo que fuese aquel sopor incontenible. El pecho ahuecado como un fuelle, se deshinchaba súbitamente. Joshe Andrés reconoció que era imposible atar al hombre. Éste le mordía los brazos y se defendía como un perro. Le sujetaron las manos y las piernas pero era inútil. María Joshepa buscó las cuerdas en el desván, y no había bastantes maromas, ni las correas que llevaban los yugos eran suficientes porque las rompía con extraordinaria facilidad. Nadie sabía cómo aquellos nervios se hinchaban igual que cuerdas mojadas, y rompían las maromas, y las badanas. Aquello no podía ser eterno y lentamente se dejó vencer. Los guardias buscaban en las casas. Entonces Zósimo dijo: «Ya sabía yo que vendrían, un día u otro tenía que ser. Los lobos también dejan el monte cuando tienen hambre». A Do Pereiro le arrastraban por el zaguán. Zósimo le agarraba la cabeza y Joshe Andrés los pies. Le pusieron un

pañuelo en la boca. El hombre no podía respirar y la carne tomaba un color morado. Zósimo parecía divertido porque el hombre se había cagado los pantalones en la misma puerta de los establos. Ellos no sabían qué hacer. Zósimo había recibido órdenes. Le dijo a Joshe Andrés:

—No tengas mira, los portugueses no creen en nada.

A Joshe Andrés no le faltaron razones.

—La Virgen María vino a Fátima.

Zósimo replicó:

—Paparruchas, paparruchas. Los portugueses no van a misa los domingos, y todo el mundo lo sabe. No cumplen con Pascua. Si se mueren los entierran como a los perros. No tienen alma.

Joshe Andrés dudaba:

—Yo lo sacaré de mi casa. Es un hombre.

Zósimo, cruel e implacable, dijo:

—Con ello firmas la ficha de ingreso en la cárcel. Seis años no te quita ni San Pedro. La guardia civil le busca. Si le encuentran aquí, las manillas de hierro; ya sabes, no hay que mover los pulsos. Se cierran lentamente. Una navaja corta las venas y la carne. Cuando vuelvas de chirona, estarás viejo y arrugado. ¿Sabes cómo vino Usubelz cuando estuvo en el campo de concentración de los alemanes? Hecho un viejo y con la sangre envenenada. Entonces dijimos: «Está distinto». La cárcel es como el infierno.

Joshe Andrés afirmaba rotundo:

—No me da miedo la cárcel. Yo quiero tener las manos limpias.

Zósimo no cedía.

—Vamos, venga, rápido, nos pisan los talones los guardias. A este hombre hay que sacarlo de aquí.

Le cogieron por la espalda y lo sacaron a la puerta que da al norte y al huerto con su tierra negra, donde comienza el bosque. La niebla daba vueltas alrededor de la casa. El caballo que trajo Zósimo se movía enloquecido dentro de la niebla. La silla encinchada, y sobre la grupa, ahorcajado, Zósimo, cruel y estrambótico. Cruzaron al portugués sobre la silla y no se ajustaba del todo. Se movía lentamente deslizándose. Entonces María Joshepa dio un grito:

—Este hombre no puede respirar, le vais a asfixiar. Dejarle la boca libre.

Joshe Andrés trajo el saco.

—Que nadie sepa lo que va en el caballo.

Lo volvieron a bajar de la silla. Zósimo le empujó dentro del saco. Y vuelta a colocarlo sobre la grupa, y luego entre los dos hombres lo corrieron hasta la silla, como había estado antes. Zósimo siempre arriba, ahorcajado, con los pies en el

estribo de hierro, como en una caja oxidada. El caballo también lo habían comprado en la subasta aquella de Intendencia de San Sebastián. Sentado en el espacio existente entre el borrén y el portugués, Zósimo hincó las espuelas en los ijares. El caballo con su extraño peso trotaba desazonado, con relinchos. Joshe Andrés vio regresar a Zósimo subido al caballo. Los cascos marcaban sus ruidos de cascabel. Zósimo desde el caballo dijo:

—Muerto. Yo le llevé hasta la borda de Irubide donde estaban los otros, pero no me dio tiempo. Le oí quejarse y dar un grito. Cuando le bajé ya estaba muerto. Allí se quedó ya cerca de la borda.

María Joshepa lloraba.

—Lo dije yo. En el saco no podía respirar.

Zósimo desensillaba el caballo. Ni él sabía exactamente por qué. El caballo tenía su guía en las cuabras de Usubelz, y la sudadera, el sobrepelo y los atalajes fétidos y negros. Zósimo dejaba fluir las palabras.

—Estaba ya muerto cuando lo bajé del caballo. Asfixiado.

—¿Y ahora?

Zósimo no contestó. Desensillaba el caballo.

El cura se retorció los dedos. Tardó en responder. Era muy larga la historia. Los hombres la tienen más corta. Los hombres nacen y mueren y viven lentamente, y un día al mirarse al espejo saben que están ya muertos del todo. Al fin dijo:

—¿Estás arrepentida?

María Joshepa olía a moscatel y anís, a vinos corrompidos en su boca vieja, ya completamente seca.

—Lo estoy.

El cura acariciaba la estola. Levantó la mano hasta la frente y comenzó a pronunciar en latín.

—*Ego te absolvo.*

El cabo empujaba con su bota la mano del viejo. Y solamente dijo:

—Está muerto.

Rafael le cogió el pulso.

—Es posible que este pulso todavía tenga latidos.

—El doctor lo dirá.

En la boca, el viejo tenía sin masticar, la pulpa de la castaña.

El doctor llegó con la bicicleta, pedaleando. Tenía sus años, sesenta y cinco. Auscultaba a las muchachas como cualquier médico de última hornada. Las reconocía muchas veces y luego les recetaba. A las muchachas les entraba sonrojo y se dejaban auscultar. «Reposo, mucho reposo. Es alguna manchita en el corazón». A las viejas les daba jarabes, a los hombres, nada. Los hombres estaban sanos y robustos, de tanto subir por los montes. Nunca enfermaban. Las muchachas sí.

Su dictamen era tajante.

—Tiene vida. Yo haría una cosa. Pedir una ambulancia y llevarlo inmediatamente al Hospital Civil.

—Este hombre está perseguido.

—Bueno, llévenle donde quieran, pero pronto a un hospital.

SEPTIEMBRE

Sol: 6,09 a 18,01 - Luna 6,31 a 18,43

Cuarto creciente el día 6

29

Miércoles

Santos: Miguel Arcángel;
Fraterno, obispo;
Ripsines, virgen. Eustiquio, mártir.

Tenía que ser el día de San Miguel. Por eso el entierro de Do Pereiro tuvo su esplendor. Él no lo hubiera imaginado. Lo habían metido en una caja de madera tornasolada. En la caja metían a los que mueren en los caminos sin papeles, irreconocibles y frustrados. A Do Pereiro, también, o a sus despojos sombríos y sangrientos, recogidos con prisa de la mesa de piedra del depósito, porque el forense y el mozo de autopsias tenían que irse. Dejaron en el suelo aquellos instrumentos viejos y sin brillo: las tijeras de podar las viñas que podían comprarse en cualquier ferretería, las lancetas amarillas de pus seco, las grandes tenazas para descoyuntar los huesos. «Es que los muertos ya no son nada. Pura materia». El mozo de autopsias tenía compasión de los despojos.

—Ha muerto como mueren los pobres. Triste camino.

Los pobres mueren boca abajo, sin sábanas, con las sangres frías y los ojos descoloridos, llenos de miedo. Los pobres que son pisados por los carros de bueyes, o se los llevan las poleas de las máquinas y los destrozan, o les cae una grúa. Los saca de allí el juzgado y son llevados en parihuelas a los cementerios; arrojados como fardos. Nadie se preocupaba de saber si miraban hacia arriba o hacia abajo, ni si caían de espaldas o de costado en el hoyo de la fosa.

La mujer de siempre que iba a todos los entierros, con sus temblores y sus rezos, dijo:

—Un padrenuestro por el difunto.

La misma mujer que en los viáticos llevaba el farol de rojos cristales y parecía agarrarlo con manos inexistentes, cuando gemía:

—Un padre nuestro por la salud temporal y espiritual del enfermo si le conviene.

Las otras mujeres le contestaban. Era un zumbido de moscas atrapadas dentro de una gran botella. Los hombres se limitaban a mirar a la tierra húmeda donde había gusanitos blancos y huesos ya podridos. Le bajaron con unas cuerdas corredizas a la fosa y los hombres recordaron que allí mismo enterraron una tarde con lluvia a los dos hombres que también les hicieron la autopsia. Entre las higueras y los eucaliptus pálidos, los cipreses salvajes que nadie podaba. Hedían a cadáveres despedazados porque sus raíces se nutrían de cuerpos muertos. Nadie tocaba los troncos de los cipreses, ni cogían sus frutos porque las manos olerían a muerto siempre.

—Otro padrenuestro por los enterrados en este lugar santo y que no tienen nadie quien les rece. Padre nuestro...

La mujer iba a los entierros y repartía los hachones. Sabía más que nadie de la muerte, lo que se le reza al agonizante, lo que se le reza al que ha muerto ya. Disponía de las misas gregorianas, y los teñidos de las ropas; llamaba por teléfono a los periódicos y les deletreaba a través del hilo el nombre y los apellidos del difunto, el tamaño de la esquela. A la radio le pedía que dijeran lo de otras veces: «Sus apenados hijos ruegan una oración por su alma por cuyo favor les quedarán

sumamente agradecidos». La mujer aquella ponía emplastos y ventosas y sabía qué hierba curaba el mal del riñón y los dolores de tripas. También tuvieron su oración los dos hombres que serían compañeros de morada, enterrados allí hacía años.

—Otro padrenuestro por si todavía están en el purgatorio.

Los hombres recordaban la noche aquella y estaba en todas las memorias. Los trajeron entre soldados y antorchas y gigantescos candiles. Luego vinieron llenos de sombras los Guardia Civiles y el juez instructor que lo tocaba todo y todo lo preguntaba: «¿De dónde procedían?», «¿qué llevaban en los bolsillos?». Las ropas de los hombres eran de un color indeterminado y las habían hecho en Francia. Los soldados permanecían atónitos alrededor de los dos muertos y le vieron los agujeritos en la espalda cuando les dejaron desnudos. «Es de tiro de pistola. Se han matado ellos mismos». «Eran maquis. El más pequeño era jefe, mírale los bigotes y las barbas. Se le ve otra cosa».

Los soldados permanecieron alrededor de los muertos toda la noche, haciendo su guardia.

—Otro padrenuestro...

Todos los años por la misma fecha, la festividad de Todos los Santos, aparecía una coche «Sedán» de color cereza o verde como los trigos. Cada año era distinto el coche y los que venían dentro. Traían coronas y flores y las depositaban sobre aquel trozo donde los habían enterrado sin epitafios ni cruces. Nadie preguntó jamás por ellos, y sin embargo, al cabo del tiempo los que traían las coronas sabían con precisión dónde los habían enterrado. No se equivocaban al dejar las cosas colgadas de la higuera o el eucaliptus. Era sólo llegar y dejar las coronas, nada más. Luego se iban. A nadie preguntaban.

La mujer de los entierros ponía emplastos y lavativas y ventosas y no cobraba por ello. También hacía las matanzas y los dulces de manzana. Se detuvo junto al eucaliptus.

—Que Dios los lleve algún día a su gloria.

A lo lejos se oyó un *txistu*. Melodía de la muerte. San Miguel no era vasco, arcángel ejemplar, serafín de los cielos, *txistu* y acordeón, tardes con *purrusalda*, y *larrain-dantza*, y hombres como pájaros, y mujeres también. Los hombres llevan en la sangre las infinitas tristezas del *txistu*, *irrintzi* y bocanadas de humo, de barajas nuevas sobre la mesa el día de San Miguel, patrón de algo, patrón de nada. San Miguel ve comer en las fondas y en sus casas a los hombres. También ve a Do Pereiro echado boca abajo en la fosa y al enterrador que le cubre con tierra. Do Pereiro ha cumplido su destino, el destino de los pobres: morir nadie sabe dónde, por la onda explosiva del grisú, bajo la llanta de un carro cargado de trigo, de escopetazo, de navaja, de tisis galopante, de inanición.

Los hombres y las mujeres que formaban el negro séquito desfilaban uno a uno

bajo las puertas enverjadas del cementerio. Iban en silencio. Detrás de todos, la mujer que iba a todos los entierros.

SEPTIEMBRE

Sol: 6,10 a 18,00 - Luna: 7,27 a 19,11

Cuarto creciente el día 6

30

Jueves

Santos: Jerónimo, presbítero y doctor;
Leopardo, Víctor, Urso, Antonio, mártires.

DETENCIÓN DE UN PORTUGUÉS EN EL COL DE IBARDIN

De nuestros corresponsales.- Vera de Bidasoa.

Desde hace más de treinta años el caso se repite con cierta frecuencia. A las doce de la noche del día de ayer y por la Guardia Civil de fronteras del puesto de Ibardin se detuvo a un individuo que acudió hambriento al mismo cuartelillo de servicio. De haber dado diez pasos más ya estaría en Francia. Dijo llamarse Luis Carvalho y procede de un grupo que ha sido desorganizado por la Guardia Civil de Lesaca. El origen de procedencia es Bilbao, de donde partió la expedición. Hasta ahora la red clandestina tenía su comienzo en la frontera de Galicia con Portugal y su terminación en cualquier punto de la regata del Bidasoa. Hacía años que este procedimiento clandestino de emigración había decaído notablemente, pero desde hace dos o tres se ha recrudecido. Se llevan a cabo las pesquisas y averiguaciones pertinentes al caso con objeto de esclarecer el hecho que por desgracia se repite con sospechosa frecuencia. Estos desgraciados desconocen la geografía y el idioma y se ven sorprendidos en su buena fe. El señor teniente de la comandancia de Vera...

Diario de Navarra. Pamplona.

En Behovia ha sido detenido por los servicios de correrías de la Guardia Civil de fronteras un individuo sospechoso que pedía limosna en el caserío de Lerchundinena. Interrogado por la Benemérita, resultó ser un portugués que intentaba pasar la frontera clandestinamente.

Viana, 19 de marzo de 1963



PABLO ANTOÑANA CHASCO. Viana (Navarra) 29-10-1927 Pamplona 14-08-2009.

Sus primeros conocimientos académicos los recibió de parte de su padre, un maestro que se mantuvo alejado del autor durante sus primeros cinco años de vida por haber tenido que trabajar durante esas temporadas en Guinea Ecuatorial. Con los años, el joven Antoñana se formaría en Logroño y cursaría la carrera de Derecho en la Universidad de Zaragoza.

Inspirado en el entorno rural que conoció en su infancia y en los alcances de la Guerra Civil Española, quien fuera secretario en los ayuntamientos de Desojo, El Busto y Sansol inició su experiencia como exponente del mundo de las letras. Con los años, Antoñana fundaría junto a José María Aguirre una revista bautizada como «Almenara» y desarrollaría una extensa trayectoria literaria.

«El capitán Cassou», «No estamos solos», «El tiempo no está con nosotros», «La cuerda rota», «El sumario», «Noticias de la Segunda Guerra Carlista» y «Memoria, divagación, periodismo» son algunos de los títulos que forman parte del legado de este hombre que, en 1955, contrajo matrimonio con una maestra llamada Elvira Sáinz, con quien llegó a tener dos descendientes.

Cabe resaltar que, a lo largo de su actividad como escritor, Pablo Antoñana fue distinguido en múltiples oportunidades. El Premio Ciudad de San Sebastián de Cuentos, el Premio Sésamo de Novela, el Premio Guipúzcoa, el Premio Príncipe de Viana y el Premio Manuel de Irujo son algunos de los galardones que recibió este

intelectual que, en 2008, redactó y fue uno de los firmantes del «Manifiesto 1512-2012».

El deceso del también integrante de la Sociedad de Estudios Vascos y colaborador de medios como el «Diario de Navarra» y «Diario de Noticias» se produjo en Pamplona el 14 de agosto de 2009.